



umbrales

Revista del Postgrado en Ciencias del Desarrollo

43

diciembre 2024

Bolivia: extractivismo, desarrollo sostenible y crisis





Dra. María Eugenia García Moreno
Rectora

Dr. Tito Estévez Martini
VICERRECTOR

Dr. Nico Tassi
Director del CIDES

Calle 3 de Obrajes # 515
Telf/Fax: 591-2-2786169 / 591-2-2784207
591-2-2786970 / 591-2-2788708
cides@cides.edu.bo
www.cides.edu.bo



Umbrales N° 43

Bolivia: extractivismo, desarrollo sostenible y crisis

La revista *Umbrales* es una publicación semestral del Postgrado en Ciencias del Desarrollo, unidad dependiente del Vicerrectorado de la Universidad Mayor de San Andrés. Tiene como misión contribuir al debate académico e intelectual en Bolivia y América Latina, en el marco del rigor profesional y el pluralismo teórico y político, al amparo de los compromisos democráticos, populares y emancipatorios de la universidad pública boliviana.

Comité editorial interno:

Dra. Rossana Barragán Romano / Directora

Dr. Guillermo Guzmán Prudencio / Subdirector

Dra. Manigeh Roosta / Representante del Área de Economía Sociedad y Globalización

Dr. Gonzalo Rojas Ortuste / Representante del Área Filosofía, Política y Cultura

Dr. José Núñez del Prado / Representante del Área Transformaciones Territoriales y Ambientales

Comité asesor:

Bianca de Marchi Moyano, Universidad Arturo Prat, Chile. Doctorada en Urbanismo Desarrollo Territorial.

Paolo Graziano, Universidad de Padua, Italia. Doctorado en Ciencias Políticas.

Manuel E. Contreras, Universidad Privada Boliviana (UPB), Bolivia. Doctorado en Historia Económica.

Iván Omar Velásquez-Castellanos, Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia. Doctorado en Economía.

Hannes Warnecke-Berger, Universidad de Kassel, Alemania. Doctorado en Ciencias Políticas.

Thomas Field, Embry-Riddle Aeronautical University, USA. Doctor en Filosofía en Historia Internacional.

Sarela Paz, Universidad Mayor de San Simón, Bolivia. Doctora en Antropología Social.

Hanne Cottyn, Universidad de Gent, Bélgica/Chile. Doctorada en Historia.

Valeria Paz, Universidad Católica Boliviana San Pablo, La Paz. Doctora en Filosofía en Historia y Teoría del Arte.

María Cristina Cielo, FLACSO-Ecuador, Ecuador. Doctorada en Sociología.

Cuidado de la edición:

Patricia Montes Ruiz

Rossana Barragán Romano

Guillermo Guzmán Prudencio

Ilustración de la tapa: Frank Arbelo

Diagramación interiores y tapa: Elena Carvajal Ch.

© CIDES-UMSA, 2024

Primera edición: diciembre de 2024

D.L.: 4-3-27-12

ISSN: 1994-4543.

Umbrales (La Paz en línea)

umbrales@cides.edu.bo

<https://ojs.umsa.bo/ojs/index.php/umbrales>

Impreso en Bolivia

Índice

Presentación 7

Dossier: Bolivia: extractivismo, desarrollo sostenible y crisis

Deforestación y agroindustria en Bolivia: el comercio internacional
como motor del “extractivismo” en la Ecología-Mundo
Rafaela M. Molina-Vargas, Ivan Zambrana-Flores,
Isabelle Gounand y Elisa Thébault 13

Rostro femenino del extractivismo en América Latina: brechas,
desigualdades, resistencias y lógicas alternativas
Manigeb Roosta 51

Discursos marxistas sobre la inserción de Bolivia
en el capitalismo (1940-1985)
Fernando Molina 91

Extractivismo aurífero y organización del trabajo: dinámicas
territoriales en la minería aurífera cooperativizada en Los Yungas,
Bolivia, 2024
Fernando Alcons Salluco 133

Ensayos, debates, entrevistas

<i>Stasiek Czaplicki Cabezas: Academia y activismo</i> Entrevista realizada por <i>Rossana Barragán</i>	169
--	-----

Artículos diversos

Antezana a la luz de Laclau: El Nacionalismo Revolucionario como ‘significante vacío’ <i>Víctor Orduna Sánchez</i>	193
--	-----

Explotación y precarización del trabajo en las plataformas digitales de reparto <i>Juan Pablo Neri Pereyra y Alejandro Arze Alegría</i>	223
---	-----

<i>Caer es levantarse: ¿qué mueve a las hermandades armadas?</i> <i>Rafael José Archondo Quiroga</i>	257
---	-----

Reseñas y comentarios

<i>La “niña salvaje” del Paraguay. Una microhistoria de la etnografía americanista 1902-2016, de Verushka Alvizuri</i> <i>Cecilia Salazar de la Torre</i>	295
--	-----

<i>Albañiles. Los constructores de la ciudad, de Carlos Macusaya</i> <i>Edgar Samuel Peredo Cuentas</i>	301
--	-----

Presentación

Desde hace algunos años el CIDES intenta profundizar su experticia en el tema del extractivismo, posicionándolo como un eje de investigación estratégico para entender las reconfiguraciones y reorientaciones en los debates con relación al desarrollo y como un prisma o perspectiva de observación de los procesos económicos, políticos y sociales del país. El intento se ha traducido en la consolidación de una serie de cátedras, seminarios, espacios de debate a veces militantes y a veces críticos en relación al concepto, a veces simultáneamente críticos y militantes en el espíritu multidisciplinario y plural que esta institución busca promover.

El número 43 de la Revista *Umbrales*, convocado por el Área de Economía Sociedad y Globalización del CIDES, plantea el tema “Bolivia: extractivismo, desarrollo sostenible y crisis”, proporcionándonos hallazgos relevantes y actuales desde perspectivas sobre las que a veces ha habido poca reflexión desde nuestras ciencias sociales y económicas. Con un enfoque de 360 grados del fenómeno, enfatizando y combinando diferentes facetas, este número logra aportar con miradas y conceptos que nos ayudan a problematizar el debate y nos perfilan vetas de investigación a explorar.

El texto de Fernando Alcons Salluco explora cómo se manifiesta y reproduce el fenómeno del extractivismo en el contexto boliviano, haciendo referencia a un estudio de caso de la minería aurífera y enfocando las dinámicas laborales y territoriales. El trabajo de Manigeh Roosta se centra

en las consecuencias y efectos sociales del extractivismo y de la degradación ambiental en América Latina, así como en su capacidad y tendencia de alimentar y recrudecer las desigualdades de género. El texto de Rafaela M. Molina-Vargas, Iván Zambrana-Flores, Isabelle Gounand y Elisa Thébault, junto con el texto de Fernano Molina, exploran y reflexionan, más bien, en torno a las razones, factores y procesos que produce el extractivismo o la condición extractivista, haciendo aflorar las ideas y realidades más difíciles de visualizar. El texto de Molina, a partir de un análisis del pensamiento marxista boliviano, remonta el extractivismo a los debates sobre la dependencia, la división internacional del trabajo y la fuga del excedente, que impiden procesos de modernización extensiva. Molina-Vargas *et al.*, en cambio, luego de enfocarse en la relación entre deforestación y agroindustria en Bolivia y su articulación con el comercio internacional, plantean la necesidad de repensar el concepto de extractivismo, proponiendo el de “ecología-mundo”, un concepto capaz de tomar en cuenta de mejor manera las asimetrías históricas y económicas que subyacen a los problemas socioecológicos.

Finalmente, la entrevista de Rossana Barragán a Stasiak Czaplicki Cabezas aborda la relación compleja entre academia y activismo, en el contexto de degradación ambiental y de agudización exponencial de los procesos de deforestación en Bolivia. Pero, además, logra poner en la mesa los juegos de invisibilización e hipervisibilización que subyacen a los procesos extractivos capaces de sobreenfatizar mediáticamente algunas dinámicas, mientras permite que otras pasen desapercibidas. En este sentido, el Dossier se cierra dejándonos con la reflexión en torno a este doble filo de los conceptos, en su simultánea pulsión a revelar y esconder.

Los tres textos que vienen a continuación constituyen exploraciones teóricas, filosóficas y etnográficas en tres ámbitos diversos. El texto de Víctor Orduna explora –en diálogo con las ideas de populismo de Laclau– los mecanismos que han permitido que en Bolivia se instale el Nacionalismo Revolucionario como la principal matriz ordenadora y reproductora de ideología, para convertirse luego en un freno a las transformaciones sociales y políticas que el país requiere. El texto de Juan Pablo Neri y Alejandro Arze, a través de un estudio cualitativo de los repartidores, enfoca las reconfiguraciones de la noción del trabajo en el modelo de negocio de las

economías de plataforma y las modalidades de explotación cada vez más consolidadas del capitalismo tardío. El trabajo de Rafael Archondo enfoca las “hermandades armadas”, el caso de católicos fervientes que en América Latina tomaron el camino de la lucha armada. Explorando las contradicciones y transformaciones internas de la Iglesia católica y la historia personal del guerrillero Michael Northdufter en Bolivia, el texto busca explorar las tensiones ideológicas entre el catolicismo y la guerrilla y el tipo específico de praxis política que se cristaliza en estos contextos.

Cecilia Salazar y Edgar Peredo Cuentas son los autores de las dos reseñas que nos permiten acercarnos al trabajo de Verushka Alvizuri y de Carlos Macusaya, respectivamente.

Los invito a la lectura de la revista que tienen en sus manos (o tal vez, más probablemente, en sus pantallas), convencido del enorme aporte humano y académico y de la contribución a la reflexión que estas páginas conllevan. Agradezco a Rossana Barragán, directora de la Revista *Umbrales*, y a Guillermo Guzmán Prudencio, subdirector de la misma, así como a los miembros del Comité Editorial Académico, por su compromiso y entrega.

Nico Tassi
Director del CIDES-UMSA

Dossier: Bolivia:
Dossier: Bolivia:
extractivismo,
extractivismo,
desarrollo sostenible
desarrollo sostenible
y crisis
y crisis

Deforestación y agroindustria en Bolivia: el comercio internacional como motor del “extractivismo” en la Ecología-Mundo

*Deforestation and agrobusiness in Bolivia: the international
trade as a driver of “extractivism” in the World-Ecology*

*Rafaela M. Molina-Vargas¹, Ivan Zambrana-Flores²,
Isabelle Goumand³ y Elisa Thébault⁴*

Resumen

La Amazonía es una región de gran importancia socioecológica, además de un territorio de disputa política y discursiva. Los complejos procesos de la región demandan un análisis interdisciplinario. El presente trabajo se centra en la dinámica de la deforestación en Bolivia, identificando los motores próximos y ulteriores. La principal causa

-
- 1 Universidad de la Sorbona, IRD, Instituto de Ecología de la Universidad Mayor de San Andrés, Institute of Ecology and Environmental Sciences (iEES-Paris). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6123-4949>. rafaellamv04@gmail.com. Responsable de la concepción y el desarrollo, la revisión bibliográfica y la redacción de este artículo.
 - 2 Investigador en Ecología Política. A cargo del desarrollo, la redacción y la edición de este artículo.
 - 3 Universidad de la Sorbona, Institute of Ecology and Environmental Sciences (iEES-Paris). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0675-3973>. Contribuyó en la sección ecológica y edición de este artículo.
 - 4 Universidad de la Sorbona, INRAE, Université Paris Cité, Institute of Ecology and Environmental Sciences (iEES-Paris). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9669-5227>. A cargo del desarrollo, la redacción y la edición de este artículo.
-

próxima de la deforestación en Bolivia es el cultivo agroindustrial de soya y la ganadería extensiva. En el bioma amazónico el principal motor posterior de la deforestación se relaciona con la demanda de mercancías. Dado que existe una fuerte dependencia del régimen de lluvias en la evapotranspiración de los árboles en la Amazonía boliviana, la conversión del uso de la tierra causada por este sector puede afectar profundamente el clima regional, a través de procesos de retroalimentación. La caracterización de la producción de soya en Bolivia como “extractivismo agrario” es insuficiente. Este concepto por sí solo, y sin ser vinculado a la Ecología-mundo, dificulta una crítica necesaria al capitalismo, así como abordar adecuadamente los problemas socioecológicos, frecuentemente originados en asimetrías históricas. Por lo tanto, es necesario considerar el “extractivismo” como una agregación de relaciones de intercambio desigual.

Palabras clave: Deforestación, agroindustria, mercado global, extractivismo, capitalismo

Abstract

The Amazon is a region of great socio-ecological importance and a territory of political and discursive dispute. The complex processes of the region demand an interdisciplinary analysis. This paper focuses on the dynamics of deforestation in Bolivia, identifying the proximate and ulterior drivers. The main proximate cause of deforestation in Bolivia is agroindustrial soybean cultivation and extensive cattle ranching. In the Amazon biome, the main ulterior driver of deforestation is related to the demand for commodities. Given that there is a strong dependence of the rainfall regime on the evapotranspiration of trees in the Bolivian Amazon, the conversion of land use caused by this sector can profoundly affect the regional climate, through feedback processes. The characterization of soybean production in Bolivia as “agrarian extractivism” is insufficient. By itself and without being linked to the World-ecology, this concept obscures a necessary critique of capitalism and prevents adequately addressing socio-ecological problems, frequently originating in historical asymmetries. Therefore, it is necessary to formulate “extractivism” as an aggregation of unequal exchange relations.

Keywords: *Deforestation, agribusiness, global trade, extractivism, capitalism*

Introducción

La Amazonía boliviana es un territorio de disputa socioecológica, política y discursiva. La preocupación periódica que generan los incendios forestales

y no forestales que afectan principalmente a los departamentos de Santa Cruz y Beni es una prueba de ello. A la hora de buscar explicaciones, desde la academia es necesario tener aproximaciones integrales que sobrepasen las a veces sencillas respuestas que brinda la opinión pública.

La región amazónica es producto y fuente de complejos procesos que demandan un análisis interdisciplinario, particularmente en el contexto de la Ecología-mundo capitalista global de naturaleza extractivista. Tomamos el concepto ecología-mundo de Jason Moore (2015), que amplía el concepto de sistema-mundo de Wallerstein (1995) como configuración desigual con un centro conformado por los países industrializados y la periferia. La ecología-mundo plantea, entonces, una representación de este sistema global considerando a la humanidad como parte de la naturaleza dentro del proceso histórico mundial (Moore, 2015). Por tanto, se incorporan las asimetrías en las relaciones ecológicas, además de aquellas económicas, sociales, y de poder entre el centro y la periferia.

La cuenca amazónica es una región de importancia socioecológica y política a escala mundial. No solamente incluye el bosque tropical más extenso del mundo, sino también constituye uno de los ecosistemas más biodiversos del planeta (Science Panel for the Amazon. 2021) (Science Panel for the Amazon, 2021). El bosque amazónico cumple además un rol climático fundamental a nivel local y regional (Malhi *et al.*, 2008). Por un lado, es la principal fuente de evapotranspiración en América del Sur (Fisher *et al.*, 2011), y también es responsable de más de un tercio de las precipitaciones regionales (Davidson *et al.*, 2012; Sierra *et al.*, 2021). Por el otro, es fundamentalmente territorio, y como tal, es parte esencial de los sistemas de vida de numerosas comunidades indígenas. Constituye, así, la frontera de expansión de la modernidad y el capitalismo.

En este sentido, dicha región está bajo una doble presión: por un lado, las variaciones climáticas, que pueden deberse o no al cambio climático, y por el otro, el cambio de uso de suelo, que incluye la deforestación, en la que se enfocará el presente trabajo (Malhi *et al.*, 2008; Malhi y Phillips, 2004). Estas presiones se manifiestan en fenómenos que se interrelacionan de manera compleja y a diferentes escalas, lo que puede conducir a conclusiones que no integran todos los elementos.

Debido a su magnitud, la deforestación se ha convertido en una preocupación regional e incluso mundial, dado que se produce en un contexto más globalizado. Alrededor del 17% del bosque amazónico fue deforestado en los últimos 50 años (Lovejoy y Nobre, 2018; Science Panel for the Amazon, 2021), con una intensidad creciente. En la Amazonía brasileña se alcanzó en 2020 la tasa de deforestación más alta de la década (Silva Junior *et al.*, 2021), mientras que en Bolivia el año 2021 marcó un pico histórico (MMAYa, 2023).

La mayor parte de los estudios sobre deforestación se enfocan en el Brasil por su gran extensión (Fearnside, 2017; Leite-Filho *et al.*, 2021; Pacheco y Meyer, 2022), a pesar de la relevancia y las características hidroclimáticas particulares de la Amazonía boliviana. Así, por ejemplo, en el sudoeste de la región, que a incluye Bolivia, la evapotranspiración de los árboles influencia fuertemente las precipitaciones (Staal *et al.*, 2018). Esto hace que la deforestación en esta zona pueda afectar el clima local. Así, en esta zona, a diferencia del resto de la Amazonía, se ha reportado un aumento de la temperatura y una disminución de las lluvias (Sierra *et al.*, 2021; Staal *et al.*, 2018; Wunderling *et al.*, 2022), a lo que se suma una disminución de los días de lluvia (Espinoza *et al.*, 2019; Molina-Carpio *et al.*, 2017. Esto resulta en una intensificación de la época seca.

Autores como McKay (2017) describen la deforestación en Bolivia como resultado del “agroextractivismo” o “extractivismo agrario”. El término ‘agroextractivismo’ suele definirse como “agricultura de monocultivo controlada por corporaciones”, que incorpora cuatro elementos importantes: grandes volúmenes de extracción sin procesamiento para exportar, desarticulación sectorial, fuertes impactos ecológicos y deterioro de las condiciones de trabajo (McKay, 2017). Si bien estos conceptos dejan claro el vínculo local y global a través del mercado, la exportación y el rol de las corporaciones, el término agroextractivismo se ha aplicado principalmente a las dinámicas y responsabilidades locales y regionales. Sin embargo, y como se desarrollará más adelante, esta caracterización aislada de la concepción del sistema-mundo (Wallerstein, 1995) puede no incorporar algunos elementos en su dimensión adecuada y, en última instancia, puede llevar a simplificar análisis y propuestas respecto a los impactos y las dinámicas socioecológicas.

Así, por ejemplo, los motores de la deforestación son tanto locales como globales. A escala local, el tipo de propiedad de la tierra adquiere importancia (Bottazzi y Dao, 2013; Pacheco y Meyer, 2022), mientras que a nivel global un factor fuertemente vinculado a la deforestación, y paradójicamente poco mencionado fuera de algunos espacios académicos, es la demanda mundial de productos agrícolas (Hänggli *et al.*, 2023; Lapola *et al.*, 2023; Leblois *et al.*, 2017).

Un abordaje más integral e interdisciplinario para analizar la deforestación en la Amazonía boliviana requiere considerar la complejidad de las interacciones socioecológicas, sus motores y causalidades a diferentes niveles, incluyendo tanto la interfase bosque-hidroclimatología, como las configuraciones de distribución de la tierra y los recursos, las fuerzas impuestas por el mercado, las asimetrías de poder históricas y presentes y sus implicaciones geopolíticas.

En este trabajo se propone algunas bases para analizar la dinámica de la deforestación en la Amazonía boliviana bajo un enfoque socioecológico, discutiendo la causalidad, distinguiendo entre causas próximas y haciendo énfasis en las causas ulteriores. También se planteará algunos puntos críticos del concepto de extractivismo en el contexto del sistema-mundo y sus implicaciones geopolíticas.

Producción en Bolivia y deforestación

En mayor o menor medida, Bolivia reproduce los patrones de producción y consumo resultantes de su pasado colonial, tal como la mayor parte de los países de América Latina. Bolivia, como la mayor parte de países del Sur Global, fue y continúa siendo una fuente de recursos y de fuerza de trabajo a ser explotados (Bellamy Foster y Clark, 2004) por Europa, en un primer momento, luego por Estados Unidos y, en general, por los centros de consumo del capitalismo mundial. Esta explotación extractiva sistemática y masiva como modo de acumulación por desposesión todavía condiciona las relaciones económicas y los modos de producción dominantes en países del Sur Global (Harvey, 2005), así como en las diferentes regiones de Bolivia.

Para abordar de manera estructurada la cadena de causalidades a diferentes niveles que ocasiona la deforestación, es útil distinguir entre motores próximos y motores ulteriores (Scouvert y Lambin, 2006). Los motores próximos, aquellos directamente relacionados con la deforestación, incluyen procesos que afectan la cobertura de bosques de manera fácilmente identificable, mientras que los motores ulteriores son los fenómenos subyacentes y que, en última instancia, explican el origen de los motores próximos. Este enfoque ha sido aplicado para analizar la deforestación tropical (Geist y Lambin, 2002), y particularmente en Bolivia (Müller *et al.*, 2014), pero también el análisis que ha aplicado el marco conceptual de la Plataforma Intergubernamental Científico-Normativa sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas (IPBES) (Díaz *et al.*, 2015). En el presente trabajo se aplicará este marco de análisis a la deforestación, para luego vincularlo con el concepto de extractivismo.

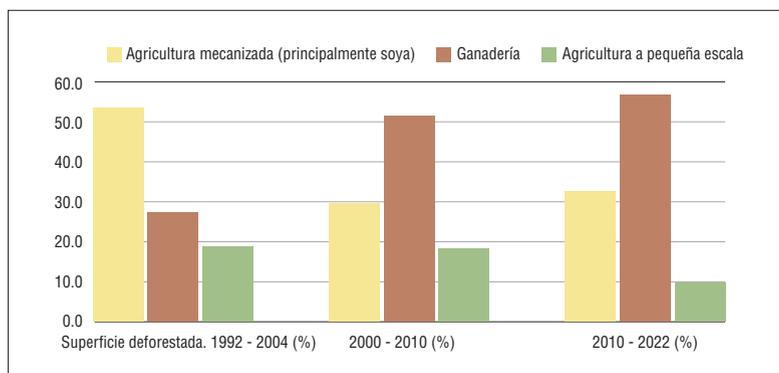
Motores próximos: agroindustria e impactos socioecológicos

La expansión de la agricultura es la principal causa próxima para la deforestación en zonas tropicales (Geist y Lambin, 2002). Más recientemente, el cambio de uso de suelos asociado a la agricultura (incluyendo los procesos asociados, como incendios y perturbaciones hídricas) fue identificado como la acción más directamente responsable de la deforestación tropical, aunque no toda la tierra deforestada sea después utilizada como tierra productiva (Pendrill *et al.*, 2022). Un reciente artículo que revisa los factores de deforestación en toda la Amazonía (Hänggli *et al.*, 2023) identifica la expansión de la agricultura como el principal motor próximo en todos los países que alojan el bioma amazónico, excepto Guyana. Principalmente, la denominada agricultura a gran escala, que incluye cultivos mercantiles (*commodities*, en inglés), como soya y aceite de palma, y la producción extensiva de ganado vacuno. La expansión de pastizales fue la primera causa en Bolivia Ecuador, Colombia y Brasil. Esto confirma evaluaciones previas que identificaron como causas principales la ganadería extensiva (Scouvert y Lambin, 2006) y la producción de soya (Malhi *et al.*, 2008).

La minería, por su parte, fue identificada como un factor de importancia intermedia para Perú y la Guayana Francesa, mientras que otros factores, como áreas urbanas, asentamientos, construcción de infraestructura vial y represas hidroeléctricas, mostraron poca importancia en comparación con el resto de factores en Brasil, Bolivia, Colombia y Perú (Hänggli *et al.*, 2023).

En Bolivia en particular, el principal responsable de la deforestación es el empresariado agroindustrial. Como muestra el gráfico 1, entre 1992 y 2004 la agricultura mecanizada, principalmente de soya, fue causante del 53,7% del área deforestada (Müller *et al.*, 2013), mientras que la ganadería se convirtió en el factor dominante entre 2000 y 2010 (51,9%) (Müller *et al.*, 2014). Es decir que entre 1992 y 2010 la agricultura mecanizada y la ganadería fueron responsables por el 81% de la deforestación. Según el mismo autor (Müller *et al.*, 2013; Müller *et al.*, 2014), la suma de toda la agricultura a pequeña escala, que incluye cultivos alimentarios de arroz, maíz, yuca, plátano, cacao y café, así como los cultivos de coca, fue en total responsable de solamente el 18,9% de la deforestación durante el mismo periodo, con una mínima variación. En los años consecutivos, entre 2010 y 2022, “un 57% se destinó a usos ganaderos, un 33% a usos de agricultura mecanizada y un 10%, a agricultura a pequeña escala” (Müller *et al.*, 2024).

Gráfico 1. Impacto relativo de los motores próximos de la deforestación en la Amazonía boliviana



Fuente: elaboración propia con base en datos de Müller *et al.*, 2013; Müller *et al.*, 2014; Müller *et al.*, 2024.

Este patrón se mantuvo en periodos posteriores. En términos de escala en el contexto boliviano, diversos estudios confirman que la responsabilidad de la deforestación continúa recayendo en el agroempresariado, los terratenientes ganaderos y los propietarios de los grandes cultivos industriales para la exportación (Czaplicki Cabezas, 2021; Müller *et al.*, 2014). Además, gran parte de la tenencia y control de esta agroindustria ha sido extranjerizada (Urioste, 2011): para 2007, el 47,1% de las tierras dedicadas a la producción de soya pertenecía a capitales extranjeros; un 40% de este porcentaje eran brasileños (Urioste, 2011). Por otro lado, un 20,20% pertenecía a colonias menonitas y el restante 28,90%, a nacionales (AEMP, 2012; Urioste, 2011). Aunque en la última década ha habido políticas para dotar de tierra a pequeños productores, la hegemonía extranjera sobre este tipo de producción agroindustrial se ha mantenido al menos hasta el año 2012 (AEMP, 2012).

Por otro lado, la agricultura de menor escala, principalmente para la producción de alimentos de consumo local y regional, es predominantemente desarrollada por pequeños productores que incluyen pueblos indígenas, comunidades campesinas y comunidades interculturales (Müller *et al.*, 2013) —las comunidades interculturales están conformadas por población migrante, principalmente de la región andina, antes denominada colonizadora, término que actualmente tiene una connotación peyorativa—. No obstante, hay una importante proporción de pequeños y medianos productores que aspiran a convertirse en exitosos productores de soya, en un proceso mediado en parte por las presiones y promesas de la agroindustria (Castañón Ballivián, 2012; 2024).

De manera particular, se ha observado un bajo potencial de transición en tierras indígenas en la Amazonía (Flores *et al.*, 2024). También se ha reportado que las tierras bajo propiedad colectiva, pertenecientes a comunidades indígenas, suelen estar menos deforestadas que aquellas pertenecientes a particulares, bajo tenencia individual y privada, por ejemplo en el Beni (Bottazzi y Dao, 2013; Paneque-Gálvez *et al.*, 2018), sobre todo cuando no hay un manejo adecuado de la cobertura forestal. Asimismo, la titularización colectiva de tierras para las comunidades indígenas suele tener efectos positivos, como lo evidencian Blackman *et al.* (2017), cuando confirman que dos años después de titularizar bosques en beneficio de comunidades

indígenas en la Amazonía peruana, se pudo reducir la deforestación en más de tres cuartos, y las perturbaciones, en dos tercios.

Paradójicamente, y en contra de la evidencia existente, gran parte de la población, e incluso algunos sectores académicos, siguen responsabilizando por la deforestación y los incendios a los actores interculturales cocaleros. No obstante, ninguno de los estudios mencionados (Czaplicki Cabezas, 2024; Hänggli *et al.*, 2023; Müller *et al.*, 2013; Müller *et al.*, 2014) sustentan que los cultivos de coca sean un factor determinante para la deforestación en la Amazonía boliviana. De hecho, el artículo de revisión mencionado previamente (Hänggli *et al.*, 2023) plantea que para Colombia los cultivos de coca no solo son una causa próxima menor para la deforestación, sino decreciente. De manera similar, en la Amazonía peruana se evidenció hasta un 22,4% de deforestación causada por los cultivos de coca entre los años 2011 y 2021 (García Díaz, 2024) y un estudio para toda la Amazonía concluye que los cultivos de coca no son una causa dominante directa de la deforestación (Dávalos *et al.*, 2016).

Este sesgo de interpretación probablemente esté asociado con la polarización emergente a partir de las transformaciones económicas y sociales en Bolivia catalizadas por la emergencia de los sucesivos Gobiernos del Movimiento al Socialismo (MAS) a partir de 2005. Estas transformaciones incidieron de manera particular en los actores relacionados con temas ambientales. Czaplicki (2023) señala que el discurso de la agroindustria se concentra en negar su preponderante responsabilidad en los incendios y la deforestación, mientras que culpa al Gobierno y a las comunidades interculturales incluso por su “pobreza y avaricia” al no deforestar con maquinaria. Esta línea discursiva demuestra lo que Soruco (2008) indicaba como rasgo común de las elites regionales: “su colonialidad, la relación de dominación y miedo al indígena”.

Por otro lado, Barriga Dávalos y Swift (2024) señalan que muchos movimientos ambientalistas en Bolivia culpan fácilmente a campesinos y cocaleros, generalmente un sector precario y empobrecido, reproduciendo un trasfondo racista. Consecuentemente, el silencio respecto al avance de los intereses agroindustriales, con marcadas excepciones, se hace funcional

a estos grupos empresariales, al desviar la atención de su contundente responsabilidad respecto a los conflictos socioecológicos en el país.

La expansión de un sector agroindustrial orientado a la exportación de mercancías, que es intensiva en capital y no en trabajo humano, fue posibilitada en gran parte por una relación clientelar con Gobiernos de los años setenta (Soruco, 2008) y décadas posteriores. Este tipo de producción, a la larga insostenible, se volvió altamente rentable en la Amazonía a través de incentivos perversos que incluyeron concesiones legalmente cuestionables de grandes extensiones de tierra, condonaciones de impuestos y la implantación de un subsidio ciego y regresivo a los hidrocarburos desde el año 2004, durante la presidencia de Carlos Mesa, y que se mantuvo durante los Gobiernos del MAS. Como resultado, el departamento de Santa Cruz ha generado el discursivamente llamado “modelo de desarrollo cruceño”, cuyas características se constituyen en los principales motores próximos de la deforestación en Bolivia.

Este modelo también está fuertemente relacionado con el uso del fuego. De manera análoga, pero a través de dinámicas diferentes, los incendios forestales que se producen cada vez con mayor intensidad y frecuencia en esta región también se asociaron en 2019 con las grandes propiedades empresariales y medianas (Fundación Tierra, 2019), que han sido responsables del 38% de los incendios entre 2019 y 2023 (Morales Escoffier, 2024). También se ha calculado que en el año 2024 el 46% de los incendios se originó en propiedades empresariales y medianas, según datos del Ministerio de Medio Ambiente y Agua y la Autoridad de Fiscalización y Control Social de Bosques y Tierra (Ibañez, 2024).

De forma general, el “modelo de desarrollo cruceño” implica la explotación y sobreexplotación de recursos como la tierra y el agua, generalmente a partir de la destrucción de bosques, y por tanto se relaciona con la expansión de la frontera agrícola sin necesariamente cuidar o mejorar su productividad, por lo que resulta insostenible (Albarracín Decker, 2015). Es así que, desde el siglo pasado, y obedeciendo a políticas de ocupación del oriente boliviano (Soruco, 2008), la frontera agrícola ha continuado ampliándose en desmedro de territorios indígenas, del bosque amazónico y de otros ecosistemas, principalmente para el cultivo de soya y la ganadería (Müller *et al.*, 2014).

Al generar márgenes altos de utilidad privada para grandes empresarios, con una baja inversión en riego y en prácticas de conservación de suelos o manejo de bosques, también genera altos costos sociales, que incluyen lo que implica convertirse en el paradigma productivo para productores pequeños que aspiran a alcanzar esa misma prosperidad.

Perspectivas históricas de la expansión agrícola mercantil en Bolivia

En Bolivia existe un quiebre importante entre la historia económica del occidente y del oriente del país, aunque ambas inician y se mantienen a partir de procesos extractivos. Desde mucho antes de la República, la región occidental andina se consolidó tempranamente como la más importante económicamente debido al auge de la minería de la plata, el oro y el estaño, sucesivamente, centrando el poder en la ciudad de La Paz (Soruco, 2008). En cambio, la región oriental, especialmente Santa Cruz y su élite, emergieron a partir del auge de la extracción de goma silvestre entre 1880 y 1915, y se asentaron sobre una lógica extractiva a costa de la pobreza y fragmentación de la población indígena; esta lógica estuvo subordinada a los mercados internacionales, pero se restringió a la escala regional (Soruco, 2008). Estos procesos generaron diferentes concentraciones de poder económico y político.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la “modernización” llegó junto con su teoría y se instaló en América Latina (Kay, 2005), propugnando una visión lineal del “desarrollo” y de la ruta de los países industrializados como aquella que el mundo “subdesarrollado” debía seguir. Al contraponer lo “moderno” a lo “tradicional”, se empieza a asumir la agricultura campesina y comunitaria como retrasada. Esto se refuerza mediante el establecimiento simbólico y discursivo de los grandes granjeros capitalistas de los países desarrollados como el paradigma al que debía aspirarse, enfatizando la lógica empresarial y la integración al mercado, a través de incentivos económicos y cambio cultural (Kay, 2005).

Este mito de la modernización impregnó las lógicas del Estado en Bolivia desde mediados del siglo XX (Orsag y Guzmán, 2021) y, por tanto, influyó a varios de los modelos agrícolas formulados posteriormente,

incluyendo aquel que tal vez mejor describe la agroindustria en el oriente boliviano: el modelo de la frontera basado en la explotación de recursos (Albarracín Deker, 2015). Este modelo de producción se relaciona con una concentración oligopólica de tierras y capital; en el caso de Bolivia, en un grupo reducido de personas que conforman la élite económica cruceña (Soruco, 2008), una característica típica de esta forma de producción (Mounier, 2016).

Por otro lado, en Bolivia también se trabaja pequeñas parcelas que pertenecen a campesinos y comunidades indígenas con modelos tradicionales, y que producen el 87,6% de los cultivos alimentarios del país (Czaplicki Cabezas, 2021). Entonces esta agricultura familiar coexiste en el país con una agricultura mecanizada principalmente vinculada a cultivos comerciales, que corresponde con el modelo de la frontera (Albarracín Deker, 2015). Esto significa que en Bolivia funciona un modelo bimodal que se constituye, en palabras de Mounier (2016), en una “máquina de producir pobreza”. Si bien la configuración productiva es hoy más compleja debido a la incorporación de nuevos actores durante la última década, los dos modos todavía se preservan mutuamente a partir de la reproducción de asimetrías en medios de producción y poder, anclados en un “engranaje capitalista” y en un contexto colonial (Soruco, 2008).

El poder y la concentración de la tierra en los hacendados del oriente boliviano empezó a tomar forma a finales del siglo XIX, al instaurarse las economías de enclave para la recolección de la goma en el país (Soruco, 2008; García Linera, 2013). Soruco va aún más allá al plantear que el *boom* de la goma, desde fines del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX, y, más tarde, la inversión estatal que comenzó en 1952, constituyen la “acumulación originaria” no solo para la burguesía cruceña local, sino para la agroindustria como la conocemos actualmente.

McMichael (2013) y Chagnon *et al.* (2022) señalan que el sector agrario acumula poder, capital y tierras particularmente durante los periodos neoliberales. Así también en Bolivia un momento posterior a la goma, pero determinante para la neooligarquía económica cruceña (Roca, 2001), fue la otorgación de grandes extensiones de tierra a privados durante la dictadura militar de Hugo Banzer Suárez (Soruco, 2008). Desde esos hitos

que marcaron su consolidación, este poder hacendal-patrimonial, como lo denomina García Linera (2013), continuó fortaleciéndose a partir de la explotación y el despojo de las comunidades indígenas, los bosques y sus recursos.

Este mismo grupo de interés se instala en el Estado (Soruco, 2008), adquiriendo e instrumentalizando su poder político. Es así como el Estado republicano se convierte en una prolongación del patrimonio y poder de empresarios y latifundistas del oriente boliviano (García Linera, 2013). Esta cooptación del Estado permite a un pequeño grupo privado controlar los factores de producción necesarios para la producción y exportación de mercancías. También durante el periodo neoliberal se reorganiza la agroindustria en torno principalmente a la soya, para responder a las demandas del mercado global, por lo que las compañías transnacionales empiezan a incidir de manera más directa y profunda en el Estado (Orsag y Guzmán, 2021). Es así que ocurre la introducción ilegal y luego el cabildeo para la “regularización” de la soya transgénica resistente al glifosato (evento 40-3-2), el único transgénico legal en Bolivia. Esta legalización se realiza primero a través de una Resolución Multimministerial durante el Gobierno de Carlos Mesa (Res. Multimministerial 1, de 7 de abril de 2005), que luego fue elevada a rango de Decreto Supremo durante el Gobierno de Rodríguez Veltzé (D. S. 28225, de 1 de julio de 2005).

A diferencia del occidente del país, donde los pueblos originarios y campesinos se organizaron en sindicatos y mantuvieron en alguna medida el control territorial, en el oriente el poder hacendal-empresarial mantuvo el dominio sobre las comunidades indígenas, sobre el acceso a la tierra, y sobre la fuerza de trabajo incluso con relaciones de servidumbre y semiesclavitud, y controlando a las comunidades alejadas mediante la provisión exclusiva de bienes a estas (García Linera, 2013).

A partir de los avances reivindicativos de los movimientos sociales e indígenas, el proceso electoral de 2005 constituyó un punto de inflexión en la ruptura del Estado con el poder oligárquico que ha dominado formal o informalmente la toma de decisiones en la sociedad cruceña, imponiendo frecuentemente los intereses empresariales sobre el interés colectivo.

No obstante, y a pesar de los avances en la consolidación de derechos individuales y colectivos, la influencia deletérea de estos grupos regionalmente hegemónicos no ha sido desmontada aún, ya que el empresariado del oriente sigue blandiendo su poder político y económico para influenciar al Estado a nivel local, regional y nacional en función de sus intereses.

Motores ulteriores: implicaciones geopolíticas globales

Todos los modelos productivos tienen una dimensión internacional cuya comprensión permite dilucidar la manera en que los motores próximos se vinculan con los motores ulteriores. Esto adquiere más relevancia cuando la naturaleza extractiva de fenómenos como la deforestación también se relaciona con factores geopolíticos. Por ejemplo, Lambin *et al.* (2001) resaltan la determinante influencia de las fuerzas globales sobre el cambio de uso de suelo.

Si se asumen las insostenibles prácticas productivas agroindustriales como motor próximo de la deforestación, las presiones emanadas del mercado que influyen sobre los precios de las mercancías producidas conforman el motor ulterior (Hänggli *et al.*, 2023), es decir, sobre la soya y, más recientemente, sobre la carne en el caso boliviano. Si bien esta influencia externa se diferencia para la producción de la soya y de carne, hay una interrelación mediada por costos de oportunidad. Estas presiones pueden manifestar un efecto de manera inmediata o acumularse hasta que existan las posibilidades productivas o puntos de quiebre, como en el caso de la carne bovina.

También Lapola *et al.* (2023) han vinculado la deforestación con la demanda del mercado global por productos mercantiles (*commodities*). En esa misma línea, Leblois *et al.* (2017) sugieren que el comercio agrícola internacional es uno de los principales predictores de la deforestación en muchos países en desarrollo.

Por otro lado, Rudel (2007) sugiere que los regímenes neoliberales influyeron fuertemente en los factores que ocasionan deforestación tropical. Más recientemente, Abman y Lundberg (2020) encontraron un incremento significativo de la deforestación en respuesta a la liberalización comercial. Ilustrando esto, un estudio en el Brasil reportó que las provincias

que se abrían al mercado global registraban un aumento en la deforestación (Faría y Almeida, 2016). Esta evidencia apunta a que las medidas de neoliberalización del comercio en los países en desarrollo posiblemente instigan la deforestación.

En el contexto sudamericano, el impacto de una mercancía particular es notable. Mientras que Song *et al.* (2021) postulan que la expansión de la soya es el principal motor próximo de la tala de bosques en todo el continente, considerando datos entre los años 2000 y 2019, Müller *et al.* (2014) concluyeron que para Bolivia la carne vacuna, en primer lugar, junto con la soya, son las principales causas próximas de la deforestación. La soya, altamente dependiente de la demanda internacional de mercancías, es una de las causas ulteriores de la ampliación de la frontera agrícola y, por ende, de la deforestación en el Amazonas.

Las presiones externas no se reducen solamente a la demanda de mercado; también existen las “presiones de oferta”, es decir aquellas que existen sobre los productores para que desarrollen formas específicas de producción. Por ejemplo, cerca del 100% de las semillas genéticamente modificadas de soya que se utilizan en Bolivia las producen las corporaciones Monsanto y Syngenta, y provienen de la Argentina; solamente cuatro empresas controlan su importación al país (McKay, 2017). Este oligopolio genera desarticulación de la producción de soya respecto a otros sectores de la economía nacional, al responder predominantemente a las fluctuaciones del mercado externo y al favorecer el carácter extractivo de este tipo de producción y comercialización. En palabras de McKay (2017): “grandes corporaciones multinacionales monopolizan las industrias extractivas en esta fase del capitalismo global que se asemeja a la era colonial”. Si bien el sistema capitalista imperante determina las relaciones de poder en todos los países, su efecto es más directo a través de monopolios monopsonios en economías con sistemas regulatorios insuficientes.

La capacidad de control sobre las cadenas de suministro de las grandes corporaciones obtenida durante los periodos neoliberales (Chagnon *et al.*, 2022) no solo refuerza el intercambio económico desigual y la concentración asimétrica del poder entre el centro y la periferia del sistema-mundo, sino que, como lo señala Mounier (2016), induce a una dependencia de los países

desarrollados y de los actores más vulnerables a estas semillas “mejoradas” y a los agroquímicos asociados. Consecuentemente, la demanda de materia prima está ligada a potenciales impactos socioecológicos.

El intercambio desigual entre países desarrollados y países en desarrollo, es decir, la compra de materia prima en una dirección y la compra de tecnología en la otra (Arghiri, 1972), también permite explicar mejor la deforestación en la Amazonía boliviana, pues uno de los motores subyacentes, que es paradójicamente poco mencionado fuera de los espacios académicos, es la demanda mundial de productos básicos o mercancías agrícolas.

Esta es una de las razones por las que McKay (2017) describe como “extractivismo agrario” la producción de soya en Bolivia, resaltando el carácter extractivo de la producción y exportación a gran escala en respuesta a la demanda global. Dicho autor distingue esta agricultura capitalista de la agricultura industrial en base a cuatro características: i) gran producción con poco procesamiento y orientada a la exportación; ii) concentración y desarticulación de cadenas de valor; iii) degradación ambiental intensa y iv) deterioro de las oportunidades y condiciones de trabajo. Como consecuencia, el agronegocio en América Latina consolida el monocultivo y la concentración de la tierra, además de profundizar los impactos ecológicos, en sintonía con las medidas neoliberales del Consenso de Washington, al que Svampa (2013) denomina el “Consenso de las Mercancías” (“Commodities Consensus”).

Dado que las regiones tropicales albergan las tierras más aptas para la producción agrícola (Byerlee *et al.*, 2014), no es sorpresa que, como resultado de la globalización, gran parte de las tierras cultivadas y de la producción se establezcan en los países del sur, mientras que la capacidad de consumo y sobreconsumo se haya desarrollado principalmente en los países del norte. Esta disociación espacial entre la producción y el consumo puede enmascarar las interrelaciones hombre-naturaleza (Bengochea Paz *et al.*, 2022) al deslocalizar los impactos asociados al consumo, precisamente como la deforestación, desplazándola a lugares ecológicamente más sensibles en países en desarrollo (Abman y Lundberg, 2020).

Esta separación entre producción y consumo se constituye en un motor subyacente importante de la deforestación (Boucher *et al.*, 2011). Esto es

evidente en el caso particular de la soya, que es la principal fuente de proteína del alimento animal, al que se destina el 85% de la producción (Voora *et al.*, 2020), y que se desarrolla principalmente en América del Sur (50%) (Song *et al.*, 2021). Si bien Bolivia exporta soya mayormente al continente sudamericano (Reis *et al.*, 2023), por lo general esta mercancía se exporta de forma masiva principalmente a China y a Europa (Voora *et al.*, 2020). Por ello resulta importante analizar la manera en que fluye lo extraído de la periferia al centro del sistema-mundo.

Los impactos locales de la producción en el sur y su relación con el consumo del norte pueden analizarse a partir del concepto de “deforestación incorporada” (*embodied deforestation*) en dicho flujo comercial (Cuypers *et al.*, 2013). Esto quiere decir que puede asumirse que la deforestación causada en un país para satisfacer las necesidades de otro está “incorporada” en los productos que finalmente son consumidos en el norte, tal como sucede con el consumo de agua (Han *et al.*, 2018) o con las emisiones de gases de efecto invernadero (Davis y Caldeira, 2010).

Consecuentemente, las regiones que exportan mayor deforestación incorporada en productos agrícolas son generalmente las mismas regiones donde ocurre la mayor parte de la deforestación (Cuypers *et al.*, 2013). La Unión Europea importó cerca del 36% de la deforestación incorporada en productos agropecuarios, asociada principalmente con la soya y la palma de aceite (Cuypers *et al.*, 2013), mientras que la China ha aumentado en un 2.000% la importación de soya proveniente del Brasil (Song *et al.* 2021, con datos de la FAO), para poder satisfacer su mercado interno y la demanda externa de sus industrias. Dado que se estima que en los próximos años la demanda de soya en el sistema-mundo va a aumentar (Cuypers *et al.*, 2013), también se incrementará la presión internacional sobre los bosques de América Latina. Esta presión internacional se manifiesta de manera indirecta sobre Bolivia, que exporta principalmente a la región andina (Reis *et al.*, 2023)

La demanda internacional vinculada con la deforestación resulta de un sistema de consumo y sobreconsumo mundial, y no de las necesidades relacionadas con la seguridad alimentaria de la población local. En otras palabras, los países en desarrollo son ahora los encargados de proveer

productos necesarios para mantener los patrones de consumo suntuario y el crecimiento económico de los países desarrollados (Stier y Siebert, 2003). De esta manera, el manejo de conflictos e impactos graves, como la deforestación, recae en los países en desarrollo, como Bolivia, y sin un análisis sistémico, la responsabilidad de encontrar una vía sostenible también se asigna de forma desproporcionada a dichos países.

Consecuencias ecológicas e hidroclimáticas: los riesgos de un punto de no retorno

Los impactos de la deforestación en la Amazonía se suman a aquellos provocados por la variabilidad climática, potencialmente asociada al cambio climático. Una de las principales consecuencias de la deforestación es su efecto en la retroalimentación (*feedback*) entre el bosque y las lluvias sobre el sistema amazónico, incluyendo sus impactos en la biodiversidad. Estos efectos principalmente hidroclimáticos de la deforestación no solo son locales, sino que tienen alcances regionales e incluso globales (Malhi *et al.*, 2008; Malhi y Phillips, 2004)

Los bosques tropicales tienen altas tasas de evapotranspiración; la interdependencia entre el bosque amazónico y las dinámicas hidroclimáticas locales y regionales ha recibido amplia atención (Staal *et al.*, 2015, 2018; Xu *et al.*, 2022; Zemp *et al.*, 2017). Se estima que un tercio de la humedad que producen las lluvias en la región amazónica proviene del ciclo de evapotranspiración del bosque (Davidson *et al.*, 2012). Por otro lado, durante las temporadas secas, la principal fuente de humedad es la transpiración de los árboles (Staal *et al.*, 2018).

Durante las últimas décadas se han producido múltiples cambios con respecto a la hidroclimatología del bosque amazónico. Estos cambios, además, varían espacialmente en esta región. Si bien en el noroeste de la región las lluvias aumentan, en parte debido al aumento de las temperaturas del océano Atlántico (Gloor *et al.*, 2013), en el sudeste de la Amazonía, es decir, en la región que abarca la Amazonía boliviana, se observa una reducción de la humedad y una disminución de los días de lluvia, lo que implican un

aumento de días secos (Espinoza *et al.*, 2019; Molina-Carpio *et al.*, 2017). Esto se traduce en temporadas secas prolongadas y más agudas.

En esta región, las lluvias dependen fuertemente de la transpiración local de los árboles (Staal *et al.*, 2018). En consecuencia, al desecamiento ya registrado se suma el efecto de la deforestación, intensificando una dinámica de degradación del bosque (Staal *et al.*, 2015).

Las variaciones de las condiciones climáticas y de la estacionalidad tienen mucha importancia para el bosque y ya han generado cambios en el sistema. Ya se ha producido un cambio en la composición de especies vegetales, con un predominio de especies resistentes a la sequía, mientras que las especies adaptadas a la humedad presentan una alta mortalidad (Esquivel-Muelbert *et al.*, 2019). Esto es evidente especialmente en las regiones donde la época seca se intensifica. Por otro lado, también se han reportado efectos de estos cambios del ciclo hidrológico en el rendimiento de la producción agrícola de la soya en el Brasil (De Souza Batista *et al.*, 2023) y en Bolivia (Czaplicki, 2024). Es decir que esta retroalimentación no es solo ecológica-hidrológica, sino también socioecológica.

Entender los mecanismos de retroalimentación emergentes de la interdependencia entre los bosques y las dinámicas hidrológicas locales y regionales resulta fundamental para identificar los llamados puntos de quiebre o de no retorno (en inglés, los *tipping points*) (Scheffer *et al.*, 2012). Estos mecanismos autoamplifican un proceso dentro de un sistema, lo que deriva en la pérdida de su capacidad de resiliencia hasta sobrepasar un cierto umbral o punto crítico, a partir del cual se establece otro estado diferente (Kéfi, 2012).

En el caso del bosque amazónico, y en Bolivia en particular, estos factores contribuyen a alimentar el bucle de retroalimentación que degrada el bosque y que podría conducir a un cambio irreversible de su ciclo hidrológico, que ya no podría mantenerse (Nepstad *et al.*, 2008; Xu *et al.*, 2022). Por otro lado, esta retroalimentación entre el desecamiento progresivo y la deforestación también aumenta el riesgo de incendios, reduciendo la resiliencia de los bosques y conduciendo al sistema hacia otro estado alternativo, como el de sabana (Staal *et al.*, 2015).

Estas dinámicas hidroclimáticas ocurren a una escala más amplia, pues implican tanto el efecto de la deforestación a nivel regional en toda la Amazonía, como los efectos del cambio climático en general. En este sentido, la deforestación necesita ser analizada a nivel regional y global, y no solo local. Así por ejemplo, dado que el Brasil es el principal proveedor de lluvia para países como Bolivia, Perú Colombia y Ecuador (Flores *et al.*, 2024), las causas próximas e ulteriores de la deforestación en ese país pueden influenciar sobre los cambios hidroclimáticos en Bolivia y, por tanto, afectar potencialmente la conservación del bosque amazónico boliviano.

Por todo ello, la cadena de causalidad entre motores ulteriores, motores próximos y mecanismos de retroalimentación ayudan a explorar la manera en que los patrones de producción y consumo del primer mundo estarían transformando irreversiblemente la región amazónica.

Extractivismo: ¿es suficiente para entender la complejidad de la deforestación en la ecología-mundo?

Algunos autores etiquetan el modo de producción agropecuaria a gran escala y principalmente destinada a la exportación en América Latina como “extractivismo”, equiparándolo con la minería y el aprovechamiento hidrocarbúrico (Gudynas, 2010). El “extractivismo” es usado frecuentemente como atributo de un Estado, o de su modelo de desarrollo, aunque la categoría “extractivismo agrario” aplicada para la soya en Bolivia por McKay (2017) pone en evidencia la naturaleza profundamente capitalista de este modelo. En este sentido, existen importantes consideraciones que deben tomarse en cuenta al analizar la deforestación como fenómeno complejo fruto de una relación extractivista dentro del sistema-mundo imperante.

Desde un enfoque transnacional, el “extractivismo” puede dejar de verse como un exceso o un error de políticas para entenderse, en cambio, más como una característica del sistema-mundo donde se estructuran “territorios coloniales y metrópolis imperiales” (Machado Araoz, 2015). Recientemente, en una revisión amplia que vincula este concepto con procesos históricos y relaciones asimétricas globales, Chagnon (2022) cita a Mintz (1986) cuando

este plantea que las plantaciones de caña de azúcar en las colonias británicas fueron las primeras iteraciones de la acumulación capitalista industrial. Esta forma de producción de monocultivo a gran escala se ha mantenido casi intacta, reemplazando el trabajo esclavo por trabajo de grupos subalternos generalmente racializados (Wolford, 2021). Es decir, sería el origen de lo que ahora conocemos como extractivismo agrario o agroextractivismo (Chagnon *et al.*, 2022; Veltmeyer y Ezquerro-Cañete, 2023). En esta misma línea, Malcolm Ferdinand (2019) propone que la colonización y el esclavismo no solo fueron un momento de violencia y genocidio, sino de transformación del mundo en una “fábrica gigante” o en una “economía de la plantación”. Por ello, en contraposición al concepto homogeneizador de Antropoceno, y para definir nuestra era con mayor precisión, plantea el de “Plantacionoceno”.

Por otro lado, Friedman y McMichael (1989) afirman que el modelo capitalista estadounidense surgió orientado a la exportación, en base a la mecanización y a agroquímicos. Obviamente, esto fue posibilitado también por la acumulación por desposesión de territorios indígenas. Este modelo fue luego exportado al mundo, siendo el inicio y la base de la agricultura “extractivista” global (Bauer *et al.*, 2022; Chagnon *et al.*, 2022). Así también, se destaca el rol de la cuestión agraria en la configuración del sistema-mundo mercantil con un centro y una periferia; en la actual situación la problemática se define como una nueva forma de colonialismo, e incluso como un imperialismo extractivo (Petras y Veltmeyer, 2014).

Los artículos mencionados (Chagnon *et al.*, 2022; Ferdinand, 2019; Petras y Veltmeyer, 2014; Veltmeyer y Ezquerro-Cañete, 2023) localizan en la colonización y en el sistema capitalista el origen no solo del llamado “agroextractivismo” actual, sino incluso el origen de la crisis ecológica. De la misma manera, el concepto de “imperialismo ecológico” puede ser un marco para entender:

el saqueo de recursos de países de la periferia para el beneficio del centro y la consiguiente transformación de ecosistemas enteros de los cuales estados y naciones dependen, movimientos masivos de trabajo y población vinculados a la extracción y transferencia de recursos [...], y en conjunto, la creación de una *discontinuidad metabólica* global (Bellamy Foster y Clark, 2004).

De ahí que Petras y Veltmeyer (2014) asocien la cuestión agraria en el siglo actual con un imperialismo extractivo. Todas estas perspectivas son útiles para replantear el término ‘extractivismo’, resituar su inicio y evolución, y reenfocar sus aplicaciones a partir de aproximaciones más integrales.

Como se planteó anteriormente, el concepto emergente de “deforestación incorporada” ayuda a entender la vinculación de los impactos de la deforestación al consumo, y no solamente a la producción. Sin embargo, el interés académico y político en buscar respuestas locales hacia la sostenibilidad hace que el foco de análisis se mantenga en los países que aún tienen una gama amplia de trayectorias de desarrollo, y no en aquellos que ya han “consolidado” o más bien “anquilosado” su desarrollo, en parte beneficiándose de los procesos coloniales (Ferdinand, 2019). Esto hace que el “extractivismo”, incluso tomando en cuenta el criterio de la exportación, siga comprendiéndose como un proceso local, centrado en los países de producción y/o extracción, que por lo general son los países colonizados del Sur Global. Y, por tanto, se sigue direccionando la responsabilidad hacia estos países y sus habitantes.

El uso de la etiqueta “extractivista” sin vincularla a un sistema global y a una historia colonial llega a ser incompleto e insuficiente para abordar la deforestación amazónica. Más aún, su uso indiscriminado y acrítico puede contribuir a lo que Enrique Leff (2005) llama “explotación conservacionista”, es decir, un sistema que explota y extrae recursos del sur para el consumo del norte, generando impactos sociales, ecológicos y climáticos deslocalizados, mientras que paralelamente exige y presiona a estos mismos países para conservar y asumir los costos de esta explotación desmedida y en provecho de las clases dominantes nacionales e internacionales.

Un abordaje incompleto puede caer en el error de asumir que la agricultura capitalista es un modelo que funciona y entender el “extractivismo” solamente como una distorsión de este. Por ejemplo, Ye *et al.* (2019) afirman que el capital tuvo un “un papel históricamente progresivo en el desarrollo de las fuerzas productivas”, haciéndolo de alguna forma sostenible, mientras que el “extractivismo” estaría haciendo lo contrario, degenerándolas con una dinámica parasitaria y generando altos impactos ambientales. Esta perspectiva del “extractivismo” no vinculado a la ecología-mundo imperante

propone la necesidad de combatirlo como dinámica independiente, para “lavar-blanquear” o “lavar-verdear” el capitalismo, y así mantenerlo de alguna forma.

Conclusiones

La relación entre el sector agroindustrial y la deforestación en la Amazonía boliviana es incontrovertible. Las principales causas directas de la deforestación en Bolivia entre 1992 y 2010 fueron la agroindustria y la ganadería; ambas son responsables del 81% de la deforestación durante ese periodo (Müller *et al.*, 2013; Müller *et al.*, 2014). Esta relación causa-efecto se ha profundizado en los años posteriores. Asimismo, debido a su origen y naturaleza, estas actividades productivas no contribuyen significativamente al crecimiento y a la diversificación de la economía interna de los países, mientras que sí tienen una alta dependencia de las presiones de la demanda internacional. Este vínculo inquebrantable entre estos sectores y el mercado mundial de mercancías los hace presa y motor perpetuador de asimetrías entre el Sur Global –que incluye a Bolivia– y el Norte Global.

La trayectoria productiva de la Amazonía boliviana comenzó con la extracción de recursos valiosos, como la goma y la castaña, y hoy en día está dominada por incentivos perversos estructurales para la ampliación de la frontera agrícola y la expansión de tierras a costa de territorios indígenas y ecosistemas. Desde la consolidación de un poder oligárquico latifundista a partir de la concesión indiscriminada de territorios amazónicos durante el periodo neoliberal, se ha mantenido y profundizado la concentración de tierras, recursos y capital en esa élite reducida de hacendados y empresarios.

Este modelo, que se ha difundido como el “exitoso modelo cruceño”, es el principal motor de la deforestación en la Amazonía boliviana; además, está asociado con el despojo histórico y con la continua subordinación de comunidades indígenas, campesinas e interculturales. Esta doble opresión del sector agropecuario industrial sobre las poblaciones indígenas y la naturaleza es, a su vez, fuertemente condicionada por el mercado internacional y las relaciones económicas globales en la ecología-mundo capitalista.

A nivel mundial, la agricultura industrial ha sido también confirmada como el factor determinante de deforestación (Hosonuma *et al.*, 2012). En el bioma amazónico el principal motor ulterior de la deforestación es el mercado internacional y las presiones que impone (Hänggli *et al.*, 2023), mientras que en Bolivia la demanda internacional de productos agrícolas como la soya es claramente una causa principal de la deforestación (Müller *et al.*, 2014).

Así también, existe amplia evidencia de que la liberalización comercial y el acceso “libre” a los mercados globales incrementan la deforestación (Abman y Lundberg, 2020; Faria y Almeida, 2016; Rudel, 2007). Estos resultados son particularmente esclarecedores, pues alertan sobre los impactos socioecológicos de medidas de carácter neoliberal que pretenden liberalizar el comercio en los países en desarrollo, comprendiendo que posiblemente estas van a azuzar la deforestación.

La producción de la soya en Bolivia y en la región ha sido caracterizada como “extractivismo agrario”. Sin embargo, esta categoría por sí sola, y sin ser vinculada a la ecología-mundo capitalista, es insuficiente para abordar problemas socioecológicos que no son solo locales sino también regionales y globales, y que son consecuencia de las asimetrías históricas coloniales. Consecuentemente, la deforestación incorporada en este modo de producción no se debe solamente a acciones u omisiones locales, sino que también responde a una configuración económica, política, social y ecológica del mundo.

Esta configuración mantiene y amplía las desigualdades históricas entre países desarrollados y países en desarrollo. A su vez, permite también identificar a los países europeos, a Estados Unidos y al Norte Global como responsables ulteriores de conflictos socioecológicos tales como la deforestación, mediados por el mercado. Por lo tanto, el extractivismo no es una “lógica” de desarrollo, sino la suma de relaciones de intercambio desigual, que deben ser desmontadas y reconstruidas.

Por esta razón, nuestro planteamiento teórico se ancla en entender el “extractivismo” como el conjunto agregado de relaciones socioecológicas que generan intercambio desigual entre la periferia y el centro del sistema-mundo, reconfigurando la ecología-mundo. Así, el “extractivismo” depende fuerte, aunque no absolutamente, de factores geopolíticos, y de asimetrías

de poder pasadas y presentes. No reconocer la interrelación entre estas distintas escalas de causalidad en el análisis de problemáticas locales o regionales, como la deforestación, puede generar un abordaje incompleto y sesgos neoliberales en las reflexiones sobre las alternativas y soluciones. Esto no libera de responsabilidades a los Gobiernos, actores e instituciones locales, pero podría permitir lograr el salto de la crítica ahistórica de políticas de desarrollo a la formulación de soluciones estructurales de la magnitud necesaria para detener, e incluso revertir, problemas como la deforestación amazónica.

Fecha de recepción: 16 de septiembre de 2024
Fecha de aceptación: 17 de noviembre de 2024

Bibliografía

Abman, Ryan y Lundberg, Clark (2020). “Does Free Trade Increase Deforestation? The Effects of Regional Trade Agreements”. *Journal of the Association of Environmental and Resource Economists*, 7 (1): 35-72.

AEMP – Autoridad de Fiscalización y control social de empresas (2012). “Estudio del producto primario de la soya”. La Paz: AEMP.

Albarracín Deker, Jorge (2015). *Estrategias y planes de desarrollo agropecuario en Bolivia: la construcción de la ruta del desarrollo sectorial*. Colección 30 aniversario. La Paz: CIDES-UMSA y Plural.

Arghiri, Emmanuel (1972). *El intercambio desigual: ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bauer, Tina N., Jong, Wil de e Ingram, Verina (2022). “Perception matters: an Indigenous perspective on climate change and its effects on forest-based livelihoods in the Amazon”. *Ecology and Society*, vol. 27, issue 1, art. 17.

- Bellamy Foster, John y Clark, Brett (2004). *Imperialismo ecológico, La maldición del capitalismo*. Socialist Register 2004: El nuevo desafío imperial. Buenos Aires: CLACSO.
- Bengochea Paz, Diego, Henderson, Kirsten y Loreau, Michel (2022). “Habitat percolation transition undermines sustainability in social-ecological agricultural systems”. *Ecology Letters*, 25 (1): 163-176.
- Blackman, Allen, Corral, Leonardo, Lima, Eirivelthon Santos y Asner, Gregory P. (2017). “Titling indigenous communities protects forests in the Peruvian Amazon”. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 114 (16): 4123-4128.
- Bottazzi, Patrick y Dao, Hy (2013). “On the road through the Bolivian Amazon: A multi-level land governance analysis of deforestation”. *Land Use Policy*, 30 (1): 137-146.
- Boucher, Doug, Elias, Pipa, Lininger, Katherine, May-Tobin, Calen, Roquemore, Sarah y Saxon, Earl (2011). *The root of the problem, What driving deforestation today*. Cambridge, MA: The Union of Concerned Scientists (UCS).
- Byerlee, Derek, Stevenson, James y Villoria, Nelson (2014). “Does intensification slow crop land expansion or encourage deforestation?”. *Global Food Security*, 3 (2): 92-98.
- Castañón Ballivián, Enrique (2014). “Cuando la soya se impone: transformaciones en las comunidades campesinas y sus implicaciones alimentarias”. En: *Cuestión Agraria*, 1 (1), septiembre: 27-53
- Castañón Ballivián, Enrique (2024). “Beyond simplistic narratives: Dynamic farmers, precarity and the politics of agribusiness expansion”. *Journal of Agrarian Change*, 24 (4): e12602.
- Chagnon, Christopher W., Durante, Francesco, Gills, Barry K., Hagolani-Albov, Sophia E., Hokkanen, Saana, Kangasluoma, Sohvi M. J., Konttinen, Heidi, Kröger, Markus, LaFleur, William, Ollinaho, Ossi y Vuola, Marketta P. S. (2022). “From extractivism to global extractivism:

the evolution of an organizing concept”, *The Journal of Peasant Studies*, 49 (4): 760-792.

Cuyppers, Dieter, Geerken, Theo, Gorissen, Leen, Lust, Arnoud, Peters, Glen, Karstensen, Jonas, Prieler, Sylvia, Fischer, G., Hizsnyik, Eva y Van Velthuizen, Harrij (2013). *The impact of EU consumption on deforestation: Comprehensive analysis of the impact of EU consumption on deforestation*. Technical Report - 2013 - 063. Final Report. Bélgica: European Comission

Czaplicki Cabezas, Stanislaw (2024). *Las finanzas grises del agronegocio en Bolivia y su rol en la deforestación*. La Paz: Alianza por la Solidaridad y Action Aid.

Czaplicki, Stanislaw y Tyldesley, María (2024). “Deforestation and climate change threaten Bolivia’s soy sector”. *Trase Insights*, 3 de septiembre de 2024.

Czaplicki, Stasiak (2023). “Bolivia: no hay humo sin fuego, reflexiones sobre la batalla de narrativas”, *Revista Nómadas*, 26 de octubre de 20223.

Dávalos, Liliana M., Sánchez, Karina M. y Armenteras, Dolors (2016). “Deforestation and Coca Cultivation Rooted in Twentieth-Century Development Projects”. *BioScience*, 66 (11): 974-982.

Davidson, Eric A., Araújo, Alessandro C. de, Artaxo, Paulo, Balch, Jennifer K., Brown, I. Foster, C. Bustamante, Mercedes M., Coe, Michael T., DeFries, Ruth S., Keller, Michael, Longo, Marcos, Munger, J. William, Schroeder, Wilfrid, Soares-Filho, Britaldo S., Souza, Carlos M. y Wofsy, Steven C. (2012). “The Amazon basin in transition”. *Nature*, 481 (7381): 321-328.

Davis, Steven J. y Caldeira, Ken (2010). “Consumption-based accounting of CO2 emissions”. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 107 (12): 5687-5692.

De Souza Batista, Fabiana, Duku, Confidence y Hein, Lars (2023). “Deforestation-induced changes in rainfall decrease soybean-maize yields in Brazil”. *Ecological Modelling*, vol. 486: 110533.

Díaz, Sandra, Demissew, Sebsebe, Carabias, Julia, Joly, Carlos, Lonsdale, Mark, Ash, Neville, Larigauderie, Anne, Adhikari, Jay Ram, Arico, Salvatore y Báldi, Andrés (2015). “The IPBES Conceptual Framework - connecting nature and people”, *Current opinion in environmental sustainability*, vol. 14: 1-16.

Espinoza, Jhan Carlo, Sörensson, Anna A., Ronchail, Josyane, Molina-Carpio, Jorge, Segura, Hans, Gutierrez-Cori, Omar, Ruscica, Romina, Condom, Thomas y Wongchuig-Correa, Sly (2019). “Regional hydro-climatic changes in the Southern Amazon Basin (Upper Madeira Basin) during the 1982–2017 period”. *Journal of Hydrology: Regional Studies*, vol. 26: 100637.

Esquivel-Muelbert, Adriane, Baker, Timothy R., Dexter, Kyle G., Lewis, Simon L., Brienen, Roel J. W., Feldpausch, Ted R., Lloyd, Jon, Monteagudo-Mendoza, Abel, Arroyo, Luzmila, Álvarez-Dávila, Esteban, Higuchi, Niro, Marimon, Beatriz S., Marimon-Junior, Ben Hur, Silveira, Marcos, Vilanova, Emilio, Gloor, Emanuel, Malhi, Yadvinder, Chave, Jérôme, Barlow, Jos, Bonal, Damien, Davila Cardozo, Nallaret, Erwin, Terry, Fauset, Sophie, Hérault, Bruno, Laurance, Susan, Poorter, Lourens, Qie, Lan, Stahl, Clement, Sullivan, Martin J. P., Steege, Hans ter, Vos, Vincent Antoine, Zuidema, Pieter A., Almeida, Everton, Almeida de Oliveira, Edmar, Andrade, Ana, Vieira, Simone Aparecida, Aragão, Luiz, Araujo-Murakami, Alejandro, Arets, Eric, Aymard C, Gerardo A., Baraloto, Christopher, Camargo, Plínio Barbosa, Barroso, Jorcely G., Bongers, Frans, Boot, Rene, Camargo, José Luís, Castro, Wendeson, Chama Moscoso, Victor, Comiskey, James, Cornejo Valverde, Fernando, Lola da Costa, Antonio Carlos, Aguila Pasquel, Jhon del, Di Fiore, Anthony, Fernanda Duque, Luisa, Elias, Fernando, Engel, Julien, Flores Llampazo, Gerardo, Galbraith, David, Herrera Fernández, Rafael, Honorio Coronado, Eurídice, Hubau, Wannes, Jimenez-Rojas, Eliana, Lima, Adriano José Nogueira, Umetsu, Ricardo Keichi, Laurance, William, Lopez-Gonzalez, Gabriela, Lovejoy, Thomas, Aurelio Melo Cruz, Omar, Morandi, Paulo S., Neill, David, Núñez Vargas, Percy, Pallqui Camacho, Nadir C., Parada Gutierrez, Alexander, Pardo, Guido,

Peacock, Julie, Peña-Claros, Marielos, Peñuela-Mora, Maria Cristina, Petronelli, Pascal, Pickavance, Georgia C., Pitman, Nigel, Prieto, Adriana, Quesada, Carlos, Ramírez-Angulo, Hirma, Réjou-Méchain, Maxime, Restrepo Correa, Zorayda, Roopsind, Anand, Rudas, Agustín, Salomão, Rafael, Silva, Natalino, Silva Espejo, Javier, Singh, James, Stropp, Juliana, Terborgh, John, Thomas, Raquel, Toledo, Marisol, Torres-Lezama, Armando, Valenzuela Gamarra, Luis, Meer, Peter J. van de, Heijden, Geertje van der, Hout, Peter van der, Vasquez Martinez, Rodolfo, Vela, Cesar, Vieira, Ima Célia Guimarães y Phillips, Oliver L. (2019). “Compositional response of Amazon forests to climate change”. *Global Change Biology*, 25 (1): 39-56.

Faria, Weslem Rodrigues y Almeida, Alexandre Nunes (2016). “Relationship between openness to trade and deforestation: Empirical evidence from the Brazilian Amazon”. *Ecological Economics*, vol. 121: 85-97.

Fearnside, Phillip (2017). “Deforestation of the Brazilian Amazon”. En: Fleming, Lora, Tempini, Niccolò, Gordon-Brown, Harriet, Nichols, Gordon L., Sarran, Christophe y Leonelli, Sabina. *Oxford Research Encyclopedia of Environmental Science*. DOI: 10.1093/acrefore/9780199389414.013.541

Ferdinand, Malcom (2019). *Une écologie décoloniale-Penser l'écologie depuis le monde caribéen*. París: SEUIL.

Fisher, Joshua B., Whittaker, Robert J. y Malhi, Yadvinder (2011). “ET come home: potential evapotranspiration in geographical ecology”. *Global Ecology and Biogeography*, 20 (1): 1-18.

Flores, Bernardo M., Montoya, Encarni, Sakschewski, Boris, Nascimento, Nathália, Staal, Arie, Betts, Richard A., Levis, Carolina, Lapola, David M., Esquivel-Muelbert, Adriane, Jakovac, Catarina, Nobre, Carlos A., Oliveira, Rafael S., Borma, Laura S., Nian, Da, Boers, Niklas, Hecht, Susanna B., Ter Steege, Hans, Arieira, Julia, Lucas, Isabella L., Berenguer, Erika, Marengo, José A., Gatti, Luciana V., Mattos, Caio R. C. y Hirota, Marina (2024). “Critical transitions in the Amazon forest system”. *Nature*, 626 (7999): 555-564.

Friedman, Harriet y McMichael, Philip (1989). "The rise and decline of national agricultures, 1870 to the present". *Sociologia ruralis*, 29 (2): 93-117.

Fundación Tierra (2019). "Fuego en Santa Cruz, Balance de los incendios forestales 2019 y su relación con la tenencia de la tierra". Documento de trabajo, octubre.

García Díaz, Jaime A. (2024). *Una aproximación a la deforestación por cultivos de coca en el Perú (2011-2021)*. Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) - USAID.

García Linera, Álvaro (2013). *Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal y acumulación capitalista*, La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Geist, Helmut J. y Lambin, Eric F. (2002). "Proximate Causes and Underlying Driving Forces of Tropical Deforestation". *BioScience*, 52 (2): 143.

Gloor, M., Brienen, R. J. W., Galbraith, D., Feldpausch, T. R., Schöngart, J., Guyot, J.-L., Espinoza, J. C., Lloyd, J. y Phillips, O. L. (2013). "Intensification of the Amazon hydrological cycle over the last two decades". *Geophysical Research Letters*, 40 (9): 1729-1733.

Gudynas, Eduardo (2010). "Agropecuaria y nuevo extractivismo bajo los gobiernos progresistas de América del Sur". *Territorios*, 5 (1): 37-54.

Han, M. Y., Chen, G. Q. y Li, Y. L. (2018). "Global water transfers embodied in international trade: Tracking imbalanced and inefficient flows". *Journal of Cleaner Production*, vol. 184: 50-64.

Hänggli, Aline, Levy, Samuel A., Armenteras, Dolors, Bovolo, C. Isabella, Brandão, Joyce, Rueda, Ximena y Garrett, Rachael D. (2023). "A systematic comparison of deforestation drivers and policy effectiveness across the Amazon biome". *Environmental Research Letters*, 18 (7): 073001.

Harvey, David (2005). "El 'nuevo' imperialismo: acumulación por desposesión". *Socialist register 2004* (enero 2005). Buenos Aires: CLACSO.

Hosonuma, Noriko, Herold, Martin, Sy, Veronique De, Fries, Ruth S. De, Brockhaus, Maria, Verchot, Louis, Angelsen, Arild y Romijn, Erika (2012). “An assessment of deforestation and forest degradation drivers in developing countries”. *Environmental Research Letters*, 7 (4): 044009.

Ibáñez, Erica (2024). “El Gobierno asegura que el 46% de la tierra quemada está en propiedad empresarial mediana”. *La Razón*, 13 septiembre de 2024.

Kay, Cristobal (2005). “Enfoques sobre el Desarrollo Rural en América Latina y Europa desde Mediados del Siglo Veinte”. *Institute of Social Studies de La Haya*, vol. 31.

Kéfi, Sonia (2012). “Des écosystèmes sur le fil : Comment certains écosystèmes basculent d’un état à un autre”. *Regard*, R37, 19 de octubre de 2012.

Lambin, Eric F., Turner, B. L., Geist, Helmut J., Agbola, Samuel B., Angelsen, Arild, Bruce, John W., Coomes, Oliver T., Dirzo, Rodolfo, Fischer, Günther, Folke, Carl, George, P. S., Homewood, Katherine, Imbernon, Jacques, Leemans, Rik, Li, Xiubin, Moran, Emilio F., Mortimore, Michael, Ramakrishnan, P. S., Richards, John F., Skånes, Helle, Steffen, Will, Stone, Glenn D., Svedin, Uno, Veldkamp, Tom A., Vogel, Coleen y Xu, Jianchu (2001). “The causes of land-use and land-cover change: moving beyond the myths”. *Global Environmental Change*, 11 (4): 261-269.

Lapola, David M., Pinho, Patricia, Barlow, Jos, Aragão, Luiz E. O. C., Berenguer, Erika, Carmenta, Rachel, Liddy, Hannah M., Seixas, Hugo, Silva, Camila V. J., Silva-Junior, Celso H. L., Alencar, Ane A. C., Anderson, Liana O., Armenteras, Dolores, Brovkin, Victor, Calders, Kim, Chambers, Jeffrey, Chini, Louise, Costa, Marcos H., Faria, Bruno L., Fearnside, Philip M., Ferreira, Joice, Gatti, Luciana, Gutierrez-Velez, Victor Hugo, Han, Zhangang, Hibbard, Kathleen, Koven, Charles, Lawrence, Peter, Pongratz, Julia, Portela, Bruno T. T., Rounsevell, Mark, Ruane, Alex C., Schaldach, Rüdiger, Silva, Sonaira S. da, Randow, Celso

von y Walker, Wayne S. (2023). “The drivers and impacts of Amazon forest degradation”, *Science*, 379 (6630): eabp8622.

Leblois, Antoine, Damette, Olivier y Wolfersberger, Julien (2017). “What has Driven Deforestation in Developing Countries Since the 2000s? Evidence from New Remote-Sensing Data”. *World Development*, vol. 92: 82-102.

Leite-Filho, Argemiro Teixeira, Soares-Filho, Britaldo Silveira, Davis, Juliana Leroy, Abrahão, Gabriel Medeiros y Börner, Jan (2021). “Deforestation reduces rainfall and agricultural revenues in the Brazilian Amazon”. *Nature Communications*, 12 (1): 2591.

Lovejoy, Thomas E. y Nobre, Carlos (2018). “Amazon Tipping Point”. *Science Advances*, 4 (2): eaat2340.

Machado Araoz, Horacio Alejandro César (2015). “Ecología política de los regímenes extractivistas: de reconfiguraciones imperiales y re-ex-sistencias decoloniales en Nuestra América”. *Bajo el Volcán* (Puebla), 15 (23), septiembre-febrero : 11-51

Malhi, Yadvinder y Phillips, Oliver L. (2004). “Tropical forests and global atmospheric change: a synthesis”. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London. Series B: Biological Sciences*, 359 (1443): 549-555.

Malhi, Yadvinder, Roberts, J. Timmons, Betts, Richard A., Killeen, Timothy J., Li, Wenhong y Nobre, Carlos A. (2008). “Climate Change, Deforestation, and the Fate of the Amazon”. *Science*, 319 (5860) 169-172.

McKay, Ben M. (2017). “Agrarian Extractivism in Bolivia”. *World Development*, vol. 97: 199-211.

Mcmichael, Philip (2013). “Value-chain Agriculture and Debt Relations: contradictory outcomes”. *Third World Quarterly*, 34 (4): 671-690.

Mintz, Sidney W. (1986). *Sweetness and power: The place of sugar in modern history*. Nueva York: Penguin Books.

MMAyA – Ministerio de Medio Ambiente y Agua, Bolivia (2023). “Nivel de Referencia a de Emisiones Forestales por la Deforestación del Estado

Plurinacional de Bolivia”. https://redd.unfccc.int/media/bo_nref_v1_20230123_final.pdf

Molina-Carpio, Jorge, Espinoza, Jhan Carlo, Vauchel, Philippe, Ronchail, Josyane, Gutierrez Caloir, Beatriz, Guyot, Jean-Loup y Noriega, Luis (2017). “Hydroclimatology of the Upper Madeira River basin: spatio-temporal variability and trends”. *Hydrological Sciences Journal*, 62 (6): 911-927.

Moore, Jason W. (2015). “Nature in the limits to capital (and vice versa)”. *Radical Philosophy*, vol. 193: 9-19.

Morales Escoffier, Natasha (coord.) (2024). *A fuego y mercurio: crisis ecológica y desigualdades en Bolivia*. La Paz: OXFAM.

Mounier, Alain (2016). *Crítica de la economía política del desarrollo y del crecimiento. Teorías, ideologías y políticas* La Paz: IRD, PIEB, CIDES-UMSA y Fundación Tierra.

Müller, Robert, Montero, Juan Carlos y Mariaca, Gustavo (2024). *Causas, actores y dinámicas de la deforestación en Bolivia 2010-2022*. La Paz: CEDLA.

Müller, Robert, Pacheco, Pablo y Montero, Juan Carlos (2014). *The context of deforestation and forest degradation in Bolivia: Drivers, agents and institutions*. Occasional Document 109. Indomesia: CIFOR.

Müller, Robert, Pistorius, Till, Rohde, Sophia, Gerold, Gerhard y Pacheco, Pablo (2013). “Policy options to reduce deforestation based on a systematic analysis of drivers and agents in lowland Bolivia”. *Land Use Policy*, 30 (1): 895-907.

Nepstad, Daniel C, Stickler, Claudia M, Filho, Britaldo Soares y Merry, Frank (2008). “Interactions among Amazon land use, forests and climate: prospects for a near-term forest tipping point”. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 363 (1498): 1737-1746.

Orsag, José y Guzmán, Nohely (2021). “Tecnología, modernidad y desplazamiento del conflicto social: El continuo avance de la frontera agraria en la Amazonía sur. Brasil y Bolivia (1960–2020)”. En: Nogales,

Neyer, Paye, Lizandra, Assumpção e Lima, Débora, Sosa Varrotti, Andrea P., Orsag Molina, José Octavio, Guzmán Narváez, Nohely, Paucar Anchirayco, Jorge Efraín, Quillahuaman, Lasteros, Natividad, Cezar Malheiro, Bruno, Betancourt-Santiago, Rubiños-Cea, Milson Simón, Neri Pereyra, Juan Pablo, Lunelli, Isabella Cristina, de Almeida, Marina Corrêa, Bayón, Manuel, Jiménez, Rinaldo de Castilho, Rossi, Nelson Eduardo, Bernal Dávalos, Juan Carlos, Guzmán Salinas, Chuquimarca Mosquera, María Cristina, Moncada Paredes, Martha, Mancheno, Tania, Vázquez Heredia, Omar, Rodríguez Gilly, Claudia, Muñoz Gaviria, Gustavo Adolfo, López Canelas, Elizabeth, Martínez Carpetta, Mabel Lizbeth, Neira Carreño, Julián Andrés, Novoa Garzon, Luis Fernando, Severo da Silva, Daniele. *Amazonía y expansión mercantil capitalista: nueva frontera de recursos en el siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO y CEDLA.

Pacheco, Andrea y Meyer, Carsten (2022). “Land tenure drives Brazil’s deforestation rates across socio-environmental contexts”. *Nature Communications*, 13 (1): 5759.

Paneque-Gálvez, Jaime, Pérez-Llorente, Irene, Luz, Ana Catarina, Guèze, Maximilien, Mas, Jean-François, Macía, Manuel J., Orta-Martínez, Martí y Reyes-García, Victoria (2018). “High overlap between traditional ecological knowledge and forest conservation found in the Bolivian Amazon”. *Ambio*, 47 (8): 908-923.

Pendrill, Florence, Gardner, Toby A., Meyfroidt, Patrick, Persson, U. Martin, Adams, Justin, Azevedo, Tasso, Bastos Lima, Mairon G., Baumann, Matthias, Curtis, Philip G., De Sy, Veronique, Garrett, Rachael, Godar, Javier, Goldman, Elizabeth Dow, Hansen, Matthew C., Heilmayr, Robert, Herold, Martin, Kuemmerle, Tobias, Lathuilière, Michael J., Ribeiro, Vivian, Tyukavina, Alexandra, Weisse, Mikaela J. y West, Chris (2022). “Disentangling the numbers behind agriculture-driven tropical deforestation”. *Science*, 377 (6611): eabm9267.

Petras, James y Veltmeyer, Henry (2014). “Agro-extractivism: The agrarian question of the 21st century”. En: Petras, James y Veltmeyer, Henry. *Extractive imperialism in the Americas*. Studies in Critical Social Sciences series. Leinde, Países Bajos: Brill.

Reis, Tiago, Croft, Simon, Titley, Mark y Tyldesley, Maria (2023). “Soy expansion drives deforestation in Bolivia”. *Trase Insights*, 23 de agosto de 2023.

Roca, José Luis (2001). *Economía y sociedad en el Oriente boliviano, siglos XVI-XX*. Santa Cruz de la Sierra: Cotas.

Rudel, Thomas K. (2007). “Changing agents of deforestation: from state-initiated to enterprise driven processes, 1970–2000”. *Land use policy*, 24 (1): 35–41.

Scheffer, Marten, Carpenter, Stephen R., Lenton, Timothy M., Bascompte, Jordi, Brock, William, Dakos, Vasilis, Van De Koppel, Johan, Van De Leemput, Ingrid A., Levin, Simon A., Van Nes, Egbert H., Pascual, Mercedes y Vandermeer, John (2012). “Anticipating Critical Transitions”. *Science*, 338 (6105): 344–348.

Science Panel for The Amazon (2021). *Amazon Assessment Report 2021*. Nobre, C., Encalada, A., Anderson, E., Roca Alcázar, F.H., Bustamante, M., Mena, C., Peña-Claros, M., Poveda, G., Rodríguez, J.P., Saleska, S., Trumbore, S.E., Val, A., Villa Nova L., Abramovay, R., Alencar, A., Rodriguez Alza, A.C., Armenteras, D., Artaxo, P., Athayde, S., Barretto Filho, H.T., Barlow, J., Berenguer, E., Bortolotto, F., Costa, F.D.A., Costa, M.H., Cuvi, N., Fearnside, P., Ferreira, J., Flores, B.M., Frieri, S., Gatti, L.V., Guayasamin, J.M., Hecht, S., Hirota, M., Hoorn, C., Josse, C., Lapola, D.M., Larrea, C., Larrea-Alcazar, D.M., Lehm Ardaya, Z., Malhi, Y., Marengo, J.A., Melack, J., Moraes, R. M., Moutinho, P., Murmis, M.R., Neves, E.G., Paez, B., Painter, L., Ramos, A., Rosero-Peña, M.C., Schminck, M., Sist, P., Ter Steege, H., Val P., Van Der Voort, H., Varese, M., Zapata-Ríos, G. (dirs.). Nueva York: UN Sustainable Development Solutions Network (SDSN).

Scouvar, Marie y Lambin, Éric F. (2006). “Approche systémique des causes de la déforestation en Amazonie brésilienne: syndromes, synergies et rétroactions” *L’Espace géographique*, 5 (3): 241–254.

Sierra, Juan P., Junquas, C., Espinoza, J. C., Segura, H., Condom, T., Andrade, M., Molina-Carpio, J., Ticona, L., Mardoñez, V., Blacutt, L., Polcher, J., Rabatel, A. y Sicart, J.E. (2021). "Deforestation Impacts on Amazon-Andes Hydroclimatic Connectivity". *Clim Dyn* 58 : 2609-2636. <https://doi.org/10.1007/s00382-021-06025-y>

Silva Junior, Celso H. L., Pessôa, Ana C. M., Carvalho, Nathália S., Reis, João B. C., Anderson, Liana O. y Aragão, Luiz E. O. C. (2021). "The Brazilian Amazon deforestation rate in 2020 is the greatest of the decade". *Nature Ecology & Evolution*, 5 (2): 144-145.

Song, Xiao-Peng, Hansen, Matthew C., Potapov, Peter, Adusei, Bernard, Pickering, Jeffrey, Adami, Marcos, Lima, Andre, Zalles, Viviana, Stehman, Stephen V., Di Bella, Carlos M., Conde, Maria C., Copati, Esteban J., Fernandes, Lucas B., Hernandez-Serna, Andres, Jantz, Samuel M., Pickens, Amy H., Turubanova, Svetlana y Tyukavina, Alexandra (2021). "Massive soybean expansion in South America since 2000 and implications for conservation". *Nature Sustainability*, 4 (9): 784-792.

Soruco, Ximena (2008). "De la goma a la soya: el proyecto histórico de la elite cruceña". En: Soruco, Ximena: *Barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy, Santa Cruz (Bolivia)*. La Paz: Fundación Tierra.

Staal, Arie, Dekker, Stefan C., Hirota, Marina y Van Nes, Egbert H. (2015). "Synergistic effects of drought and deforestation on the resilience of the south-eastern Amazon rainforest". *Ecological Complexity*, vol. 22: 65-75.

Staal, Arie, Tuinenburg, Obbe A., Bosmans, Joyce H. C., Holmgren, Milena, Nes, Egbert H. van, Scheffer, Marten, Zemp, Delphine Clara y Dekker, Stefan C. (2018). "Forest-rainfall cascades buffer against drought across the Amazon". *Nature Climate Change*, 8 (6): 539-543.

Stier, Sam C. y Siebert, Stephen F. (2003). "Tropical reforestation and deforestation and the Kyoto Protocol". *Conservation Biology*, 17 (1): 5-5.

Svampa, Maristella (2013). "Resource extractivism and alternatives: Latin American perspectives on development". En: Lang, Miriam y

Mokrani, Dunia (eds.). *Beyond development: Alternative visions from Latin America*. Amsterdam y Quito: Transnational Institute y Fundación Rosa Luxemburgo.

Barriga Dávalos, Laura y Swift, Benjamin (2024). “El trasfondo racista del movimiento ecologista boliviano”. *NACLA* (Nueva York), 20 de mayo de 2021.

Urioste, Miguel (2011). *Concentración y extranjerización de la tierra en Bolivia*. La Paz: Fundación Tierra.

Veltmeyer, Henry y Ezquerro-Cañete, Arturo (2023). “Agro-extractivism”. *The Journal of Peasant Studies*, 50 (5): 1673-1686.

Voorra, Vivek, Larrea, Cristina y Bermudez, Steffany (2020). “Global market report: Soybeans”.

Wallerstein, Immanuel Maurice (1995). *La reestructuración capitalista y el sistema-mundo*. Binhamtom, Nueva York: Fernand Braudel Center for the Study of Economies.

Wolford, Wendy (2021). “The Plantationocene: A Lusotropical Contribution to the Theory”. *Annals of the American Association of Geographers*: 1-18.

Wunderling, Nico, Staal, Arie, Sakschewski, Boris, Hirota, Marina, Tuinenburg, Obbe A., Donges, Jonathan F., Barbosa, Henrique M. J. y Winkelmann, Ricarda (2022). “Recurrent droughts increase risk of cascading tipping events by outpacing adaptive capacities in the Amazon rainforest”. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 119 (32): e2120777119.

Xu, Xiyan, Zhang, Xiaoyan, Riley, William J, Xue, Ying, Nobre, Carlos A, Lovejoy, Thomas E y Jia, Gensuo (2022). “Deforestation triggering irreversible transition in Amazon hydrological cycle”. *Environmental Research Letters*, 17 (3): 034037.

Ye, Jingzhong, Van Der Ploeg, Jan Douwe, Schneider, Sergio y Shanin, Teodor (2020). “The incursions of extractivism: moving from

dispersed places to global capitalism”. *The Journal of Peasant Studies*, 47 (1): 155-183.

Zemp, Delphine Clara, Schleussner, Carl-Friedrich, Barbosa, Henrique M. J., Hirota, Marina, Montade, Vincent, Sampaio, Gilvan, Staal, Arie, Wang-Erlandsson, Lan y Rammig, Anja (2017). “Self-amplified Amazon forest loss due to vegetation-atmosphere feedbacks”. *Nature Communications*, 8 (1): 14681.

Rostro femenino del extractivismo en América Latina: brechas, desigualdades, resistencias y lógicas alternativas

The Feminine Face of Extractivism in Latin America: Gaps, Inequalities, Resistances and Alternative Logics

Manigeh Roosta¹

Resumen

El artículo analiza el impacto del extractivismo sobre la desigualdad que viven las mujeres de América Latina en el siglo XXI. El propósito general de este estudio consiste en abrir y contribuir al debate académico (teórico-empírico) sobre las desigualdades sociales contra las mujeres, en el contexto del extractivismo, de recursos renovables y no renovables. Mediante una revisión documental de fuentes secundarias, el estudio subraya que el extractivismo ha ampliado las brechas de desigualdad que afectan particularmente a las mujeres, incrementando las disparidades sociales, económicas y de género.

En el ámbito doméstico, las mujeres asumen una carga desproporcionada de trabajo no remunerado, exacerbada por la degradación ambiental derivada del extractivismo, lo que incrementa su labor de cuidado y perpetúa su dependencia económica.

1 Manigeh Roosta es docente-investigadora del CIDES-UMSA. Doctorada en Educación y Desarrollo por la Universidad del Norte de Illinois, con una maestría en Población y Desarrollo por la Universidad de Wisconsin-Madison. Sus áreas de investigación incluyen las desigualdades sociales en estudios de los cuidados, el extractivismo, y las dinámicas poblacionales. cidesmanigeh27@gmail.com

En las comunidades, las mujeres enfrentan desigualdades en el acceso a la tierra, en desplazamientos colectivos forzosos, en las llamadas zonas de sacrificio, donde la militarización y la llegada de trabajadores masculinos intensifican los riesgos de violencia y violaciones.

A pesar de estos desafíos, las mujeres protagonizan movimientos de resistencia contra el extractivismo, mostrando un compromiso notable en la defensa de sus territorios y derechos, aunque a menudo a costa de su propia seguridad. Finalmente, se examinan las críticas ecofeministas hacia el extractivismo y se propone una lógica alternativa en la relación entre los seres humanos y la naturaleza, basada en el principio de unidad orgánica.

Palabras clave: extractivismo, desigualdades, mujeres, resistencias, lógicas alternativas, ecofemenismo

Abstract

The article examines the impact of extractivism on women's inequality in 21st-century Latin America. The general purpose of this study is to initiate and contribute to the academic (theoretical-empirical) debate on social inequalities affecting women within the context of extractivism, in both renewable and non-renewable resource sectors. Through a documentary review of secondary sources, the study highlights that extractivism has expanded inequality gaps that particularly impact women, increasing social, economic, and gender disparities.

In the domestic sphere, women bear a disproportionate burden of unpaid work, exacerbated by the environmental degradation caused by extractivism, which heightens their caregiving responsibilities and perpetuates their economic dependency. In communities, women face inequalities in land access, forced collective displacements, and exposure to "sacrifice zones," where militarization and the influx of male workers intensify risks of violence and abuse.

Despite these challenges, women lead resistance movements against extractivism, demonstrating remarkable commitment to defending their territories and rights, often at the expense of their own safety. Finally, the study explores ecofeminist critiques of extractivism and proposes an alternative logic for the relationship between humans and nature, grounded in the principle of organic unity.

Keywords: *extractivism, inequalities, women, resistance, alternative logics, ecofeminism*

Introducción

Históricamente, América Latina ha desempeñado un papel clave como proveedor de materias primas y productos agropecuarios en el mercado mundial. Este rol ha persistido debido a la desigual distribución del trabajo en la economía global, a una limitada industrialización en la región y a la abundancia de recursos naturales, como minerales, hidrocarburos y tierras fértiles para la agricultura. Göbel (2015) enfatiza también que estas características han consolidado a América Latina como un actor primordial en el suministro de recursos esenciales para las economías industrializadas, lo que ha resultado en una relación de dependencia estructural para la exportación de estos bienes. Este análisis subraya cómo las economías de la región se han mantenido atrapadas en una posición subordinada en el sistema económico global, sin lograr diversificarse de manera significativa.

La extracción y apropiación de recursos naturales en sus diversas formas, fenómeno conocido como extractivismo, ha cobrado gran relevancia tanto en los círculos académicos como en la sociedad civil. Existen diferentes enfoques sobre el extractivismo: algunos estudios destacan su impacto negativo, resaltando los daños socioambientales y las afectaciones a las comunidades locales, mientras que otros lo defienden por sus aportes económicos. Veltmeyer (2022) continúa afirmando que este modelo económico ha sido objeto de intensos debates políticos y movilizaciones sociales en los países del Sur Global, entre los que destaca América Latina por sus antecedentes históricos y el papel preponderante que sigue jugando en el sistema económico mundial. Aunque el extractivismo genera ingresos, su carácter explotador y sus impactos destructivos en el tejido social y ambiental han sido constantemente cuestionados en la región.

El extractivismo en América Latina tiene raíces que se remontan a la época colonial, cuando la extracción de minerales como el oro y la plata era esencial para el crecimiento económico del Imperio español. La explotación de recursos no solo enriqueció a las potencias coloniales, sino que también creó una estructura económica dependiente en la región, basada en la exportación de materias primas y en la marginación de otros sectores productivos. Veltmeyer (2021) amplía su revisión cronológica para

explicar que en la década de 1980 se vivió un nuevo auge del capitalismo global, que influyó directamente en las economías latinoamericanas y en la institucionalización de un nuevo orden económico mundial, permitiendo la liberalización de los mercados y la reducción del papel del Estado en la regulación económica, abriendo la puerta para una intensificación del modelo primario-exportador. Las políticas neoliberales no solo fortalecieron el extractivismo, sino que también contribuyeron a afianzar las relaciones de dependencia económica en la región. Este contexto facilitó en América Latina la expansión extractiva al privatizar industrias y abrir los mercados a la inversión extranjera.

Esta tendencia se vio reforzada por el auge de los precios de las materias primas, impulsado por la demanda global, especialmente de países como China. Los países latinoamericanos se orientaron hacia una economía de enclave², dependiente de la inversión extranjera directa (IED) y la exportación de materias primas. Este modelo económico ha sido ampliamente criticado por sus implicaciones a largo plazo, ya que perpetúa la dependencia económica y dificulta la diversificación industrial y productiva en la región. La descripción analítica de Veltmeyer (2021) incluye el siglo XXI, indicando que durante el ciclo progresista, que abarcó de 2002 a 2012, varios Gobiernos latinoamericanos buscaron implementar alternativas al modelo vigente.

Sin embargo, la implementación de estas políticas para intensificar las actividades extractivistas provocó tensiones internas y conflictos con comunidades indígenas y movimientos sociales que se oponían a la explotación de los recursos en sus territorios. Esto pone en evidencia que los intentos por balancear extractivismo con políticas sociales han sido insuficientes y la continua violación de los derechos territoriales ha dado lugar a retos que es necesario resolver.

2 Según Falero (2011), una economía de enclave se caracteriza por la concentración de actividades económicas controladas principalmente por empresas extranjeras, que operan bajo regímenes de excepcionalidad económica y con escasa integración con las economías locales. Estas actividades suelen estar vinculadas con el extractivismo (como la minería y el agronegocios) o con sectores industriales especializados, como las maquiladoras, y generan beneficios mayoritariamente para los mercados internacionales, dejando un impacto desigual en las regiones que las albergan.

En un principio, los estudios sobre extractivismo se concentraron mayormente en las industrias extractivas tradicionales, como la minería y los combustibles fósiles (petróleo y gas). Sin embargo, en los últimos años se ha ampliado el análisis hacia otros sectores, como la agricultura y la explotación de recursos forestales y marinos. Este fenómeno, denominado agroextractivismo, se refiere a la extracción intensiva de productos agroalimentarios, así como a la recolección de productos forestales y pesqueros. McKay (2017) continúa explicando que el agroextractivismo ha generado dinámicas similares (sociales y ambientales) a las observadas en las industrias mineras y energéticas, provocando fuertes rechazos de las comunidades rurales e indígenas, que ven amenazados sus modos de vida y su acceso a los recursos naturales. Es decir que el extractivismo no se limita a los minerales y combustibles fósiles, sino que ha expandido su campo, generando nuevos conflictos y luchas en diferentes sectores productivos.

El presente artículo examina los impactos del extractivismo en las mujeres y su consecuente victimización tanto en el hogar como en la comunidad, para luego visibilizar su no-pasividad y discutir su protagonismo y liderazgo en los movimientos de resistencias y protestas a nivel local. Para finalizar, analiza las críticas de las corrientes ecofeministas a los supuestos del extractivismo, para plantear nuevas lógicas de relacionamiento con la naturaleza como requisito para la búsqueda de alternativas al extractivismo.

Se debe aclarar que esta es una investigación documental, que utiliza información secundaria; por lo tanto, se centra en la identificación de documentos, clasificación, revisión y recopilación de la información. A la vez, procede a analizar, interpretar y sintetizar la información relacionada con la temática del estudio para organizar/integrar la información en un marco conceptual coherente. En síntesis, aquí la investigación documental se convierte en una herramienta fuerte y a la vez versátil, permitiendo considerar los estudios realizados, la información y las experiencias de las mujeres dentro de la diversidad que es América Latina, así como identificar casos sobresalientes que ayuden a aclarar y reforzar las discusiones teóricas. Obviamente, la investigación documental requiere habilidades analíticas rigurosas y enfoque crítico para prevenir las limitaciones de fragmentación y los sesgos de las diferentes fuentes.

Justificación y objetivos

El extractivismo sigue siendo un tema central en las discusiones sobre el desarrollo en América Latina. Se puede notar su importancia en el incremento de la exportación de productos primarios, especialmente en el presente siglo, así como en el aumento de los movimientos de protesta y resistencia y en las desigualdades provocadas, que experimentan especialmente las mujeres.

Los datos de la tabla 1 describen el porcentaje de exportación de productos primarios con relación al total de las exportaciones de los países de la región desde el año 2000.

Tabla 1. América Latina: exportaciones de productos primarios (porcentaje del total de las exportaciones), 2000-2024

	2000	2002	2004	2006	2008	2010	2012	2014	2016
Argentina	67,5	69,5	71,2	68,2	69,2	67,8	67,9	67,9	74,3
Bolivia	72,3	84,2	86,7	89,8	92,8	92,6	94,7	94,4	94,5
Brasil	42,0	47,4	47,0	49,5	55,4	63,6	65,0	65,2	60,1
Chile	84,0	83,2	86,8	89,0	88,8	89,6	85,8	85,9	85,3
Colombia	65,9	62,2	62,9	64,4	68,5	77,9	82,5	82,4	74,5
Ecuador	89,9	89,7	90,7	90,4	91,7	90,2	91,0	93,8	92,5
Paraguay	80,7	85,1	87,3	84,1	92,1	89,3	91,2	90,5	90,6
Perú	83,1	83,0	83,1	88,0	86,6	89,1	85,4	85,3	96,9
Uruguay	58,5	63,7	68,4	68,7	71,3	74,3	75,9	76,3	77,9
Venezuela	90,6	86,2	86,9	92,78	95,7	95,7	98,3	—	—

Nota: Bolivia, Ecuador y Perú son países con economías profundamente arraigadas en el extractivismo.

Fuente: Veltemeyer, 2021: 43, citando a la CEPAL.

Estos porcentajes marcan claramente la tendencia creciente en la exportación de materias primas en casi todos los países, que constituye el componente principal del extractivismo.

Por otro lado, el registro de conflictos en la tabla 2 ilustra el incremento de movimientos de protesta y resistencia contra el extractivismo en América

Latina y el Caribe desde el año 2000. Los datos se basan en registros del Environmental Justice Atlas (EJAtlas), que documenta conflictos ambientales a nivel mundial.

Tabla 2. América Latina y el Caribe: número de conflictos extractivistas 2000-2024

Año	Número de conflictos registrados
2000	50
2005	120
2010	250
2015	400
2020	600
2024	750

Nota: los números son aproximados y reflejan la tendencia general de aumento en los conflictos relacionados con actividades extractivas en la región.

Fuente: Environmental Justice Atlas (EJAtlas).

Esta tendencia al alza de conflictos indica un crecimiento significativo de la resistencia de comunidades locales y movimientos sociales frente a proyectos extractivos que afectan sus territorios y medios de vida. Puede atribuirse a factores como la expansión de actividades mineras, petroleras y agroindustriales, así como a una mayor conciencia y organización de las comunidades afectadas.

Y, finalmente, respecto a las desigualdades experimentadas por las mujeres, se debe recordar que históricamente la narrativa del extractivismo ha invisibilizado la presencia, la contribución y el sufrimiento de estas. Su participación, aunque constante, ha sido ignorada tanto en la esfera pública como en la privada y académica. El mencionado auge del extractivismo, especialmente a partir del siglo XXI, ha degradado los ecosistemas y ha alterado la vida de las comunidades que dependen de ellos, como se analizará más adelante, especialmente en el Sur Global, del que América Latina es parte importante.

En este contexto, el propósito general de este estudio es abrir el debate académico (teórico-empírico) sobre las desigualdades sociales y opresiones

contra las mujeres, en el contexto del extractivismo de recursos renovables y no renovables en la América Latina del siglo XXI, y contribuir al mismo. Los objetivos específicos del artículo son: i) examinar los impactos del extractivismo en las mujeres de América Latina, explorando las brechas y desigualdades que enfrentan tanto en el hogar como en la comunidad; ii) contribuir a visibilizar el protagonismo y el liderazgo de las mujeres, a partir de experiencias concretas, en los movimientos de protesta y resistencia contra el extractivismo; iii) reflexionar en torno a los aportes de las corrientes ecofeministas como requisitos necesarios para la búsqueda de nuevas visiones y lógicas fundamentales que resulten alternativas al extractivismo.

Para el logro de estos objetivos es necesaria una breve revisión de la evolución del extractivismo en América Latina, incluyendo sus promesas ilusorias para reforzar imaginarios colectivos respecto a la prosperidad y el desarrollo.

Evolución del extractivismo en América Latina

Cómo funciona el extractivismo

El extractivismo es un modelo de apropiación intensiva de recursos naturales, que implica la extracción de grandes volúmenes de materias primas destinadas mayoritariamente a la exportación. Gudynas (2021) aclara también que este concepto no se limita solo al acto de extracción, sino que abarca todo el ciclo de vida de los recursos, desde la prospección hasta el abandono de los sitios de explotación. Este autor considera que se puede hablar de extractivismo cuando por lo menos el 50% de los recursos extraídos se destina a mercados externos, lo que marca una dependencia estructural del mercado global. Esto implica que los países se ven obligados a depender de las fluctuaciones de los precios internacionales, lo que refuerza su vulnerabilidad económica y limita su capacidad de desarrollo autónomo. En su opinión, este modelo económico se basa en modos de apropiación que difieren de los modos de producción tradicionales, ya que no transforman los recursos en productos manufacturados, sino que se limitan a extraerlos

o cosecharlos. Esta característica es clave para entender su impacto en el desarrollo social, económico y ecológico de América Latina, puesto que perpetúa una economía de enclave que dificulta la diversificación.

A inicios del siglo XXI, este modelo adquirió nuevas dimensiones con la consolidación de economías basadas en la extracción de minerales, petróleo, productos agrícolas y pesqueros. Países como Bolivia, Chile, Brasil y Venezuela, entre otros, experimentaron un crecimiento económico impulsado por la demanda global de estos recursos, continúa Gudynas (2021), pero a costa de graves consecuencias sociales y medioambientales. Esta expansión extractiva generó una dependencia de los precios internacionales y una vulnerabilidad frente a las fluctuaciones del mercado global, donde las decisiones económicas locales han estado subordinadas a las demandas del capital globalizado y a merced del mercado global. Con ello se han profundizado las asimetrías económicas, políticas, tecnológicas y sociales entre países o regiones desarrollados (centro) y subdesarrollados o en desarrollo (periferia).

En este contexto, el extractivismo en América Latina ha experimentado transformaciones y permanencias. Si bien se han introducido algunos cambios en las políticas extractivas –como la mayor participación estatal en la extracción y la comercialización de recursos–, las dinámicas de explotación intensiva de la naturaleza continúan, expandiendo el modelo no solo a la minería y los hidrocarburos, sino también a sectores como la agricultura intensiva, la ganadería y la pesca. Este proceso ha generado lo que Gudynas (2021: 27 y 49) denomina “extractivismos glocales”, caracterizados por estar anclados en territorios específicos, pero con una dependencia estructural de los precios y la demanda del mercado global, muchas veces manejado por grandes corporaciones transnacionales. Este concepto subraya la creciente integración de las economías locales en dinámicas globales que aumentan la presión sobre los recursos naturales y consolidan las relaciones desiguales entre el Norte Global y el Sur Global. La subordinación de las economías locales a las dinámicas globales refleja la persistente dependencia de América Latina de la economía mundial.

Veltmeyer (2022) explica que este modelo ha generado grandes conflictos sociales y ambientales, afectando de manera desproporcionada a las comunidades locales, y particularmente a las mujeres, quienes suelen quedar

excluidas de los beneficios económicos, al mismo tiempo que enfrentan las consecuencias negativas de la degradación ambiental y la explotación intensiva. Esto enfatiza la manera en que las desigualdades estructurales, exacerbadas por el extractivismo, afectan especialmente a las mujeres, quienes no solo son marginadas de los beneficios, sino que también soportan los mayores costos sociales y ambientales. Su exclusión subraya la falta de equidad en la distribución de los beneficios de los recursos naturales, lo que perpetúa las injusticias. La comprensión de este fenómeno en todas sus dimensiones es fundamental para abordar las desigualdades estructurales que genera, y es el marco desde el cual este artículo busca visibilizar la experiencia de las mujeres en el contexto extractivista

Extractivismo y falsas promesas

América Latina se ha caracterizado por ser una región rica en recursos naturales, lo que ha moldeado su desarrollo económico, político y social. Sin embargo, este desarrollo ha estado marcado por el extractivismo. Este modelo tiene profundas implicaciones en términos de soberanía, desarrollo, inclusión y equidad.

1. El extractivismo en América Latina ha sido promovido como una vía para generar ingresos fiscales, atraer inversiones extranjeras y dinamizar la economía. Se lo ha presentado como una solución para promover el crecimiento económico y el desarrollo en América Latina, un concepto que ha perdurado en los imaginarios colectivos tanto de la sociedad civil como de las esferas gubernamentales. Pero, a la vez, ha estado vinculado con la dependencia de la exportación de materias primas, como minerales, petróleo, gas y productos agrícolas.

Aunque esta estrategia ha generado ingresos significativos para muchos países de la región, la riqueza producida por estas industrias ha tendido a concentrarse en manos de una élite económica y de las corporaciones multinacionales, mientras que las comunidades locales, especialmente las mujeres, han recibido pocos beneficios.

Al mismo tiempo, las dinámicas extractivistas han perpetuado las desigualdades históricas; entre las más destacadas, las desigualdades territoriales, la concentración de la riqueza y el aumento de las brechas, así como las desigualdades de género. El modelo ha enfrentado críticas debido a sus efectos adversos, tales como dependencia económica, degradación ambiental, desplazamiento y conflicto social, además del efecto derrame/corrupción.

Grégoire y Hatcher (2022) señalan que América Latina ha sido un destino clave para la inversión en minería, petróleo y gas por sus abundantes recursos naturales. Sin embargo, a pesar del aumento de la inversión en estos sectores, la pobreza y la desigualdad persisten en gran parte de la región. Esto resalta la contradicción inherente al extractivismo: mientras crea riqueza en las esferas globales, las desigualdades locales permanecen o se agravan.

2. Además de las relaciones asimétricas entre centro y periferia, existen varios enfoques que alertan sobre los problemas en torno a los recursos naturales abundantes y demandados por el mercado global. Uno de los principales desafíos del extractivismo, pese a prometer lo contrario respecto al desarrollo local, es su tendencia a concentrar los beneficios en unos pocos, perpetuando la desigualdad. Esto se debe, en parte, a lo que se conoce como la “maldición de los recursos naturales”, un fenómeno que ocurre cuando los países ricos en recursos naturales experimentan un crecimiento económico limitado y enfrentan mayores niveles de desigualdad y corrupción.

Sachs y Warner (1995) explican que, en lugar de generar bienestar para toda la población, las industrias extractivas tienden a enriquecer a una pequeña élite, mientras dejan a las comunidades locales enfrentando las consecuencias sociales y ambientales negativas. El fenómeno de la “enfermedad holandesa” es un factor que puede profundizar aún más las brechas. Este concepto se refiere a la situación en la que el auge de una industria extractiva provoca la apreciación de la moneda local,

lo que hace que otros sectores económicos, como la manufactura y la agricultura, se vuelvan menos competitivos a nivel internacional. Esto, a su vez, puede llevar a la dependencia excesiva de las industrias extractivas, lo que deja a los países vulnerables ante las fluctuaciones de los precios internacionales de las materias primas.

En América Latina, esta situación ha llevado a una creciente desigualdad, ya que los ingresos generados por el extractivismo no se distribuyen equitativamente entre la población. Vindal Ødegaard y Rivera Andía (2019) enfatizan que la dependencia de los recursos naturales aumenta la vulnerabilidad de las economías locales y profundiza las desigualdades.

3. Por otra parte, aunque las industrias extractivas generan empleos, estos suelen ser temporales y limitados, y no ofrecen oportunidades sostenibles a largo plazo para las comunidades locales. El extractivismo genera una cantidad limitada de empleo, que además tiene características específicas que han sido objeto de críticas en términos de calidad y estabilidad, así como por haber provocado impactos sociales en diferentes etapas de los procesos extracción.

Durante la fase de construcción de infraestructura, las industrias extractivas suelen generar un pico de empleos, particularmente en actividades como la construcción de minas, pozos petroleros, ductos o plantas de procesamiento, explica Bebbington (Bebbington y Bury, 2013). Sin embargo, estos trabajos suelen ser temporales y desaparecen una vez que la infraestructura está completa, dejando un impacto limitado en la economía local. En la operación cotidiana, como explica Gudynas (2013), las empresas suelen requerir un número reducido de trabajadores especializados, sobre todo en tareas técnicas y de gestión. Según este autor, esto implica que, aunque el extractivismo puede generar altos ingresos económicos, el impacto en el mercado laboral es proporcionalmente bajo. Además, estos puestos suelen ser ocupados por

personal externo a las comunidades locales porque en dichas regiones se carece de recursos humanos con capacitación técnica.

Por otro lado, según Svampa (2019), gran parte de los empleos indirectos se generan mediante subcontratas, lo que implica condiciones laborales más precarias, bajos salarios, falta de estabilidad y derechos limitados. Los trabajadores subcontratados suelen enfrentar mayores riesgos laborales y tienen menor protección social. A veces los trabajadores deben trasladarse a áreas remotas y trabajar bajo regímenes de turnos extensos, lo que limita el contacto con sus familias y comunidades. Este modelo reduce el arraigo local y puede generar tensiones sociales, desintegración familiar y problemas de salud mental.

Al mismo tiempo, el empleo en el sector extractivo tiende a estar masculinizado, con lo que se excluye a mujeres y a otros grupos vulnerables y se margina a las comunidades indígenas o rurales que habitan las zonas de extracción de los beneficios laborales (Deonandan y Dougherty, 2016). De esta manera, como explica Acosta (2016), aunque el extractivismo puede estimular a ciertos sectores locales (alojamiento, transporte, comercio), suele ser un impacto transitorio y limitado, especialmente porque las industrias extractivas tienden a no generar encadenamientos productivos significativos con otros sectores de la economía.

El empleo en el sector extractivo profundiza las desigualdades en América Latina debido a su estructura laboral excluyente, concentrada y precaria. El extractivismo en América Latina no solo genera pocos empleos de calidad, sino que también profundiza las desigualdades existentes al excluir a comunidades locales, mujeres y otros grupos vulnerables. Además, refuerza las brechas económicas y sociales al concentrar riqueza en pocas manos mientras precariza las condiciones laborales.

Estos patrones llaman a repensar modelos de desarrollo que prioricen la inclusión y la equidad sobre la dependencia de actividades extractivas. Además, Vindal Ødegaard y Rivera Andía (2019) indican que la

dependencia de los ciclos de auge y de caída de los precios de los productos básicos lleva a los trabajadores vulnerables a perder sus empleos en tiempos de crisis económica. Este análisis demuestra cómo las promesas de empleo a menudo no son suficientes para garantizar el bienestar a largo plazo de las comunidades afectadas. El crecimiento económico impulsado por el extractivismo tiende a ser temporal y concentrado, mientras que los efectos a largo plazo afectan negativamente a los más vulnerables.

4. A finales del siglo XX y principios del XXI varios Gobiernos de América Latina, especialmente aquellos de tendencia progresista, adoptaron un enfoque conocido como neoextractivismo, un término político que implicaba la nacionalización de recursos y una mayor participación del Estado en la extracción de recursos naturales, con el objetivo de redistribuir los ingresos generados por estas actividades para financiar programas sociales y reducir la pobreza.

Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones, el neoextractivismo ha generado nuevas formas de desigualdad y vulnerabilidad, especialmente para las mujeres y las comunidades indígenas. Vindal Ødegaard y Rivera Andía (2019) destacan cómo este modelo, aunque buscaba inclusión y justicia social, ha mantenido las lógicas extractivistas que perpetúan la exclusión de las comunidades locales. Esto subraya que, aunque se intentaron políticas más equitativas, se continuó reproduciendo las desigualdades.

En el discurso público, los proyectos extractivistas se justifican porque a nivel nacional generarán crecimiento económico para todos, y a nivel local, mejoras en la infraestructura y en las condiciones locales. Si bien es cierto que las industrias extractivas han contribuido al crecimiento del PIB en muchos países, los beneficios económicos no se han distribuido equitativamente. Grégoire, Hatcher y Hatcher (2022) afirman que, en lugar de mejorar las condiciones de vida de la población en general, la riqueza generada se ha concentrado en manos de unos pocos, lo que ha

contribuido a la perpetuación de la desigualdad. Por otro lado, Svampa (2022) observa que la infraestructura prometida a menudo no se concreta, y los impactos ambientales, como la deforestación y la contaminación del agua, empeoran las condiciones de vida de las comunidades locales. Esto genera un círculo vicioso en el que las promesas de desarrollo no solo no se cumplen, sino que las condiciones sociales y ambientales se deterioran, conduciendo a la profundización de las desigualdades.

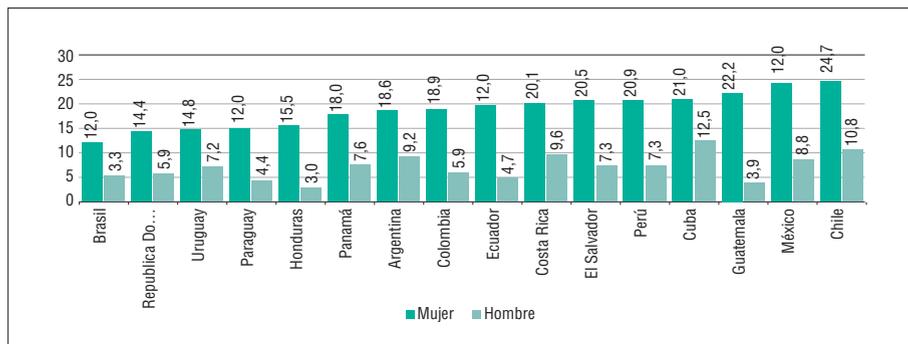
Aunque el extractivismo, especialmente en el siglo XXI, promete soberanía nacional y un uso más equitativo de los recursos, en realidad ha perpetuado la dependencia de los países latinoamericanos respecto del modelo extractivista y ha continuado con las exclusiones existentes. Las ganancias obtenidas por el Estado se han destinado en gran medida a mantener políticas públicas que favorecen el crecimiento económico, pero estas no siempre abordan las necesidades específicas de las mujeres y su inclusión.

Brechas/ desigualdades de las mujeres

Desigualdades en el hogar

Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2019), a nivel global las mujeres representan el 76,2% del trabajo del cuidado, lo que indica que tienen 3,2 veces más probabilidades que los hombres de participar en actividades del cuidado y de apoyo comunitario. En América Latina y el Caribe esta desigualdad es aún mayor: las mujeres dedican entre 6,3 y 29,5 horas semanales adicionales en comparación con los hombres al trabajo del cuidado no remunerado, lo que equivale a un total de 8.417 millones de horas semanales en la región. Esta distribución no solo tiene implicaciones económicas y sociales, sino que invisibiliza el trabajo doméstico al no valorárselo económicamente, creando un ciclo de desigualdad que limita la participación de las mujeres en la economía formal (CEPAL, 2018).

Gráfico 1. Proporción de tiempo dedicado al trabajo doméstico y al cuidado no remunerado en América Latina, desglosado por sexo



Fuente: Repositorio sobre uso del tiempo de América Latina y el Caribe, 22 de septiembre de 2023. <https://www.cepal.org/es/infografias/repositorio-uso-tiempo-america-latina-caribe>

Como muestra el gráfico 1, la asignación del trabajo no remunerado, compuesto por labores domésticas y de cuidado, implica una distribución inequitativa entre hombres y mujeres, lo cual impacta negativamente en la autonomía, particularmente la económica, de las mujeres. Las estadísticas en la región latinoamericana confirman que esta desigualdad es común en todos los países, donde las mujeres asumen una carga desproporcionada. En promedio, dedican cada día el triple de tiempo a estas actividades que los hombres.

El extractivismo, entendido como la explotación intensiva de recursos naturales para la exportación, exacerba estas desigualdades en América Latina. Este sistema impacta profundamente la vida de las mujeres en diferentes ámbitos, desde el hogar hasta la comunidad, y también en las relaciones de poder a nivel global. En cada uno de estos espacios, las mujeres enfrentan diversas formas de desigualdad y violencia. En el ámbito doméstico—donde ellas asumen la mayoría de las responsabilidades de cuidado y trabajo doméstico, incluso en actividades económicas fuera del hogar— el extractivismo refuerza los patrones tradicionales. Este fenómeno es especialmente marcado en zonas rurales y comunidades cercanas a enclaves extractivos, donde las mujeres, además de encargarse de las tareas del hogar, gestionan

recursos básicos como agua y alimentos para sus familias. La contaminación y la escasez de recursos que provoca el extractivismo aumentan su carga de trabajo, obligándolas a recorrer mayores distancias para obtener agua limpia, lo que afecta su salud y bienestar (Voola y Fernández, 2022).

Este contexto de extractivismo a menudo perpetúa la dependencia económica y la falta de reconocimiento del trabajo del cuidado, reflejando estructuras de poder que mantienen a las mujeres en roles subordinados. La invisibilidad de su trabajo, tanto dentro como fuera del hogar, es aquí una barrera significativa para la equidad de género. El testimonio de Domitila Chungara, una ama de casa en una zona minera, aunque data de hace más de cuarenta años, ilustra esta realidad. Ella describe su día, que comienza a las 4 de la mañana preparando el desayuno de su compañero y vendiendo salteñas para complementar el ingreso familiar. Entre sus tareas, enfrenta largas filas en la pulpería para adquirir productos básicos, mientras organiza a sus hijos para ayudar en las ventas y en las tareas domésticas. Su experiencia muestra cómo el trabajo del cuidado y doméstico sostiene a las familias, pero a expensas de la calidad de vida y del tiempo de las mujeres, perpetuando un ciclo de desigualdad de género en contextos extractivistas.

Mi jornada empieza a las 4 de la mañana, especialmente cuando mi compañero está en la primera punta. Entonces le preparo su desayuno. Luego hay que preparar las salteñas, porque yo hago unas cien salteñas cada día y las vendo en la calle. Hago este trabajo para completar lo que falta al salario de mi compañero para satisfacer a las necesidades del hogar. En la víspera ya preparamos la masa y desde las 4 de la mañana hago las salteñas, mientras doy de comer a los chicos. Los chicos me ayudan: pelan papas, zanahorias, hacen la masa. Luego hay que alistar a los que van a la escuela por la mañana. Luego lavar la ropa que dejé enjuagada en la víspera. A las 8 salgo a vender. Los chicos que van a la escuela por la tarde me ayudan. Hay que ir a la pulpería y traer los artículos de primera necesidad. Y allí en la pulpería se hacen inmensas colas y hay que estar hasta a las 11 aviándose. Hay que hacer fila para la carne, para las verduras, para el aceite. Así que todo es hacer fila. Porque, como cada cosa está en un lugar distinto, así tiene que ser. Entonces, al mismo tiempo que voy vendiendo las salteñas, hago cola para aviarme en la pulpería. Corro a la ventanilla para buscar las cosas y venden los chicos. Después los chicos van a hacer cola y yo vendo. Así. (Barrios de Chungara y Viezzer, 1977: 32).

Desigualdades en la comunidad

A pesar de analizar las desigualdades desde diversos niveles, estas están interconectadas y son interdependientes, generando un efecto sinérgico. En el ámbito comunitario, el extractivismo no solo las perpetúa, sino que las intensifica, especialmente para las mujeres. Ellas enfrentan los retos ya mencionados, los desplazamientos forzados y la pérdida de sus medios de vida, y enfrentan los desafíos de vivir en o cerca de las zonas de sacrificio. Estas dinámicas subrayan cómo el extractivismo exacerba las barreras preexistentes, perpetuando la marginalización de las mujeres a nivel comunitario y territorial.

Participación en el proceso de toma de decisiones

Históricamente, la toma de decisiones en contextos de conflicto con empresas extractivas y sobre el manejo de recursos ha sido dominada por figuras masculinas, relegando a las mujeres a roles secundarios. Sin embargo, en los últimos tiempos, las mujeres han comenzado a organizarse y a ejercer un rol más activo en los procesos de decisión comunitarios, evidenciando la necesidad de mayor inclusión y visibilidad en este ámbito.

La ausencia de mujeres en espacios de decisión genera políticas y prácticas extractivas que no consideran las necesidades y experiencias específicas de género. Esto perpetúa la invisibilización de sus derechos, especialmente en áreas como el acceso al agua, la seguridad alimentaria y la salud familiar. Además, la exclusión de las mujeres limita su acceso a los beneficios económicos generados por el extractivismo, como empleos, contratos o recursos financieros, profundizando las desigualdades económicas y sociales.

Las decisiones extractivas, cuando se toman sin la participación femenina, suelen ignorar los impactos diferenciados sobre las mujeres. Esto incluye el despojo de recursos vitales para su subsistencia, como la tierra y el territorio, y afecta desproporcionadamente a aquellas que dependen de los recursos naturales para su bienestar diario y el de sus familias. A nivel comunitario, las mujeres desempeñan un papel clave en la gestión de

recursos, por lo que su exclusión tiene repercusiones no solo económicas, sino también sociales y ambientales.

Asimismo, los proyectos extractivos sin perspectiva de género refuerzan los roles tradicionales que relegan a las mujeres al ámbito doméstico, limitando su liderazgo y empoderamiento. En comunidades indígenas y campesinas, las mujeres son las más afectadas por los efectos negativos de estas actividades, enfrentando no solo el despojo de tierras y la degradación ambiental, sino también un aumento en la violencia de género en sus territorios.

La falta de inclusión femenina en las decisiones sobre el extractivismo elimina sus demandas y retos de las agendas locales, dejando de lado preocupaciones fundamentales como la escasez de agua, los efectos en la salud y la pérdida de medios de subsistencia. Esta exclusión responde a dinámicas complejas de género, clase, etnia y poder, perpetuando la desigualdad estructural en América Latina y el Caribe.

La tenencia de la tierra

La tenencia de la tierra es un factor clave en la generación de desigualdades en América Latina, y el extractivismo ha acentuado estas disparidades, particularmente en lo que respecta a las mujeres. A pesar de los esfuerzos por implementar reformas agrarias durante la segunda mitad del siglo XX, la concentración de la tierra sigue siendo un problema estructural en la región. Las mujeres en particular han sido históricamente marginadas del acceso a la tierra, lo que las coloca en una situación de vulnerabilidad y dependencia económica. En un contexto extractivista, en el que la tierra y los recursos naturales se explotan a gran escala, estas desigualdades se profundizan y perpetúan. Esto pone en evidencia cómo el acceso desigual a la tierra sigue siendo una barrera central para el empoderamiento de las mujeres en zonas rurales.

En América Latina la propiedad de la tierra ha sido tradicionalmente controlada por una élite, y las políticas redistributivas han fracasado en cambiar esta realidad. Este control desmedido de la tierra no solo excluye a amplios sectores de la población, sino que también afecta asimétricamente a

las mujeres. OXFAM (2016) destaca que, aunque las leyes en muchos países reconocen la igualdad de derechos en la tenencia de la tierra (en la región no existen barreras legales para que las mujeres sean titulares de sus tierras), estas continúan enfrentando barreras culturales, económicas y sociales que limitan su acceso a este recurso. Estas barreras incluyen normas patriarcales que relegan a las mujeres a roles secundarios y no siempre les permiten participar en las discusiones comunitarias sobre el uso de la tierra y los recursos. Esto refleja la persistente influencia de las normas patriarcales que perpetúan la exclusión de las mujeres en los procesos relacionados con la gestión de recursos naturales.

La falta de acceso a la tierra tiene un impacto directo en la capacidad de las mujeres para generar ingresos y mejorar sus condiciones de vida. En el contexto del extractivismo, en el que las actividades extractivas requieren grandes extensiones de tierra, las mujeres se ven despojadas de su principal medio de sustento. OXFAM (2016) explica que este despojo las deja aún más marginadas, ya que dependen en gran medida de la tierra para la agricultura de subsistencia y el cuidado de sus familias. Las mujeres que pierden el acceso a la tierra también pierden la capacidad de participar activamente en la economía local, perpetuando su subordinación económica y social. Este ciclo de exclusión refuerza la marginación económica y política de las mujeres, limitando su participación en el desarrollo comunitario.

Este proceso ha estado acompañado por una reconfiguración del control sobre la tierra, en la que las élites económicas, mediante mecanismos como concesiones a largo plazo y acuerdos de producción bajo contrato, han consolidado su dominio sobre vastas áreas de territorio. Por lo que se señala, el extractivismo no solo implica una explotación de los recursos naturales, sino también una concentración del poder en manos de quienes controlan la tierra. Utilizan su poder económico para influir en las decisiones políticas y regulatorias, lo que les permite proteger sus intereses y asegurar sus inversiones, a menudo a expensas de las comunidades locales, especialmente las mujeres. El análisis mencionado subraya cómo los intereses de las élites a menudo chocan con las necesidades de las comunidades, profundizando las desigualdades preexistentes.

La falta de políticas públicas que garanticen el acceso equitativo a la tierra para las mujeres refuerza la exclusión de este grupo en el contexto extractivo. Los Gobiernos, en su afán por atraer inversión extranjera y fomentar el crecimiento económico, han desatendido su responsabilidad de proteger los derechos de las comunidades rurales, incluyendo los derechos territoriales de las mujeres. Esta omisión perpetúa las desigualdades de género y refuerza la dinámica extractiva, en la que las mujeres no solo pierden acceso a la tierra, sino que también son excluidas de los beneficios económicos generados por las actividades extractivas. OXFAM (2016) resalta que esta situación evidencia una doble exclusión para las mujeres: tanto en términos económicos como en su participación política, consolidando y reforzando su marginación.

El desplazamiento colectivo forzado

Los estudios realizados subrayan que no todos los procesos de extractivismo implican despojos forzosos; algunos de estos proyectos están dentro de territorios comunales o indígenas, pero no necesariamente despojan a la comunidad de su hábitat. Además, existen procesos de negociación entre empresas y los hombres de la comunidad para “desplazar” a las mujeres que son reacias a vender sus terrenos. En casos extremos, se procede al desplazamiento colectivo forzado.

El desplazamiento colectivo forzado, consecuencia directa de los proyectos extractivistas, impacta gravemente sobre las mujeres, quienes enfrentan desigualdades específicas durante estos procesos. La llegada de megaproyectos mineros o petroleros no solo genera el desalojo de comunidades, sino que también militariza los territorios. Al ser desplazadas, las mujeres asumen la responsabilidad de reconstruir los hogares en entornos nuevos y precarios, lo que implica levantar infraestructuras esenciales como cocinas, letrinas y sistemas de almacenamiento de agua. Estas labores, esenciales para la supervivencia familiar, no son reconocidas ni valoradas como trabajo productivo, perpetuando la invisibilidad del esfuerzo de las mujeres en estos contextos. El Fondo de Acción Urgente-América Latina (2017) resalta que la invisibilización de estas tareas refuerza la marginación de las mujeres.

Además, el extractivismo ha contribuido a la marginalización de los pueblos indígenas, cuyos territorios suelen ser el epicentro de las actividades extractivas. Las promesas de desarrollo y bienestar se han hecho a costa de la destrucción del medio ambiente y de la violación de los derechos territoriales de las comunidades indígenas. Svampa (2022) señala que el neoextractivismo ha generado una tensión entre la soberanía estatal y la autodeterminación de las comunidades, en la que el discurso del “bien común” suele imponerse sobre las demandas de las comunidades afectadas. Esto pone de manifiesto cómo el desarrollo extractivo, aunque promovido como un beneficio general, justifica y encubre la explotación y el desplazamiento de comunidades vulnerables. Además, como mencionamos, con la pérdida de sus territorios habituales, las mujeres deben encontrar nuevas maneras de acceder a recursos como agua y alimentos, tanto para sus familias como para sus animales. Este proceso aumenta significativamente su carga laboral, lo que agrava la precariedad económica y social en la que se encuentran. En muchos casos, las mujeres desplazadas no tienen acceso adecuado a servicios básicos, lo que afecta directamente su salud y la de sus hijos, incrementando su vulnerabilidad en estos nuevos territorios. Estas dificultades reflejan cómo la llegada o el inicio del proyecto extractivista profundiza las inequidades, desplazando a las mujeres de sus hogares y exponiéndolas a condiciones de vida más precarias.

Un ejemplo concreto de estas dinámicas se puede observar en la comunidad Wayúu, en La Guajira, Colombia. La explotación de carbón en la mina El Cerrejón ha provocado el desplazamiento de miles de indígenas wayúu y la privatización de recursos hídricos, como el río Ranchería, fuente vital de agua para esta comunidad. Según Verney (2009), los wayúu se vieron forzados a cruzar la frontera hacia Venezuela en busca de refugio, tras un violento ataque en su territorio. Este ataque, perpetrado por hombres armados, refleja el contexto de creciente violencia en La Guajira, alimentada por la lucha por el control de los recursos naturales. Este caso no solo explica la realidad de los despojos colectivos, sino también su carácter represivo y violento hacia toda la comunidad, incluyendo las mujeres.

El desplazamiento no solo despoja a las mujeres de sus medios de vida, sino que también rompe el tejido comunitario y debilita sus roles ancestrales

en sus comunidades. La militarización de los territorios y el aumento de la violencia agravan su situación, exponiéndolas a mayores riesgos. A pesar de estas adversidades, las mujeres siguen resistiendo y desempeñan un papel clave en la defensa de sus territorios y recursos, reclamando la búsqueda de alternativas sostenibles y luchando por sus derechos y los de sus comunidades. Este ejemplo subraya la resiliencia de las mujeres indígenas en su lucha por la justicia territorial, particularmente con relación a los proyectos extractivos, ya sea en su etapa de construcción o en la de operación.

Además, Federici (2010) explora un aspecto más profundo de estas dinámicas, al señalar que las mujeres en comunidades rurales e indígenas son las guardianas de los saberes tradicionales sobre el manejo de los ecosistemas. El extractivismo no solo despoja a las mujeres de sus tierras, sino también de sus conocimientos ancestrales relacionados con la agricultura, la medicina tradicional y la gestión del agua. Esta expropiación de saberes contribuye a la erosión de sus roles dentro de la comunidad, lo que agrava su marginalización y vulnerabilidad en las zonas de sacrificio. Este enfoque subraya que el extractivismo no solo destruye recursos tangibles, sino también los intangibles, como el conocimiento y las prácticas culturales.

La combinación de impactos y consecuencias de desplazamiento colectivo forzoso deja huellas profundas en la vida individual y colectiva de los pueblos indígenas y de las poblaciones del área rural.

Impacto de zonas de sacrificio en mujeres

El concepto de “zona de sacrificio” ha sido ampliamente utilizado por investigadores para describir las áreas donde las actividades extractivas causan un impacto devastador sobre el medio ambiente, la economía y la sociedad, y donde las comunidades locales, especialmente las más vulnerables, soportan la carga de esos impactos. Gudynas (2021) señala que estas zonas son vistas como territorios “sacrificables” en aras del progreso económico, donde los daños ambientales y sociales son aceptados, e incluso fomentados, como costo del desarrollo. El carácter de sacrificio –irreversible y negativo– de estas zonas queda justificado por el supuesto beneficio económico a nivel nacional.

Por su parte, Svampa (2019) enmarca estas zonas en su crítica al neo-extractivismo, un modelo adoptado por muchos Gobiernos latinoamericanos para financiar políticas sociales mediante la explotación intensiva de recursos naturales. Sin embargo, esta estrategia ha generado altos costos ambientales y sociales, especialmente en territorios indígenas y rurales. Para Svampa, las zonas de sacrificio son el resultado de una visión desarrollista que prioriza el crecimiento económico sobre la justicia ambiental y social. En estas áreas las mujeres son particularmente vulnerables, debido a la pérdida de acceso a recursos esenciales, como el agua y la tierra. Esta crítica refuerza la noción de que los beneficios del extractivismo a menudo se logran a expensas de las comunidades marginadas.

Zibechi (2003) aporta una perspectiva geopolítica, afirmando que las zonas de sacrificio no son incidentes fortuitos del desarrollo, sino territorios deliberadamente seleccionados para maximizar la extracción de recursos con el menor costo posible. Las comunidades que habitan estas áreas son por lo general las más empobrecidas y desprotegidas, lo que facilita la imposición de proyectos extractivos sin su consentimiento informado y sin una participación significativa en las decisiones.

Los tres autores coinciden en que las zonas de sacrificio son espacios geográficos donde las comunidades locales son marginadas y excluidas en nombre del desarrollo. Las actividades extractivas no solo generan daños ambientales irreparables, sino que también profundizan las desigualdades sociales, afectando desproporcionadamente a las mujeres. Esta visión resalta cómo las zonas de sacrificio en nombre del desarrollo económico perpetúan injusticias sociales y medioambientales.

En estas zonas, las mujeres no solo enfrentan la pérdida de medios de vida, sino también de manera permanente y creciente la contaminación del aire y el agua, lo que afecta directamente su salud y la de sus familias. Estas se ven obligadas a asumir más responsabilidades en el hogar mientras lidian con la escasez de recursos como el agua y los alimentos. La combinación de estas cargas profundiza la exclusión y la marginación de las mujeres en los contextos rurales, donde su contribución es esencial para la subsistencia de las familias.

El hecho de que el lago Poopó, en Bolivia, se haya secado es un ejemplo emblemático de cómo las zonas de sacrificio afectan tanto a las comunidades como al medio ambiente. Este lago, que fue uno de los cuerpos de agua más grandes de Bolivia, prácticamente desapareció debido a la combinación de actividades mineras y cambio climático. Mollo Mollo (2021) documenta que la contaminación con metales pesados, producto de la minería del estaño y de la plata en la región, devastó los ecosistemas acuáticos y destruyó los medios de vida de las comunidades pesqueras locales. El pueblo indígena uru fue desplazado, perdiendo no solo sus ingresos, sino también su identidad cultural. Este ejemplo ilustra el enorme costo social y ambiental que las zonas de sacrificio imponen a las comunidades vulnerables.

Es importante aclarar que la aparición de las zonas de sacrificio implica procesos cumulativos. Estas generan una especie de convivencia permanente y gradual con la toxicidad, la contaminación y la escasez de los recursos naturales, como el agua. La triple carga de las mujeres va surgiendo de manera gradual; las zonas de sacrificio no generan despojos colectivos forzosos, sino una gradual adaptación o tal vez, en casos extremos, migraciones en el largo plazo.

Masculinización y reforzamiento del patriarcado

La masculinización de los territorios extractivos y el refuerzo de las estructuras patriarcales en estos espacios son factores fundamentales para entender cómo el extractivismo perpetúa las brechas de género en América Latina. Los enclaves extractivos, caracterizados por la explotación intensiva de recursos naturales, como la minería, el petróleo y la agroindustria, generan dinámicas de exclusión y violencia que afectan asimétricamente a las mujeres. Estas zonas, dominadas por una fuerte presencia masculina, se convierten en espacios de reforzamiento del patriarcado. Las mujeres enfrentan múltiples formas de discriminación, desde la falta de acceso a empleo formal hasta la violencia de género.

Este fenómeno subraya cómo la masculinización no solo transforma el entorno laboral, sino que también afecta las dinámicas sociales y comunitarias, exacerbando las desigualdades preexistentes. Las desigualdades de

género en los territorios tomados por el extractivismo están directamente vinculadas a la masculinización de dichos espacios. La llegada masiva de trabajadores hombres jóvenes transforma profundamente la estructura social y económica de las comunidades locales. Svampa (2019) destaca que esta masculinización refuerza las dinámicas patriarcales, exacerbando problemáticas sociales preexistentes, como la prostitución y la trata de personas. El alto poder adquisitivo de los trabajadores del sector, quienes suelen recibir salarios elevados, contrasta con la precariedad económica del resto de la población. Esta disparidad crea un entorno propicio para la explotación sexual de las mujeres, lo que amplía las brechas de género y refuerza las dinámicas de poder desiguales. En este contexto, la prostitución se naturaliza, convirtiéndose en una práctica socialmente aceptada.

El FAU (2016) explica que esta naturalización invisibiliza las violaciones a los derechos de las mujeres, perpetuando su explotación. Las dinámicas extractivas no solo inmortalizan las desigualdades de género, sino que también destruyen el tejido comunitario, debilitando los roles tradicionales y ancestrales que las mujeres desempeñaban en sus comunidades. Este debilitamiento de los vínculos sociales agrava aún más la vulnerabilidad de las mujeres, quienes quedan expuestas a formas extremas de violencia y explotación en un entorno dominado por estructuras patriarcales reforzadas. Este análisis revela cómo el extractivismo no solo impacta sobre los recursos naturales y medios de vida, sino también sobre la cohesión social y las relaciones comunitarias.

Uno de los impactos más devastadores de la masculinización de los territorios extractivos es el aumento de la violencia de género. En estas zonas, la alta concentración de hombres y la falta de regulación estatal generan un clima de impunidad que facilita la violencia contra las mujeres. La trata de mujeres para su explotación en los enclaves extractivos es una manifestación extrema de la violencia de género. Zibechi (2003) argumenta que las redes criminales que operan en estas zonas utilizan a las mujeres como mercancía, lucrando con su explotación en un circuito global del crimen en el que participan tanto actores locales como transnacionales. Este tipo de violencia no solo tiene un impacto devastador en la vida de las mujeres, sino

que también contribuye a perpetuar un sistema patriarcal que normaliza la explotación y el abuso de las mujeres en los territorios extractivos.

La combinación de factores económicos, sociales y delictivos convierte a las mujeres en las principales víctimas de este sistema de explotación. La masculinización de los territorios extractivos y el refuerzo de las estructuras patriarcales en estos espacios perpetúan las desigualdades de género y generan condiciones extremas de violencia y explotación para las mujeres. La llegada masiva de hombres a estos territorios, junto con la falta de regulación estatal y la presencia de redes criminales, crea un entorno en el que las mujeres son marginadas económica y políticamente. Todos estos factores refuerzan su exclusión estructural en estas zonas.

El caso de Vaca Muerta (OMVCM, 2024), en la Argentina, es un ejemplo claro de cómo el extractivismo exacerba las desigualdades de género. Con la explotación intensiva de gas no convencional en la región, se ha producido una migración masiva de trabajadores, lo que ha generado un aumento en los índices de violencia de género y prostitución. En áreas urbanas cercanas a Vaca Muerta, como Añelo, los barrios están marcados por altos niveles de violencia doméstica, y las mujeres carecen de recursos y apoyo estatal para enfrentar estas situaciones. OMVCM (2024) destaca que en los primeros cinco meses de 2024 se registraron 220 casos de violencia de género clasificados como de riesgo inminente de vida, lo que ilustra el profundo impacto del extractivismo sobre las mujeres en la región.

Resistencia y protesta de mujeres desde los contextos locales

Históricamente, el rol de las mujeres en las luchas sociales en el Sur Global ha sido crucial. En América Latina, el protagonismo de mujeres indígenas, campesinas, afrodescendientes y de sectores rurales y urbanos se incrementó en las últimas décadas; su movilización ha creado nuevas formas de solidaridad y autogestión colectiva (Korol, 2016 y Castro, 2011, citadas en Svampa, 2019). Estas movilizaciones no solo han sido respuestas a las injusticias sociales, sino también expresiones de un profundo deseo de transformar los sistemas opresivos que las han mantenido marginadas en

sus propios territorios. Su capacidad para organizarse y resistir ha generado un espacio crítico para desafiar tanto las estructuras patriarcales como los modelos extractivistas.

A pesar de las múltiples formas de exclusión y violencia a las que se enfrentan, las mujeres en los territorios extractivos han desempeñado un papel clave en los movimientos de protesta y resistencia en contra de este modelo. En muchos casos, son ellas las protagonistas en la defensa de los territorios y los derechos humanos, organizando movimientos en contra y promoviendo alternativas al modelo extractivo. Estas mujeres no solo enfrentan la represión por parte de actores estatales y de las empresas extractivas, sino también la violencia de género, lo que convierte su lucha en un acto doblemente desafiante. Esta opresión patriarcal y la explotación económica evidencian la complejidad de sus protestas y resistencias, que van más allá de la simple oposición a los proyectos extractivos.

El avance del extractivismo no solo ha exacerbado la desigualdad en el acceso a la tierra, sino que también ha desencadenado un aumento alarmante de la violencia contra quienes defienden los derechos territoriales y ambientales, afectando especialmente a mujeres, pueblos indígenas y comunidades campesinas (Oxfam, 2016).

Estas resistencias se han presentado en diversas formas, desde confrontaciones violentas con compañías mineras hasta movimientos socioambientales que reclaman derechos territoriales y que proponen formas más sostenibles e inclusivas de desarrollo. Estos movimientos muestran una clara voluntad de las comunidades afectadas por encontrar un equilibrio entre el desarrollo y la justicia social, enfrentándose a intereses económicos que suelen priorizar las ganancias sobre los derechos humanos y ambientales.

Las defensoras ambientales son objeto de una violencia específica debido a su rol en contra el extractivismo. Svampa (2019) señala que, en muchos casos, se ataca a estas mujeres no solo por su oposición a los proyectos extractivos, sino también por desafiar las normas patriarcales que rigen sus comunidades. La violencia y la criminalización contra las defensoras ambientales es una manifestación extrema de las dinámicas patriarcales que operan en los territorios extractivos. El aumento exponencial de los megaproyectos extractivos desde 2008-2010 ha agravado esta violencia/

criminalización, intensificando el riesgo que enfrentan dichas mujeres en su protagonismo y liderazgo.

Según los datos de Global Witness (2019), al menos 2.106 personas fueron asesinadas entre 2012 y 2023; 461 de estos asesinatos ocurrieron en Colombia, el país con el mayor número de homicidios de activistas ambientales registrados en todo el mundo. Además, el FAU (2016) reporta que entre 2011 y 2016 se registraron 1.700 agresiones contra mujeres defensoras del medio ambiente en Sudamérica y Centroamérica. Muchas de estas agresiones ocurrieron durante desalojos forzosos; en estos las mujeres fueron violentadas por las fuerzas policiales o por grupos paramilitares. Estas cifras reflejan la gravedad del peligro de criminalización que enfrentan las mujeres líderes en sus comunidades y la violencia estructural que las rodea.

Este aumento en la conflictividad también ha generado una respuesta violenta por parte de los Estados y las empresas. Las mujeres defensoras de derechos humanos y derechos ambientales son frecuentemente criminalizadas y estigmatizadas como antidesarrollistas e incluso como terroristas, lo que agrava su vulnerabilidad.

En este contexto, el protagonismo y el liderazgo de las mujeres ha sido fundamental, pero a la vez extremadamente riesgoso. El caso emblemático de Berta Cáceres, quien encabezó en Honduras la lucha contra un proyecto hidroeléctrico en territorio indígena, es un ejemplo de cómo las mujeres activistas enfrentan altos riesgos, incluyendo la criminalización y la violencia, debido a su oposición a proyectos extractivos que amenazan los recursos naturales y la vida de sus comunidades.

A pesar de los desafíos, las mujeres continúan protagonizando estos movimientos. Global Witness (2024) también enfatiza en que la región es la más peligrosa del mundo para los defensores ambientales, con un alto número de asesinatos, amenazas y represalias contra aquellos que luchan por proteger sus territorios. The Goldman Prize, conocido como el “Nobel Verde”, se otorga anualmente a activistas ambientales de las comunidades de base de seis regiones del mundo, incluyendo América Latina y el Caribe. Entre 2000 y 2024 este premio ha reconocido a 25 personas de América Latina; de estas, 12 han sido mujeres, lo que representa aproximadamente el 48% de los galardonados en América Latina durante el siglo XXI.

Uno de los aspectos importantes del Acuerdo de Escazú-Costa Rica es su enfoque en la protección de los defensores del medio ambiente, quienes enfrentan una violencia creciente en América Latina. El Acuerdo exige a los Estados garantizar seguridad y apoyo a los defensores del medio ambiente, reconociendo su papel fundamental en la protección de los ecosistemas y en la promoción de la justicia ambiental. Además, el tratado subraya la importancia de combatir la impunidad y garantizar que los responsables de la violencia contra los defensores sean llevados ante la justicia. Este acuerdo es particularmente relevante para las mujeres defensoras, quienes enfrentan riesgos específicos relacionados con su género, como el acoso, las violencias y la criminalización. Sin embargo, la implementación del acuerdo enfrenta desafíos, ya que muchos Estados del Sur Global priorizan los intereses económicos sobre la protección de los derechos humanos y ambientales.

Finalmente, un fenómeno llamativo en las protestas y resistencias de las mujeres es que en su activismo no solo proclaman los derechos de equidad de género, sino también los derechos de sus comunidades y los derechos de la naturaleza, abogando por la defensa de los recursos naturales. Esta posición trasciende la lógica de definirse a sí mismo/a a partir de diferenciarse de otros/as (otredad), para pasar a una lógica que se define a sí mismo/a en relación a otros/as de manera no jerárquica. Esta última desafía las nociones de autonomía e individualidad al situar la vida en una red de relaciones interconectadas y mutuamente influyentes (Escobar, 2018). En la lógica de otredad, por ejemplo, la mujer generalmente está posicionada como la otra en relación al hombre, que se constituye en Sujeto Absoluto (Beauvoir, 1949).

En el caso de colonialismo europeo, los hombres se definieron a sí mismos en oposición a los pueblos indígenas, que fueron etiquetados como “salvajes”, enfatizando en la jerarquización del mejor y del peor, del superior y del inferior, para nada neutra (Todorov, 1989). Esta perspectiva ofrece una forma distinta de entender la identidad y la diferencia, así como la interacción humana con la naturaleza, que podría contribuir significativamente al proceso de la búsqueda de alternativas al extractivismo. En realidad, la otredad no es simplemente un asunto de diferencia, sino de dinámicas de poder, formando identidades y reforzando las jerarquías. Para Dussel (2011), la renovación civilizatoria requiere de un profundo repensar

de la existencia humana que va más allá de paradigmas dominantes en la modernidad occidental.

Como se puede observar, el extractivismo, pese a ubicar sus actividades en localidades remotas, tiene conexión con espacios globales. Por un lado, los movimientos de protesta y resistencia contra el extractivismo se dirigen generalmente contra empresas y corporaciones internacionales; de allí su dimensión global. Por otro lado, la emergencia de reflexiones de los movimientos sociales, especialmente conformados por mujeres, cuestiona los principios subyacentes del extractivismo a nivel global; sus propuestas invitan a pensar, más allá de alternativas al extractivismo, en lógicas alternativas que abarcan la humanidad y la naturaleza en una percepción más holística y orgánica

Nuevas lógicas en la búsqueda de alternativas

Como mencionamos, las mujeres en América Latina han encabezado movimientos sociales en contra de las prácticas extractivas destructivas, desde la minería y la explotación petrolera hasta la deforestación. Estos movimientos, a menudo protagonizados también por mujeres indígenas y campesinas, no solo buscan proteger sus territorios y recursos, sino que también proponen lógicas y modelos alternativos de desarrollo basados en la sostenibilidad y la justicia social. Este enfoque subraya el papel clave de las mujeres en la defensa de sus territorios y en cómo estas apuntan a reconfigurar la relación entre la sociedad y la naturaleza.

Movimientos como el ecofeminismo, la agroecología y los comunes, entre otros, surgen como corrientes teóricas y prácticas que vinculan la opresión de las mujeres con la lucha por la protección ambiental, argumentando que ambas formas de explotación están interrelacionadas. Desde esta perspectiva, las estructuras patriarcales que históricamente han oprimido a las mujeres también son responsables por la degradación de la naturaleza. Este enfoque crítico propone una comprensión más holística e interconectada de la realidad, en la que los seres humanos y el entorno natural son interdependientes (Svampa, 2019).

Este paralelismo entre los sistemas de opresión de mujeres y la explotación de la naturaleza ofrece una crítica integral del extractivismo y de las lógicas de poder que lo sustentan. Sin embargo, las políticas neoextractivistas (que son el extractivismo promovido por los Gobiernos que conforman la marea rosa) no solo cooptan estos movimientos, sino que a menudo criminalizan y reprimen a las mujeres activistas que luchan por la protección de sus territorios y recursos (OXFAM, 2016). Esta represión refleja una estrategia que busca consolidar el poder económico de las élites, mientras se invisibilizan las voces de las mujeres que proponen alternativas basadas en el cuidado y la sostenibilidad.

Acosta (2013) denuncia que, pese a que el neoextractivismo se presenta como un modelo que busca redistribuir los ingresos de los recursos naturales para financiar programas sociales, da continuidad a la misma lógica extractiva y explotadora. Este modelo, al priorizar el crecimiento económico a corto plazo, no toma en cuenta los costos sociales y ambientales en el largo plazo. Esta crítica pone de relieve la contradicción fundamental del extractivismo: genera beneficios económicos a corto plazo, pero a costa de un impacto devastador en las comunidades y el medio ambiente a largo plazo, que es una de las críticas que le hace el ecofeminismo.

Federici (2010) refuerza esta crítica argumentado que la degradación de los ecosistemas, la pérdida de biodiversidad y la erosión del tejido social, particularmente en las comunidades rurales, afectan de manera desproporcionada a las mujeres, quienes son las guardianas tradicionales de los recursos naturales. Esta crítica subraya cómo las mujeres, al estar estrechamente vinculadas con la naturaleza y con la gestión de los recursos, son las primeras en enfrentar las consecuencias del extractivismo desmedido.

Los ecofeminismos y otros movimientos, como la agroecología y los comunes, introducen una crítica radical a la lógica de explotación inherente al extractivismo, que considera a la naturaleza como un recurso inerte destinado a la explotación económica. Shiva (1988) argumenta que la visión mecanicista del mundo, impuesta por la ciencia moderna, ha convertido a la naturaleza, de una entidad viva, femenina y generosa, en un objeto inerte para ser explotado. Esta explotación sin límites nace de la cosificación de los recursos naturales, desconectando a la humanidad de su relación intrínseca

con la naturaleza. Shiva (2005) profundiza esta crítica abordando las consecuencias ecológicas y sociales del modelo económico globalizado, y expone cómo el monocultivo no solo se aplica a la tierra, sino también a las mentes, destruyendo la diversidad cultural y biológica. Al reducir la naturaleza a mera mercancía, las economías no solo destruyen los ecosistemas, sino que también despojan a las comunidades de su conexión espiritual y cultural con la tierra. Esta visión crítica resalta la interconexión entre la explotación de la naturaleza y la deshumanización de las comunidades locales.

Estas luchas, lideradas por mujeres de movimientos indígenas, campesinos y socioambientales, buscan construir una relación diferente entre sociedad y naturaleza, donde el ser humano no es visto como externo a la naturaleza, sino como parte de ella. Este enfoque, que resalta la “ecodependencia”, promueve el reconocimiento de la interdependencia entre las personas y su entorno, e invita a repensar la realidad humana desde el cuidado mutuo y el respeto hacia la naturaleza (Svampa, 2019). Este replanteamiento no solo desafía las lógicas extractivas, sino que propone una nueva lógica de vida basada en la interconexión y en la interdependencia.

Para ir finalizando, en vez de proponer solo estrategias alternativas al extractivismo, tal vez sería necesario esbozar una nueva lógica basada en el principio de unidad orgánica entre los humanos y la naturaleza. La unidad orgánica se refiere a la idea de que un sistema (ya sea un organismo, una sociedad o un ecosistema) funciona como un todo, donde cada componente tiene un rol específico y necesario. Cada parte contribuye y depende de las demás para formar un sistema completo y funcional, de manera que el sistema completo es más que la suma de sus partes. La complementariedad funcional, la interdependencia, la interconexión dinámica, la sinergia y la coevolución de las partes serían las notas dominantes de esta nueva lógica.

La “otredad” no tendría razón de ser. Se puede percibir un bosque como una unidad orgánica en la que los árboles, animales, hongos y microorganismos interactúan y sostienen la vida del ecosistema; si uno de estos elementos se elimina o se afecta, todo el sistema se resiente. También se aplica en las ciencias sociales, por ejemplo, en la visión de una sociedad en la que cada individuo y cada grupo juegan un rol en la cohesión y el bienestar del conjunto, al igual que cada órgano en un organismo es esencial para su salud

general. La interconexión y la interdependencia subrayan las dinámicas de reciprocidad y de mutualismo que sostienen esa unidad.

Conclusiones

El extractivismo en América Latina durante el siglo XXI ha profundizado brechas que afectan particularmente a las mujeres, ampliando las desigualdades sociales, económicas y de género. Estas desigualdades no se limitan al ámbito económico, sino que se entrelazan con formas de violencia y exclusión tanto en el hogar como en la comunidad.

Los impactos del extractivismo en las mujeres refuerzan las desigualdades en el hogar, pero especialmente en la comunidad. Desde lo doméstico, las mujeres asumen una carga desproporcionada de trabajo no remunerado, exacerbada por la degradación ambiental provocada por el extractivismo. La contaminación y destrucción de fuentes de agua y de otros recursos básicos incrementan la carga de su tarea del cuidado. Esta situación da continuidad a su subordinación económica y podría limitar su capacidad de participar en actividades productivas, profundizando su dependencia.

En las comunidades, las mujeres se ven afectadas de manera desproporcionada por desigualdades generadas por las barreras para la tenencia de la tierra, por desplazamientos colectivos forzosos, por habitar en las zonas de sacrificio. El extractivismo no solo genera desigualdades económicas, sino que también crea condiciones propicias para la violencia contra las mujeres y su violación. La militarización de los territorios y la llegada masiva de trabajadores masculinos a las zonas de explotación intensifican estas situaciones. En realidad, las desigualdades de las mujeres se intensifican a nivel de las comunidades.

El protagonismo y el liderazgo de las mujeres en los movimientos de protesta y resistencia contra el extractivismo –pese al elevado costo para su integridad y seguridad física– generan evidencias alentadoras. América Latina se ha convertido en la región más peligrosa del mundo para los defensores ambientales, con un elevado número de asesinatos, amenazas y represalias, principalmente en cuatro países de la región: Brasil, Colombia,

México y Honduras. De las personas asesinadas en 2023 por estas razones, el 43% eran indígenas y el 12%, mujeres.

La participación y el protagonismo de estas mujeres se caracteriza por tener una visión inclusiva. Más que luchar solamente por sus propios derechos como mujeres, promueven una visión más amplia, que abarca los intereses del planeta y los recursos naturales de sus comunidades.

El reflexionar sobre los aportes del ecofeminismo lleva a plantear, como aporte de este estudio, no solo estrategias alternativas, sino más bien una nueva lógica que reemplazaría a la lógica actual del extractivismo. En este contexto, los aportes de las corrientes ecofeministas han contribuido a vislumbrar el paralelo existente entre movimientos contra la opresión de la mujer y la lucha por la protección ambiental, identificando las huellas de la lógica del patriarcado en ambas formas. Aquí se propone la necesidad de esbozar una nueva lógica basada en el principio de unidad orgánica entre los humanos y la naturaleza

El propósito general de este estudio es abrir el debate sobre el extractivismo en América Latina y sus impactos en las desigualdades sociales y en la opresión contra las mujeres. Entre sus aportes al debate figuraría el haber visibilizado a las mujeres no como meros objetos de desigualdades generadas por el extractivismo, sino como protagonistas de los movimientos de protesta y resistencia. Este su protagonismo tiene para ellas un costo muy elevado: viven amenazadas y corren el riesgo de perder la vida. Las múltiples desigualdades experimentadas por las mujeres en el ámbito comunitario invitan a profundizar aún más en esos ejes temáticos no siempre visibilizados. Finalmente, la necesidad de buscar lógicas alternativas, y no solo estrategias alternativas, abre un nuevo horizonte de discusión en la exploración del extractivismo alternativo.

Fecha de recepción: 16 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación: 12 de noviembre de 2024

Bibliografía

- Acosta, Alberto (2016). “Post-extractivismo: entre el discurso y la praxis. Algunas reflexiones gruesas para la acción”. *Ciencia Política*, 11 (21): 287-332.
- Acosta, Alberto (2012). “Extractivismo y neo-extractivismo: Dos caras de la misma maldición.” *Ecoportal*, 25 de julio de 2012. <http://www.ecoportal.net/>
- Barrios de Chungara, Domitila Viezzer, Moema (1977). *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*. s/l: Siglo XXI Editores.
- Beauvoir, Simone de (1949). *The Second Sex*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Bebbington, Anthony y Bury, Jeffrey (2013). *Subterranean struggles: New dynamics of mining, oil, and gas in Latin America*. Texas, EE UU: University of Texas Press.
- Bebbington, Anthony J.; Humphreys Bebbington, Denise, Sauls, Laura Aileen y Verdum, Ricardo (2018). “Resource extraction and infrastructure threaten biodiversity and Indigenous peoples across the Amazon”. *Proceedings of the National Academy of Sciences (PNAS)*, 115 (52): 13164-13173.
- Beauvoir, Simone de (1949). *The Second Sex*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- CENDA – Centro de Comunicación y Desarrollo Andino (2021). “Tierra, territorio y derechos colectivos. Extractivismo minero en Poopó, Bolivia: Zona de sacrificio y vulneraciones de derechos humanos.” CENDA, 26 de mayo de 2021. <https://www.cenda.org/secciones/tierra-territorio-y-derechos-colectivos/item/833-extractivismo-minero-en-poopo-bolivia-zona-de-sacrificio-y-vulneraciones-de-derechos-humanos>
- CEPAL – Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2019). *Autonomía de las mujeres e igualdad en la agenda de desarrollo sostenible*. Santiago de Chile: CEPAL, Naciones Unidas.

Deonandan, Kalowatie y Dougherty, Michael L. (2016). *Mining in Latin America: Critical approaches to the new extraction*. Londres: Routledge.

Dussel, Enrique E. (2011). *Politics of Liberation: A Critical World History*. Londres: SCM Press.

Escobar, Arturo (2018). *Designs for the Pluriverse: Radical Interdependence, Autonomy, and the Making of Worlds*. New Ecologies for the Twenty- First Century Series. Durham y Londres: Duke University Press.

Falero, Alfredo (2015). “La expansión de la economía de enclaves en América Latina y la ficción del desarrollo: siguiendo una vieja discusión en nuevos moldes”. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, vol. 1: 145-157.

Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Serie Traficantes de Sueños 9. Madrid: Queimada Gráficas

FAU – Fondo de Acción Urgente (2016). *Extractivismo en América Latina: Impacto en la vida de mujeres y propuesta de defensa del territorio*. Santafé de Bogotá: FAU.

Fundación Plurales y Grupos de Mujeres Defensoras Ambientales (GDA) (2019). “Fortalecimiento de las capacidades de grupos de defensoras ambientales en el acceso y gobernanza de los recursos naturales. El caso de la comunidad de Tariquía”. *Ritimo*, 19 de agosto de 2019. <https://www.ritimo.org/El-extractivismo-en-Bolivia-El-caso-de-la-comunidad-de-Tariquia>

Göbel, Barbara (2015). Extractivismo y desigualdades sociales. *Iberoamericana*, 15(58): 15-30.

Global Witness (2024). “Voces silenciadas: La violencia contra las personas defensoras de la tierra y el medio ambiente”. *Global Witness*, septiembre de 2024.

Global Witness (2019). “¿Enemigos del Estado? Cómo los gobiernos y las empresas silencian a las personas defensoras de la tierra y del medio ambiente.” *Global Witness*, julio de 2019.

Greenspan, Emily (2017). *Position Paper on Gender Justice and the Extractive Industries*. s/l: OXFAM America.

Grégoire, Roy, Hatcher, Etienne y Hatcher, Pascale (2022). “Global extractivism and inequality.” En: Sims, Kearnin, Banks, Nicola, Engel, Susan, Hodge, Paul, Makuwira, Jonathan, Nakamura, Naohiro, Rigg, Jonathan, Salamanca, Albert y Yeophantong, Pichamon (eds.). *The Routledge Handbook of Global Development*. London: Routledge.

Gudynas, Eduardo (2021). “Los extractivismos sudamericanos hoy. Permanencias y cambios entre el estallido social y la pandemia”. En: Alister, Cristian, Cuadra, Ximena, Julián-Vejar, Dasten, Pantel, Blaise y Ponce, Camila (eds.). *Cuestionamientos al modelo extractivista neoliberal desde el Sur. Capitalismo, territorios y resistencias*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.

Gudynas, Eduardo (2013). “Extracciones, extractivismos y extrahecciones: Un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales”. *Observatorio del Desarrollo*, núm. 18, febrero.

Korol, Claudia y Castro, Gloria Cristina (comp.) (2016). *Feminismos populares: Pedagogías y políticas*. Argentina y Colombia: América Libre y La Fogata.

McKay, Ben (2017). *The politics of control: New dynamics of agro-extractivism in Bolivia*. Tesis para obtener el grado de doctorado de la Universidad Erasmo de Róterdam. Países Bajos: International Institute of Social Studies (IIS)

Mies, Maria y Shiva, Vandana (1993). *Ecofeminism*. Londres: Zed Books.

Mollo Mollo, Norma (2021). “El Lago Poopó: La tragedia de una muerte anunciada”. Centro de Ecología y Pueblos Andinos (CEPA).

OMVCM – Observatorio Municipal de Violencia contra las Mujeres del Municipio Neuquén Subsecretaría de las Mujeres (2024). “1° Informe Cuatrimestral de Gestión Período enero-abril 2024”.

Organización Internacional de Trabajo – OIT (2019). *El trabajo de cuidados y los trabajadores del cuidado para un futuro con trabajo decente*. Ginebra: OIT.

OXFAM (2016). *Desterrados: Tierra, poder y desigualdad en América Latina*. S/I: OXFAM.

Sachs, Jeffrey D. y Warner, Andrew M. (1995). “Natural resource abundance and economic growth National Bureau of Economic Research (NBER)”. Working Paper 5398. <https://www.nber.org/papers/w5398>

Shiva, Vandana (2005). *Earth democracy: Justice, sustainability and peace*. U. K.: Zed Books.

Shiva, Vandana (1988). *Staying alive: Women, ecology and development in India*. U. K.: Zed Books.

Svampa, Maristella. Acosta, Albero, Viale, Enrique, Bringel, Breno, Lang, Miriam, Hoetmer, Raphael, Aliaga, Carmen y Buitrago, Liliana (2022). “Transiciones justas para América Latina desde el Pacto Ecosocial del Sur: propuestas y disputas frente a los pactos verdes hegemónicos”. *Ecología Política*, 64: 61-70.

Svampa, Maristella (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina: Conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. Wetzlar, Alemania: Universidad de Guadalajara, Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias (CALAS) y Social Bielefel University Press.

Svampa, Maristella (2015). “Feminismos del sur y ecofeminismo”. *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) 256, marzo-abril.

Svampa, Maristella y Viale, Enrique (2014). *Maldesarrollo: La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz Editores.

Todorov, Tzvetan (1989). *The Conquest of America. The question of the other*. Nueva York: Harper & Row.

Veltmeyer, Henry (2021). *América Latina en la vorágine de la crisis: Extractivismos y alternativas*. Wetzlar, Alemania: Universidad de Guadalajara, Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos

Avanzados en Humanidades y Ciencias (CALAS) y Social Bielefel University Press.

Veltmeyer, Henry (2022). “Extractivism”. En: Sims, Kearnin, Banks, Nicola, Engel, Susan, Hodge, Paul, Makuwira, Jonathan, Nakamura, Naohiro, Rigg, Jonathan, Salamanca, Albert y Yeophantong, Pichamon (eds.). *The Routledge Handbook of Global Development*. London: Routledge.

Verney, Marie-Hélène (2009). “Colombia: Creciente violencia lleva a grupos wayúu a huir hacia Venezuela.” *Sitio Global de ACNUR*. <https://www.acnur.org/noticias/stories/colombia-creciente-violencia-lleva-grupos-wayuu-huir-hacia-venezuela>

Vindal Ødegaard, Cecile y Rivera Andía, Juan Javier (eds.) (2019). *Indigenous life projects and extractivism: Ethnographies from South America*. Suiza AG: Palgrave Macmillan.

Voola, Archana Preeti y Bina Fernandez (2022). “Gender inequality and development”. En: Sims, Kearnin, Banks, Nicola, Engel, Susan, Hodge, Paul, Makuwira, Jonathan, Nakamura, Naohiro, Rigg, Jonathan, Salamanca, Albert y Yeophantong, Pichamon (eds.). *The Routledge Handbook of Global Development*. London: Routledge.

Zibechi, Raúl (2003). “Los desafíos del movimiento popular en América Latina: tendencias y desafíos”. *OSAL – Observatorio Social de América Latina*, núm. 9, enero. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal9/zibechi.pdf>

Discursos marxistas sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo (1940-1985)

Marxist discourses on the Bolivian insertion into capitalism (1940-1985)

*Fernando Molina*¹

Resumen

Para los “marxistas periféricos”, el momento en el que se produjo y el carácter que tuvo la inserción de sus países en la estructura abstracta del capitalismo pensada por Marx era un asunto ideológico de gran importancia, pues de ahí derivaban los sujetos y las tareas de la transformación social pendiente. Este artículo de historia intelectual aborda las ramificaciones del debate sobre el tipo de formación social que se suponía que era Bolivia por causa de las determinaciones y características del capitalismo mundial, tomando en cuenta a un grupo de los teóricos más relevantes, desde José Antonio Arce hasta René Zavaleta, quien falleció justo 40 años atrás. Este es un homenaje a este autor. El trabajo permite observar cómo, por la dinámica de su propio contenido, este debate contribuyó de forma relevante al pensamiento boliviano sobre el extractivismo.

Palabras clave: Bolivia, historia intelectual, marxismos, extractivismo

1 Estudiante de la Maestría de Desarrollo Sostenible y Extractivismo del CIDES-UMSA. Autor de varias obras de historia intelectual, entre ellas *Bolivia y la revolución permanente. Ayala, Lora, Zavaleta* (2021) y *Marxismos bolivianos clásicos (1940-1952)*. Arce, Ayala, Lora (2024). Ganó el primer premio de Ensayo Gustavo Rodríguez Ostría por su libro *Cultura política boliviana*. fermolina2003@yahoo.com.ar

Abstract

For outlying Marxists, when and how the insertion of their countries into Marx's capitalism abstract structure occurred it was a very important ideological topic, because they inferred from the answers of those questions their conception about the hypothetical next Revolution's protagonists and tasks. This intellectual history article abords the Marxists' debate about how the Bolivian Social Formation looks like because of the capitalism's determinations and features when Bolivia got inserted into the world economy. Since a long period of time is taken in the account, only describes the thought about the insertion issue of the main Bolivian Marxist theorists, from José Antonio Arze to René Zavaleta, who died 40 years ago. This work has been done as a homage to him. The article let's see the contribution that the debate about the "Bolivian insertion", because of its own internal dynamic, made to the Bolivian extractivism knowledge.

Keywords: *Bolivia Intellectual history Marxisms Extractivism*

Introducción

Marx concibió el capitalismo como una estructura que se ampliaba al reproducirse y, por tanto, tenía un alcance tendencialmente mundial (1979 [1867]). Esta tendencia emergía de la dinámica explosiva de las fuerzas productivas tras el descubrimiento de la división técnica del trabajo, que permitía la realización plena del trabajo colectivo, y de la incesante competencia entre capitalistas (2001 [1848]). Sin embargo, en la práctica, la expansión capitalista nunca fue progresiva y lineal, como quizá imaginó Marx en algún momento (no así al final de su vida). Desde la propia Inglaterra, donde el autor de *El capital* vivió la mitad de su vida, hasta su natal Alemania, de cuyo "retraso" Marx siempre se quejó, la evolución económica, incluso sin salir de Europa, era fuertemente diferenciada porque estaba sobredeterminada por la historia. Esta, siendo el verdadero objeto de estudio del materialismo histórico, nunca recibió un tratamiento sistemático por parte de Marx (Althusser, 1968 [1965]; Mayorga, 1979).

El carácter global del capitalismo impulsó una globalización paralela, la del propio marxismo, y, por tanto, el fenómeno de los "marxistas periféricos", teóricos que creaban sus teorías revolucionarias para países con

un capitalismo muy incipiente o, en cualquier caso, países cuya expansión capitalista estaba “atrasada” respecto a la de otras naciones industrializadas previamente. Para estos marxistas, los rusos o los italianos, primero, y los latinoamericanos, poco después, el momento en el que se produjo y el carácter que tuvo la inserción de sus países en eso que Zavaleta (1988 [1978]) llamaba el “modelo de regularidad” capitalista, es decir, en la estructura abstracta tendencialmente global pensada por Marx, era un asunto ideológico de gran importancia. Tal definición podía permitirles determinar la relación, que era de geometría variable, entre la formación social concreta en la que habitaban, que combinaba varios modos de producción históricos (Poulantzas, 2001 [1968]), y las “leyes universales” del capitalismo.

De esta relación deducían, usando la lógica del materialismo histórico, el papel de las clases sociales, las tareas generales que estas debían cumplir y, por último, el tipo de revolución que debía impulsarse en sus países, ya sea para lograr que la expansión capitalista terminase con éxito, o para que se diese por acabada y se sustituyese por un camino particular hacia el socialismo. Cualquiera de estas decisiones requería, en el marxismo, de una legitimación de tipo económico, ya que la premisa fundamental de la doctrina era, como se sabe, que el avance de la historia dependía de las condiciones materiales de vida y no de la subjetividad de los actores sociales (Marx, 1976 [1859]).

Dos ejemplos iniciales de trabajos sobre la caracterización de un país a través de la definición de su inserción en el capitalismo son *Nuestras diferencias*, de Gueorgui Plejánov, publicado por primera vez en 1885, y *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de V. I. Lenin, de 1899. Ambas obras descartaban que una revolución rusa pudiera dejar de lado la penetración de la industria moderna que ya se había dado en esa nación. Entonces, la revolución rusa debía ser necesariamente burguesa; para Plejánov, dirigida por la burguesía por incitación de la clase obrera, y para Lenin, dirigida por la alianza entre los obreros y el campesinado (Baron, 1976).

La presencia de marxistas en países en los que el capitalismo no solo que no estaba en las últimas, sino que carecía de profundidad alguna, de marxistas que, aun así, buscaban una revolución anticapitalista o, mejor dicho, antiburguesa, ya que de lo contrario su existencia carecía de sentido, fue

un factor subjetivo y no material de impensados efectos políticos prácticos. Y también con importantes repercusiones teóricas. En este último campo, que es el que nos interesa, el “marxismo periférico” causó una gran ramificación ideológica.

Por eso, pasar revista a la cuestión de la inserción, en este caso, en Bolivia, puede permitirnos catalogar, primero, y analizar, después, varios desarrollos ideológicos, observando sus similitudes y diferencias internas. Tal esfuerzo, por razones que se explican en el primer párrafo del presente artículo, permitirá iluminar una zona completa, la marxista, de los discursos bolivianos sobre el extractivismo nacional.

El propósito de este artículo, entonces, es elaborar la historia intelectual del debate de los marxistas sobre el tipo de formación social que creían que era Bolivia debido a las determinaciones del capitalismo mundial, como un aporte al estudio del pensamiento boliviano sobre el extractivismo. Por razones de concisión, incluye solamente a los pensadores más importantes durante un arco temporal que va de 1940, el año de la fundación del Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR) por José Antonio Arze y Ricardo Anaya, hasta la publicación póstuma de *Lo nacional-popular en Bolivia*, de René Zavaleta, en 1985 en México. Estos límites temporales son sin duda discutibles; sin embargo, existen argumentos de peso para pensar que el marxismo boliviano solo comenzó a tener cierta importancia teórica y alguna relevancia social a partir de la aparición del PIR (Abecia López, 1986; Paz Gonzales, 2020), y que el marxismo posterior a Zavaleta (Álvaro García Linera, Luis Tapia y Juan José Bautista, principalmente) pertenece a una problemática (decolonial-indianista) diferente a la del marxismo del siglo XX, por lo que debe considerarse “posmarxismo”, siguiendo la autoidentificación que realizaron Laclau y Mouffe (2006 [1985]).

La literatura considera a Zavaleta el más relevante marxista boliviano (Lazarte, 1988; Tapia, 2002; Gil, 2006 y 2016). Uno de los objetivos de este trabajo es justificar esta valoración mostrando la singularidad y sofisticación de su abordaje de la temática de la inserción de Bolivia en el capitalismo respecto del resto del pensamiento marxista boliviano; de ahí que se dedique a su planteamiento un espacio algo mayor. Queremos realizarle así un

homenaje en el 40 aniversario de su fallecimiento, que acaeció en diciembre de 1984 en Ciudad de México.

La historia intelectual se reconoce porque “se ocupa de textos”, sean estos teóricos o no (Skinner, 2014). Además, según la propuesta de Skinner, no se limita a interpretar hermenéuticamente estos textos para restablecer su sentido, un objetivo que él considera “empobrecido” y que la escuela deconstruccionista consideró utópico porque la cadena de la interpretación no tiene fin (Claros, 2017). Además, para alcanzar un grado mayor de fiabilidad, busca estudiar dichos textos como “intervenciones” de sus autores en un “debate” constituido por otros textos similares, tanto si este debate es formal, implícito o incluso inadvertido. Cada autor llega a esta “conversación” y reacciona ante lo que encuentra, es decir, descarta o apoya posiciones previas, crea nuevas perspectivas y así contribuye al conocimiento humano o, si se quiere, al de su clase, su línea ideológica, etc.

Lo que hace la historia intelectual, entonces, es suponer que cada texto, cada discurso, cada proceso significativo es un “acto” (en concreto, un acto de habla) de sus autores. Su interpretación solo puede alcanzarse relacionándolo con otros “actos” con los que está vinculado por mutuas referencias. Esto le exige al historiador intelectual prestar una particular atención a los contextos discursivos en los cuales los textos emergen, son recibidos, discutidos, etc.; en una palabra, a la “intertextualidad” (Skinner, 2014).

Esta aspiración, tomando en cuenta que pretendo revisar un periodo muy largo de producción discursiva, solo puede lograrse a largo plazo y en un espacio mucho mayor al que uso aquí. Por esta razón, pido a los lectores que, con indulgencia, consideren este artículo una primera aproximación al tema, y que valdrá la pena si permite desbrozar una pequeña porción de un terreno que hasta ahora ha permanecido casi virgen, que es el campo de los estudios marxistas bolivianos.

Presento la materia de forma cronológica. Un primer acápite habla de las primeras interpretaciones marxistas sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo, las de los “marxistas clásicos” que, con Mariátegui como antecedente, intentan aplicar el leninismo, el etapismo y el trotskismo a las características de la formación social boliviana. Seguidamente, hablo de los siguientes periodos: el desarrollista de los años cincuenta, en el que nace la

izquierda nacional, y el de la crisis del desarrollismo de las décadas de 1960 y 1970, en las que emerge el pensamiento de la teoría de la dependencia, con Marcelo Quiroga Santa Cruz como el exponente boliviano más célebre. Finalmente, se termina con la descripción de la tesis de Zavaleta sobre una “inserción no determinista”, tesis que es la más compleja y original de las presentadas.

Primeras interpretaciones marxistas sobre la inserción

El tema del libro *El otro Occidente*, de Marcello Carmagnani (2004), es lo que el autor llama la “occidentalización” de América. Dicho de otro modo: la inserción de un continente hasta entonces ajeno dentro de la estructura europea, que fue una entrada problemática porque se produjo a través de la colonización.

El primer capítulo de este libro, llamado justamente “La inserción”, está dedicado a los trágicos efectos de la Conquista ibérica sobre el Nuevo Mundo: la devastación de las poblaciones indígenas, que quitó importancia a los mercados internos, y la paralela inauguración de un modelo económico –que sería varias veces secular– orientado a la producción de materias primas y a su exportación centralizada a la metrópoli.

El comercio colonial logró interconectar la mayor parte de las zonas económicas americanas con el aún incipiente mercado mundial (Garavaglia, 1982). Hay bastante consenso en reconocer la importancia que en este proceso adquirió el capital comercial, tanto público como privado. También en que la orientación ultramarina de la economía americana, señal de la modernidad de la empresa colonizadora, al mismo tiempo introdujo y reforzó formas productivas tradicionales, esto es, diversos modos de trabajo forzado (“encomienda”, “mita”, etc.) en los que el salario no existía o era simbólico. Por tanto, no era una inserción capitalista *strictu sensu* (Laclau, 1982).

Cada zona económica colonial –por ejemplo, el área que tenía como centro a Potosí y que iba desde el norte argentino hasta el Ecuador– consistía en la interrelación de un conjunto muy diverso de actividades económicas: ganaderas, agrícolas, incluso manufactureras (la producción en los obrajes

de Cochabamba de los textiles que usaban los mineros potosinos), pero, en última instancia, se dirigía a cumplir una necesidad colonial (en este caso, la exportación de la plata) y decaía cuando ya no podía hacerlo con la misma intensidad.

El elemento predominante de la primera inserción de América Latina en la economía mundial, entonces, no fue el capital comercial, pese a su relevancia, sino el dominio colonial. De ahí que, por ejemplo, se reprimiera los comportamientos que pudieran afectar los beneficios de la Corona ibérica y, en cambio, se permitiera practicar sin sanción cualquier negocio, incluso ilegal, que no afectara el objetivo metropolitano de extracción de recursos y excedentes (Sempat Assadourian, 1982).

Si quisiéramos aplicar a este momento histórico un concepto contemporáneo, habría que decir que la economía latinoamericana colonial tenía un carácter extractivista. Este concepto significa aprovechamiento depredador de la naturaleza con el objetivo de exportar recursos naturales, los cuales no serían explotados en grandes cantidades si no los demandara un mercado extranjero (Ezquerro-Cañete, 2023).

Maristella Svampa y Emiliano Terán (2016) califican al neoextractivismo del siglo XXI como la actualización de un modelo de acumulación y apropiación de 500 años de antigüedad que comenzó, justamente, en Potosí. Ezquerro-Cañete (2023) precisa que, si bien esto es así, el extractivismo latinoamericano solo adquirió un carácter capitalista (con burgueses y obreros asalariados) en el siglo XIX.

Además de este importante cambio productivo en el siglo XIX, las economías latinoamericanas soberanas mantuvieron la orientación exportadora del modelo colonial. Sin embargo, según Carmagnani, no estuvieron tan volcadas “hacia afuera” como la historiografía convencional supone; esto significa que las exportaciones de materias primas no tuvieron un peso superior al 10% del PIB en promedio (2024: 211). En cambio, en este periodo América Latina se hizo parte del sistema financiero internacional y también modernizó sus medios de transporte; esto ayudaría a la creación de mercados internos que serían la base de los progresos del siglo XX. Otro dato fundamental en este mismo sentido es la evolución de las importaciones,

que pasaron de ser exclusivamente de consumo a ser también de bienes de capital.

El comercio internacional de los países latinoamericanos recién nacidos era muy distinto al de los virreinos. En franco contraste con una situación en la que existía un monopolio de los canales de venta y la única posibilidad de diversificación comercial era el contrabando, aquellos practicaban la “religión del comercio”. Tras algunas vacilaciones proteccionistas, las élites criollas se volcaron decididamente hacia el librecomercio. Y consideraron el papel de sus naciones en la división internacional del trabajo: su rol de productoras de “frutos naturales” y compradoras de manufacturas como el que les era natural. Por ejemplo, el presidente conservador boliviano Mariano Baptista Caserta (1892-1896) sostenía que:

Debe ser Bolivia, en el mercado general, productor de primeras materias y muy especialmente de los minerales, si se toma en cuenta su parte habitada y la extensión y fecundidad relativas de sus fuentes de producción. Su más grande oferta se constituirá, por muchos años, en oferta de metales: su constante pedido será el de artículos manufacturados, y su progreso material dependerá de este cambio. Vano es pensar que, antes de sobrevivir evoluciones seculares, que alteren el organismo económico del mundo, pueda introducirse en el movimiento general como productor fabril (citado por Lora, 1967: 142).

Esta tesis, que defendieron las élites del siglo XIX y de la primera parte del XX, hasta la Gran Depresión de 1929, fue la que en un ensayo de 2009 llamé “recursos naturales por progreso”. Latinoamérica tenía que especializarse en producir materias primas para canjearlas a los países desarrollados por avances tecnológicos, manufacturas y medios de confort. Este intercambio sería el único al alcance de los países latinoamericanos mientras estos se mantuvieran subeducados y carecieran de una organización institucional racional (Molina, 2009).

La mencionada tesis librecomercista constituye la primera concepción teórica sobre la inserción de Latinoamérica y Bolivia en la economía mundial. Aparece ya durante el propio proceso independentista, esto es, en el primer tercio del siglo XIX. Más adelante se vería respaldada por el pensamiento económico neoclásico, para el que el comercio internacional

es intrínsecamente justo, pues entrega su parte a cada uno de los actores involucrados. Las corrientes críticas que aparecerían en el siglo XX partirían de la refutación de esta y otras creencias neoclásicas, como la perfecta competencia mercantil y la dirección siempre ascendente de la acumulación económica (Devés, 2000).

Una de estas corrientes era el marxismo, que en las décadas de 1920 y 1930 tuvo como principal referente al peruano José Carlos Mariátegui, quien definió las economías americanas “orientadas hacia fuera” de entonces como “dependientes y semif feudales”. En su célebre *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1987 [1928]: 28), define así al Perú de esa época:

En el Perú actual coexisten elementos de tres economías diferentes. Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista subsisten en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada.

Esta categorización se enmarcaba en las resoluciones del Segundo Congreso de la III Internacional, realizado en 1920 en la URSS. Este Congreso, todavía dirigido por Lenin y, por tanto, referencial para todas las facciones comunistas, aprobó unas “Tesis y adiciones sobre los problemas nacional y colonial”, en las que se exigía “dividir netamente las naciones en: naciones dependientes, sin igualdad de derechos, y naciones opresoras, explotadoras, soberanas” a fin de no encubrir “la esclavización colonial y financiera –cosa inherente a la época del capital financiero y el imperialismo– de la enorme mayoría de la población de la Tierra por una insignificante minoría de países capitalistas riquísimos y avanzados” (Internacional Comunista, 1977: 151, 152). Los “Estados y las naciones más atrasadas” eran aquellos en los que “predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas” (*op. cit.*: 155). En tales contextos: “la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella” (*ibid.*) y ayudar al “movimiento democrático-burgués de liberación” de estos países.

Esta tesis representaba como incompleta y, por tanto, como desigual, la inserción latinoamericana en el capitalismo mundial: la inclinación de los países hacia el capitalismo se veía obstaculizada por el desarrollo mundial del propio capitalismo, que había establecido una división internacional del trabajo que tendía a la explotación de estos países y que, a la vez, impedía la completa modernización interna de los mismos. Tal división del trabajo estaba determinada por unas relaciones de producción avanzadas que se hacían crecientemente monopólicas y que, respecto a los países semif feudales, eran imperialistas.

El resultado de este tipo de inserción había sido la aparición en Latinoamérica de economías duales, con enclaves dinámicos en las áreas más vinculadas al mercado mundial, en las que el modo de producción era capitalista, así como vastas zonas desconectadas, que languidecían en el feudalismo. Esta era la concepción que aplicaba Mariátegui al Perú. Mariátegui encontraba el origen genealógico de esta situación en la existencia de recursos naturales (el guano y el salitre en el caso del Perú). Era, por tanto, una configuración extractivista.

Aunque se podía observar una relación entre estas “dos realidades”, por ejemplo, en la vinculación de sus élites dentro de una sola clase dominante (lo veremos enseguida), esta relación no era dialéctica, es decir, transformadora. En la misma formación social aparecían dos modos de producción distintos (feudal y capitalista), cuya complementariedad solo podía ser negativa: uno resultaba demasiado débil para modernizar al otro; este, demasiado atrasado como para impulsar al primero, etc. Por tanto, se necesitaba revoluciones que cumplieran adrede las tareas que, antes del imperialismo, habían sido resortes espontáneos de las burguesías nacionales. La forma exacta que estas revoluciones alcanzarían constituía un asunto abierto después de la experiencia rusa de 1917.

Esta posición constituía la piedra fundamental de lo que Herbert Marcuse llamaría el “marxismo soviético”, es decir, del marxismo corregido o ajustado por Lenin y la Tercera Internacional para que pudiera digerir y superar el incumplimiento de algunas previsiones presentes en la obra de Marx, sobre todo aquella de que la revolución se cumpliría primero en los países desarrollados. La cuña que Lenin y otros revolucionarios introdujeron

para reequilibrar el sistema ideológico marxista era la noción de imperialismo. La teoría del imperialismo explicaba, en un mismo movimiento, por qué los obreros de los países desarrollados se habían tornado conservadores y por qué las revoluciones ya no acontecían en las potencias centrales, sino en los países coloniales y semicoloniales que luchaban por la liberación nacional y en contra de un destino extractivista.

Una década después de *Siete ensayos...*, los marxistas bolivianos también comenzaban a pergeñar interpretaciones sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo mundial, como determinante de su desarrollo de carácter extractivista. El principal introductor del marxismo en nuestro país, José Antonio Arze (2020: 213), realizaba el siguiente diagnóstico:

Cuando los conquistadores españoles llegaron a América, trajeron un nuevo tipo de civilización que trasforma la técnica productiva, la masa demográfica, las formas políticas y jurídicas y la cultura. Esta antítesis española puede resumirse en una palabra: feudalismo².

Algo que, según Arze, no había cambiado hasta la época en que escribía (1939): “luego de 114 años, no es difícil comprobar que las bases de su economía [de Bolivia] siguen casi tan feudales como en tiempos de la Colonia” (2020: 216). La Declaración de Principios (1940) del partido de Arze, el PIR, era bastante más precisa sobre este punto:

En Bolivia conviven formas económicas preincaicas, del tipo casi comunista primitivo, como el ayllu, junto a formas de economía colonial, de tipo feudal, como las que rigen en los latifundios, y hasta formas del más avanzado capitalismo como las que ofrecen algunos grandes establecimientos mineros (citado por Ovando-Sanz, 1984: 109).

Nótese el paralelismo con la caracterización del Perú según Mariátegui. Esta combinación en una sola sociedad de distintas etapas de desarrollo se expresaba también en el nivel de la clase dominante, que fue catalogada como “feudal-burguesía” o “feudal-minería”: una clase dominante formada

2 La antítesis era la española porque la tesis la constituía el incario.

por la confluencia de los propietarios de la moderna minería capitalista –predominante en la economía boliviana desde la década de 1870– y los latifundistas feudales tradicionales.

Esta definición era importante porque determinaba el tipo de revolución que se pretendía que corrigiera el tipo de inserción. Durante las décadas siguientes al Segundo Congreso de la Internacional Comunista, el grueso del movimiento marxista latinoamericano –que tenía como referente al premier soviético Josef Stalin y se organizaba en los partidos comunistas de cada país de la región– interpretaría ese cuerpo teórico leninista en un sentido etapista, recuperando cierta tradición evolucionista del marxismo previo a Lenin. Admitiría la posibilidad de que las burguesías o las pequeño burguesías latinoamericanas encabezaran la transformación industrial y acabarían con las pervivencias “feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas” de sus países, al mismo tiempo que liberaban a estos de la dependencia del imperialismo.

Arze planteaba la siguiente fórmula: “En los países semicoloniales (como Bolivia), unión nacional contra el imperialismo y la feudal-burguesía interna, para realizar la Revolución Democrático-Burguesa” (1980: 50; mayúsculas en el original). Esta creencia se volvería el fondo que justificaba un repertorio diverso de alianzas políticas.

Los partidos comunistas intentarían, en la medida en que estos se lo permitieran, trabajar con los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional que aparecerían entre los años cuarenta y los sesenta (peronismo, pazestensorismo, velasquismo y varguismo), siempre y cuando los mismos no chocaran con los intereses de Moscú, centro al que estaban subordinados, como veremos. Los partidos comunistas afirmarían que la industrialización interna podía dar pie a la autonomización de las “semicolonias” estadounidenses y, por tanto, a la creación de las condiciones necesarias para su posterior paso al socialismo. Una consigna que, sin embargo, se usaba exclusivamente de manera propagandística (Molina, 2021).

El etapismo admitía, como hemos visto, que la superioridad del capitalismo sobre el feudalismo volvía deseable que los comunistas lucharan, así fuera transitoriamente, por aquel. ¿De dónde procedía tal jerarquía entre dos sociedades que eran, ambas, explotadoras y de clase? La dictaba

una lógica histórica trascendente, la cual permitía establecer una sucesión de modos de producción desde el comunismo primitivo, pasando por el esclavismo y el feudalismo, hasta el capitalismo y luego al socialismo. Este esquema podía variar, por ejemplo, con la incorporación de un “modo de producción asiático” o con la innovación trotskista del salto de las sociedades combinadas feudal-capitalistas al socialismo, pero siempre mantenía un carácter necesario y ascendente.

El trotskismo latinoamericano, minoritario pero bullicioso, denunciaba el etapismo como “contrarrevolucionario”, pues suponía que en la época imperialista la única clase capaz de cumplir con las tareas de la industrialización y la liberación nacional era el proletariado, que por fuerza tendría que combinarlas con sus propias tareas socialistas, lo que le daría a la revolución un carácter permanente (Trotsky, 2011 [1930]).

¿Qué decía el trotskismo sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo? Su posición era más “dialéctica”. Por ejemplo, Ernesto Ayala (1944) planteaba (inspirándose en el “Esquema de la interpretación económica”, el primero de los *Siete ensayos...* de Mariátegui) que, tras la derrota y expulsión de las fuerzas realistas del territorio americano, había cambiado la naturaleza de la inserción latinoamericana en el mundo: los países recién nacidos se habían incorporado al sistema capitalista, un paso que previamente les había estado vedado por el dominio español. Este salto, sin embargo, se frustró de partida por la rémora del modo de producción feudal en el que las colonias ibéricas se encontraban antes de su emancipación, que no era fácil de superar, y por la consiguiente debilidad del liberalismo burgués que encarnaban los ejércitos patriotas que vencieron a la Corona.

Refiriéndose al caso boliviano, Ayala señalaba que los Libertadores abjuraron muy pronto de su intención modernizadora en un sentido capitalista. La defección comenzó con su respeto a las propiedades de los realistas derrotados. Después, solo sería cuestión de tiempo para que sus tímidos intentos de suprimir el tributo agrario y la servidumbre fueran olvidados y, en consecuencia, el feudalismo y el proteccionismo coloniales se conservaran intactos hasta la década de 1870.

En 1872, la nueva República boliviana aprobó la libre exportación de la plata. En torno a esa fecha, y no por casualidad, emergieron las grandes

empresas argentíferas que la aprovecharían. Pero este momento –que historiadores como Rodríguez Ostría (2021) consideran el verdadero comienzo de la historia de Bolivia en el capitalismo mundial– dio paso, según Ayala, a una nueva capitulación de las fuerzas liberales, representadas esta vez por la minería aurífera, ante los terratenientes enraizados en el modo de producción feudal. Estos no fueron destruidos, como mandaba el esquema del materialismo histórico, sino que terminaron cooptados por la burguesía; se formó la llamada “rosca minero-feudal”, que dominaría una sociedad también mezclada, precapitalista y capitalista a la vez.

Tal era el resultado del “desarrollo desigual y combinado” que el trotskismo extrapolaba de Marx y que consideraba fundamental para la interpretación de la historia (Trotsky, 2011 [1930]). El trotskismo boliviano explicaba la esterilidad y cobardía de la burguesía minera de la plata por la presencia en la economía mundial de los imperialismos estadounidense y europeo, que impedían que esta clase creara industrias, lo que no hubiera convenido a su monopolio mundial de bienes manufacturados. En esas circunstancias, la burguesía minera boliviana, incapaz de expandirse, se hacía subalterna y no podía aspirar a otra cosa que a un papel subsidiario dentro del mecanismo extractivista del capitalismo (cf. Molina, 2021).

Sigamos con los autores trotskistas. El documento ideológico-sindical más importante de la historia de Bolivia, la Tesis de Pulacayo, escrita por Guillermo Lora y aprobada en noviembre de 1946 por el congreso realizado en esta localidad por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, que había sido fundada dos años antes, planteaba el siguiente diagnóstico:

Bolivia es país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista, y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. De esta evidencia arranca el predominio del proletariado en la política nacional (Lora, 1994a: 120).

Aquí se da un paso más allá de la Declaración de principios del PIR. No solo se describe una economía combinada, sino que se afirma que, dentro de esta “amalgama”, predomina cualitativamente (es decir, no numéricamente)

el capitalismo. En “Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana”, escrito paralelamente a la Tesis, Lora explicaba esta fórmula –“Bolivia es país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista”– de una manera más elaborada y en oposición a la caracterización de Bolivia como “país feudal” hecha por José Antonio Arze. Lora argumentaba contra esta definición que “el esquema ‘esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo’ [...] con esa pureza solamente existe en los textos, porque en la realidad una etapa siempre aparece arrastrando las huellas de la precedente y mostrando los gérmenes de la futura” (1994b: 355). Así que apelaba a la “ley del desarrollo desigual”, que podía dar una imagen mucho menos mecánica de la sociedad boliviana. Y se aproximaba a configuraciones marxistas posteriores, como la del “abigarramiento” de René Zavaleta: “Bolivia aparece como la síntesis de todo el desarrollo de la humanidad, desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo, pasando por la esclavitud y el feudalismo” (*op. cit.*: 357-358).

Este pasaje audaz es una excepción en la obra lorista y seguramente se debió a la juventud del autor de “Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana”. Tanto en este mismo texto, como posteriormente en sus muchos trabajos sobre este tema, Lora defendió mayormente la existencia de una economía dialécticamente dual: “La sociedad boliviana es una unidad dialéctica conformada contradictoriamente por una parte de la comunidad que produce mercancías para el mercado y la otra, bienes de uso para el consumo. La interrelación de estos extremos define su desarrollo económico (*op. cit.*: 357)”.

Hay “dos economías” que se interrelacionan y contradicen entre sí. La superación de esta contradicción en Lora será desarrollista, como en todos los marxistas de la primera parte del siglo XX, que a ratos sonaban a este respecto igual que los liberales. Lora afirmaba que: “Todos están de acuerdo con que Bolivia debe superar su estado actual de atraso e incultura. El problema de pasar de la barbarie a la civilización constituye un tema de permanente actualidad” (1994b: 353). Arze y el PIR querían lo mismo; por ejemplo, “civilizar” a los pueblos indígenas (lo que les criticaba Ovando, 1984).

Aplicando la concepción que acabamos de exponer, la Tesis de Pulacayo caracterizaba a Bolivia como un país capitalista atrasado y parte de la economía mundial. En “Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana”, Lora (1994b: 356) explicaba que

esta caracterización [...] supone dos cosas fundamentalmente: por una parte, reconoce la coexistencia de varios modos de producción, el capitalista a lado de los precapitalistas, y por otra, que Bolivia ya está viviendo su experiencia capitalista como rezagada, parcial.

¿A qué se debía esto último?

La raíz de las peculiaridades bolivianas se encuentra en el hecho histórico de que el capitalismo no alcanzó a generarse internamente (que de ser así habría barrido toda forma de económico-social precapitalista de los Establos de Au-gías), sino que vino debidamente desarrollado como fuerza invasora bicéfala (generando progreso y estancamiento) (*op. cit.*: 357).

Esta formulación anticipa la de la “teoría de la dependencia” de los años sesenta, la cual se ocupó de la inserción latinoamericana en el capitalismo en oposición al etapismo comunista. Más adelante hablaremos de ello. Lora admite que un desarrollo autónomo de Bolivia pudo haberse producido en algún momento de la historia boliviana, pero no hubo tiempo para eso:

El capitalismo que ingresa francamente al país [a fines del siglo XIX] se estaba convirtiendo en monopolista, en imperialista. No vino para servir al país, para arrancarlo globalmente del atraso, sino para explotarlo y dominarlo políticamente, obedeciendo a los intereses de la metrópoli (1994b: 362).

Llegamos tarde al reparto del mercado mundial y desde fuera nos incorporaron autoritariamente a la división internacional del trabajo: en el futuro debíamos exportar materias primas, a fin de poder comprar mercancías enviadas por las metrópolis capitalistas (*ibid.*).

Es decir, se trata de la tesis librecambista, pero como imposición violenta y no como arreglo natural.

En suma, para Lora Bolivia es un país de economía combinada y atrasada, en la que el capitalismo es parcial, pervive el feudalismo y otras formas de producción precapitalistas, y está presente el imperialismo. Ya sabemos que el tipo de revolución que correspondía con esta caracterización era una distinta que la del etapismo: una revolución acaudillada por el proletariado y de orientación socialista, no burguesa. En esto también se parecía el trotskismo con la teoría de la dependencia que vendría después.

De la “economía hacia fuera” a la “economía hacia adentro”

La tesis librecambista sobre la inserción latinoamericana, que naturalizaba el rol de Latinoamérica como productora de materias primas a cambio de manufacturas, fue la ideología hegemónica durante el siglo XIX y hasta los años treinta del siglo XX. En esta década terminó siendo superada por los acontecimientos económicos. La Gran Depresión, primero, y la Segunda Guerra Mundial, después, crearon las condiciones necesarias para que algunos latinoamericanos (o europeos asentados en Latinoamérica), aprovechando los mercados internos que se habían ido generando con el tiempo, instalaran industrias para sustituir las importaciones que habían desaparecido por la ruptura de los canales comerciales tradicionales y la destrucción del aparato productivo europeo en ese momento.

No se necesitó de “evoluciones seculares” ni de “otras” poblaciones latinoamericanas para que aparecieran industrias nacionales en la región. En ese momento la ideología librecambista perimió y comenzó un largo periodo de “crecimiento hacia adentro”, que Carmagnani (2004: 319, 320) ubica entre 1940 y 1972. En este periodo la participación de la industria en el crecimiento del producto interno de los países latinoamericanos fue mucho más elevada que el de las exportaciones de materias primas.

Durante estas tres décadas la principal fuerza dinámica del crecimiento latinoamericano fue la producción industrial. Entre 1940 y 1970 la cuota de la industria en el PIB fue aumentando rápidamente y, especialmente en el periodo 1945-1972, la producción industrial registró altas tasas de crecimiento (para el caso boliviano, véase Seoane, 2016 y Rodríguez Ostria, 1999).

Este resultado se debió a las políticas proteccionistas (y, por tanto, intervencionistas) que promovieron las burguesías que habían surgido a raíz del proceso industrializador que acabamos de mencionar. Estas burguesías, llamadas “nacionales” por oposición a las que se orientaban hacia las exportaciones, dominaron hasta la llegada del neoliberalismo en la década de los años ochenta, pero se puede decir que el momento clásico de su ideología se dio en los años cincuenta.

Esta década vio la emergencia de los movimientos nacionalistas (el pazestensorismo boliviano, el peronismo argentino y el varguismo brasileño), que, como ya anticipamos, recibieron el apoyo de los comunistas etapistas. En Bolivia estalló la Revolución Nacional de 1952 y, para ilusión de los etapistas y desencanto de los partidarios de la revolución permanente, comenzó a cumplir las “tareas democrático-burguesas” establecidas por ambas corrientes como imprescindibles para el país.

También en los años cincuenta se produjo el derrumbe de los imperios coloniales europeos y la consiguiente aparición de una gran cantidad de países que comenzaron a ser llamados “en vías de desarrollo” y del “tercer mundo”. Esto incitó el surgimiento de la teoría del desarrollo estadounidense (Fukuyama, 2014), que era fuertemente determinista y desarrollista, como el marxismo, pero se orientaba en contra de este (Dos Santos, 2003).

Los *scholars* (académicos) norteamericanos influyeron sobre las ciencias sociales latinoamericanas, que describieron el giro “hacia adentro” e industrialista de la economía regional como el movimiento de modernización que requería el continente para terminar con sus rémoras feudales y superar su dependencia del norte industrializado. Esta dependencia fue señalada por la principal fuente de pensamiento económico de entonces, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dirigida por el argentino Raúl Prebisch, como la diferencia entre los precios de las materias primas –los productos que Latinoamérica había sido históricamente condicionada a producir– y los bienes de capital creados por los países de industrialización temprana. Para Prebisch, la diferencia de los términos de intercambio³, que

3 Relación entre la exportación de materias primas y la importación de manufacturas, cuyo carácter adverso para Latinoamérica fue la piedra basal de la teoría de la CEPAL.

descapitalizaba a América Latina, es decir, que consumía su excedente, se podía superar por medio de la industrialización para “sustituir importaciones” (Devez, 2000).

Theotonio Dos Santos lo describe como un periodo de “gran optimismo” sociológico. El cientista social brasileño resume así el talante ideológico de esa época:

(1) Se supone [entonces] que desarrollarse significa dirigirse hacia determinadas metas generales correspondientes a cierto estadio de progreso del hombre y de la sociedad, cuyo modelo se abstrae de las sociedades más desarrolladas del mundo actual [...]

(2) Se supone que los países subdesarrollados marcharán hacia esas sociedades cuando eliminen ciertos obstáculos sociales, políticos, culturales e institucionales representado por las “sociedades tradicionales”, los “sistemas feudales” o los “restos de feudalismo”, según las distintas corrientes.

(3) Se supone que es posible distinguir ciertos procedimientos económicos, políticos y psicológicos que permitan movilizar de forma más racional los recursos nacionales (Dos Santos, 1973: 15).

¿Cuáles son estos procedimientos? La industrialización o, para decirlo de un modo más general que incluya más comprehensivamente a Bolivia, “el cambio desde un ‘desarrollo hacia afuera’ hacia un ‘desarrollo hacia adentro’”, que se definía como las transferencias de las decisiones del desarrollo hacia el interior de las naciones latinoamericanas y el “cambio de un desarrollo inducido por las situaciones incontrolables del comercio mundial hacia un desarrollo nacional planeado por el propio poder nacional” (*op. cit.*: 23). Esto en Bolivia se concebía bajo la forma de la “nacionalización” no solo de los principales medios de producción, las minas, sino del país en su conjunto (Zavaleta, 1990).

El efecto previsto de la industrialización, continúa Dos Santos, era el debilitamiento de las oligarquías orientadas hacia fuera (latifundistas, dueños de minas y comerciantes exportadores) que habían controlado las sociedades latinoamericanas desde siempre (en Bolivia, la eliminación de la “rosca minero-feudal”) y la redistribución del poder y del ingreso entre las clases

medias y los trabajadores, de modo que al Estado nacional independiente corresponda una sociedad también nacional.

Vemos entonces que el “espíritu” de este tiempo correspondía, en general, en el plano ideológico, con el nacionalismo revolucionario boliviano (Antezana, 2011), que estaba en su auge, y con el nacimiento de la izquierda nacional, una combinación de etapismo marxista y de nacionalismo que inventó el escritor argentino Jorge Abelardo Ramos y que tuvo gran influencia sobre Bolivia y, en particular, sobre el René Zavaleta nacionalista, como puede verse en la depurada síntesis de su obra de esta etapa de su pensamiento: *La formación [El desarrollo] de la conciencia nacional* (1990 [1967]).

Recuperando la posición de otros teóricos nacionalistas previos, como el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, cuyas principales obras son de los años treinta, Ramos planteaba que en Latinoamérica no se podía seguir a ciegas a Marx porque este, por razones biográficas, “no había llegado a comprender el capital financiero (Marx murió en 1881, al comienzo de la década en la que hace su aparición el capitalismo contemporáneo)” (Ramos, 2022: 9). Por tanto, el argentino recuperaba el marxismo post Marx, leninista (o “soviético”, como ya vimos), que cifraba el futuro de la revolución mundial tras el aburguesamiento de los obreros europeos y estadounidenses en la lucha de los países coloniales y semicoloniales contra el imperialismo. Citaba a Lenin: “¿Cuál es la idea más fundamental e importante de nuestras tesis [sobre la “cuestión nacional”]? La distinción entre pueblos oprimidos y pueblos opresores”. Y luego continuaba:

Entre ese apéndice del Asia llamado Europa, brillante y refinado y que poseía todas las primicias de la civilización, y el resto del mundo, colonial y semicolonial, había un abismo económico, cultural y social. Este último era atrasado porque los europeos eran civilizados. La civilización de Europa se fundaba en el atraso del resto del globo (Ramos, 2022: 17).

Ya vimos que teóricos trotskistas como Ayala y Lora hablaban de “desarrollo desigual y combinado”. Ahora bien, en esa constelación intelectual, la combinación entre un tipo de economías más avanzado y otro más atrasado implicaba que en Bolivia, desde fines del siglo XIX –fecha en la que

el imperialismo penetró en la economía nacional—, este cumplió una labor destructiva, especialmente de la “raqútica industria fabril heredada de la Colonia”, pero también otra constructiva:

Mientras conserva la barbarie agraria, el piojo y la servidumbre, industrializa también, imponiéndonos la última palabra de la técnica contemporánea de producir y convirtiéndonos en un país mono-productor de substancias minerales. Así se perfila nuestra sociedad feudal-burguesa. Feudal-burguesa, en efecto, porque “combina” —predominantemente— las formas de producción feudal (artesanado en las ciudades y servaje en el campo) y las formas de producción capitalista (alta técnica en la industria minera, en algunas fábricas, etc.) (Ayala, 1955: 25).

Ramos negaba categóricamente esta afirmación con un razonamiento antidualista que rompía con el pensamiento tradicional de la izquierda, es decir, con el de etapistas y permanentistas. Ramos (2022: 10) consideraba que el ingreso del imperialismo a un país no era en absoluto progresista:

En tiempos de Marx parecía legítimo esperar que en la carrera triunfal del capitalismo metropolitano europeo hacia los continentes periféricos, esa expansión de las fuerzas productivas originase la implantación del régimen de producción capitalista en todo el planeta y, a su vez, la formación de un proletariado mundial capaz de poner fin a ese régimen. Pero cien años más tarde, a la luz de la experiencia china, rusa, cubana o europea, era totalmente evidente que se habían creado dos mundos históricos y sociales opuestos: los países opresores y los países oprimidos.

Porque nos convertía en “un país mono-productor de substancias minerales”, es decir, nos volvía extractivistas, la penetración del imperialismo era todo menos un progreso; era una condena. En una entrevista de prensa en 1967, el año de aparición de su libro nacionalista más importante, Zavaleta (2015: 25) declaraba una corta frase que sintetizaba su coincidencia con Ramos:

La lucha histórica se libra en último término entre la nación, que es el pueblo nuestro a través del transcurso del tiempo, y el invasor o ocupante a quien

también se llama –debidamente– antipatria. La contradicción esencial se libra entre la nación y la antinación.

La crisis de los años sesenta-setenta

El optimismo desarrollista no estaba destinado a durar. En los años sesenta, señala Dos Santos (1973: 13):

América Latina sufre una crisis profunda. En el plano económico, esa crisis se caracteriza sobre todo por un estancamiento que permite distinguir la década de 1960 de los años optimistas de la década anterior; en el político, ella está marcada por los sucesivos golpes de Estado y la crisis institucional, además de los movimientos populares cada vez más radicales; en el social, se halla caracterizada por la profunda conciencia de que es necesario realizar reformas estructurales. También existe una crisis ideológica, definida por el choque de posiciones divergentes coexistente con una perplejidad manifiesta en sectores sociales muy amplios.

En lo que nos atinge, la crisis ideológica se manifestó en el quiebre de las esperanzas que había despertado la Revolución Nacional. Esta había ido perdiendo sus perfiles más progresistas, dependía de una manera fundamental de la ayuda norteamericana⁴ y, por tanto, no había logrado uno de sus principales objetivos: la “liberación nacional” del imperialismo⁵.

La principal medida económica que se había puesto en práctica para lograr esta meta era la nacionalización de las minas de los tres “barones

4 La Revolución fue en parte un resultado de la debilidad y el desorden de la economía, y a la vez afectó tan duramente a la propia economía que su principal líder, Víctor Paz Estenssoro, tuvo que reconocer que Bolivia habría colapsado sin la ayuda que comenzó a recibir de Estados Unidos en 1953, luego de que este país suspendiera el bloqueo a las exportaciones bolivianas que había realizado para obligar al Gobierno revolucionario a indemnizar a los propietarios que había nacionalizado (“Mensaje al Congreso de 1956”. Citado en Zegada, 2005).

5 “No basta con que comprobemos su acción [del imperialismo]. Lo importante es asumir una actitud de beligerancia; porque de nada servirá admitir la realidad de este hecho si luego estamos sometidos al servilismo que nos impone” (Paz Estenssoro, 2003a: 24).

del estaño”. Esta medida condensaba el programa revolucionario respecto a los recursos naturales, que sintéticamente consistía en el uso de estos por parte del Estado para financiar el desarrollo diversificado de la economía y para distribuir la renta del subsuelo (o el excedente nacional) a los sectores estratégicos de la innovación industrial y entre los bolivianos excluidos y necesitados (Paz Estenssoro, 2003b).

Al final del primer ciclo de la Revolución, hacia 1964, la nacionalización de las minas presentaba un conjunto de problemas económicos estructurales, que el ajuste de 1956 había aliviado pero no resuelto. En torno a las minas estatales había aparecido un conjunto de “clientes” que buscaban acceder directamente a la mencionada renta por diferentes vías. Gracias a sus contactos políticos con los Gobiernos revolucionarios, los “mineros medianos” se estaban apropiando de muchos yacimientos estatales, mientras que –con los yacimientos que administraba directamente, y que estaban en declive geológico– la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) debía mantener a una agrandada planta de trabajadores, pagar su propio funcionamiento, hacer inversiones y satisfacer múltiples necesidades del Estado, por ejemplo las emergentes de la modernización del oriente del país. A estas alturas, la evolución de la industria minera boliviana apuntaba hacia una privatización cada vez mayor y hacia un retorno al proceso de acumulación privada con fuga de capitales que se había dado antes de 1952 y que la Revolución pretendió superar (Canelas, 1981).

Pese a que la situación económica de los años sesenta fue bastante mejor que la de la década previa, el golpe “restaurador” de René Barrientos en noviembre de 1964 llevó a su desenlace la crisis terminal del primer ciclo revolucionario, dirigido por el MNR, e inició su segunda y última fase militar, que se constituyó en un capitalismo de Estado desarrollista (Mansilla, 1994) y orientado a beneficiar a los “clientes” de la élite, en desmedro de los “clientes” populares, aunque sin olvidarlos del todo.

En este momento, el sistema ideológico nacionalista revolucionario (NR) se volvió inadecuado respecto a la realidad y menos convincente como guía del futuro, lo que abrió paso a una crítica marxista del mismo, que era diferente de la que se había dado antes y durante la Revolución. Esto mismo ocurrió en toda Latinoamérica, como ya vimos con Dos Santos.

En las décadas de 1960-1970 surgieron alternativas a esta corriente, como la “teoría de la dependencia” y otros marxismos heterodoxos. En Bolivia aparecía la que podemos llamar “estructura discursiva post-NR”, situada en la encrucijada entre el NR, que se iba dejando, y el marxismo heterodoxo, que se iba adoptando.

Sergio Almaraz (1928-1968), René Zavaleta (1937-1984) y Marcelo Quiroga Santa Cruz (1931-1980), cuya mayor producción teórica se dio en las décadas de 1960 y 1970 del siglo XX, fueron los más destacados autores de la misma. Sus obras aparecieron durante estos veinte años como una referencia intelectual sobre el fracaso de la Revolución para liberar a Bolivia de su posición de dependencia dentro del capitalismo, sobre las paradojas del desarrollo económico boliviano basado en recursos naturales no renovables y sobre el socialismo como respuesta integral al subdesarrollo nacional, entre otras temáticas muy importantes para la comprensión del país desde una perspectiva de izquierda.

Estas obras reflejaban los cambios que se producían en esos veinte años en Latinoamérica, la radicalización política de los jóvenes y los cristianos, tras la Revolución Cubana de 1959 y el Concilio Vaticano II, la renovación del marxismo por las purgas y batallas internas en los países del socialismo real, por la difusión de textos que habían estado cancelados, como los de Lukács y Gramsci, y por la aparición de teóricos heterodoxos, como Jean Paul Sartre, Luis Althusser y, en la región, de los marxistas “dependentistas”.

Almaraz, Zavaleta y Quiroga tomaban del desarrollismo de la segunda posguerra que el progreso de Bolivia requería que el país acumulara e invirtiera las cantidades más altas posibles de capital. Al mismo tiempo, consideraban que la única fuente de capital en una nación como la boliviana era la renta del subsuelo y de la tierra, que llamaban “excedente”. El desarrollo se podría lograr, entonces, en la medida en que se pudiera usar el excedente del país en la industrialización y el avance de las fuerzas productivas (endogenismo). Pero esto no ocurría por la orientación hacia fuera de esta renta, a causa de una serie de razones de orden internacional y nacional. La causa del atraso o subdesarrollo boliviano era, entonces, la constante salida de capitales del país a través de los canales del modo capitalista de producción, circulación y consumo, el cual se había convertido

en extractivo del excedente (o extractivista) en la fase del imperialismo. La contención de la fuga del excedente, por tanto, requería la superación del capitalismo como tal.

Aquí solo analizaremos la posición de Quiroga y Zavaleta sobre la inserción de Bolivia, ya que son los únicos que murieron considerándose marxistas. Comencemos con Quiroga, para finalizar con el aporte más completo de todos, que es el de Zavaleta. Tomemos en cuenta que, como ya hemos anticipado, en esta época en Latinoamérica surgió un pensamiento que, influido por Haya de la Torre y Jorge Abelardo Ramos, es decir, por la izquierda nacional, se concebía como el primer marxismo capaz de transformarse a sí mismo a partir de la realidad latinoamericana; que no veía al marxismo como un producto europeo concluido que los latinoamericanos solo debían importar. Implicaba una crítica de las teorías que veían a Latinoamérica como “atrasada”, puesto que solo le faltaría tiempo para repetir los procesos que ya habían desarrollado los países “avanzados” en los siglos de formación del capitalismo europeo.

Con esta corriente, América Latina comenzaría a cuestionarse su caracterización como feudal, semifeudal o dual con un área moderna y otra feudal que introdujeron los comunistas, como vimos, en las tesis de su Congreso de 1920, y que posteriormente reprodujeron los trotskistas con algunos énfasis, y que se reflejó también –sin tomar en cuenta la cuestión de los modos de producción– dentro del desarrollismo “burgués”.

Este cuestionamiento sesentero provendría de los teóricos marxistas de la dependencia –hubo algunos dependentistas que no fueron marxistas, como Fernando Enrique Cardozo (cf. Dos Santos, 2003)–, y animaría uno de los grandes debates intelectuales de la historia del pensamiento continental: la polémica sobre los modos de producción latinoamericanos (Sempat Assadourian *et al.*, 1982). Este debate fue descrito así por uno de sus protagonistas:

El debate acerca de los orígenes y la naturaleza actual de las sociedades latinoamericanas ha girado a lo largo de la última década [la de 1960], en el campo de la izquierda, en torno a la determinación alternativa de su carácter feudal o capitalista. Se ha desarrollado así una larga y compleja discusión, cuya importancia

no es disminuida por la confusión conceptual que a menudo la ha dominado. Y esta importancia no se limita al plano teórico, dadas las conclusiones políticas que ambas partes intervinientes en el debate han derivado de sus premisas. En efecto, aquellos que sostienen que las sociedades latinoamericanas han tenido un carácter feudal desde sus mismos orígenes, entienden por tal una sociedad cerrada, tradicional, resistente al cambio y no integrada a la economía de mercado. En tal caso, estas sociedades no han alcanzado aún su etapa capitalista y están en vísperas de una revolución democrática burguesa que estimulará el desarrollo capitalista y romperá con el estancamiento feudal. Los socialistas deben, en consecuencia, buscar una alianza con la burguesía nacional y formar con ella un frente unido contra la oligarquía y el imperialismo. Los defensores de la tesis opuesta sostienen, en cambio, que América Latina ha sido siempre capitalista, ya que desde el periodo colonial estuvo plenamente incorporada al mercado mundial. El presente atraso de las sociedades latinoamericanas sería, precisamente, la consecuencia del carácter dependiente de esta incorporación. Puesto que ellas ya son, en consecuencia, plenamente capitalistas, no tiene sentido postular una futura etapa de desarrollo capitalista. Es necesario, por el contrario, luchar directamente por el socialismo, en oposición a una burguesía que, definitivamente integrada al imperialismo, forma con él un frente común contra las clases populares (Laclau, 1982).

Los dependentistas, cuyos mayores exponentes fueron el brasileño Ruy Mauro Marini y el alemán André Gunder Frank, suponían que el principal mal de Latinoamérica era su incorporación al capitalismo, no que esta incorporación no fuera plena. Pensaban que el subdesarrollo latinoamericano era un resultado del carácter imperialista de la economía mundial, por lo que el subdesarrollo no era la falta de desarrollo, sino su producto. ¿Había desarrollo en estos países? Sí, pero era “el desarrollo del subdesarrollo”, una famosa expresión de Gunder Frank que, aunque parezca un trabalenguas, tiene profundidad y refleja muy bien, por ejemplo, la historia económica de Bolivia.

La teoría de la dependencia es amplia y compleja. Aquí solo rescataremos de ella lo que atinge a nuestro objeto de estudio: la inserción –en este caso latinoamericana– a la economía capitalista mundial. Para ello emplearemos a Gunder Frank, que parte de la siguiente premisa:

La estructura colonial y de clases de Latinoamérica es el producto de la implantación en ella de una economía de exportación ultraexplotativa y dependiente con respecto a la metrópoli, que restringe el mercado interno y que, para la lumpenburguesía productora y exportadora de productos primarios, crea intereses económicos tendentes a generar una política del subdesarrollo –o del lumpendesarrollo– para la economía en su todo (Frank, 1972: 24).

La lógica del esquema de Frank es, entonces, la siguiente: la implantación colonial/imperialista del extractivismo en determinada sociedad restringe el mercado interno y la industrialización, y produce una “lumpenburguesía” extractivista que está interesada en la continuación del extractivismo antes que en desarrollar la economía nacional. De lo que Frank colige que:

- a. La estructura agraria latinoamericana⁶ no es feudal; depende del comercio internacional capitalista.
- b. La independencia latinoamericana de la corona española fue obra de los exportadores criollos que aprovecharon las guerras napoleónicas para ampliar sus actividades exportadoras por su cuenta. (Esto mismo, recordemos, también está en Mariátegui y en Ayala). Esta expansión exportadora solo aumentó la dependencia económica de los países que acababan de nacer.
- c. El librecambio del siglo XIX resultó de la victoria de la lumpenburguesía exportadora, prometrópoli, sobre los sectores “industriales” proteccionistas, más nacionalistas. El librecambio o economía hacia afuera “aumentó la dependencia con respecto al exterior y profundizó aún más la estructura del subdesarrollo en Latinoamérica” (Frank, 1972: 25).
- d. El liberalismo en los países latinoamericanos estuvo asociado al éxito de las burguesías exportadoras del siglo XIX. Frank considera al liberalismo una ideología proimperialista. El éxito exportador, por tanto, no conduce a la liberación del imperialismo.

6 André Gunder Frank está pensando sobre todo en países productores de materias primas agrícolas.

- e. “La lumpenburguesía se hizo socio menor del capital extranjero e impuso otras nuevas políticas de lumpendesarrollo que a la vez estrecharon la dependencia con respecto a la metrópoli imperialista” (*op. cit.*: 26).
- f. Las dos guerras mundiales del siglo XX desconectaron a las lumpenburguesías exportadoras de la metrópoli y crearon, en consecuencia, el “nacionalismo burgués” y procesos de industrialización en los países latinoamericanos. “Sin embargo, este desarrollo se vio limitado por la estructura de clase de la lumpenburguesía, que estos países habían heredado de su condición de dependencia anterior, y por la recuperación de la metrópoli imperialista a partir de los años 1950” (*ibid.*).
- g. El sector industrial que apareció en Latinoamérica se subordinó también al “neoimperialismo”, que es el imperialismo que admite cierta industrialización en las sociedades latinoamericanas, con lo que no se avanzó nada. El único verdadero desarrollo para América Latina es el “desarrollo socialista”.

Por supuesto, entre la teoría radicalmente dependentista de Frank y las tesis dualistas sobre el carácter feudal de la región, hubo en esta época varias posiciones intermedias y también alternativas. Una visión que recogía la teoría de la dependencia, orientándola en un sentido práctico, de lucha política, fue la del líder socialista boliviano Marcelo Quiroga Santa Cruz (1982).

El dependentismo práctico boliviano planteaba lo siguiente: si el problema latinoamericano era la orientación extractivista de la economía, y si esta imposibilitaba aprovechar la renta de los recursos naturales en el desarrollo interno, ya que creaba una burguesía exportadora cipayaya cuyos intereses de clase eran siempre extractivistas, o una burguesía industrial débil que, en último término, también parasitaba de la exportación de materias primas, entonces la política socialista debía apuntar a cortar el traspaso de la renta a la metrópoli, esto es, a la nacionalización de las empresas exportadoras. Quiroga Santa Cruz intentó aplicar esta concepción en 1969 cuando, como ministro de Petróleo del Gobierno del general Alfredo Ovando, nacionalizó la Gulf Oil Company. Luego, en los años setenta, en la oposición a la dictadura de Hugo Banzer, luchó contra la dependencia extractivista del país.

Los recursos naturales no renovables son el pan de hoy y el hambre de mañana. Esta condición dual de la explotación de los recursos minerales [...] los pueblos coloniales y las naciones dependientes [la] conocen y sufren inmemorialmente (Quiroga Santa Cruz, 1982: 1).

¿A qué se debe esto? “El crudo que salió barato retorna, como el hierro, el cobre, como todos los recursos naturales, insoportablemente caro” (*op. cit.*: 4). Se refiere a la diferencia en los términos de intercambio entre materias primas y objetos manufacturados que insistía en denunciar el desarrollismo de la CEPAL. “Pero es que de esto se trata, precisamente. Alguien tiene que subvencionar el costo de la transformación industrial y ceder valor a la acumulación capitalista. Si no lo hacen los dueños originarios del petróleo o los minerales, ¿de qué vivirán los industriales bienhechores de la metrópoli?” (*ibid.*).

La injusticia de los términos de intercambio, que favorecen siempre a los países desarrollados, se debe a la división internacional del trabajo, que condena a países como Bolivia a “la función de meros exportadores de materias primas” (*ibid.*) La CEPAL (la alude sin nombrarla) es “candorosa” al creer que esta contradicción estructural podría conciliarse. En especial si ese acuerdo lleva a las sociedades latinoamericanas a aceptar “una receta que agudizaría la postración económica y la subordinación política: la apertura irrestricta de nuestros recursos naturales a la explotación por el capitalismo monopolístico extranjero” (*op. cit.*: 5). Camino que solo lleva a la “descapitalización de la economía” y la “desnacionalización de sus sectores básico y estratégico” y a la agudización del problema de los términos de intercambio (*ibid.*).

Tampoco la otra receta cepalina, la de la sustitución de importaciones, conducía a nada: los países latinoamericanos de mayor desarrollo “se enajenan tras la quimera de una diversificación industrial a la que concurren con materia prima y mano de obra baratas, pero cuya economía sigue bajo el control efectivo del capital financiero internacional” (*op. cit.*: 6). Quiroga coincide, entonces, con Frank.

La conclusión de esta premisa es la siguiente: se trata de una lucha por todo o nada. Algún Gobierno popular, por “un acto excepcional de dignidad

nacional”, podía nacionalizar “algunos enclaves imperialistas”, pero “esos ejercicios atrevidos de una soberanía intermitente” eran, “por aislados, efímeros y reducidos a la fase de menor rentabilidad relativa –la extractiva–, débiles golpes que la metrópoli absorbía sin conmoverse” (*ibid*). Esta seguía controlando “el transporte, la fundición o la refinación y la comercialización internacional de la riqueza revertida al dominio de un Estado que se muestra capaz de liberarse de una empresa imperialista pero todavía no del imperialismo mismo” (alusión a la nacionalización de las minas en 1952 y de la Gulf ejecutada por él mismo en 1969) (*op. cit.* 7). Se trataba, entonces, de “liberarse del imperialismo mismo”, de una revolución que fuera más allá de la que había fracasado en 1952. En esto también Quiroga coincidía con la escuela marxista del dependentismo.

René Zavaleta y la inserción no determinista

“¿Por qué las mayores riquezas de Bolivia son las que el país ha perdido?” Esta pregunta es una paráfrasis de las que se hizo Zavaleta en el mismo sentido a lo largo de su vida. También puede plantearse de la siguiente manera: ¿Por qué Bolivia pierde, una y otra vez, sus recursos naturales? E incluso cuando los retiene por medio del Estado, como hizo la Revolución Nacional⁷, ¿por qué esta conquista no llega a ser un medio para la realización de la nación?

Zavaleta ensaya varias repuestas, en un proceso de continua maduración. La primera, consignada en *La formación [El desarrollo] de la conciencia nacional*, la sostiene en común con el resto de la izquierda. Señala que los recursos naturales nunca sirvieron para el desarrollo general porque fueron acaparados y despilfarrados por una casta “jibarizada” por las empresas y los países extranjeros, es decir, por el imperialismo, incapaz de anteponer los más altos intereses colectivos a sus apetitos de pandilla y las órdenes del extranjero (Zavaleta, 1990 [1967]).

7 O el llamado “proceso de cambio” 2006-2019.

El problema de esta definición es que no cierra el debate, sino que conduce a otra pregunta mucho más difícil de responder: ¿por qué otras burguesías tercermundistas lograron eludir estas fuerzas opresivas y encontraron una forma de construir una economía más próspera que la boliviana? ¿Cuál es el factor interno en la ecuación del imperialismo? Zavaleta era plenamente consciente de esta dificultad. En su primera fase como marxista, entre 1971 y 1974 (cf. Molina 2024), todavía se apegaba a las generalizaciones economicistas, del tipo: más-presencia-del-capital-financiero-menos-desarrollo. Pero luego pensaría las cosas nuevamente.

En su libro póstumo, en el que resume su marxismo más avanzado, *Lo nacional-popular en Bolivia* (1986), dedicaría un capítulo a estudiar y diferenciar la manera en que concurren a la Guerra del Pacífico Perú y Bolivia, por un lado, y Chile, por el otro. O a cómo estos pueblos “viven la guerra”. Allí hará especial hincapié en aquello que diferencia a una formación social de otra. Perú estatizó el salitre varias décadas antes de la Guerra del Pacífico. Sin embargo, fue Chile la nación que concurrió al conflicto mejor alineada en torno a su Estado. Los capitales ingleses residían en toda la costa andina, no solo en Chile; si los ingleses respaldaron a este país se debió a que eligieron hacerlo, y esto a su vez tuvo su origen en la peculiar naturaleza de Chile, es decir, en una condición preexistente a la guerra, al guano y el salitre, e incluso al imperialismo británico. Chile ya era Chile antes de la Guerra. Por esta razón los británicos, pragmáticamente, lo escogieron como aliado. El imperialismo fue, entonces, la variable dependiente y no la causa de todo.

Zavaleta afirma, entonces, que a fines del siglo XIX, dentro de una misma situación de dependencia compartida por Perú, Bolivia y Chile, este último país logró un margen de autonomía que los otros dos no tenían. Evidencia así, por consiguiente, que la presencia del capital financiero foráneo, que está en los tres países, y quizá menos en el más débil de ellos, Bolivia, no resuelve el enigma. Así Zavaleta supera el determinismo del marxismo previo. ¿Puede decirse –se pregunta– que del enfrentamiento entre dos países saldrá siempre victorioso el mayor producto interno bruto? No –responde–. Lo que cuenta no es el producto, sino cómo cada país sea capaz de moverlo (adquirirlo y usarlo).

Por encima de todo, según Zavaleta, está la capacidad de cada sociedad para conocerse a sí misma y evaluar sus posibilidades en el escenario histórico; la capacidad del Estado para fijarse unos objetivos liberadores; en una palabra, la capacidad de autodeterminación colectiva. Y a todo esto lo llama “disponibilidad”. Según sea la disponibilidad de una sociedad, esta manejará su producto o su excedente de una u otra forma: lo despilfarrará como el heredero o lo capitalizará como el empresario. Una mayor disponibilidad permitirá un mejor movimiento de la riqueza disponible y, por esta vía, asegurará un mejor desempeño histórico, digamos en la guerra.

La Guerra del Pacífico muestra muy bien que lo que importa es la disponibilidad y no el tamaño del excedente: ganó el país que, de los tres, poseía el menor. La historia moderna de Europa prueba la misma cosa: los países más exitosos (Gran Bretaña, Holanda, las ciudades del norte de Italia) carecían del excedente español y portugués; al mismo tiempo, este no aseguró el liderazgo mundial ibérico.

Si la clave no está en los recursos naturales, quienes piensan esto, dice Zavaleta, caen en el “camelo del excedente”. Esta es una característica de la ideología boliviana. Zavaleta la llama “nuestra obsesión” y también el “fetiche” nacional. El camelo del excedente, el autoengaño que consiste en creer que todo puede solucionarse con el descubrimiento y la explotación de recursos naturales, representa una continuación hasta el presente de la búsqueda colonial de El Dorado. Constituye un hábito o, algo todavía más primario, un reflejo de la sociedad nacida en Potosí. “Se busca plata porque se quiere existir, [pero] como Huallpa [el indio descubridor del Cerro Rico] lo demostró, la existencia no se deriva del azar de encontrar plata” (Zavaleta, 1986:140).

La clave está en otra parte, ya lo sabemos: depende de la disponibilidad. La palabra “disponibilidad” en general se usa para designar los breves momentos en que un individuo, un grupo o una nación pueden liberarse de las determinaciones de la historia, del contexto, de la economía. En una palabra, de la carga de lo objetivo, y entonces son capaces de actuar por ellos mismos, con fidelidad a sus propias decisiones. Son momentos, por tanto, de la máxima subjetividad. Existen por obra de la creatividad humana, que rompe la cadena causa-efecto que, de otra forma, resultaría inexorable

(y entonces el resultado de una guerra estaría de antemano fijado por el producto interno bruto de los países contendientes). Estos momentos de “disponibilidad” son ignorados o directamente negados por las doctrinas mecanicistas, tales como el marxismo vulgar. De ahí que Zavaleta, cuyo objetivo era la superación del pensamiento mecanicista sobre Bolivia, pusiera especial atención en ellos.

La siguiente frase de Zavaleta, sacada de otro texto, “Las formaciones aparentes en Marx” (1988 [1978]: 226), resume este pensamiento: “[L]a vertebración de la historia particular de cada formación económico-social resulta más poderosa que cualquier modelo superestructural [como el de Kautsky, Stalin, etc.]”. Esto significa que “La superestructura puede obedecer a varios mensajes o determinaciones (que ocurren en tiempos diferentes) que vienen de la sociedad civil, y puede, además, tener diferentes capacidades de respuesta a tales determinaciones (*op. cit.*: 222).

Estas “capacidades de respuesta” de la superestructura, es decir, esta disponibilidad, configura la autonomía de lo político. Así, la política en Zavaleta es activa, es codeterminante; no tiene todo el peso causal ni actúa de forma libérrima (como ocurriría ulteriormente en el posmarxismo). Como se ve en el siguiente pasaje, introducido después de la teorización anteriormente citada –que relativizaba la determinación–, Zavaleta, al mismo tiempo que abre espacio a la autodeterminación, se esfuerza por seguir siendo materialista:

Las cosas, en todo caso, no se muestran tan sencillas: la fuerza de la determinación resulta tan importante como la sensibilidad o la receptividad de la superestructura determinada. De ahí que la superestructura estatal parezca (*lo que no quiere decir que lo sea*) independiente: una independencia que ocurre, sea colocándose por delante de su base material [...] o rezagándose [...]. En ambos casos, a nuestro modo de ver, la explicación se da no por la independencia del Estado, sino por la colocación del momento de eficiencia de la determinación en una zona u otra de la sociedad (*ibid.* Las cursivas son nuestras).

La base sigue teniendo la última palabra, solo que esta palabra llega bastante tarde a los oídos superestructurales. La determinación fluye y se desplaza entre las distintas zonas de la sociedad. Sube desde la base a la

superestructura y baja desde esta a la base. También existe una bivalencia de la base y la estructura, que son ellas mismas desde un punto de vista y son lo opuesto desde otro. O, dicho de otro modo, ambas tienen la condición de anverso y reverso de una misma realidad que, además, está en constante cambio. Todo esto implica el desarrollo de un marxismo más abierto.

En Zavaleta, esta autonomía relativa de lo político (o de la superestructura) respecto a la base económica determinativa –en otras palabras, la posibilidad de que haya “disponibilidad” concentrada en determinados momentos históricos, clases, etc.– está relacionada con un conjunto de conceptos de corte teórico-político. Uno de estos conceptos, quizá el más importante, es la *forma primordial*. Esta representa algo ya señalado: la primacía de la “vertebración de la historia particular de cada formación económico-social” sobre “cualquier modelo superestructural”.

Según Tapia (2013: 16), la forma primordial “consiste en que la explicación socio-histórica debe empezar por el estudio y reconstrucción de cómo se ha articulado un país en lo interno y de cómo se produce y reproduce el orden social y político en la historia local”.

En esa medida, es una refutación de las implicaciones deterministas de la teoría de la dependencia que hemos visto. La teoría de la forma primordial⁸ también es un rechazo al antiimperialismo mecánico asociado al marxismo vulgar, según el cual los países se alinean automáticamente con las “emisiones” imperialistas porque carecen de autonomía de lo político.

Zavaleta criticaba “el punto de vista que considera que la historia es el acto del país central”, mientras que el “país periférico” se limita a la “recepción”, que era el punto de vista expresado en particular dentro de la teoría de la dependencia. Por eso se opone al célebre concepto del “sistema-mundo” de Wallerstein, que hace hincapié en la interrelación de todas las economías y sociedades del planeta, unificadas por una misma determinación estructural (económica). Según Zavaleta (2013: 560), este concepto “inutiliza [...] todo cálculo concreto de la lucha de clases”. “Si el carácter básico de las formaciones sociales latinoamericanas está dado por

8 Tal como se expresa en el artículo “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial” (Zavaleta, 2013).

la dependencia [...] entonces [...] la estructura mundial habría subordinado ya en definitiva a todas las que fueron en su momento historias locales, momentos nacionales” (*op. cit.*: 559). En otras palabras, a esa altura ya no habría historia latinoamericana o chilena o peruana o boliviana propiamente dichas. Para Zavaleta, tal posibilidad no tiene sentido.

Zavaleta no niega que exista lo que él llama “emisión” imperialista, determinaciones más o menos uniformes que provienen de los “países centrales” y son recibidas por los “países periféricos”. Pero la reacción de estos ante dichas “emisiones” homogéneas es, en cambio, heterogénea. Si bien la dependencia respecto de los Estados Unidos funciona “técnicamente” igual en Bolivia que en Taiwán, existen diferencias “ideológicas” en la forma de procesarla por ambos países, que se originan en la historia de los Estados Unidos, de Bolivia y de Taiwán. Estas sociedades tienen distintas “formas primordiales” (es decir, autóctonas), que se comportan de maneras distintas ante las “emisiones”. Igual que Gramsci, Zavaleta rechaza los análisis de la realidad de un carácter puramente deductivo que alimentan estrategias políticas válidas para todo y todos, inalterables. Una batalla cultural exitosa –para el logro de la hegemonía, es decir, de la victoria política– comienza por conocer los factores originales de cada formación social, el perfil de cada clase, las coyunturas de la lucha; en suma, la historia local.

La dependencia misma debe ser considerada en torno a los patrones históricos constitutivos de cada una de las formaciones sociales. En este caso [...] las obliteraciones del desarrollo capitalista en la América Latina no provienen solamente de la instalación tardía del mismo en la zona, lo cual es cierto de modo relativo, sino que el fondo histórico latinoamericano las contenía en su principio constitutivo, como osificaciones productivas y como tradiciones ideológicas. En otras palabras [que en estos países hubo independencia política pero] no hubo reforma intelectual” (*op. cit.*: 561).

Esta concepción dinamita las concepciones marxistas anteriores sobre la inserción latinoamericana en el capitalismo. El problema de esta no es la presencia fatal del imperialismo, sino la falta de una “reforma intelectual”, es decir, de una modernización interna.

Conclusiones

La primera conclusión de lo hasta aquí expuesto es que, como se ha podido ver, las teorías marxistas de la inserción boliviana en el capitalismo, por la dinámica de su propio contenido, contribuyen de forma importante al pensamiento boliviano sobre el extractivismo. Incluso se podría decir que la problemática de la inserción es el modo específicamente marxista de hablar del extractivismo porque, ya que el marxismo es un pensamiento de tipo genealógico, busca la explicación de la condición extractivista del país en su origen, que es el momento de la inserción. El marxismo concluye que Bolivia es extractivista porque ha llegado al capitalismo cuando ya existían potencias industriales que necesitaban de las economías extractivas para aprovisionarse y estaban en condiciones de entregarles productos manufacturados más baratos que los que ellas mismas podrían producir. Tal era la “división internacional del trabajo” que, según se postulaba, se había impuesto de manera objetiva y externa a los bolivianos, condenándolos a la dependencia. La dependencia, entonces, era parcialmente una herencia colonial.

Por supuesto, algunos autores tuvieron más conciencia que otros del extractivismo como un fenómeno con entidad propia, algo más que una mera “determinación imperialista”.

Los marxismos bolivianos “clásicos” enfatizaban en la rémora feudal antes que en la naturaleza dependiente de la economía moderna capitalista, que suponían que podía eliminarse con relativa facilidad por la vía del “corte con el imperialismo”. Esto cambió en los años sesenta, cuando la experiencia frustrada de la Revolución Nacional provocó que Zavaleta comprendiera que la dependencia no era un hecho externo que se pudiera conjurar fácilmente con la nacionalización, sino que estaba incorporada estructuralmente en la vinculación (que, justamente, era extractivista) del país con el mundo, y por eso debía resolverse por medio de una operación política de gran escala: la “reforma intelectual y moral” del país.

Por otra parte, podemos concluir de lo estudiado que el marxismo del siglo XX vivió una innegable evolución de lo más simple a lo más complejo. Comenzó repitiendo de manera bastante directa las indicaciones y sugerencias de los discursos marxistas internacionales porque era un marxismo militante,

en algunos casos internacionalista, y se alineaba según las coordenadas del debate dentro del marxismo-leninismo tras la división del Partido Comunista ruso: a favor o en contra de Stalin. Así comenzó, pero terminó produciendo un teórico tan relevante e irreverente como Zavaleta, que sin duda fue esto último en la cuestión que aquí nos ha concitado, la cuestión de la “inserción”.

Esta evolución marxista puede explicarse, como hacían los propios marxistas, por las características de la gran interlocutora de esta corriente ideológica, la clase obrera boliviana, que, por diferentes factores históricos y económicos, tuvo un desarrollo político e ideológico considerable en el siglo XX. También estuvo relacionada con las vicisitudes de la historia política boliviana que, al decir de Zavaleta (2011), tuvo una índole “clásica”, como Francia en los siglos XVIII y XIX, con abundancia de revoluciones y contrarrevoluciones.

La tercera conclusión es que el pensamiento de estos escritores e intelectuales sigue ofreciendo claves para entender “¿por qué las mayores riquezas de Bolivia son las que el país ha perdido?”, como preguntaba Zavaleta. Es decir, el problema de la fuga del excedente como mecanismo específico de la dependencia y, por tanto, como la barrera que impide una modernización extensiva del país. Claro que esta implicación necesitaría una argumentación *ad hoc* que no se ha hecho aquí y que queda pendiente.

Fecha de recepción: 10 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación: 7 de noviembre de 2024

Bibliografía

Abecia López, Valentín (1986). *Siete políticos bolivianos*. La Paz: Juventud.

Althusser, Louis ([1965] 1968). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI Editores.

Antezana, Luis H. (2011). “Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979)”. En: Luis H. Antezana. *Ensayos escogidos*. La Paz: Plural Editores.

- Ayala, Ernesto ([1938] 1955). *Crítica de la Reforma Universitaria. Autonomía y revolución*. La Paz: COB.
- Ayala, Ernesto (1944). *La "realidad" boliviana*. Cochabamba: Facultad de Derecho de la Universidad de San Simón.
- Arze, José Antonio (2020). *Obra reunida*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
- Arze, José Antonio (1980). *Polémica sobre marxismo y otros ensayos afines*. La Paz: Ediciones Roalva.
- Baron, Samuel H. (1976). *Plejánov. El padre del marxismo ruso*. México: Siglo XXI Editores.
- Canelas, Amado (1981). *¿Quiebra de la minería estatal boliviana?* La Paz: Los Amigos del Libro.
- Carmagnani, Marcello (2004). *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Claros, Luis (2017). *Sentido e ideología. Cuestiones de teoría y método*. La Paz: CIS.
- Devés, Eduardo (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (2 tomos). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Dos Santos, Theotonio (2003). *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*. Barcelona: Plaza & Janes Editores.
- Dos Santos, Theotonio (1973). *Dependencia y cambio social*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- Ezquerro-Cañete, Arturo (2023). "Introduction". En: Veltmeyer, Henry y Ezquerro-Cañete, Arturo (eds.). *From Extractivism to Sustainability. Scenarios and Lessons from Latin America*. Nueva York: Routledge.
- Frank, André Gunder (1972). *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo. dependencia, clase y política*. Barcelona: Editorial Laia.

- Fukuyama, Francis (2014). “Prefacio”. En: Huntington, Samuel P. *El orden político en las sociedades en cambio*. Barcelona: Paidós.
- Garavaglia, Juan Carlos (1982). “Introducción”. En: Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F. S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia, Juan Carlos. *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Gil, Mauricio (2016). *Conciencia desdichada y autodeterminación de masa. En torno al pensamiento de Zavaleta Mercado*. La Paz: CIDES-UMSA.
- Gil, Mauricio (2006). “Zavaleta Mercado. Ensayo de biografía intelectual”. En: Aguiluz, Maya y De los Ríos, Norma (coord.). *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y re-visiones*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Internacional Comunista (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, tomo I. México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Laclau, Ernesto ([1971] 1982). “Feudalismo y capitalismo en América Latina”. En: Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F. S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia (1982). *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal ([1985] 2006). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lazarte, Jorge (1988). “Presentación”. En: Zavaleta Mercado, René. *Clases sociales y conocimiento*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Lewis, W. Arthur (1967). “Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra”. *Investigación Económica*, 27 (107/108) julio-diciembre: 299-353. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lora, Guillermo (1994a). “Tesis de Pulacayo” en Lora, Guillermo. *Obras completas*. La Paz: Editorial Masas.
- Lora, Guillermo (1994b). “Los objetivos democrático-burgueses y la revolución boliviana”. Lora, Guillermo. *Obras completas*. La Paz: Editorial Masas.

- Lora, Guillermo (1967). *Historia del movimiento obrero boliviano: 1848-1900*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Mariátegui, José Carlos ([1928] 1987). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Mansilla, Hugo Celso Felipe (1994). *La empresa privada boliviana y el proceso de democratización*. La Paz: Fundación Milenio.
- Mayorga, René Antonio (1979). *Teoría como reflexión crítica*. La Paz: Hisbol y CEBEM.
- Marx, Carlos ([1867] 1979). *El capital*. T.1. México: Siglo XXI Editores.
- Marx, Carlos ([1859] 1976). “Prólogo”. En: Marx, Carlos. *Crítica de la economía política*. México: Editora Nacional.
- Marx, Carlos ([1848] 2001). *El manifiesto comunista*. Madrid: Alianza Editorial.
- Molina, Fernando (2024). “La recepción del marxismo por René Zavaleta. Primeros pasos (1971-1973)” (Documento inédito).
- Molina, Fernando (2021). *La revolución permanente en Bolivia. Ayala, Lora, Zavaleta*. La Paz: Plural Editores.
- Molina, Fernando (2009). *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales*. La Paz: Pulso.
- Ovando-Sanz, Jorge Alejandro ([1961] 1984). *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*. La Paz: Juventud.
- Paz Estenssoro, Víctor (2003a). “Interpelación al Ministro de Hacienda en mayo de 1949”. En: Antelo, Ramiro. *Pensamiento político de Víctor Paz Estenssoro*. La Paz: Plural Editores.
- Paz Estenssoro, Víctor (2003b). “Nacionalización de las minas. Fragmento del discurso de Víctor Paz Estenssoro el 31 de octubre de 1952”. En: Antelo, Ramiro, *Pensamiento político de Víctor Paz Estenssoro*. La Paz: Plural Editores.

Paz Gonzales, Eduardo (2020). “Estudio introductorio. José Antonio Arze, marxista convicto y confeso”. En: Arze, José Antonio. *Obra reunida*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Poulantzas, Nicos ([1968] 2001). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI Editores.

Quiroga Santa Cruz, Marcelo (1982). *Oleocracia o patria*. México: Siglo XXI Editores.

Ramos, Jorge Abelardo ([1970] 2022). *El marxismo en los países coloniales*. La Paz: Autodeterminación.

Rodríguez Ostría, Gustavo (2021). *La acumulación originaria de capital en Bolivia 1825-1885. Ensayo sobre la articulación feudal-capitalista*. La Paz: Plural.

Rodríguez Ostría, Gustavo (1999). “Producción, mercancías y empresarios”. En: Campero Prudencio, Fernando (ed.). *Bolivia en el siglo XX. La formación de la Bolivia contemporánea*. La Paz: Harvard Club de Bolivia.

Sempat Assadourian, Carlos (1982). “Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina”. En: Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F.S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia. *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Sempat Assadourian, Carlos; Laclau, Ernesto, Cardoso, Ciro F. S., Ciafardini, Horacio y Garavaglia (1982). *Modos de producción en América Latina*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.

Seoane, Alfredo (2016). *Industrialización tardía y progreso técnico. Un acercamiento teórico-histórico al proyecto desarrollista boliviano*. La Paz: CIDES-UMSA y Plural.

Skinner, Quentin (2014). “Belief, Truth and Interpretation”. YouTube, 18 de noviembre de 2014.

<https://www.youtube.com/watch?v=VJYsTJt8vvg&pp=ygUoU2tpbm5lciBiZWxpZWYsIFRydXRoIGFuZCBJbnRlcnByZXRhZGlvbG%3D%3D>

Svampa, Maristella y Terán, Emiliano (2016). “En las fronteras del cambio de época. Escenarios de una nueva fase del extractivismo en América Latina”. En: Gabbert, Karin y Lang, Miriam (eds.). *¿Cómo se sostiene la vida en América Latina? Feminismos y re-existencias en tiempos de Quito: Fundación Rosa Luxemburgo y Ediciones Abya Yala*. http://www.rosalux.org.ec/como_se_sostiene_la_vida_en_america_latina.

Tapia, Luis (2013). “La estrategia cognitiva de la forma primordial”. En: Tapia, Luis. *De la forma primordial a América Latina como horizonte epistemológico*. La Paz: CIDES-UMSA y Autodeterminación.

Tapia, Luis (2002). *La producción del conocimiento local. Historia y política en la obra de René Zavaleta*. La Paz: Muela del Diablo Editores.

Trotsky, León ([1930] 2011). *La revolución permanente*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Zavaleta, René (2015). *Obras completas*. Tomo III. Volumen 2: Otros escritos 1954-1984. La Paz: Plural Editores.

Zavaleta, René ([1983] 2013). “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial”. En: Zavaleta, René. *Obras completas*. T. II. La Paz: Plural.

Zavaleta, René (2011). “La caída del MNR y la conjuración de noviembre. (Historia del golpe militar del 4 de noviembre de 1964 en Bolivia)”. En: Zavaleta, René. *Obras completas*. T. I. La Paz: Plural.

Zavaleta, René ([1967] 1990). *La formación de la conciencia nacional*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Zavaleta, René ([1978] 1988). “Las formaciones aparentes en Marx”. En: Zavaleta, René. *Clases sociales y conocimiento*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Zavaleta, René (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI Editores.

Zegada, Óscar (2005). “El BCB y el periodo de la estabilidad de precios”. En: BCB. *Historia monetaria contemporánea de Bolivia*. La Paz: BCB.

Extractivismo aurífero y organización del trabajo: dinámicas territoriales en la minería aurífera cooperativizada en Los Yungas, Bolivia, 2024

Gold Extractivism and Labor Organization: Territorial Dynamics in Cooperative Gold Mining in Los Yungas, Bolivia, 2024

*Fernando Alcons Salluco*¹

Resumen

El estudio examina las dinámicas territoriales y laborales de la minería aurífera cooperativizada en Los Yungas, Bolivia, enfocándose en su inserción en el modelo extractivista y en las complejidades que enfrentan sus trabajadores. El objetivo es comprender cómo los *jornaleros*, ubicados en el estrato más bajo de la cadena de trabajo en minería, buscan ascender a la categoría de *socios* con la esperanza de mejorar su situación económica, su participación en la toma de decisiones y su seguridad laboral. Sin embargo, este proceso no sólo reproduce el desgaste de los recursos minerales, sino también el de la fuerza de trabajo, una característica inherente a la minería extractiva.

1 Geógrafo e investigador independiente. Maestrante del programa de Desarrollo Social del CIDES-UMSA. fernando2002alcons@gmail.com

A través de un enfoque cualitativo basado en entrevistas a cooperativistas y revisión documental, se identifican tensiones entre jornaleros y socios, revelando que las oportunidades de ascenso son limitadas y difíciles de alcanzar, lo que perpetúa el agotamiento de los trabajadores. A pesar de estas dificultades, la expansión de las cooperativas hacia nuevos territorios, incluso en áreas previamente no explotadas, refleja la persistencia de los trabajadores por mejorar sus condiciones, aunque esto implique una reproducción continua de las dinámicas extractivistas.

Palabras clave: Minería aurífera, extractivismo, jornaleros, cooperativismo, dinámicas territoriales.

Abstract

The study examines the territorial and labor dynamics of cooperative gold mining in Los Yungas, Bolivia, focusing on its integration into the extractivist model and the complexities faced by its workers. The aim is to understand how the laborers, positioned at the lowest level, seek to rise to the rank of partners with the hope of improving their economic situation, participation in decision-making and job security. However, this process not only reproduces the depletion of mineral resources, but also that of the workforce, an inherent feature of extractive mining. Through a qualitative approach based on interviews with cooperative members and document reviews, tensions between laborers and partners are identified, revealing that opportunities for upward mobility are limited and difficult to achieve, perpetuating worker exhaustion. Despite these challenges, the expansion of cooperatives into new territories, even previously unexplored areas, reflects the persistence of workers in improving their conditions, even if it means the continuous reproduction of extractivist dynamics.

Keywords: Gold mining, extractivism, laborers, cooperativism, territorial dynamics

Introducción

Al estudiar la minería aurífera a nivel global, uno de los enfoques principales recae en la denominada minería artesanal y a pequeña escala (MAPE), conocida en inglés como ASGM (Artisanal and Small-Scale Gold Mining). El tema es fundamental debido a la gran cantidad de personas involucradas directamente en este tipo de actividades mineras. Según algunas estimaciones, se habla de aproximadamente 13 millones de personas, en su mayoría

provenientes de países del Sur Global (IIED, 2002). Además, los métodos utilizados por los mineros para extraer y obtener oro suelen provocar serias afecciones a la salud y al medio ambiente, especialmente cuando se emplean sustancias como mercurio o cianuro.

En el contexto boliviano, tanto la población vinculada a la minería aurífera como los impactos socioambientales que esta genera han sido y siguen siendo objeto de estudio. Esto se debe, sobre todo, al incremento de la actividad minera en el país y a una legislación que, en varios aspectos, fomenta dicha actividad, lo que se combina con los altos precios del oro, que han pasado de poco más de \$US 250 por onza troy a principios de siglo a \$US 1.800 por onza troy en 2022, estableciendo nuevos récords cada año (Zaconeta Torrico, 2024).

Más allá de estas cifras, la minería aurífera en Bolivia es a menudo un tema de interés colectivo debido a las externalidades socioambientales que genera. Las afecciones que provoca lleva a asociarla con el extractivismo; sin embargo, es crucial considerar que esta relación no es completamente evidente, especialmente cuando se la compara con las conceptualizaciones clásicas sobre el extractivismo, que se enfocan, sobre todo, en la escala y en la magnitud de la extracción. Estas descripciones suelen asociarse a la extracción de grandes volúmenes en actividades industriales, como sucede con los minerales (Acosta, 2011; Gudynas, 2011; Gudynas, 2012; Gudynas, 2013; Svampa, 2011).

En el caso de la minería aurífera artesanal y a pequeña escala, como su nombre indica, estamos ante una actividad minera con limitada capacidad industrial para la extracción de minerales, que se lleva a cabo de manera dispersa y horizontal en campamentos ubicados a lo largo de ríos y laderas de cerros, empleando a un número variable de trabajadores en la extracción. Aunque Gudynas y Rojas (2020) argumentan que la minería del oro, especialmente la aluvial, forma parte del extractivismo debido a su alto grado de ecotoxicidad y a la “mochila ecológica” que genera, también reconocen que la gran heterogeneidad de la minería aurífera a pequeña escala dificulta hacer generalizaciones en la aplicabilidad de los conceptos clásicos de extractivismo en este tipo de actividad minera, en especial en lo que respecta a la escala y magnitud de la explotación.

Otro aspecto que genera tensión al considerar a la minería a pequeña escala como parte del extractivismo es el argumento que utilizan los *representantes* mineros auríferos, como los cooperativistas en Bolivia. Ellos sostienen que esta actividad contribuye a la generación de empleo y a la creación de riqueza; además, actúa como un sector ancla para otros sectores económicos (Molina Escobar *et al.*, 2008; Mosquera *et al.*, 2009. Incluso algunas entidades la catalogan como generadora de empleo. Es el caso de la Agenda Minera (2024), que subraya cómo la relevancia del sector minero cooperativizado sigue creciendo en Bolivia, no solo por su contribución a la economía regional a través del pago de patentes, regalías y obras, sino también por ser una industria que siempre ofrece empleo a quienes carecen de otras opciones y que necesitan trabajar para subsistir.

Frente a estas posturas sobre la inclusión de la minería aurífera entre las actividades extractivistas, surgen propuestas que revitalizan el debate explorando dimensiones alternativas, más allá de los indicadores cuantitativos. Las propuestas conceptuales de Barça (2020) ofrecen una perspectiva ecofeminista, que critica cómo el capitalismo convierte el trabajo en una extensión del circuito económico de acumulación (dinero-mercancía-dinero). Este proceso desgasta tanto a los trabajadores y su fuerza de trabajo, como al entorno natural, llevándolos al agotamiento. Así, se establece un claro paralelismo con las dinámicas del extractivismo clásico, que explota los recursos naturales más allá de sus límites regenerativos, generando crisis sociales y ecológicas.

Barça sugiere que los trabajadores, por ejemplo, los de la minería aurífera, se insertan en un modelo capitalista que erosiona su fuerza de trabajo hasta el agotamiento físico y emocional, en paralelo con el agotamiento de los recursos naturales. Esta situación de desgaste dual no solo enfoca la atención en las víctimas tradicionales del extractivismo, como los pueblos indígenas o comunidades campesinas, ni en las grandes empresas transnacionales que sustentan el modelo extractivista. Más bien dirige el interés hacia los actores directamente involucrados en la extracción de recursos naturales. Además, al considerar la fuerza de trabajo en las actividades extractivistas, se tiene en cuenta la organización detrás de la división del trabajo y las

razones por las cuales se estimula el desgaste de la fuerza laboral en sus diferentes estructuras o jerarquías. Así, el tema de la escala y la magnitud se observa tanto desde el trabajo individual de los actores involucrados en la extracción de minerales, como desde una escala organizativa particular, donde el cooperativismo en Bolivia ofrece un caso relevante.

Un ejemplo que proporciona elementos para considerar en esta primera etapa de la investigación es el de Carlos Huanca², que a sus casi 30 años ha trabajado como jornalero³ en más de tres cooperativas auríferas⁴ en Los Yungas, Bolivia. Su primer trabajo en este sector data de hace diez años, cuando los campamentos auríferos contaban apenas con un generador eléctrico a diésel y una veintena de jóvenes esperaban poder ingresar al socavón con palas y picotas. Aunque Carlos ha cambiado de cooperativa en los años siguientes, su situación no ha variado significativamente: sigue buscando extraer la mayor cantidad de oro posible durante los turnos asignados para asegurar e incrementar su paga.

La permanencia de Carlos por casi una década en la minería refleja una aspiración de movilidad dentro de la estructura laboral cooperativista

2 El nombre de los entrevistados ha sido modificado para garantizar su anonimato, conforme a su propia solicitud. Carlos es un hombre de 29 años oriundo del municipio de Palca. Se lo entrevistó en su comunidad el 16 de mayo de 2024.

3 Los jornaleros son trabajadores que trabajan a cambio de un salario por día o por hora. Históricamente, el término 'jornalero' se ha relacionado con el trabajo agrícola, especialmente en las economías rurales, en las que personas sin tierra propia trabajaban en los campos a cambio de un salario diario. En este sentido, los jornaleros eran la base de la mano de obra rural, realizando tareas como la siembra, la cosecha o el mantenimiento de cultivos, sin tener un vínculo estable o contratos de largo plazo con los empleadores. Debido a las similitudes en las condiciones laborales –trabajo temporal, inestabilidad y dependencia de los propietarios de los medios de producción, en este caso, las cooperativas mineras–, el término 'jornalero' pasó del ámbito agrícola al minero.

4 El cooperativismo minero tradicional se remonta a la época en que la industria minera disminuyó sus operaciones y expulsó a los trabajadores que constituían una sobrepoblación relativa. Estos, al no poder desplazarse a otras ramas de la industria, se unieron en cooperativas en los yacimientos abandonados. El cooperativismo minero del oro se originó en minas aluviales con una base industrial menos desarrollada. Sin embargo, su necesidad de acumulación está influenciada por las fases del ciclo económico, que comienzan con cada crisis (Poveda Ávila, 2014).

aurífera: busca convertirse algún día en socio accionario⁵, ya sea en la última cooperativa en la que estuvo trabajando o en otra dentro o fuera de Los Yungas. Según su experiencia, alcanzar esa posición no sólo representaría un aumento en sus ingresos y una participación más activa en la cadena extractiva del oro, sino también una mayor capacidad de decisión dentro de la cooperativa y una ventaja en prevenir riesgos físicos. Como explica en la entrevista:

Quando eres jornalero estás obligado a trabajar dentro de la mina, en el interior del socavón y los túneles. Estás bajo constante control porque los socios temen que les robes oro. Tienes que trabajar todos los días sin fallar; si no, te dicen: “te vas a ir”. Pero cuando eres socio estás mejor: cada uno asume su propia responsabilidad y se cuida también de los accidentes.

El caso de Carlos nos permite apreciar los elementos discutidos en torno al trabajo y al desgaste de la fuerza laboral en los campamentos auríferos, la estructura en la que está inserto y otros aspectos que amplían la discusión, sobre todo respecto a su aspiración a la movilidad social mediante un ascenso dentro de la estructura cooperativa. A diferencia de las empresas tradicionales, esta movilidad implica también un desplazamiento espacial ligado a la búsqueda de ascenso social.

Estas situaciones invitan a considerar que las dinámicas locales de los individuos dedicados a la extracción de oro en un territorio específico pueden contemplar una ampliación horizontal de su presencia. En este sentido, no se debe subestimar la capacidad de acción de quienes sostienen el modelo extractivista aurífero en Bolivia. Al igual que en otros contextos, como el agrícola (Contreras, 2000) o el comercial (Luna Acevedo, 2015), los mineros auríferos en Bolivia no son simples receptores pasivos de procesos externos, condenados a soportar condiciones de desgaste hasta el agotamiento. Por el contrario, han desarrollado capacidades para negociar, actuar y reaccionar ante los actores y circunstancias con que interactúan, especialmente

5 Los socios o *kajchas* son los miembros de la cooperativa. Son los únicos productores legalmente reconocidos por esta, y comparten la propiedad colectiva del patrimonio minero e industrial de la institución (Absi, 2005).

mediante organizaciones socioeconómicas como las cooperativas mineras, en las cuales se reflejan los elementos previamente expuestos.

Carlos es un ejemplo de esta situación. En su testimonio relata cómo, a través de sus experiencias en la mina y su capacidad de respuesta, se proyecta como futuro socio en un intento por superar su condición de jornalero. Esta aspiración a la movilidad social refleja una diferenciación interna en las cooperativas auríferas: a los socios se los reconoce, mientras que los jornaleros están sujetos a un desgaste continuo, tanto de su fuerza laboral como de los recursos naturales.

Sin embargo, Carlos no percibe esta diferenciación como una disputa que genere conflictos en una organización del trabajo estratificada por derechos laborales, como ocurre en el sector hidrocarburífero (Cyunel, 2021), sino como una relación basada en la aspiración a la movilidad laboral que permita cierto arraigo en el medio rural (Oliva Serrano, 2006). Tampoco considera el desgaste de su fuerza como algo negativo, sino como algo necesario para lograr su objetivo. Estas aspiraciones buscan mejorar su situación económica, además de lograr una mayor participación en el modelo aurífero y proteger su integridad, evitando el agotamiento total.

En Bolivia, uno de los principales indicadores que revela la consolidación de la actividad aurífera es el número de personas que forman parte del sector. Según cifras del Viceministerio de Cooperativas Mineras, en su *Boletín* 11 (2021), se estima que en 2021 existían 2.300 cooperativas mineras con una población cercana a los 130.000 socios. Según Francescone y Díaz (2008), estas cifras reflejan la bonanza de los precios internacionales de los minerales, en este caso, del oro. Profesionales vinculados a instituciones no gubernamentales, como Córdoba (2015) y Poveda Ávila (2014), buscaron desglosar estas cifras a nivel departamental y por tipo de mineral extraído, concluyendo que más del 75% de las cooperativas mineras se ubican en el departamento de La Paz y que casi el 90% de estas son auríferas. Sin embargo, las cifras arriba mencionadas no contemplan a trabajadores como Carlos, a quienes se considera mano de obra minera flotante y flexible en términos de permanencia y beneficios. La cifra real de mineros auríferos podría ascender a cientos de miles, y resulta difícil de cuantificar.

Es creciente el interés en la minería aurífera, especialmente en el departamento de La Paz. Esta actividad minera, que anteriormente se concentraba en el Conglomerado Cangallí –en las riberas y terrazas de los municipios de Mapiri, Guanay, Tipuani y Teoponte–, se ha extendido hacia áreas previamente inexploradas o con actividad minera reducida (Poveda Ávila, 2014). Un ejemplo claro es la región de Los Yungas, conocida tradicionalmente por la producción de cítricos, café y, sobre todo, coca. Aquí la extracción de oro ha ido incrementándose y expandiéndose hacia los ríos y laderas de los valles de la región. Esto se evidencia en mapas publicados por el CEDIB (2019), que muestran derechos mineros de cooperativas auríferas que datan de antes de 2014, así como las zonas de extracción aluvial. Sin embargo, el interés por el mineral dorado y su extracción en Los Yungas se remontaría a mucho más atrás. Así lo manifiesta Ibáñez (1943, citado en Serrano, 2004), al describir materiales metalíferos y señalar que esta región cuenta con buenos depósitos auríferos, al igual que Tipuani, Coroico y Zongo.

Las dinámicas de trabajo de esta actividad –que incluyen el desgaste de la fuerza laboral, la diferenciación interna dentro de las cooperativas y la tendencia expansiva de la minería aurífera en Bolivia– invitan a reflexionar sobre cómo opera el extractivismo a escala local. En particular, es necesario considerar las dinámicas territoriales que facilitan la reproducción del modelo extractivista más allá de sus impactos socioambientales.

A diferencia de otros países de la región, donde la minería aurífera artesanal a pequeña escala es castigada y perseguida por sus posibles vinculaciones con organizaciones criminales, lo cual estimula el conflicto (CINEP, 2016), en Bolivia se la fomenta y promueve desde las esferas gubernamentales, reconociendo al cooperativismo como un mecanismo para empoderar a poblaciones de bajos recursos y generar empleo (Carrillo *et al.*, 2013). En el presente artículo, se analiza cómo la organización laboral en la minería aurífera artesanal y a pequeña escala, estructurada en cooperativas mineras, se reproduce de Los Yungas a otras zonas del departamento.

El estudio se basa en un enfoque cualitativo, utilizando la etnografía como método principal. La estrategia metodológica incluyó entrevistas a cooperativistas auríferos pertenecientes a los diferentes estratos de la estructura cooperativa: socios y jornaleros. Los diez entrevistados, quienes

trabajaban o continúan trabajando en la Cooperativa Aurífera Fortaleza –ubicada en el municipio de Yanacachi, Los Yungas, departamento de La Paz–, proporcionaron información sobre el funcionamiento de la cooperativa, que fue complementada por una revisión de documentos oficiales e informes de instituciones que abordan la temática del oro en Bolivia. Asimismo, se incluyen segmentos del Estatuto Orgánico de la Cooperativa, el que, con sus 102 artículos divididos en once capítulos, sirvió de base para argumentar algunas de las ideas expuestas en este trabajo.

Para privilegiar un orden cronológico, el documento se divide en tres segmentos. El primero aborda la estructura laboral de la Cooperativa Aurífera Fortaleza desde sus inicios hasta su proceso de consolidación, y las implicaciones administrativas que conlleva. La segunda parte se enfoca en el análisis de la organización operativa de la cooperativa, es decir, en cómo funciona la extracción del oro, diferenciando a los actores involucrados, con especial atención en los jornaleros y su relación con los socios. En el tercer segmento se examina las estrategias de los jornaleros en su aspiración de convertirse en socios, analizando no solo las implicaciones económicas, sino también las dinámicas territoriales que surgen de ellas. Esto invita a reflexionar sobre la reproducción del modelo extractivista a través de la historia, la administración y la organización del trabajo aurífero cooperativo. Finalmente, se presenta las conclusiones.

Cooperativismo aurífero y organización administrativa

Del campamento a la cooperativa aurífera fortaleza: conformación de los socios

La Cooperativa Aurífera Fortaleza se ubica a orillas del río Yanacachi, a 20 minutos de Puente Villa, en un camino que fue abierto por la propia Cooperativa entre 2018 y 2019, con el objetivo de mejorar el flujo de personas, insumos y maquinaria hacia los campamentos. Sin embargo, la extracción de oro en la zona data de 1995, cuando se instaló el primer campamento a orillas del río. En aquel entonces, con herramientas artesanales,

se buscaba oro en las orillas removiendo el sustrato aluvial y cavando pozos para acceder a los depósitos subterráneos.

El campamento inicial estaba compuesto por un grupo de hombres que había migrado de las comunidades de Palca, Mecapaca y del mismo pueblo de Yanacachi, atraídos por rumores y por evidencias concretas de la existencia del preciado mineral. Aunque la actividad en sus inicios implicaba riesgos y grandes sacrificios, la constante extracción de oro incentivó la permanencia del campamento, que poco a poco se consolidó, no solo en términos de infraestructura, sino también de seguridad jurídica, cuando obtuvo en 2003 el reconocimiento oficial de las autoridades estatales.

El éxito relativo en el ámbito jurídico y la extracción aurífera constante atrajeron a más personas, principalmente hombres de las mismas comunidades de origen de los fundadores, quienes aspiraban a ser parte de la cooperativa. No obstante, el ingreso a la Cooperativa se fue dificultando. Basados en criterios de reinversión y en el reconocimiento de los fundadores, se fue gestando una división en tres grupos de mineros de la Cooperativa: i) los fundadores, ii) el primer grupo en incorporarse –compuesto por quienes llegaron después de los fundadores y contribuyeron con equipos y aportes económicos que, en su momento, ayudaron a la operatividad y legalización de la cooperativa– y iii) el segundo grupo –aquellos que se incorporaron una vez que la Cooperativa ya estaba consolidada económica y jurídicamente–. Para ser aceptados como socios, los del segundo grupo tuvieron que adquirir una acción, cuyo costo oscilaba en ese entonces entre \$US 2.000 y \$US 3.500, lo que les otorgaba tanto los beneficios como las responsabilidades que implicaba la actividad minera.

“Hay posibilidad de que puedas ingresar”, me han dicho mis conocidos y me he animado. [...] Yo he ingresado con mi trabajo. “Haz una corrida [perforación de un socavón paralelo al río]”, y como lo hice, no me han cobrado lo que era. Solo he abonado unos 1.000 dólares, y ya con eso me han aceptado (Felipe Canaviri⁶, entrevista del 15 de abril de 2023 en la comunidad de Choquecota).

6 Socio cooperativista minero aurífero, hombre de 45 años.

El caso de Felipe ilustra una modalidad alternativa que empleaban las cooperativas para atraer a personas con habilidades especializadas en actividades clave para la minería, como la perforación. A cambio de sus conocimientos y de su trabajo, se les ofrecía la posibilidad de reducir el costo de una acción minera. Este mecanismo permitió a la cooperativa seguir consolidándose, incrementando tanto el volumen de oro extraído como su pureza mediante el trabajo de los mineros especializados y también de reinvertir el ingreso monetario en maquinaria. Pero Felipe menciona que fue uno de los últimos en aprovechar esta modalidad, puesto que la cooperativa había comenzado a capitalizar sus medios de extracción y ya no requería la inversión que provenía de nuevos socios, lo que además implicaba repartir excedentes entre más personas.

Calidad de socio en las cooperativas auríferas

El Estatuto Orgánico es la norma fundamental que rige la convivencia en las organizaciones, incluidas las cooperativas auríferas. En sus artículos se define desde la estructura organizativa hasta el régimen disciplinario que todos los socios están obligados a cumplir y defender. Este documento también es un requisito indispensable que exige la Autoridad de Fiscalización y Control de Cooperativas (AFCCOP) para el reconocimiento oficial de una cooperativa ante el Estado.

En el Estatuto de la Cooperativa Aurífera Fortaleza se incluyen disposiciones que caracterizan al socio como el elemento clave de la organización. Entre ellas, el artículo 13 establece los derechos y atribuciones de los socios, destacando su papel en la toma de decisiones y en la fiscalización de la cooperativa:

Artículo 13.- Son derechos de los asociados y asociadas. 1. A manifestarse con libertad y ejercer derecho de voto. 2. Ser elector y elegido para ocupar cargos dentro de los Consejo y Comisiones. 3. Proponer asuntos de interés para la cooperativa. 4. Observar y fiscalizar el movimiento económico, equipo, maquinaria, y auditorías específicas de anteriores gestiones. 5. Recibir una cuota parte de los excedentes de percepciones de acuerdo al trabajo y actividades realizadas y/o servicios prestados en la cooperativa. 6. Recibir cuanto beneficio otorgue la cooperativa a sus asociadas y asociados.

Como se ve, este artículo sintetiza los principales derechos de los miembros de la Cooperativa que ostentan la categoría de asociados (los socios o socias, en la terminología utilizada por los mineros auríferos).

Adicionalmente, los socios conforman tanto la organización administrativa como la operativa dentro de la mina, siendo su obligación y su derecho ocupar los cargos pertinentes. En el caso de la Cooperativa Aurífera Fortaleza, estos deben asumir responsabilidades en la siguiente estructura, que a su vez refleja la organización administrativa de la Cooperativa:

- el Consejo de Administración: un presidente, un secretario general y un tesorero;
- el Consejo de Vigilancia: un presidente, un secretario general y un vocal;
- el Tribunal de Honor: dos personas elegidas por su intachable conducta y su experiencia;
- la Junta de Conciliación: dos personas asignadas temporalmente, según lo requiera la Cooperativa;
- el Comité de Educación: dos personas encargadas de buscar y ser intermediario entre entidades, federaciones y otras organizaciones que permitan mejorar la administración y la producción de oro;
- Comité de Previsión social: dos personas encargadas de buscar apoyos en beneficio de los socios de la Cooperativa;
- entre otras instancias que la Cooperativa requiera.

Ocupar estos casi 14 cargos dentro de la Cooperativa requiere que los socios dediquen entre uno y dos años a la gestión interna y al relacionamiento externo, que abarca desde la adquisición de insumos, herramientas y maquinaria hasta la venta del mineral a las instancias correspondientes. No obstante, la Asamblea General es el principal espacio de toma de decisiones; en ella participan todos los socios. En este espacio se deciden cuestiones de interés colectivo que afectan tanto a los objetivos de la Cooperativa como a su funcionamiento interno, incluyendo la asignación de roles laborales dentro de la organización.

En el caso de la Cooperativa Aurífera Fortaleza, desde 2008 la Asamblea General decidió limitar el número de socios a 54, para proteger y mantener márgenes importantes de ingresos para estos. Las distintas responsabilidades administrativas y operativas se distribuyen de manera rotativa entre los actuales miembros, lo que ha generado un cierto equilibrio en el funcionamiento interno de la Cooperativa, así como en sus relaciones externas con otras organizaciones. Dicho equilibrio solo se ve alterado por cambios en la titularidad de un socio, ya sea por fallecimiento o por renuncia voluntaria.

La sucesión hereditaria voluntaria, la sucesión hereditaria obligada o la compra-venta de una acción aurífera son escenarios reconocidos por la misma Cooperativa Fortaleza que conllevan un cambio en la titularidad de las acciones. De estas modalidades, la sucesión hereditaria obligada es la única que está regulada por el Estatuto de la cooperativa:

Artículo 23. Muerte del Asociado o asociada. En caso de fallecimiento de una asociada y/o asociado, los aportes y excedentes de percepción que pudiera corresponderle pasarán a sus sucesores, quienes deben designar a uno de ellos para asumir la titularidad de socio, previa presentación de declaratoria de herederos, requisito con el que la cooperativa procederá al cambio de nombre de la titularidad.

El cumplimiento de los requisitos establecidos en el art. 23 garantiza que el nuevo socio, que es el que hereda la titularidad, sea plenamente reconocido y asuma todas las responsabilidades dentro de la Cooperativa. Hay un periodo de duelo de unas semanas antes de que el nuevo socio se integre en la distribución de roles y adquiera su estatus de socio.

Para comprender la sucesión hereditaria voluntaria, es necesario describir brevemente la estructura representativa-operativa de la cooperativa, que detalla la distribución de cargos vinculada al grado de representación y decisión en las categorías laborales. Esta estructura está compuesta por los socios, pero también incluye la figura del *representante*. El representante es la persona que reemplaza al socio, tanto física como, en algunos casos, dirigencialmente, asumiendo sus responsabilidades y obligaciones frente a la cooperativa. Este reemplazo tiene lugar a cambio de una remuneración acordada con el socio titular, y que puede ser diaria, semanal o quinquenal.

La modalidad más común es compartir los excedentes de la acción en una proporción de 50/50 entre el socio titular y el representante.

La categoría de representante suele ser ocupada por familiares del socio titular, como hijos o sobrinos, con la intención de que aprendan tanto los aspectos operativos y técnicos como los administrativos y de representación. Así, estarán preparados para asumir el rol cuando el socio titular lo disponga, ya sea por razones de edad o por un acuerdo de transferencia.

Quando me accidenté en la mina tuve que hablar con mi primo para que me reemplace como representante. Ya han pasado más de seis meses, pero no conviene. Se reparte el dinero y ya no es bueno [significativo]. Otros a sus hijos les dicen, pero mis hijos aún son pequeños (Mariano Cusi⁷, entrevistado el 12 de abril de 2023 en la zona Villa Bolívar de la ciudad de El Alto).

Este caso muestra una de las situaciones en que la figura del representante aparece en la organización representativa-operativa de la Cooperativa: un accidente. Este hecho obligó a incorporar a otra persona en el campamento de la Cooperativa para representar y asumir las actividades que correspondían a la acción de Mariano, mediante un acuerdo económico. En este caso, el representante se limita a reemplazar al socio en las tareas laborales, pero no en los derechos a participar, a ser elegido o a votar, que Mariano sigue ejerciendo porque asiste a las reuniones mensuales de la Cooperativa.

Otra modalidad que puede conllevar un cambio de titularidad es la compra-venta de acciones, aunque es la menos frecuente en la Cooperativa Aurífera Fortaleza. Esta transacción suele ocurrir por diversas circunstancias, siendo las emergencias de salud una de las razones más comunes. No obstante, el vendedor debe cumplir con los requisitos impuestos por la cooperativa para iniciar el proceso de venta. Primero, debe obtener un permiso de la dirigencia para ofertar la acción, ya sea entre sus círculos cercanos (familiares o amigos) o en espacios de difusión más amplios, como las plataformas digitales: Facebook, Marketplace, etcétera (figura 1).

Una vez que el oferente de la acción minera detalla las características de esta, su ubicación, organización y las condiciones económicas, se pasa a

7 Socio cooperativista minero aurífero, de 53 años.

una última etapa, en la que el comprador debe cumplir con ciertos requisitos establecidos por la Cooperativa para este tipo de transacciones, aunque no estén específicamente contemplados en el Estatuto Orgánico. Entre estos requisitos destacan el no tener antecedentes penales, no haber atentado contra los principios del cooperativismo minero y contar con referencias de su lugar de origen. El proceso culmina con la aprobación de la directiva y, finalmente, con una votación en la Asamblea General, que debe ser unánime.

Figura 1. Acción minera a la venta en inmediaciones de la Cooperativa Aurífera Fortaleza en 2023



Fuente: enlace compartido por Carlos Huanca de una de las acciones que está considerando comprar.

Luego de esta aprobación, se procede al cambio de titularidad mediante la modalidad de compra-venta, integrando al nuevo miembro con todos los derechos y obligaciones que corresponden a un socio de la cooperativa.

Como se ve, la cooperativa se rige por normas internas, que se reflejan tanto en su Estatuto Orgánico, como en prácticas no escritas, decididas

por la Asamblea General, tales como la decisión de congelar el número de socios y el reconocimiento de diversas modalidades de cambio de titularidad entre ellos.

A continuación, se profundizará en la situación de los *jornaleros*, que constituyen el mayor número de la fuerza laboral y son la base para la extracción del oro bajo el paraguas de las cooperativas mineras. Se explorará también las tensiones y convergencias que estos trabajadores mantienen con los socios y representantes.

La organización operativa y el rol de los jornaleros en la extracción aurífera

La organización operativa para la extracción de oro en la Cooperativa Aurífera Fortaleza se compone de socios, representantes, operarios, jornaleros y personal de cocina⁸. El orden en que se mencionan refleja la jerarquía de cada uno y los niveles de decisión y dependencia entre estos. Las responsabilidades de la distribución de roles dentro de la Cooperativa recaen principalmente en el Consejo de Vigilancia.

Los *representantes*, con atribuciones de tipo laboral y ninguna posibilidad de tomar decisiones, deben suplir las responsabilidades laborales de los socios titulares a los que representan, ocupándose en especial de las tareas de control, supervisión y vigilancia, como vimos en el caso de Mariano. Entre socios y representantes en conjunto no superan las 53 personas, número establecido por la cooperativa como límite fijo de socios.

Los *operarios* están a cargo de operar la maquinaria pesada necesaria para mantener el campamento “productivo”: camiones, retroexcavadoras y tornamesas. Los operarios son el único grupo dentro de la organización aurífera que recibe una remuneración fija, justificada por la cantidad de horas trabajadas manejando la maquinaria pesada. Reciben mensualmente

8 Estas organizaciones pueden variar de una cooperativa minera a otra; muestran ciertas similitudes con las cooperativas mineras de estaño y otros metales, ubicadas principalmente en Oruro y Potosí, como lo plantea Michard (2008).

entre 3.000 y 4.000 bolivianos, según si la maquinaria es de su propiedad o de la Cooperativa. Ellos responden directamente al Consejo de Vigilancia y a otras instancias de decisión de la Cooperativa ya mencionadas anteriormente, quienes exigen a los operarios cumplir con las horas pagadas para maximizar el uso de la maquinaria.

Antes de abordar el rol de los *jornaleros* –el tema principal de este apartado–, es importante mencionar también al personal de cocina. Este grupo trabaja bajo contratos temporales suscritos con la dirigencia de la cooperativa, en los que se estipula tanto el número de días trabajados como la cantidad de platos de comida que deben preparar (desayuno, almuerzo y cena). En la Cooperativa Fortaleza el personal de cocina está compuesto por una cocinera y una ayudante, quienes preparan todos los alimentos para los 58 jornaleros y los ocho operarios. Sin embargo, a los jornaleros solo se les brinda una comida antes de que inicien su jornada laboral.

La cantidad de jornaleros varía a lo largo del año en la Cooperativa Fortaleza, pero se mantiene relativamente estable entre los meses de marzo y noviembre, la temporada seca en la región, cuando el caudal del río es menor y más estable. En cambio, entre diciembre y principios de marzo la temporada de lluvias impide el trabajo continuo, especialmente para los jornaleros, quienes deben esperar a que las lluvias cesen para reincorporarse a sus tareas. A julio de 2024, el número de jornaleros en la Cooperativa Fortaleza era de aproximadamente 125, distribuidos en diferentes etapas de extracción y organizados entre grupos o puntas, cada uno bajo la dirección de un coordinador, que responde al Comité de Vigilancia.

El número de grupos o puntas varía según el tamaño de la cooperativa. En el caso de la Cooperativa Fortaleza, hay dos grupos trabajando en las orillas del río, en la denominada minería aluvial, y uno en la veta, que se caracteriza por estar en las laderas de las serranías, donde es necesario perforar socavones. Estos tres grupos se organizan en tres turnos cada uno, de aproximadamente 40 jornaleros en total por cada turno: diurno, tarde-noche y madrugada, con jornadas de aproximadamente 8 horas por turno. A excepción de los perforistas, los demás pueden rotar entre los diferentes grupos

El grupo dedicado a la extracción de oro aluvial se denomina “cuadra”, y está conformado por los siguientes jornaleros, cada uno con una función: “toperos” (entre 10 y 12 encargados de picar la roca con combo y punta), “carretilleros” (entre 10 y 15 encargados de sacar el mineral), “güincheros” (entre 6 y 8, que suben el mineral hasta la superficie) y lavadores (entre 3 y 5, que lavan con agua la tierra del mineral para obtener la mayor cantidad de oro granular posible).

Al grupo que trabaja en la veta se lo denomina “peña”; necesita perforistas (entre 3 y 4 perforistas tradicionales, que se abren paso por los socavones), ayudantes de perforista (6 a 8 personas que están bajo las órdenes de los perforistas), cargadores o paleros (entre 12 y 16, que cargan el mineral en los vagones), carreros o “pajcheros” (entre 6 y 8, que son los encargados de desplazar los vagones desde el socavón hasta la bocamina), y personal encargado del molino, donde el mineral se tritura y lava con agua, y del ingenio, donde se hace una trituración más fina y se aplica mercurio para obtener el mineral granular de oro (entre 4 y 6 personas para ambos procesos). Estas diferentes tareas se muestran en la figura 2.

Cuando tanto las peñas como cuadras culminan su labor, vienen las tareas de purificación, pesado, almacenamiento y venta del mineral, que son responsabilidad directa del Consejo de Vigilancia y de otros socios de apoyo, llamados “capos”, quienes determinan la pureza del oro y su destino posterior.

Es importante destacar que la distribución de roles en los campamentos no se asigna al azar o por afinidad. En la Cooperativa Fortaleza hay un mecanismo estructurado para la asignación de roles, que está a cargo del Consejo de Vigilancia y de los coordinadores correspondientes. Estos coordinadores, que pueden o no ser socios o representantes, pero que tienen experiencia en la mina, son los responsables de distribuir a los jornaleros de cada turno entre los diferentes grupos o puntas, según las necesidades operativas y los criterios personales o compartidos.

Figura 2. Organización operativa para la extracción de oro según grupos (Cooperativa Aurífera Fortaleza, 2024)



Fuente: elaboración propia con datos proporcionado por los entrevistados.

Nos llaman a todos antes de que inicie el trabajo y el coordinador es el que va decidiendo en qué grupo vas a trabajar. Como en el cuartel, en filita nos formarnos y de ahí nos van eligiendo, y uno por uno se van formando las puntas: primera punta, segunda punta y así. No hay caso de elegir porque si no te miran y dicen “camarilla quiere hacer este”. Bien observado es eso (Rodolfo Quisbert⁹, entrevistado el 15 de abril de 2023 en la zona de Chasquipampa, La Paz).

En las relaciones entre los socios y los jornaleros están patentes los derechos reconocidos en las normas internas, y se manifiestan en la organización operativa cuando se distribuyen los roles específicos de los jornaleros y el rol de los coordinadores, quienes en muchos casos también son parte del Comité de Vigilancia. Como señala Rodolfo, la distribución de roles y de los espacios de trabajo para los casi 125 jornaleros es clave para mantener la organización, pero también para proteger la integridad de la cooperativa frente a posibles conflictos de intereses. El evitar que los jornaleros elijan

⁹ Jornalero minero aurífero de 32 años.

sus grupos de trabajo por afinidad es un mecanismo de control constante, que busca prevenir robos o actividades que desestabilicen la cooperativa.

Asimismo, es importante resaltar el tipo de trabajo que se asigna a los jornaleros, quienes enfrentan mayores riesgos de accidentes, especialmente dentro de los socavones, ya sea en peña o en cuadra. Muchos han perdido la vida en estas labores, mientras que los socios asumen responsabilidades en puestos que conllevan menor riesgo para su integridad física, como las últimas etapas de extracción y purificación del mineral; sin embargo, tampoco están a salvo de accidentes que pueden desencadenar escenarios lamentables o luctuosos. Por esta razón, los socios buscan para ellos una movilidad horizontal que les permita ejercer ciertas tareas que no impliquen peligros físicos, como es el caso del trabajo en el socavón.

Otra característica de los jornaleros es que constituyen la mayor parte de la fuerza laboral en los campamentos auríferos de Bolivia, aunque su trabajo no es permanente ni está asegurado. Deben desplegar estrategias para mantener su puesto, sobre todo si la cooperativa donde trabajan tiene una producción constante, lo que les significaría un ingreso casi seguro. Para que los coordinadores o el Comité de Vigilancia los consideren “buenos trabajadores” y les permitan mantenerse dentro de la cooperativa, así como ser convocados luego de la temporada de lluvias, los jornaleros deben cumplir con ciertas expectativas.

Quando hay buen material [buena extracción de oro] en las cooperativas, a quien sea lo hacen esperar, pues. Pero cuando eres jugador de fútbol, no. Respetan a los jugadores. “Jugador es, no volaremos [retiraremos]”. Esas ventajas tienes si eres buen jugador o cuando eres buen perforista o buen trabajador. Si eres uno de los tres, te tratan mejor, digamos. Estas aceptado en la mina (Yoni Callisaya¹⁰, entrevistado el 19 de abril de 2023 en el mercado Rodríguez de la ciudad de La Paz).

Desde la perspectiva de Yoni, los jornaleros no tienen garantizada su permanencia en una cooperativa aunque cumplan con los tres atributos mencionados. La permanencia en el campamento responde a dos escenarios.

10 Socio cooperativista minero aurífero, de 28 años.

En el primero, los jornaleros se ganan el derecho a continuar trabajando en la cooperativa mediante el sacrificio personal: cumplen con las expectativas de extracción de oro, participan activamente en movilizaciones y se hacen notar como personas “activas”. Además, se involucran en actividades deportivas, como el fútbol, lo que les suma puntos que pueden ser clave para que los responsables consideren su continuidad. Esto ocurre especialmente en cooperativas como Fortaleza, bien consolidadas y con extracción constante de oro, lo que garantiza un pago “seguro”.

El segundo escenario se da cuando los jóvenes no logran integrarse al trabajo minero de manera permanente porque faltan a los turnos o porque tienen conflictos con otros miembros. Si se los cataloga como “peleoneros” o “conflictivos”, se los excluye o no son llamados para futuros trabajos. Estos jornaleros deben desplazarse a otros campamentos con menos exigencias o reglas más flexibles, aunque el pago sea más irregular. Sin embargo, en ciertas cooperativas, como Fortaleza, también pueden ser retirados o excluidos por situaciones imprevistas, como el que deban asumir responsabilidades dirigenciales en sus comunidades de origen, por lo que no podrán garantizar su presencia constante.

En la mina pueden aplicar multas, unos 500 o 1.000 bolivianos de golpe por un día te sancionan. También por cualquier falla, o te atrasas dos, tres veces y te hacen esperar. Te saben decir: “Nosotros queremos gente con ganas de trabajar” y ya no te llaman para trabajar (Ramiro Huayta¹¹, entrevistado el 22 de mayo de 2023).

Las multas y sanciones que expone Ramiro son muy comunes en las cooperativas mineras. Con ellas se busca condicionar a los jornaleros a cumplir con todas las tareas que se les encomienda, respondiendo al criterio de que son “gente con ganas de trabajar”. Estos requerimientos son constantes en estos ámbitos, donde los socios o los fundadores exigen el mismo sacrificio que ellos hicieron para asentar y consolidar la cooperativa.

11 Jornalero de la minería aurífera, 27 años.

Otro punto relevante y frecuentemente discutido en el análisis del cooperativismo minero es la amplia variabilidad en la remuneración de los jornaleros. Según el art. 13 del Estatuto de la Cooperativa Fortaleza, la distribución de excedentes de la extracción de mineral solo se hace entre asociados y asociadas. Los operarios y el personal de cocina reciben un pago fijo por su trabajo. Para los jornaleros, tal como en otras cooperativas, en las etapas iniciales se pagaba por gramo de oro extraído, que en 2005 equivalía a aproximadamente 200 bolivianos por día trabajado. En los últimos años se ha consolidado un sistema de pago por porcentaje, proporcional al oro extraído por el grupo o punta a que pertenece el trabajador, y se paga diaria, semanal o quincenalmente. Esta modalidad es menos ventajosa para los jornaleros, ya que si la extracción es mínima o nula, también lo es su remuneración.

Quando el pago es por porcentaje, hay veces que el día [la extracción de oro] es un fracaso, hay otras veces que hay. Cuando hay poco, poco te dan [pagan]; “es porcentaje”, dicen (Ramiro Huayta, entrevistado el 22 de mayo de 2023 en la comunidad de Choquecota).

Varias otras cooperativas de la región utilizan este sistema de pago, fluctuante y altamente incierto para los jornaleros, lo que les añade presión. Esta dinámica crea un ambiente de autoexigencia, ya que buscan incrementar el volumen de oro extraído para que “valga la pena” el sacrificio y el desgaste físico que conlleva su labor. Así, se someten a la exigencia del trabajo y a la exigencia colectiva. Pero para los socios y representantes, si la extracción es mínima, también será poca la distribución de excedentes. La diferencia radica en que tienen una inversión en la cooperativa, a la que están ligados, y permanecen en ella; mientras que un jornalero con una mala racha, recibiendo mínimas cantidades, busca mejores oportunidades en otros lugares que le puedan asegurar un mejor pago.

Hasta aquí se ha brindado elementos clave para entender la posición de los jornaleros en este sistema. Se abordan algunas de las tensiones y dinámicas que emergen en relación con los socios, tanto en la distribución de roles como en los tipos de remuneración dentro de la Cooperativa analizada. Se destaca también que los socios valoran a los jornaleros que

demuestran habilidades operativas excepcionales, como los perforistas, y a los que cumplen con las labores encomendadas.

Todo esto proporciona elementos para comprender lo que Barça (2020) denominaría como el desgaste de la fuerza de trabajo. Para asegurar un ingreso seguro, los jornaleros deben soportar una presión creciente para extraer la mayor cantidad de oro posible durante sus turnos, sometiéndose físicamente a esa exigencia, lo que puede llevarlos a un agotamiento físico extremo. Además, por el tipo de trabajo que realizan, enfrentan una mayor probabilidad de accidentes, incluso fatales. Finalmente, están sujetos a un control riguroso no solo para prevenir robos en la mina, sino también para evitar actividades que comprometan la integridad de la Cooperativa.

Por otro lado, y como mencionamos, la jerarquización en la Cooperativa Fortaleza refleja una disparidad en los beneficios y derechos dentro de la misma. No solo que los socios se ocupan de tareas menos peligrosas, sino que tienen acceso a mayores beneficios, como la alimentación proporcionada tres veces al día, y participan más activamente en las cadenas de comercialización del oro. Los socios, que ocupan la jerarquía más alta dentro de las cooperativas mineras, son los únicos con capacidad de decidir, elegir y ser elegidos para los fines de la cooperativa. Además, eligen, controlan y supervisan el trabajo de los jornaleros

La aspiración de ser accionista aurífero y las dinámicas territoriales

Por la presión creada sobre los jornaleros que se describe en el anterior acápite, estos no se limitan a aceptar su situación de manera pasiva. Su realidad los impulsa a buscar cambios; no se resignan a permanecer como la base laboral aurífera durante toda su vida.

¿Es posible que un jornalero llegue a ser socio en la cooperativa donde trabaja? La respuesta corta es sí, pero las dificultades que debe vencer para lograrlo hacen pensar que una respuesta negativa sería más real. Se ha mencionado que en cooperativas consolidadas el número de

socios no varía desde hace muchos años. La única forma inmediata para que un jornalero “ascienda” a la categoría de socio titular es comprando una acción, que puede superar los \$US 10.000, según los factores de cada cooperativa: ubicación, situación legal, volúmenes de extracción de oro, consolidación y tecnificación, entre otros aspectos que determinan si una cooperativa es “exitosa”.

Algunos jornaleros optan por recorrer un camino más largo dentro de la cooperativa, buscando adquirir habilidades operativas para, en un futuro, tener la posibilidad de comprar una acción. Por ejemplo, aprenden a operar maquinaria pesada para llegar a ser operarios. Con el tiempo, si logran ahorrar y construir relaciones dentro de la cooperativa, pueden acumular el capital suficiente para adquirir cierto tipo de maquinaria, como tornamesas o mezcladores, y alquilarla a la misma cooperativa, generando no solo mayores ingresos financieros, sino vínculos más fuertes con los socios y representantes.

Sin embargo, esto es muy difícil de lograr porque, en muchas ocasiones, son los propios socios los que tienen los medios para comprar y suministrar herramientas y servicios a la cooperativa, relegando a los jornaleros a sus roles. Esto les limita aún más las posibilidades de capitalizar los ingresos obtenidos por la venta de su fuerza de trabajo.

Dispersión y expansión extractivista del oro

Ocupar la posición de socio no solo les permite incrementar o asegurar una fuente de ingresos, sino también acceder a espacios de decisión y a vínculos dentro del sistema extractivo del oro. De modo que, ante la limitada movilidad laboral que enfrentan los jornaleros para acceder a esa posición en cooperativas consolidadas, como la estudiada, estos despliegan diversas estrategias, que conllevan riesgos e incertidumbre.

Una de estas estrategias se manifiesta en la dispersión espacial: los jornaleros migran a otras cooperativas donde sea posible adquirir una acción minera. La otra estrategia radica en un proceso de expansión, en decir, en asentarse en nuevos campamentos mineros ubicados en zonas de

alta prospección aurífera, muchas veces en áreas protegidas, con alto valor ecológico, o en zonas remotas.

A continuación, se analiza cómo se manifiesta la dispersión y la expansión de las actividades auríferas. Tomamos como ejemplo el ya referido caso de Carlos Huanca, quien ha trabajado como jornalero en la minería aurífera por más de diez años. Llegó a la Cooperativa Fortaleza hace cinco años gracias a que amigos de infancia de su misma comunidad, en el municipio de Palca, le informaron que esta necesitaba “pajcheros”. Motivado por una mejor paga que la que recibía en su anterior cooperativa, ubicada en la región del Illimani, se trasladó al campamento de la Cooperativa Fortaleza.

Comenzó trabajando como pajchero y luego ascendió a ayudante de perforista, gracias a la experiencia acumulada en otros campamentos mineros. Según sus propias palabras, “tenía que demostrar que sabía”. Sin embargo, el pago quincenal bajo la modalidad de porcentaje no reflejaba el esfuerzo que el trabajo le requería, que era muy diferente al que recibía como pajchero, pero que sí le aseguraba tener un cupo asegurado. Por ello, en los últimos tres años ha venido ahorrando sus ingresos en la mina, complementándolos con trabajos eventuales como conductor de taxi durante los descansos temporales. Su objetivo es reunir suficiente dinero como para comprar una acción minera en una cooperativa; con ello busca mejorar sus condiciones laborales y tener mayor estabilidad en el rubro.

Comenzó a explorar opciones, habiendo encontrado más de cinco alternativas: Palca, Tipuani, Chulumani, Coripata e Ixiamas. Uno de sus conocidos le había sugerido una acción en una cooperativa minera ubicada en el municipio de Coripata, valorada en \$US 17.000. Pero Carlos estaba consciente de que su decisión debía tener en cuenta también la viabilidad de recuperar su inversión en un periodo relativamente corto, así como la estabilidad de la cooperativa en términos de producción y proyección. Su familia y amigos le sugirieron que hablara con Fermín Tola, un minero experimentado de 62 años, residente en una comunidad vecina y conocido por ser un excelente consejero para quienes buscaban invertir en el sector aurífero. Con esa recomendación en mente, Carlos visitó la casa de Fermín para pedirle consejo sobre una posible inversión, llevándole comida y bebida como gesto de cortesía.

Durante la conversación, que se extendió por casi dos horas, se enteró de que en el último mes cinco jóvenes del sector de Palca habían pasado por su casa buscando consejo para evitar una inversión fallida en cooperativas mineras de alto riesgo. Fermín le advirtió que más de la mitad de las cooperativas nuevas eran peligrosas desde el punto de vista financiero, y que muchos jóvenes, después de invertir sin la información adecuada, terminaban perdiendo su dinero y acumulando deudas. Fermín lo había sometido a un interrogatorio exhaustivo sobre las características topográficas, técnicas, legales y organizativas de la cooperativa en Coripata que ofrecía la acción minera. Y aunque tras el encuentro salió con más preguntas que respuestas, la conversación le brindó una mayor comprensión de los riesgos involucrados en la inversión.

Hasta junio de 2024, Carlos no había logrado concretar la compra de la acción. Según explicó, había enfrentado problemas de salud con sus hijos, lo que lo obligó a utilizar parte de sus ahorros para costear el tratamiento médico. Sin embargo, parece que tomar conciencia del riesgo y la necesidad económica que implicaba un problema familiar jugó un papel crucial en su decisión de postergar la compra, a pesar de que ya contaba con el dinero necesario para esta inversión.

Al igual que Carlos, muchos hombres de distintas edades proyectan desplazarse hacia otras regiones para poder comprar una acción en una cooperativa aurífera. Cuanto menos consolidada esté la cooperativa en términos administrativos u operativos, menor sea la disponibilidad de maquinaria y más alejada o con menor conectividad esté, los precios y las exigencias de acceso para nuevos socios tienden a ser más accesibles. Las trayectorias que siguen los jornaleros en su aspiración de convertirse en socios los llevan a aventurarse hacia regiones auríferas en proceso de consolidación, como los sectores del Illimani, Los Yungas, Apolo, Ixiamas, Pando y Beni, en contraste con las regiones tradicionales como las que se encuentran en las inmediaciones de Guanay y Mapiri. Esta dispersión territorial responde al deseo de los jornaleros de depositar su confianza e inversión en estos nuevos territorios, buscando que la suerte los acompañe. No obstante, convertirse en socio mediante la compra-venta de acciones no garantiza un ingreso seguro; en muchos casos, implica mayor trabajo e

inversión para incrementar las probabilidades de convertir la cooperativa en una opción rentable.

A diferencia de la dispersión, donde los jornaleros se desplazan a regiones con actividad aurífera preexistente, en la expansión se asientan en áreas completamente nuevas; se involucran en la creación de nuevos campamentos y cooperativas en zonas donde antes no había actividad minera. Esta expansión es similar a la expansión de la mancha urbana o la frontera agrícola, donde la minería aurífera extiende su presencia a nuevos territorios de manera horizontal. Este proceso está impulsado por dos fuerzas paralelas: por un lado, la expansión física del extractivismo aurífero en nuevos campamentos, replicando las dinámicas de hace 20 años, cuando las técnicas y herramientas eran más rudimentarias y el trabajo era más exigente; por otro lado, las demandas colectivas al Estado de entidades regionales como la Federación Regional de Cooperativas Mineras Acuíferas del Norte de La Paz (FECOMAN LP), la Federación Regional de Cooperativas Mineras Auríferas (FERRECO R.L.) y la Federación Departamental de Cooperativas Mineras de La Paz (FEDECOMIN LA PAZ), buscando permisos para explorar y extraer oro en áreas controvertidas, como los parques nacionales del Madidi y Cotapata, entre otros, no solo para jornaleros, sino también para inversionistas y empresas que operan tras bambalinas.

Esta dinámica de expansión, al igual que la dispersión, requiere una inversión de dinero que no se enfoca en la compra-venta de una acción, sino principalmente en iniciar el asentamiento de los nuevos campamentos, dotándolos de los insumos necesarios para comenzar las operaciones, así como en el proceso de aprobación de los nuevos asentamientos mineros. Este proceso implica tanto aspectos judiciales como la presión de las dirigencias hacia el Estado para lograr la apertura de nuevas zonas de exploración. En resumen, tanto la dispersión como la expansión reflejan estrategias de los jornaleros en su búsqueda de nuevos territorios donde puedan alcanzar el estatus de socio titular o socio fundador.

Desde la perspectiva de Doreen Massey (2005), estas dinámicas pueden entenderse como la interacción entre espacios y prácticas sociales para conformar espacios que son producto de relaciones sociales en procesos de construcción y transformación continua. Bajo esta visión, el trabajo y

su organización en las cooperativas auríferas se materializan en el espacio a través de las dinámicas de dispersión y expansión. El capital humano y social acumulado en las cooperativas ha sido traslado a nuevos territorios, adaptándose a las nuevas condiciones del entorno.

A su vez, según Massey, estos espacios producidos están sujetos a relaciones de poder, no solo en términos de dominación, sino también de resistencia. En el caso de los jornaleros auríferos, esto se manifiesta en su resistencia ante los procesos de agotamiento, aunque implique una reproducción del sistema extractivista. Por lo tanto, así los jornaleros logren integrarse en las cadenas de extracción y comercialización del oro dentro de los sistemas cooperativizados, el proceso de desgaste persiste, impulsado por la necesidad de generar ingresos y la autoexigencia de incrementar la fuerza de trabajo. Aunque alcanzar el estatus de socio puede ofrecer ventajas tales como el prestigio social (Canaviri Paco, 2015), no garantiza un camino menos peligroso ni una mayor seguridad frente a las condiciones adversas que enfrentaron los primeros mineros auríferos que actualmente son socios.

Conclusiones

El análisis de la Cooperativa Aurífera Fortaleza a través de su funcionamiento, sus socios y sus jornaleros, revela las complejidades de la organización laboral en el sector cooperativista aurífero en Bolivia. A lo largo de esta investigación, se ha evidenciado cómo su estructura administrativa y operativa expone tensiones internas que trascienden lo económico, especialmente entre jornaleros y socios. Estas tensiones provienen de un modelo extractivista que genera un agotamiento físico constante en los jornaleros, quienes además enfrentan limitadas oportunidades de ascenso laboral dentro de la jerarquía cooperativa.

Aunque los jornaleros aspiren a convertirse en socios –o, en otras palabras, en pequeños empresarios/propietarios de un campamento minero– para obtener mayores beneficios económicos y seguridad laboral, el proceso es restrictivo y complejo. Se los somete a un sistema que los obliga a trabajar de manera continua, además de aceptar las condiciones de trabajo

impuestas por los socios y las cooperativas para poder continuar ahorrando y escalar socialmente en un futuro. Las dificultades que plantea admitir nuevos socios y adquirir acciones impide que muchos jornaleros logren consolidarse, perpetuando su explotación o, como diría Barça, su desgaste, y una situación laboral en que está sometido a un control permanente, sin lograr la movilidad social anhelada.

La organización laboral en las cooperativas mineras auríferas, como Fortaleza, no solo sostiene el ciclo extractivo, sino que también fomenta la expansión de la minería a pequeña escala hacia Los Yungas y hacia otras regiones de interés minero. Al verse limitada la movilidad laboral dentro la cooperativa donde trabaja, la movilidad espacial emerge como una posible vía para pasar a ser socio. Esta opción genera un sistema cíclico de autopresión en las cooperativas, donde los jornaleros se ven inmersos en dinámicas de autoexigencia para poder reunir el dinero necesario y aventurarse en otro campamento, con mucha incertidumbre respecto a poder disminuir este desgaste, ya que ser nuevo socio o fundar una nueva cooperativa exige mucho más trabajo y tiene más riesgo que cuando se es jornalero en una cooperativa consolidada.

La expansión y la dispersión como características territoriales de la minería aurífera en el departamento de La Paz están directamente vinculadas con la búsqueda de mejores oportunidades para los jornaleros, como describe este texto. Muchos optan por fundar nuevos campamentos en zonas menos exploradas, replicando las dinámicas extractivistas en territorios ecológicamente sensibles, dando lugar al crecimiento de la zona de explotación aurífera. Otros, en cambio, buscan comprar acciones auríferas en campamentos consolidados, dando vía a una dispersión del cooperativismo minero.

Tanto la dispersión como la expansión territorial surgen como respuestas al agotamiento constante que enfrentan en sus labores, aunque sin garantizar una salida definitiva a las condiciones de desgaste. En lugar de liberarse por completo, los jornaleros se sumergen en nuevas dinámicas de autoexigencia, con la esperanza de que, al consolidarse como socios, el agotamiento sea temporal y puedan disfrutar de los beneficios que inicialmente motivaron su búsqueda de nuevas oportunidades.

De este modo, el sueño de movilidad social ascendente dentro del sistema cooperativista aurífero puede entenderse como una aspiración a la independencia económica y el control sobre los medios de producción, similar al ideal del pequeño empresario o patrón. Al buscar convertirse en socios de una cooperativa minera, los jornaleros proyectan no solo un deseo de autonomía financiera y estabilidad, sino también la intención de satisfacer otras necesidades, como el autocuidado, en un esfuerzo por alejarse gradualmente de las actividades peligrosas propias de su labor, especialmente en el trabajo bajo tierra.

Este análisis abre la puerta a futuras investigaciones que exploren con mayor profundidad la intersección entre el extractivismo aurífero y la organización laboral en Bolivia. La comprensión respecto a cómo estas dinámicas afectan tanto a las comunidades mineras como a los territorios que ocupan es crucial para abordar los desafíos sociales y ambientales que se derivan de este tipo de actividad extractiva. Estudiar las particularidades de las cooperativas mineras en relación con sus impactos territoriales puede proporcionar una visión más amplia sobre las repercusiones del extractivismo en el país, así como posibles alternativas a este modelo económico.

Fecha de recepción: 15 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación: 7 de noviembre de 2024

Bibliografía

Absi, Pascale (2005). *Los ministros del diablo*. La Paz: Institut Français d'Études Andines (IFEA). <https://doi.org/10.4000/books.ifea.4003>

Acosta, Alberto (2011). "Extractivismo y neoextractivismo: dos caras de la misma maldición". En: Lang, Miriam y Mokrani, Dunia (comps.) *Más allá del desarrollo. Grupo permanente de trabajo sobre alternativas al desarrollo*. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo y Abya Yala: 83-118. http://rio20.net/wp-content/uploads/2012/07/mas-alla-del-desarrollo_30.pdf

Agenda Minera (2024). “Un rubro que genera empleos, pero que también conlleva riesgos”. *Entrevistas y Reportajes. Noticias Mineras*, 15 de junio de 2024. <https://www.agendaminera.com/actualidad/entrevistas-y-reportajes/un-rubro-que-genera-empleos-pero-que-tambien-conlleva-riesgos/>

Barça, Stefania (2020). *Forces of reproduction: Notes for a Counter-Hegemonic Anthropocene*. Cambridge: Cambridge University Press. <https://doi.org/978-1-108-81395-2>

Canaviri Paco, Ricardo (2015). “‘Se gana pero se sufre’: las nuevas élites aymaras de cooperativistas mineros en el marco de la economía popular”. *Temas Sociales. Revista de La Carrera de Sociología*, 37, noviembre: 123-145. https://archivoelalto.org/wp-content/uploads/tainacan-items/583/1378/MORENO_Entre_violencia_inseguridad_ciudadana_2015.pdf

Carrillo, Félix; Salman, Ton y Soruco, Carola (2013). “Cooperativas de minería de pequeña escala en Bolivia: De salvavidas de los pobres a maquinaria de manipulación política”. *Letras Verdes. Revista Latinoamericana de Estudios Socioambientales*, 14: 233-254.

CINEP – Centro de Investigación y Educación Popular (2016). *Ambiente, minería y postconflicto en Colombia: los casos del Catatumbo y Sur de Bolívar*. Bogotá: Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia (FESCOL), Netherlands Institute for Multiparty Democracy (NIMED), CORDAID y CINEP/ Programa por la Paz (PPP).

Contreras, Rodrigo (2000). Empoderamiento campesino y desarrollo local. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 4: 56-68. <https://www.redalyc.org/pdf/459/45900403.pdf>

Córdoba, Héctor (2015). *Oro, análisis del subsector cooperativo en el Departamento de La Paz*. Serie Debate Público N° 38. La Paz: Fundación Jubileo. https://siip.produccion.gob.bo/noticias/files/BI_130520162ddab_Coop_Mineras.pdf

Cyunel, Victoria (2021). Conflictos laborales y dinámica productiva en el sector de extracción de hidrocarburos (Argentina, 2006-2015). *Estudios*

Del Trabajo. Revista de la Asociación Argentina de Especialistas del Trabajo (ASET), 62. <https://ojs.aset.org.ar/revista/article/view/103> 1–24.

Francescone, Kirsten y Díaz, Vladimir (2008). “Entre socios, patrones y peones”. *Análisis*. <https://www.cedib.org/wp-content/uploads/2013/01/Cooperativas-mineras-entre-socios-patrones-y-peones.pdf>

Gudynas, Eduardo (2013). “Extracciones, extractivismos y extrahecciones. Un marco conceptual sobre la apropiación de los recursos naturales”. *Observatorio del Desarrollo - Centro Latinoamericano de Ecología Social*, 18.

Gudynas, Eduardo (2012). “Estado compensador y nuevos extractivismos. Las ambivalencias del progresismo sudamericano”. *Revista Nueva Sociedad*, 237: 128-146. <https://nuso.org/articulo/estado-compensador-y-nuevos-extractivismos-las-ambivalencias-del-progresismo-sudamericano/>

Gudynas, Eduardo (2011). “Más allá del nuevo extractivismo: transiciones sostenibles y alternativas al desarrollo”. En: Fernanda-Wanderley (coord.). *Desarrollo en cuestión, reflexiones desde América Latina*. La Paz: Oxfam y CIDES UMSA. https://www.researchgate.net/publication/342154247_Desarrollo_en_cuestion_Reflexiones_desde_America_Latina

Gudynas, Eduardo y Rojas, Axel (2020). “Informal, ilegal, artesanal, tradicional, ancestral: Desentrañando el entramado de los extractivismos por el oro en los ríos sudamericanos”. *Yeiyá*, 1 (1): 21-45. <https://doi.org/10.33182/y.v1i1.1302>

IIED – Internacional Institute for Environment and Development (2002). *Abriendo Brechas*: Capítulo 13. “Minería Artesanal y en Pequeña Escala”. Londres: IIED. <https://www.iied.org/es/g00687>

Luna Acevedo, Héctor (2015). Trayectorias sociales de jóvenes comerciantes ambulantes en la ciudad de El Alto. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 44 (3): 447-462. <https://doi.org/10.4000/bifea.7700>

Massey, Doreen (2005). *For Space*. Londres: SAGE Publications. <https://uk.sagepub.com/en-gb/eur/for-space/book227109>

Michard, Jocelyn (2008). *Cooperativas mineras en Bolivia. Formas de organización, producción y comercialización*. Cochabamba, Bolivia: CEDIB. <https://www.cedib.org/wp-content/uploads/2014/04/Cooperativas-MinerasBR.pdf>

Molina Escobar, Jorge Martín, Coronado Ramírez, Camilo Ignacio y Rivera Villamizar Gabriel (2008). *Aproximación al impacto económico local de la minería aurífera: el caso de Mineros S.A.* Colección Boletín de Ciencias de La Tierra, 24. Bogotá: Universidad central de Colombia. 19-28. <http://www.scielo.org.co/img/revistas/bcdt/n24/n24a03>

Mosquera, César; Chávez, Mary Luz, Pachas, Víctor Hugo y Moschella, Paola (2009). *Estudio diagnóstico de la actividad minera artesanal en Madre de Dios*. Perú: CARITAS Madre de Dios, Acción Solidaria para el Desarrollo (Cooperación) y Conservación Internacional Perú. <http://mddconsortium.org/wp-content/uploads/2014/11/CooperAccion-2009-Estudio-Diagnostico-de-la-Actividad-Minera-Artesanal-en-Made-de-Dios.pdf>

Oliva Serrano, Jesús (2006). “Movilidad laboral y estrategias de arraigo rural”. *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211: 143-187.

Poveda Ávila, Pablo (2014). *Formas de producción de las coopeartivas mineras en Bolivia*. La Paz: CEDLA. https://biblioteca.clacso.edu.ar/Bolivia/cedla/20171006044652/pdf_236.pdf

Svampa, Maristella (2011). “Minería y neoextractivismo latinoamericano”. En *Worldpress*, agosto de 2011. https://huerquenweb.wordpress.com/wp-content/uploads/2011/08/minerc3ada_y_neoextractivismo_latinoamericano-svampa.pdf

Viceministerio de Cooperativas Mineras (2021). *Q’ujta* - Boletín Informativo Institucional del Viceministerio de Cooperativas Mineras, núm. 11. <https://mineria.gob.bo/revista/pdf/20211006-15-57-27.pdf>

Zaconeta Torrico, Alfredo (2024). *Expansión de la minería aurífera en comunidades indígenas de la Amazonía boliviana. El caso de Ixiamas*. La Paz: CEDLA. <https://cedla.org/download/expansion-de-la-mineria-aurifera-en-comunidades-indigenas-de-la-amazonia-boliviana-el-caso-de-ixiamas/>

Ensayos, debates,
Ensayos, debates,
entrevistas
entrevistas

Stasiek Czaplicki Cabezas¹: Academia y activismo

Entrevista realizada por *Rossana Barragán*²

Stasiek (Stanislaw) Czaplicki Cabezas es economista ambiental especializado en cadenas de valor agropecuarias y forestales. Se ha enfocado en la deforestación y en la investigación corporativa y financiera. Tiene una amplia trayectoria en ONG nacionales e internacionales, organismos multilaterales y *think tanks* globales (WWF, FAO, Climate Focus, Oxfam, CIPCA). Ha publicado *Desmitificando la agricultura familiar en la economía rural boliviana: caracterización, contribución e implicaciones* (CIPCA, 2021. <https://cipca.org.bo/publicaciones-e-investigaciones/cuadernos-de-investigacion/desmitificando-la-agricultura-familiar-en-la-economia-rural-boliviana-caracterizacion-contribucion-e-implicaciones>); *Las finanzas grises del Agronegocio en Bolivia y su rol en Bolivia* (Alianza por la Solidaridad, 2024. https://www.alianzaporlasolidaridad.org/axs2020/wp-content/uploads/Las-finanzas-grises-del-Agronegocio-en-Bolivia-y-Su-rol-en-La-Deforestacion-4_compressed.pdf), y, junto con Vincent A. Vos, Silvia C. Gallegos y Carmelo Peralta-Rivero, *Biodiversidad en Bolivia: impactos e implicaciones de la apuesta por el agronegocio* (CIPCA, 2020). <https://cipca.org.bo/publicaciones-e-investigaciones/articulos-cientificos/-biodiversidad-en-bolivia-impactos-e-implicaciones-de-la-apuesta-por-el-agronegocio>). Entre sus contribuciones más recientes figura “Agroindustria y ganadería: Mal negocio para ecosistemas y bosques”. En: Natasha Morales (coord.). *A fuego y mercurio. Crisis ecológica y desigualdades en Bolivia*. Informe de OXFAM en Bolivia, 2024. También ha publicado varios artículos en dos medios alternativos, la *Revista Nómadas* y la publicación *Muy Waso*.

1 Entrevista realizada el 29 de octubre de 2024 en las oficinas del CIDES-UMSA, La Paz.
2 Historiadora e investigadora del CIDES-UMSA. Actualmente dirige la Revista *Umbrales*.

Rossana Barragán (R.B.). En primer lugar, quisiera agradecerte por aceptar esta entrevista. Has estado en muchos canales y muchas personas te han visto circulando por varios medios de prensa. Has estado también con María Galindo, con quien hiciste uno de sus famosos radio-documentales. Antes de empezar, te pido que te presentes tú mismo, así como el ámbito de tus movimientos e intervenciones.

Staziek Czaplicki (S.C.). Te agradezco a ti por animarte a tener esta entrevista y sobre este tema porque sé que no es el ámbito en el que te mueves. Soy economista ambiental de formación; me he especializado en temas agrícolas y pecuarios, particularmente en el enfoque de cadenas de valor. Soy investigador, pero de investigación aplicada, sobre todo. Por otro lado, soy también un activista de larga data; para darte una idea, ya van a ser 15 años desde que organicé mi primera protesta. En términos de gestión, he estado a cargo de proyectos, de áreas de trabajo, he sido asesor de políticas públicas, asesor técnico y muchas otras cosas más. Pero, en realidad, todo esto refleja la vida precarizada del consultor-investigador, que tiene que acoplarse a las oportunidades que existen y reinventarse cada vez para continuar, a la par con todo mi trabajo de activista, que ya tiene muchos años.

R.B. Me has pasado varios de tus trabajos, y los voy a mencionar para que la gente que nos escuche y la gente que nos lea tenga un pantallazo sobre tus contribuciones. También me interesa aclarar el vocabulario y el léxico que vamos a utilizar en esta charla, para que las personas que nos lean nos comprendan.

Uno de tus últimos trabajos es parte de un libro muy sonado que OXFAM ha presentado hace unas dos semanas, y que se titula *A fuego y mercurio*; en este tú has escrito un capítulo dedicado a la agroindustria y la ganadería. Has publicado también varios artículos en una revista muy importante y muy linda, la revista *Nómadas* (<https://revistanomadas.com/>), que aconsejamos consultar. Me ha llamado la atención el proyecto de esta revista, que plantea recuperar el ADN del periodismo. Su fundador, Roberto Navia, es un periodista sin duda muy reconocido y coautor de un libro sobre Evo Morales. En esa revista trabaja además un equipo de periodistas muy jóvenes, tú uno de ellos, que has escrito muchísimos artículos sobre el tema. Sus títulos son bastante impactantes.

Además, es todo un arte titular un trabajo para que refleje lo que uno quiere decir. Reproducimos los títulos de algunos de tus artículos: “Agronegocio sin frenos: Bolivia rumbo al desastre ecológico”; “¿Cómo y quiénes financian la deforestación?”; “El baile del fuego: políticos y agroindustria danzan sobre las cenizas de los bosques”; “Las fantasías y falacias detrás del impulso por el agronegocio exportador en Bolivia”.

Como activista y como investigador, y solo con leer estos títulos, uno puede apreciar los temas en que vuelcas tus esfuerzos, tanto para proporcionar información como para dirigir tu acción activista en contra de algunos mitos que tenemos. Para entrar en ellos, abordemos primero el léxico y los conceptos que utilizas en tus estudios sobre medio ambiente, y que la gente no necesariamente conoce. Por ejemplo, es importante establecer la diferencia entre deforestación y degradación; entre cicatrices de fuego y fuegos e incendios; entre roza, quema y desmontes. Te pedimos que nos expliques estos conceptos, aprovechando que tienes un artículo que es una guía didáctica para no perderse en el tema.

S.C. En realidad hay dos grandes ámbitos de trabajo que se sobreponen: uno tiene que ver con el impacto en los ecosistemas y, por ende, con el cambio de uso de suelo; el otro involucra a los actores y a los diversos fenómenos que impulsan. Yo me he enfocado en tratar de aclarar ciertos términos, que nos ayudan a problematizar pero que muchas veces excluyen elementos de nuestra problematización sin que nos demos cuenta.

Por ejemplo, en el imaginario ambiental, los bosques están en el centro de todas las preocupaciones y, por ende, nos llevan a tener términos que se refieren a su pérdida, que por cierto puede ser permanente o temporal. Un bosque que se quema y que se lo deja regenerar puede recuperarse en 20 años. Una vez que vuelve a tener por lo menos un 30% de cobertura arbórea puede considerarse nuevamente como bosque, según ciertas definiciones técnicas. Pero para un técnico forestal un bosque necesita albergar también 20 a 40 especies como mínimo; desde una perspectiva más ecológica, se lo considera como una plantación, a menos que tenga por lo menos 40 especies. Para mí un bosque tiene que tener sus seres mágicos, tiene que tener etnobotánica, tiene que tener plantas medicinales, muchas más cosas que solo un listado de especies.

Partiendo de esta noción, tengo que adscribirme a la terminología del diablo, como se dice, porque al diablo no le gusta hablar en términos culturales. Habla en términos de hectáreas, en términos de masa de volumen vegetal, que son los utilizados para el diálogo en política pública. Para cerrar la idea, si entendemos que la pérdida de bosque puede ser un proceso temporal o permanente, la deforestación representa el peor escenario posible para ese bosque. Esto se debe a que cuando un bosque es talado o quemado y su suelo se transforma para otros usos, como infraestructura de cemento, cultivos de soya, ganadería u otros, estamos ante un proceso de deforestación. La deforestación, en este sentido, es la pérdida permanente del bosque, ya que en esas condiciones no hay posibilidad de recuperación natural.

R.B. ¿No es la historia de la humanidad un proceso permanente de deforestación y de reforestación? Antes de entrar al tema boliviano, quisiera que nos des tu visión, porque en toda Europa, por ejemplo, había muchos bosques que han sido talados, retalados, reconstruidos, repoblados y rearbolicados.

S.C. Es lógico pensar que a lo largo de historia de la humanidad, en cualquier tiempo y lugar en que se producía alimentos, sí hubo un cambio del ecosistema, se lo desmontó y en su lugar se estableció la agricultura, la ganadería y otros. Ojo, la gran diferencia surge a partir de la Revolución Verde, cuando se comienza a incorporar fertilizantes, y no me refiero al abono orgánico que proviene de las heces de una vaca, sino a fertilizantes de origen químico o inorgánico, utilizados a niveles industriales. Ese cambio transforma la dinámica, ya que permite producir en suelos forestales o boscosos que no son aptos para la agricultura ni para la ganadería.

Una vez que se traspasó ese límite, se abrió un nuevo campo de explotación, alcanzando dimensiones y espacios que no estaban destinados a esas actividades. Además, eso trajo consigo la degradación de suelos, porque en el pasado se utilizaba sistemas rotativos de cultivo para dejar que la tierra deforestada se recupere. El quiebre ocurre cuando esta dinámica toma dimensiones descomunales y se destruyen ecosistemas que, hasta ese momento, no habían sido objeto de cambio de uso de suelos.

R.B. En otras palabras, ¿apuntas a que todo el vocabulario que está surgiendo debe atribuirse también a la magnitud que adquiere la crisis y a tener que enfrentar la crisis climática?

S.C. Totalmente, porque antes solo mirábamos el bosque, y ahora hemos entendido que el problema también ocurre en otros ecosistemas igual de importantes. Debemos hablar de desmonte y no únicamente de deforestación. El desmonte es un término más amplio, que incluye la deforestación o pérdida permanente de bosque, pero también la “deforestación” de ecosistemas no boscosos, que en realidad se llama “conversión de ecosistemas no boscosos”, y que constituye una pérdida permanente de dicho ecosistema. Es un término que describe un fenómeno nuevo que hasta ahora nunca nos había preocupado. Por esta razón aún no se ha acuñado un término específico para este fenómeno.

El desmonte es un término más amplio, que incluye la deforestación o pérdida permanente de bosque, pero también la “deforestación” de ecosistemas no boscosos, que en realidad se llama “conversión de ecosistemas no boscosos” y que constituye una pérdida permanente de dicho ecosistema.

R.B. ¿Cuál es la diferencia entre incendios y desmontes y desmontes planificados? Porque además tenemos –y ahí te añado otro término– el sistema tradicional de roza y quema que han aplicado las poblaciones indígenas desde hace siglos.

S.C. En la medida en que no se permite que el bosque se regenere, se produce una pérdida permanente. En Bolivia, gran parte del bosque se pierde debido a incendios; sin embargo, cerca de la mitad del bosque que se pierde se atribuye a incendios y la otra mitad, a un desmonte mecanizado. Esto no significa que el fuego no se utilice, ya que siempre se recurre a él, a menos que existan sistemas alternativos. Esto implica que cuando se tala un bosque o ecosistemas no boscosos, se genera mucha materia vegetal que queda en el suelo; esta se seca y luego debe eliminarse mediante quemas controladas.

R.B. ¿Esto es propio de la Amazonía o se da también en otros ecosistemas?

S.C. Las primeras preocupaciones sobre los incendios en la Amazonía se remontan al siglo XVI, cuando los portugueses llegan al territorio del actual Brasil y prohíben el uso del fuego para quemar árboles, pero entonces se trataba del cuidado de una mercancía: las maderas preciosas. Es decir, la preocupación sobre los incendios se relacionaba con la propiedad privada y no con los ecosistemas.

Actualmente los incendios están asociados con un proceso de mecanización: ya no se queman 1.000 hectáreas, sino 5.000 o 10.000 hectáreas. Cuando se produce un frente de incendio de varios kilómetros que avanza sobre un ecosistema que ya está afectado por el cambio climático, con sequías más largas y severas y sometido a degradaciones, los resultados son catastróficos. Los incendios han alcanzado proporciones alarmantes, pero no es porque usemos más fuego que antes, sino porque ahora el sistema de producción lo utiliza a una escala gigantesca, en un ecosistema que se está secando y volviéndose más propenso a quemarse.

En este contexto se explican los megaincendios que ocurren en Bolivia desde 2019 y en otros países con bosque tropical, incluso en Asia. La solución no radica en prohibir el uso del fuego, ya que algunos países lo han hecho y el resultado ha sido aún más desastroso, especialmente en ecosistemas que tienen una dinámica de renovación a través del fuego.

En Bolivia, gran parte del bosque se pierde debido a incendios, pero cerca de la mitad de la pérdida de bosque se asocia con incendios y la otra mitad, con un desmonte mecanizado.

R.B. Quisiera preguntarte sobre los focos de calor y las cicatrices de la tierra, porque estos términos tienen que ver con cómo se evalúa, qué instrumentos tenemos para evaluar cuánto hay de desmonte, de desmonte planificado, de deforestación, pero también qué actores están involucrados en estas acciones.

S.C. En primer lugar, voy a hacer un desvío empírico, que es muy importante en el caso boliviano, que es un caso bastante atípico porque los incendios y los desmontes casi no se sobrepone. Esto significa que donde

se quema no se cambia el uso de suelo y, por ende, no se destinan esas áreas a cultivos o ganadería. El 94% de las áreas quemadas por incendios no son utilizadas para fines agrícolas.

R.B. Pero ¿qué pasa con esas regiones que se han quemado, que han sido incendiadas y que no son utilizadas. ¿Tienen tiempo para regenerarse? ¿Son utilizadas como tierras para la venta, para el negocio, para hipotecar la tierra y conseguir préstamos con los bancos?

S.C. Mira, eso varía de año en año, pero lo que sí sabemos con claridad es que hay tres tipos de régimen de tenencia de la tierra que son los más afectados: i) las tierras fiscales, donde evidentemente hay un interés por asegurar la tenencia de la tierra demostrando que uno está viviendo allí; ii) los territorios comunitarios de origen (TCO) y las áreas protegidas, que en muchos casos se sobreponen; y iii) las tierras empresariales. En las áreas protegidas y en los TCO no parece haber una disputa significativa por cambiar la tenencia de la tierra, pero sí existen casos de avasallamiento, aunque no son de la magnitud de los incendios que están ocurriendo.

R.B. ¿Puedes mencionar algunas proporciones?

S.C. El INRA, por ejemplo, dotó el año pasado cerca de 80.000 hectáreas de tierra fiscal y en el país se han quemado este año 10 millones de hectáreas. Entonces, la proporción entre ambos no explica el fenómeno, ¿verdad? En el caso de las tierras empresariales, mucho tiene que ver con que la quema o con que el fuego se les sale de control. En este año en particular, en comparación con los años pasados, ha habido megaincendios que simplemente no tienen nada que ver con la tenencia de la tierra, pero sí con el hecho de que nadie los pudo frenar, como en San Matías y en otras regiones de Santa Cruz, en las que el fuego ha arrasado durante semanas.

Esto nos revela que, en cierta forma, los incendios están sujetos a intereses relacionados con buscar mayor tenencia de la tierra, sanear propiedades o desmontar de forma más barata, con el riesgo que genera para todos, e incluso con el amedrentamiento y el tráfico de tierras.

Cuando se sobreponen focos de calor con incendios, uno se da cuenta de que el 70% de los focos de calor responden a incendios y el 30%, no. Sin embargo, ese 30% representa un margen de error demasiado alto, por lo que no es un dato confiable para medir el impacto. Por consiguiente, lo que

realmente se busca medir es el área quemada y, en particular, la superficie afectada. La diferencia entre el desmonte y los incendios, como te decía, es que los incendios pueden invadir tu terreno, pueden ser accidentales, y por eso a veces quedan dudas sobre la responsabilidad.

R.B. Este es un tema que tiene consecuencias en términos metodológicos, ¿no? Porque se da una asociación entre incendio y tipo de propiedad, que tiene que ver también con los actores involucrados.

S.C. Lo que queda claro es que el desmonte no es accidental porque supone una maquinaria que destroza miles de hectáreas y está planificado.

R.B. Tú decías que el desmonte no es incendio, pero también quienes desmontan pueden recurrir al fuego; por lo tanto, puede ser también incendio. ¿Se tiene que pedir autorización para hacer desmontes planificados?

S.C. Solamente entre el 2% y el 12% del desmonte ocurre en zonas previamente incendiadas, lo que es muy poco. En otras palabras, en un año normal en términos de desmonte, como el actual, estamos llegando ya a unas 600.000 hectáreas desmontadas, de las cual cerca de 45.000 o 60.000 corresponden a zonas previamente incendiadas. De nuevo, son superficies muy pequeñas respecto al área incendiada. Ahora, volviendo al tema del desmonte, este no tiene ese carácter ambiguo ya que, si ocurre, se lo puede atribuir fácilmente a una propiedad. Evidentemente, se puede descartar que algún vecino se haya metido a una propiedad ajena y haya desmontado accidentalmente porque es muy costoso. Dicho eso, existen algunos esquemas donde eso puede ocurrir de forma excepcional, y tiene que ver más con extorsión y otros mecanismos brasileros, denominados *grilagem da terra*, que han llegado a Bolivia, pero que son un poco más complejo.

R.B. ¿Se tiene que pedir autorización para hacer desmontes y desmontes planificados?

S.C. Así es, y también para las quemas. Sin embargo, en Bolivia puedes recibir permiso y luego este puede ser suspendido, y cualquier quema controlada que se realice después se considera ilegal. Además, ¡tendemos a tener incendios que son ilegales en más del 80% de los casos! En el caso del desmonte, se debe pedir permiso, y este depende de la vocación del uso de suelo y de la tenencia de la tierra. Sin embargo, los incendios y los desmontes no necesariamente demuestran que estás usando la tierra o

cumpliendo con la función económica y social. De acuerdo con datos de la Autoridad de Fiscalización y Control Social de Bosques y Tierra (ABT), del 50 al 80% son desmontes ilegales.

R.B. Entonces, ¿tanto desmontes como incendios comienzan siendo ilegales en su gran mayoría y luego se descontrolan?

S.C. Exacto, y por eso leyes como la 741, que autorizan el desmonte en superficies chicas, son problemáticas, pero constituyen una parte marginal del problema.

Otro elemento del que me falta hablar es la cicatriz de quema. Cuando se hace un análisis de este tipo, ya no interesa ver realmente la superficie quemada. Lo que importa es cómo ha ido evolucionando esa quema, analizando el inicio, el origen, por dónde se ha esparcido y hasta dónde ha afectado. Un incendio puede afectar miles de otros predios. En el caso del Bajo Paraguá, este año ha habido dos incendios grandes, uno que se ha originado en un predio ganadero y el otro, en una comunidad intercultural campesina. En el primer caso se ha esparcido por 75 km sin que nadie lo frene y en el otro caso, por 25 km. Finalmente, ambos se han juntado y han creado un frente de 100 km de largo y ya nada lo podía parar, y no se puede decir quién fue el responsable por el fuego. Además, se metieron otros actores a prender más fuego y ya no sabes qué decir. Entonces, la cicatriz de quema tiene también sus limitaciones a la hora de asignar responsabilidades.

R.B. Hablabas de las cicatrices de quema y de que se puede seguir el recorrido del fuego para establecer la relación con los actores involucrados y con los responsables. Pero eso me lleva a plantearme hasta qué punto tiene el país los recursos y la tecnología para poder hacer un verdadero seguimiento. ¿Es posible o no? ¿Y existe o no el interés para hacer este seguimiento?

S.C. Mira, para eso hay que entender que las capacidades técnicas públicas están en múltiples instancias: en la ABT, en una dirección específica de bosques del Ministerio de Medio Ambiente y Agua, en el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), e incluso en el Viceministerio de Defensa Civil (VIDECI). Con los años, ha mejorado la calidad de las imágenes y la parametrización de los análisis e interpretaciones para determinar quemas o cambios en el uso del suelo. Pero de forma general, la capacidad está ahí,

y antes, cuando había menos incendios, se aplicaba más sanciones que el día hoy.

R.B. Aunque la pregunta resulte un tanto ingenua, es importante plantearla para nuestros lectores: ¿por qué ahora no hay más sanciones si se puede identificar a los actores más claramente? Y cuando dices “antes”, ¿estamos hablando de los ochenta, de los 2000 o del período más reciente, de 2019?

S.C. En Bolivia, a partir de 2015 y 2016, los niveles de desmonte crecen de forma abrumadora, y a partir de 2019 aparecen los megaincendios. En el período anterior, que corresponde a 2013-2014, la ABT solía publicar las listas de quienes habían sido sancionados o afectados, pero ahora esta instancia prácticamente no impone multas. En su lugar, va a los predios afectados, evalúa las razones y las excusas que se exponen y, en algunos casos excepcionales, inicia un proceso administrativo. Lo que hay que entender es que a la ABT le cuesta más caro llegar hasta el propio predio en cuestión que el monto de la multa que puede imponer ¿Por qué? Porque las multas en el país son irrisorias, son de un máximo de 15 bolivianos por hectárea incendiada o desmontada. Y aunque hace unas semanas han emitido un decreto supremo que establece multas más altas, valen solo para los bosques permanentes forestales, es decir, para un tipo muy específico de tierras.

R.B. Has situado el período por lo menos a partir de 2013. ¿Cómo entender que todo esto se haya dado en este periodo del MAS, sobre todo de Evo Morales, cuando en su Gobierno se ha puesto tanto énfasis a los derechos de la Madre Tierra y en la armonía con la naturaleza? Pareciera más bien que existe un sistema en que se ha dado piedra libre a que se quemé nomás. ¿Cómo entiende esto un investigador?

S.C. Yo lo entiendo como señales de políticas públicas. En el caso de los desmontes, cada año se desmonta en unos 50.000 predios, y entre el 50% y el 80% son ilegales. Tener un permiso no significa necesariamente que se haya hecho de forma legal, porque se puede tener un permiso para un área específica del predio y estar desmontando otra área. Sin embargo, investigadores como yo y como otras personas logramos distinguir el área autorizada y dónde está el área que efectivamente se ha desmontado. Ahora podemos tener ese nivel de detalle, lo que permite afirmar que lo más probable es que cerca del 97% de los desmontes ilegales no se sancionen.

R.B. Es decir que tú afirmarías que es una política pública del MAS?

S.C. Así es, pero más que ver con el MAS, tiene que ver con el mito de la propiedad privada. En 2008-2009, después de que se estableció el límite máximo de 5.000 hectáreas de propiedad, se empezó a rumorear que iban a nacionalizar las tierras de los grandes terratenientes, y que incluso ya no iba a haber propiedad privada en el país. Fue en ese momento que le pusieron un alto a Almaraz, que era el viceministro de Tierras, y se decidió que ya no se hablaría de reversión de tierras.

Si no me equivoco, desde entonces nunca más hubo reversión de tierras. Incluso el caso de Marinković, aunque muy emblemático y anecdótico, no representa la política pública del país. Ahora, ¿qué ha pasado con este tema? No es que desde entonces no se haya incumplido la norma, ¿verdad? Tampoco es que no haya casos de tierras que deberían ser revertidas. Lo que sucede es que ya no se quiere aplicar esa política. Con esto en mente, en ese momento el desmonte y los incendios no eran un gran problema, y al mismo tiempo el Gobierno quería dar garantías para la inversión agropecuaria.

Los niveles de desmonte crecen de forma abrumadora, y a partir de 2019 aparecen los megaincendios. Son señales de políticas públicas: cada año se desmonta en unos 50.000 predios, y entre el 50% y el 80% son ilegales, y cerca del 97% de los desmontes ilegales no se sancionan. Por otra parte, el MAS –amparado en el mito del desarrollo, del progreso y de la industrialización que está detrás de esas políticas públicas– siempre ha creído que se tenía que explotar intensa y extensivamente toda el área de la Amazonía.

R.B. Ese es el otro tema: el MAS –amparado en el mito del desarrollo, del progreso y de la industrialización que está detrás de esas políticas públicas– siempre ha creído que se tenía que explotar intensa y extensivamente toda el área de la Amazonía. Recuerdo que alguna vez se planteó de manera clara que si se consideraba necesaria una industrialización y un desarrollo que implique arrasar parte de la Amazonía, había que hacerlo ¿no?

S.C. Totalmente. En 2013 Álvaro García Linera planteó –dos años antes de la Cumbre Agropecuaria “Sembrando Bolivia”, de 2015– una meta de

1.000.000 de hectáreas de crecimiento agropecuario por año durante una década, extensión que, por lo tanto, habría que desmontar. Hoy estamos en el máximo de nuestro desmonte histórico, cerca de 600.000 hectáreas ¿Te das cuenta? Ni siquiera hemos llegado al 1.000.000 de hectáreas por año que planteaba y estamos cerca de un desastre ecológico. Era un planteamiento absurdo.

Ahora, ¿qué implica esto? Significa que las multas por desmonte o incendios permanecen a niveles tan bajos que si ocurre un desmonte ilegal prácticamente no hay consecuencias. Además, entre 2013 y 2016 aumentó considerablemente la cantidad de permisos otorgados, llegando a duplicarse o triplicarse, bajo la lógica de reducir el desmonte ilegal. También crearon una norma que regulariza todos los desmontes ilegales previos a 2013, y ampliaron esta prórroga como cinco veces. Entonces hay un conjunto de normas diseñadas para tranquilizar a quienes desmontaron de forma ilegal, asegurándoles que no serán sancionados o que, si lo hacen, la multa será mínima. Finalmente se abre una tercera opción: la posibilidad de tarde o temprano regularizar el desmonte ilegal.

R.B. Se habla también del paquete de normas incendiarias. ¿Cuáles son esas normas, que ahora se quiere abrogar?

S.C. En este mismo momento en que tú y yo estamos hablando se está tratando en el Senado una norma que pretende abrogar todo el paquete incendiario, y que posteriormente tendría que será promulgada por el Presidente. Es la primera vez en los últimos seis años que tenemos esta chance histórica.

R.B. Ojalá que salgamos con buenas noticias.

S.C. El paquete incendiario consiste en unas siete u ocho normas, pero también depende de las interpretaciones: si se incluye o no a los transgénicos, si se incluye o no el biodiésel y muchos otros elementos.

R.B. Cuáles serían las tres más importantes?

S.C. Las tres más importantes son: i) la Ley 741, que permite a pueblos indígenas, interculturales y campesinos desmontar 20 hectáreas por persona sin tener que realizar trámites burocráticos; ii) la Ley 1171, que establece el régimen de tarifas con elementos más permisivos; y iii) la Ley 337, que trata sobre la regularización de desmontes ilegales y de la cual derivan

cuatro a cinco prórrogas. Estos son instrumentos que permiten desmontar de forma legal, y en el caso de la 1171, incluso facilitan actividades ilegales. Sin embargo, abrogarlas no soluciona todo el problema.

R.B. El otro problema es que se promulga leyes pero luego no se les da seguimiento, y generalmente nos olvidamos también de los procedimientos. Otro tema que quería abordar es el de los actores con los cuales se ha asociado y se asocia los incendios y, de alguna manera, los motores que están detrás de los grandes incendios y de la deforestación. En uno de tus trabajos, tú haces una recapitulación y señalas que el libro *Causas, actores y dinámicas de la deforestación en Bolivia 2010-2022*, de Müller, Montero y Mariaca, recientemente publicado por el CEDLA, sostiene que el sector ganadero contribuyó con el 50-57% a la deforestación entre el año 2010 y el año 2022, mientras que en el trabajo de Oxfam se responsabiliza no tanto al sector ganadero como a la expansión agrícola. Entonces hablemos de la deforestación, por un lado, de los incendios, por el otro, y su relación con los actores dedicados sobre todo a la agricultura de la soya, pero también con la ganadería.

S.C. Es necesario diferenciar entre los incendios y los desmontes. Yo soy, sobre todo, un especialista en desmontes; los incendios tienen más relación con el tráfico de tierras, el avasallamiento, las malas prácticas agrícolas y muchos otros factores. Cuando volví a Bolivia hace unos años después de trabajar en Alemania, se escuchaba una narrativa que responsabilizaba por los incendios a los interculturales. Sin embargo, los datos del Gobierno, del INRA y de la ABT sobre la afectación de incendios nos cuentan otra historia. Nos muestran un patrón muy similar al de los desmontes, donde los mayores responsables son los propietarios empresariales, grandes y medianos (que poseen hasta 5.000 ha), que incluyen a los colonos menonitas, y en último lugar, los interculturales.

Hay que diferenciar entre incendios y desmontes. Los primeros están más relacionados con el tráfico de tierras, el avasallamiento, las malas prácticas agrícolas y muchos otros factores. Los mayores responsables son los propietarios empresariales, grandes y medianos (que poseen hasta 5.000 ha), que incluyen a los colonos menonitas, y en último lugar, los interculturales.

R.B. Entonces, primero los grandes empresarios, luego los menonitas y luego los interculturales, esa sería la jerarquía.

S.C. Y, por último, los pueblos indígenas y los pequeños productores. Pero hay que tener en cuenta que los incendios ocurren también en tierras fiscales; sin embargo, eso no sucede con los desmontes. Además, en los incendios no siempre hay una intención clara; también puede haber incendios que se salen de control y, por lo tanto, que se salen de los límites de la propiedad donde se iniciaron.

¿Qué nos dice la información sobre la producción de las mercancías que remplazan al bosque? Las investigaciones del CEDLA nos muestran que la ganadería es la actividad que más se expande y que explica tanto incendios como desmontes. Por otro lado, el informe de Oxfam pone mayor énfasis en la agricultura, y señala que en Bolivia, a diferencia de otros países, nos enfocamos en un solo gran monocultivo, la soya. Actualmente una de cada tres hectáreas cultivadas del país es de soya, y este cultivo es responsable de desmontes en una proporción mucho mayor que en otros países, por lo menos entre cuatro a cinco veces más, en términos relativos.

R.B. Tú decías una cosa muy interesante en tus trabajos: que resulta mucho más barato adquirir tierras, quemarlas y volverlas soyeras, que cuidar las tierras que se tiene, fertilizándolas. Entonces se tiende a una agricultura extensiva, es decir que se necesita cada vez más tierras, por lo que es necesario acapararlas. ¿Eso es así?

S.C. Totalmente, y es por eso que me interesaba tanto mirar la soya, porque es uno de estos cultivos pioneros que permite que el financiamiento fluya a través suyo, incluso para la ganadería. La soya juega un rol mucho mayor que su propio impacto en la tierra, puesto que en muchos casos es la que permite abrir el camino para invertir en ganadería después de desmontar.

R.B. ¿Cómo se distribuye la producción de soya entre las grandes empresas, los menonitas, los interculturales y los pequeños productores?

S.C. Generalmente las grandes empresas no se enfocan en el eslabón de la producción, sino en el eslabón de la transformación, y, a la vez, siguen siendo grandes propietarias de tierras. ¿Qué nos dice esto? Que el 4% de las unidades agropecuarias del país, sobre todo empresas ganaderas y soyeras, tienen cerca del 30% de la tierra del país. En términos de soya,

se estima que hay entre 17.000 y 20.000 productores de soya. Me atrevo a dar esta estimación porque no hay datos actualizados publicados; la única estimación que existe es la de ANAPO de hace una década. Sin embargo, los datos del sistema bancario muestran que más de 17.000 personas acceden a créditos para la soya.

Con eso en mente, se estima que ocho grandes empresas capturan más del 60% de todos los créditos bancarios para la soya. Esas ocho grandes empresas son, además, parte de conglomerados o grupos empresariales, que pueden acumular entre 50.000 y 100.000 hectáreas de tierra, a pesar de que la norma permite un máximo de 5.000 hectáreas. Si sumas esos datos, caes en cuenta de que se trata de sectores que tienen una alta concentración en términos de poder económico y de propiedad de la tierra. Lo que yo mencionaba sobre el sistema extensivo de desarrollo es que, según los propios análisis del sector sojero, ellos reconocen que en términos de costos es más barato producir en tierras recientemente deforestadas porque tienen más nutrientes.

R.B. Te has referido a ocho empresas.

S.C. Entre esas ocho empresas están Cargill y Alicorp, que son más bien procesadoras y comercializadoras. Hay otras que abarcan todos los eslabones y que también tienen tierra, como Gravelal y Sojima.

R.B. Los medianos empresarios y los pequeños propietarios también se dedican a la soya, ¿no es cierto?

S.C. Sí, pero no son necesariamente los que reciben los mayores beneficios porque los grandes transformadores de la soya ofrecen a los productores dinero por adelantado para que puedan producir e invertir, y a veces estos contratos pueden terminar por incumplimiento y los pequeños productores pueden acabar vendiendo su propiedad porque deben pagar deudas. Entonces, para simplificarlo, si se ingresa al rubro de la soya como pequeño productor, es muy probable que se salga muy rápidamente; si se trata de un productor mediano, hay una pequeña posibilidad de que logre convertirse en uno grande.

R.B. Es decir que hay una tremenda concentración de la tierra y de los préstamos crediticios...

S.C. En Bolivia hay un constante déficit en la producción de la soya porque tenemos una enorme capacidad de transformación, y las empresas transformadoras buscan comprar esa soya de manera agresiva. Sin embargo, como no hay suficiente interés en seguir produciendo soya, muchos productores terminan cambiando de cultivo o revendiendo sus tierras. Al final del día, tenemos los rendimientos de soya más bajos del continente y un sistema productivo que sigue expandiéndose sobre nuevas áreas. La información que he recibido de ejecutivos de las grandes empresas soyeras es que el negocio de la soya en Bolivia es, en realidad, el negocio de la tierra. Es más, alguno de ellos me ha comentado en privado, refiriéndose a los bolivianos en forma despectiva, que en Bolivia no están interesados en producir sino únicamente en aprovechar las ganancias, casi sin impuestos, logradas a través de la especulación y el acaparamiento de la tierra.

R.B. Y entonces, ¿cuál es el rol de los interculturales?, ¿dónde están y cómo ves el rol económico, social y político que tienen, que han tenido y que puedan tener?

S.C. Mira, históricamente los interculturales están en Santa Cruz desde larga data, sobre todo en el corazón del núcleo sojero, como Cuatro Cañadas y San Julián. También han recibido dotaciones de tierra más recientes en zonas de frontera agrícola: San Ignacio y Concepción. Por otro lado, también hay traficantes de tierras que operan bajo la fachada de ser interculturales, personas que crean comunidades en papel, con un mínimo de siete supuestos miembros. Los interculturales en general no están invirtiendo en el desmonte porque no poseen tanto dinero ni maquinaria, salvo algunas excepciones. En realidad, los interculturales se han convertido en la puerta de acceso a tierras forestales tanto para el agroempresariado como para los menonitas.

R.B. ¿Cómo funciona esa puerta?

S.C. Funcionan dos esquemas. La dotación de tierra y el avasallamiento, cuya propiedad se regula mediante usucapión años después. Esta última figura es más difícil de obtener, pero implica mayor corrupción e ilegalidad porque muchas veces se crean comunidades fantasmas. En el caso de la dotación, surge una pregunta social: ¿hasta qué punto es válido, en términos de justicia social, dotar con tierras a personas que vienen de muy lejos? A

nadie le desearía tener que meterse a pleno monte para construirse una nueva vida y sembrar un chaquito. Es un trabajo que, definitivamente, no es el sueño dorado de ningún altiplánico. En cuanto al tráfico de tierras, la situación es abrumadora. ¿Por qué? Porque hay estudios muy serios –que no son míos, cabe aclarar– pero que no han sido publicados por la sensibilidad de la información que contienen, que revelan que, de 700 comunidades interculturales registradas en la Chiquitania en un periodo de siete años, 200 eran fantasmas. Y si el 20% de los miembros de estas comunidades están involucrados en el tráfico de tierras, estamos hablando de una organización dedicada a este ilícito.

R.B. Habría, por tanto, un grave problema de especulación con la tierra, que nos conduce a la banca, a las finanzas grises de las cuales hablas y a las que les has dedicado un trabajo.

S.C. Antes quiero decir algo: en estos días hay un proyecto de ley que pretende dar acceso a la tierra a empresas del régimen de pequeños productores. ¿Por qué? Porque ya están pensando en cerrar la dotación, en terminar el saneamiento de tierras, y cuando este proceso termine, ya no habrá más dotación. La empresa está pensando a futuro y busca aprovechar el acceso a la pequeña propiedad, que hasta ahora no se ha usado como colateral financiero. Eso es justamente lo que buscan con esta ley: que puedan acceder a aquella y usarla como garantía financiera.

R.B. Volvamos a tu trabajo sobre las finanzas grises. ¿A qué llamas finanzas grises? Y ¿cómo es posible tener acceso a las fuentes que has utilizado? Te hago esta pregunta porque si se me ocurre hacer un trabajo sobre los microcréditos, me resulta muy difícil acceder a la información al respecto, incluso para usarla en una investigación. ¿Cómo puedes acercarte al tema de las finanzas grises y saber cómo se están utilizando esas finanzas en relación a los incendios, a los desmontes, a las empresas y a la agroindustria?

S.C. Primero debo explicarte que cuando yo empecé ese trabajo mi intención fue tratar de encontrar los cuellos de botella, los puntos estratégicos que permitan frenar el desmonte en el país. Con esa lógica, empecé preguntándome: ¿cómo funciona este negocio? Desmontar es carísimo; necesitas una maquinaria que cuesta entre 70.000 y 150.000 dólares, y que

alquilarla con servicio completo (maquinaria, operador y gasolina) cuesta 70 dólares por hora. Entonces me surgió la pregunta: ¿de dónde viene esa plata?

R.B. ¿Y quiénes pueden hacerlo?

S.C. He visto estudios de unos colegas del CEDIB y de Fundación Tierra que han usado datos empresariales, y cuando los reviso, me doy cuenta de que en realidad tenemos acceso a las carpetas empresariales del país. Esto quiere decir que hay un sistema público, el SEPREC (antiguamente Fundem-presa), donde tú te puedes comprar, de forma legal, la copia digital de toda la carpeta histórica de una empresa. Ahí encuentras actas de constitución, cambios de accionistas, contratos, préstamos, etcétera.

R.B. ¿Existe esta información para todas las empresas?

S.C. Para todas las empresas que son sociedad anónima o sociedad de responsabilidad limitada, que son las grandes empresas del país. Entonces comienzo a mirar que estas empresas soyeras, que dicen ser tan exitosas, tienen balances negativos o nulos, pese a que los precios de la soya están por las nubes ¿Cuál es, por lo tanto, el negocio? Es decir que si yo fuese el dueño de esta empresa, que apenas genera utilidades, despido a mi gerente, ¿verdad? Pero me doy cuenta de que la parte de los activos, en particular de la tierra, crece de forma abrumadora, e incluso llega multiplicarse por 4 o 5 en una década, mientras que la empresa continúa con un mismo nivel de ingresos.

R.B. O sea que es un tema de tierra, de acaparamiento y de especulación.

S.C. Empiezo por analizar casos particulares de predios que están desmontando, y para lograr una comprensión más completa de lo que sucede, busco los datos del flujo financiero. No nos habíamos dado cuenta de que en el país ya se tiene acceso a datos de créditos bancarios, e incluso a datos de exportación por empresa; la cuestión es saber dónde buscarlos. Los datos de créditos bancarios nos permiten ver de qué banco provienen los préstamos, a qué sector se dirigen, cuántas personas o grandes empresas los reciben. Luego, con esa información de la ASFI puedes ver el panorama general; entonces caes en cuenta de que el 60% de los préstamos se destina a ocho grandes empresas. Como sé cuáles son las principales empresas soyeras, identifico a esas ocho, sumo, resto y así voy armando un rompecabezas entre la información financiera que proporcionan los datos oficiales y lo

que estos revelan de dichas empresas. Después analizo cuántos impuestos pagan, cuánto empleo crean, en qué condiciones obtienen los préstamos y quiénes son los accionistas. Es ahí donde te encuentras con actores políticos y sociales aparentemente antagonistas, pero que en los hechos habían sido socios económicos. Ahí es como logras explicar por qué las normas no están cambiando y por qué el sistema no está en contra: el antagonismo que uno podría pensar que existía entre el MAS y el agro cruceño no había sido tal.

R.B. Me acabas de decir que gran parte de las fuentes financieras son accesibles, lo que supone tener acceso a la información de las empresas; como afirmas, solo hay que saber dónde buscarlas.

En Bolivia hay acceso a datos sobre créditos bancarios, e incluso de exportación por empresa. Con estos datos encuentras que actores políticos y sociales aparentemente antagonistas, en los hechos son socios económicos. Entonces te explicas por qué las normas no están cambiando y por qué el sistema no está en contra: el antagonismo que uno podría pensar que existía entre el MAS y el agro cruceño no había sido tal.

S.C. Sobre todo para alguien que trabaja en el sistema financiero, esos datos son súper conocidos y los saben manejar. Pero la gente que trabaja el tema de la tierra conoce de su existencia y no los usa. Lo que sucede, por tanto, es que tenemos una visión bien compartimentada de los temas que investigamos, y no cruzamos información, no tenemos acercamientos y no nos capacitamos mutuamente.

R.B. Varias instituciones trabajan estos temas, como la Fundación Tierra, el CEDLA, Oxfam. ¿Hasta qué punto hay acuerdo entre estas instituciones, y cuáles son sus diferencias? Por otro lado, están también las propias instancias de las organizaciones cruceñas, que van a proporcionar sus propios datos y argumentaciones. Sobre qué se basan, cuán fiables son, cuáles son sus datos...

S.C. Organizaciones como las ONG que has mencionado se respetan entre sí, comparten información, no compiten entre sí. Ahora, en este ámbito es muy importante ser rigurosos porque en el momento en que uno

de nosotros pueda ser observado porque ha cometido un error grave, todos nos podemos ver involucrados, todos resultamos afectados.

R.B. Todos pueden caer al pozo, digamos.

S.C. Aunque en estos trabajos no hay revisión de pares, sí queda claro que la información y el análisis sobre la tenencia de la tierra, los incendios y la pérdida de bosques se trata de manera muy rigurosa en estudios académicos y en plataformas globales. Además, si los datos de una fuente difieren en un 5% de otros, no importa mucho, ya que en términos generales los datos dicen más o menos lo mismo. En cuanto a la información sobre tenencia de la tierra, esta proviene exclusivamente del INRA. Sobre la información de las empresas, no he visto un solo estudio sobre el agronegocio que contradiga lo que estamos diciendo. Al punto de que cuando la ANAPO, que es la representante del sector sojero, afirma que no ha deforestado una sola hectárea en los últimos años, tal aseveración provoca sonrisas incluso entre los mismos productores de soya.

R.B. Estaba viendo algunas declaraciones recientes de estos actores, que niegan la culpa que se les atribuye. He leído, por ejemplo, que ellos dicen que gran parte de los incendios está en tierras fiscales; dan porcentajes y cifras. Por tanto, de alguna manera existe una batalla en torno a los números y a los actores involucrado, ¿no?

S.C. Ellos tienen datos muy buenos; no los van a usar ni, menos todavía, admitir alguna responsabilidad. Claro, ellos saben eso y usan los datos de forma excepcional, pero solo cuando les conviene. Lo que queda claro, en mi caso, que trabajo en desmonte, es que el desmonte no es ambiguo: el desmonte es de responsabilidad de los propietarios del predio donde ocurre. En el caso de la soya, lo positivo es que existen mapas mundiales de las áreas de soya, elaborados por universidades estadounidenses, que cada año vienen al campo y que se juntan con la ANAPO y con productores de soya para parametrizar estos mapas. Por eso tenemos datos de soya tan precisos, mientras que los datos de ganadería son pésimos.

R.B. Resulta claro, por tanto, que no serían los interculturales los responsables...

S.C. La semana pasada salió una nueva encuesta de DELFI a nivel nacional que indica que el 70% de los bolivianos piensa que la primera causa

de los incendios y desmontes en el país es el agronegocio y la ganadería. Hemos estado batallando todos estos años para deconstruir ese otro mito, y está dando resultado.

R.B. Luís Arce también lo afirma... Antes de terminar, quisiera tener tu opinión sobre el extractivismo agrario, que me parece importante, además de vincularlo con el tradicional exactivismo. ¿Cuál es tu mirada, cuáles son tus criterios?

S.C. A mí me parece muy importante porque es el que nos permite entender el tema de la tierra detrás de los bosques y de las mercancías que lo impulsan. Muchos de los estudios actuales se enfocan en la producción, bajo la noción de que es la que está llevando al desastre actual. Pero, en los hechos concretos, este fenómeno tiene más que ver con el acaparamiento de tierras, con la tenencia de la tierra, con la especulación comercial y con mercantilizar el bosque, destruirlo y volver la tierra una mercancía para producir y entrar en cadenas de valor globales, regionales, internacionales y nacionales. Esto conlleva una especulación comercial y financiera, que considero que es donde está la mayor parte del negocio de la tierra. Esto también explica por qué no se puede competir produciendo de forma más orgánica, cuando tenemos en frente a la gran producción empresarial sojera.

R.B. Entonces tú nos invitas a que vayamos más allá de los productos, más allá de la soya, más allá del producto específico, articulando además esferas de análisis y relación, viendo también cómo se concatenan y cómo están ligadas y vinculadas.

S.C. Totalmente. Creo que esa mirada más integral es la que nos va a permitir problematizar de forma correcta y capaz para encontrar soluciones o, por lo menos, para no estigmatizar a actores que no deberíamos y muchas otras cosas que son problemáticas.

R.B. Muchísimas gracias. Tu aporte es muy importante para *Umbrales* y para el país en general.

S.C. Muchísimas gracias a ti.

Artículos diversos
Artículos diversos

Antezana a la luz de Laclau: El Nacionalismo Revolucionario como 'significante vacío'

Revolutionary Nationalism as an 'empty signifier'

Víctor Orduna Sánchez¹

Artrastrados los trece cadáveres hasta el borde, fueron pausadamente empujados al hueco, donde vencidos por la gravedad daban un lento volteo y desaparecían, engullidos por la sombra [...]. Entonces echamos tierra, mucha tierra adentro. Pero, aun así, ese pozo seco es el más hondo de todo el Chaco.

Augusto Céspedes, "El pozo", (2016 [1936]): 188.

Resumen

Este artículo sostiene que, a lo largo del siglo XX, el Nacionalismo Revolucionario (NR) –tal cual lo concibe y teoriza Luis H. Antezana (1983)– ha operado en una función ideológica análoga a la del 'significante vacío', teorizado por Ernesto Laclau (1996, 2005) para explicar la relación entre discurso, hegemonía y populismo. Los elementos que permiten entender el paradigma del NR en posición de significante vacío son los siguientes:

1 Periodista, editor y asesor en comunicación política. Con formación en periodismo, comunicación y literatura. Estudios de postgrado en Comunicación Estratégica y en Políticas Editoriales, y maestría en Teoría Crítica (egresado). Doctorante en Política, Sociedad y Cultura (CIDES-UMSA). Ha investigado el discurso de la prensa en dictadura, desde la perspectiva de la crítica poscolonial, y el surgimiento del criollismo como pensamiento crítico colonial en el discurso religioso de fray Antonio de la Calancha (Crónica moralizada, 1638). Email: cantantecalva@gmail.com

i) su vocación hegemónica –con independencia del signo ideológico que esta adopte según la contingencia histórica–; ii) la conjugación de ideologemas socialistas, nacionalistas, indigenistas, antiimperialistas, fascistoides e izquierdistas; iii) la ocupación del centro del poder estatal boliviano; iv) la encarnación de un antagonismo radical entre ‘pueblo’ y ‘oligarquía liberal’; y v) el cumplimiento de los postulados propios de la retórica catacrética laclausiana. La conjugación de estos elementos da cuenta de cómo el NR ha podido operar de forma relativamente libre, continua y persistente como la principal matriz ordenadora y repartidora de las ideologías en Bolivia durante décadas.

Palabras clave: Nacionalismo Revolucionario, discurso, ideología, hegemonía, significativo vacío.

Abstract

This article argues that, throughout the 20th century, Revolutionary Nationalism (RN)—as conceived and theorized by Luis H. Antezana (1983)—has functioned as an ideological mechanism analogous to the concept of the ‘empty signifier’ theorized by Ernesto Laclau (1996, 2005) to explain the relationship between discourse, hegemony, and populism. The elements that support understanding the RN paradigm as an empty signifier are as follows: (i) its hegemonic vocation—regardless of the ideological orientation it adopts depending on historical contingencies; (ii) the combination of socialist, nationalist, indigenist, anti-imperialist, fascistoid, and leftist ideologemes; (iii) its occupation of the center of Bolivian state power; (iv) its embodiment of a radical antagonism between ‘the people’ and ‘the liberal oligarchy’; and (v) its fulfillment of the rhetorical premises intrinsic to Laclau’s catachrestic framework. The interplay of these elements explains how RN has managed to operate relatively freely, continuously, and persistently as the principal organizing and distributive matrix of ideologies in Bolivia for decades.

Keywords: Revolutionary Nationalism, discourse, ideology, hegemony, empty signifier.

Introducción

Este artículo se propone identificar y analizar las condiciones de homología entre el Nacionalismo Revolucionario (NR)², como eje u operador

2 En adelante se utiliza la abreviatura NR en gran parte del documento.

ideológico en torno al cual convergen los procesos políticos bolivianos entre 1935 y 1979 –según la conceptualización desarrollada por Luis H. Antezana (1983)–, y la categorización de ‘significante vacío’ o ‘significante hegemónico’ planteada por Ernesto Laclau (2011 [2005]), en el marco de una teorización general sobre el funcionamiento estructural del populismo que, en términos concretos, le permitió al filósofo postmarxista argentino describir cómo operó, ideológicamente, el peronismo en la Argentina, además de otros regímenes políticos, con independencia de su signo ideológico. El artículo rastrea, en esa misma línea, una posible proyección y vigencia del NR a lo largo de las últimas décadas del siglo pasado e, incluso, con el surgimiento contemporáneo de nuevos ‘objetos sociales’ complejos como la tríada ‘indígena originario campesino’. Concluye con un tanteo de los límites teóricos del ‘giro lingüístico’ en relación a la producción de ideología, y con una valoración actual de las condiciones de reproducción ideológica en Bolivia, a pocos meses de la celebración del Bicentenario y a sólo unos años de la conmemoración del Centenario de la Guerra del Chaco (1932-1935).

En pos de la hegemonía

La vocación hegemónica es el primer elemento de compatibilidad entre la teorización del ‘significante vacío’ y el NR. Para Antezana, el NR es, precisamente, el ‘eje dominante’ en torno al cual convergen los procesos ideológicos bolivianos entre 1935 y 1979 (Antezana, 1983: 60). Siguiendo a Laclau, “el NR sería –precisa Antezana– la ideología de las clases dominantes que logran articular hegemónicamente su discurso ‘sobre el resto de la sociedad’ boliviana” (*op. cit.*: 65).

Laclau prefiere, en todo caso, desplazar la noción de ‘ideología’ hacia la de ‘discurso’. Con base en la lingüística saussureana –y tomando en cuenta las ‘correcciones’ de las escuelas de Copenhague y de Praga, que radicalizaron el formalismo lingüístico haciendo posible “ir más allá de la restricción a la sustancia fónica y conceptual y desarrollar la totalidad de las implicancias ontológicas” (Laclau, 2011: 79)–, el filósofo argentino describe la hegemonía como la operación mediante la cual una “diferencia, sin dejar de ser

particular, asume la representación de una totalidad inconmensurable” (*op. cit.*: 79). Esa relación por la que un contenido particular pasa a ser el significante de la plenitud comunitaria ausente es, exactamente, “lo que llamamos relación hegemónica” (Laclau, 1996: 82). Así, la presencia de los significantes vacíos supone, en última instancia, la condición misma de la hegemonía. Por paradójico que parezca, el ‘vacío’ expresa aquí una subversión del signo: un significante sin significado. En otras palabras, se trata de un significante de “la pura cancelación de toda diferencia” (*op. cit.*: 73), puesto que “las varias categorías excluidas, a los efectos de ser los significantes de lo excluido (o, simplemente, de la exclusión) tienen que cancelar sus diferencias a través de la formación de una cadena de equivalencias de aquello que el sistema demoniza a los efectos de significarse a sí mismo” (*op. cit.*: 74).

Aunque Antezana prefiere orillarse hacia la noción foucaultiana de ‘episteme ideológica’ –como “campo discursivo donde aparecen, se organizan y definen una serie de objetos sociales y políticos” o “campo donde los discursos adquieren sentido” (Antezana, 1983: 62)–, también recurre al ‘vacío’ para enmarcar el espectro abarcado por el NR:

[...] siguiendo la imagen que JP Faye utiliza para describir el ámbito político alemán en torno al nazismo³, el NR estaría en el vacío que comunica los extremos de un espectro ideológico representado como herradura [...] El NR es una intersección ideológica que, bajo los avatares del ejercicio del poder, se ocupa necesaria y permanentemente; es decir, el ámbito ideológico precede, en cierta forma, al ejercicio del poder [...]. Quien toma el poder –legalmente o de facto– utiliza, marcando la izquierda o la derecha, o proponiendo un posible centro, este ámbito ideológico [...] (*op. cit.*: 62).

Al amparo de cualquier signo ideológico

A partir de la constatación de que la presencia de los significantes vacíos es la condición misma de la hegemonía, Laclau critica la noción de hegemonía

3 Antezana se refiere aquí a Jean-Pierre Faye (1925), filósofo y escritor francés a quien se atribuye la denominada ‘teoría de la herradura’, que alude a la proximidad en las representaciones de los extremos ideológico-políticos.

gramsciana porque esta plantea que “una clase o grupo es considerado hegemónico cuando no se cierra a una estrecha perspectiva corporativista, sino que se presenta a amplios sectores de la población como el agente realizador de los objetivos más amplios tales como la emancipación o la restauración del orden social” (Laclau, 1996: 83). ¿Qué entendemos por ‘objetivos más amplios’?, se pregunta Laclau, para luego responderse: a) que la sociedad sea una adición de grupos separados (un equilibrio precario de un acuerdo negociado entre grupos); o bien b) que la sociedad tenga algún tipo de esencia preestablecida, con lo cual, la hegemonía significaría la realización de esa esencia (*ibid.*). Dado que Laclau no cree que lo social se funde en esencia alguna –sino, más bien, en el ‘puro vacío’–, argumenta que, si se considera la hegemonía desde el punto de vista de la producción de significantes vacíos, el problema desaparece porque, en tal caso, “la operación hegemónica sería la presentación de la particularidad de un grupo como la encarnación del significante vacío que hace referencia al orden comunitario como ausencia, como objeto no realizado” (*ibid.*).

¿Es el NR el significante de una ausencia, de un vacío, de una incompletitud e imposibilidad social? Probablemente sí, como veremos más adelante. Por ahora, vale la pena subrayar cuán importante es el significante vacío como manifestación de una falla estructural, de la imposibilidad de la sociedad como totalidad cerrada. Ésta es una cuestión fundante en la teoría laclausiana –y, generalmente, poco comprendida– en la que es preciso incidir. Aunque el pensamiento de Laclau se inscribe, en general, en el ámbito de la izquierda latinoamericana y particularmente argentina –primero en el peronismo y, luego, en el kirchnerismo–, su teorización aspira a desentrañar la lógica de producción de sentido para la totalidad de la política, como sistema de significación. De ahí que el filósofo argentino concluya que puede haber un populismo de izquierdas o de derechas –cuestión que le ha generado críticas de distinta índole⁴–, puesto que concibe el mismo no

4 El psicoanalista lacaniano Jorge Alemán, por ejemplo, rechaza que el neoliberalismo sea un discurso hegemónico y le reprocha a Laclau que haya habilitado, teóricamente, la posibilidad de un populismo de derechas, pues esto habría permitido que la nueva extrema derecha fascistoide (Le Pen y Trump, entre otros) se reivindicase como popular (véase: Cátedra Libre Ernesto Laclau: Jorge Alemán, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de

como un tipo de movimiento en particular sino como una lógica política general (Laclau, 2011: 130). En suma, toda la lógica discursiva laclausiana se funda en un ‘lugar vacío’, en ‘lo imposible necesario’: “Todo sistema de significación está estructurado en torno a un lugar vacío que resulta de la imposibilidad de producir un objeto que es, sin embargo, requerido por la sistematicidad del sistema” (*op. cit.*: 76).

Para Laclau el discurso constituye el terreno primario de la constitución de la objetividad como tal. Sin embargo, la formación de lo social, a través del proceso de antagonismo radical –que, por cuestión de espacio, no es posible detallar aquí– es la piedra angular –y controvertida– de su lógica del sentido: “Podemos decir, con Hegel, que pensar los límites de algo es pensar qué está más allá de esos límites [...]. Lo que constituye condición de posibilidad del sistema significativo es también su condición de imposibilidad [...]. Los límites presuponen una exclusión; los límites auténticos son siempre antagónicos” (*op. cit.*: 72-73). En ocasiones, Laclau también utiliza la expresión ‘significante tendencialmente vacío’ para poner de relieve cómo, al volverse equivalente de todo un conjunto de demandas, este significante hegemónico se va vaciando de un significado propio concreto para operar un antagonismo general marcando el linde, el límite de la totalidad: “Es sólo privilegiando la dimensión de equivalencia hasta el punto en que su carácter diferencial es casi por entero anulado –es decir, vaciándose de su dimensión diferencial– que el sistema puede significarse a sí mismo como totalidad” (Laclau, 1996: 75). Se trata, en todo caso, de una totalidad ilusoria, nunca alcanzada e imposible de consumir⁵, tal y como sucede con el NR.

Buenos Aires (UBA), 2 de mayo de 2017, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=cfJofNwCsE>.

- 5 Recientemente Timothy Appleton critica la dinámica que plantea Laclau para estabilizar formaciones sociales, a partir de la lógica de los antagonismos, pues considera que del mismo modo que la oposición principal entre el antagonismo radical y su exterioridad dan lugar a una presunta totalidad social, lo mismo sucedería, recurrentemente y en bucle, con cada una de las diferencias incluidas en la cadena equivalencial, tomándolas de manera particular: “Laclau y Mouffe están contradiciéndose a sí mismos [...] dentro de un espacio social existen varias demandas que luego se combinan para formar un antagonismo, pero cada una de estas demandas, en verdad, representa un antagonismo en sí mismo [...] el antagonismo principal es también una demanda; en última instancia Laclau no reconoce la distinción

Antezana considera que el NR, desde su constitución poco antes de la Guerra del Chaco (1932-1935) en la periferia del discurso liberal, conjuga “ideologemas⁶ socialistas, nacionalistas, indigenistas, antiimperialistas, fascistoides e izquierdistas” (Antezana, 1983: 61), pues es un “eje lineal, oscilante, flexible” en el que “los extremos –nacionalismo y revolucionario– se tocan y se entremezclan con ámbitos ideológicos de derecha y de izquierda” (*ibid.*). No es, sin embargo, una ideología de centro, sino, más bien, “por su oscilación, [es] una especie de operador ideológico, un puente tendido entre los extremos del espectro político boliviano; un arco –si se quiere– que comunica la ‘extrema izquierda’ con la ‘extrema derecha’” (*ibid.*).

El NR, por lo tanto, no es una síntesis del espectro ideológico boliviano, sino una “intersección” que tendió aceleradamente, después de la contienda del Chaco, “hacia el centro del poder estatal, desplazándose en la línea del socialismo militar de Toro (1936-1937), Busch (1937-1939) y Villarroel (1944-1946)” (*op. cit.*: 60). Podría decirse, en consecuencia, que el NR cumple su función hegemónica como significante vacío ocupando el “centro del poder estatal boliviano” y deviniendo, de hecho, en “una de las condiciones orgánicas del ejercicio del poder” (*op. cit.*: 61).

lógica entre demandas y antagonismos [...]. La lógica que incorpora es defectuosa porque no se puede tener antagonismo dentro de otros antagonismos porque, en este caso, el propio campo social colapsaría [...]. Dicho de otra manera, si el antagonismo es el límite de toda objetividad social, esto implicaría que se puede tener un ‘límite de toda objetividad’ dentro de otro, lo cual sería un absurdo. Esto nos permite entender el problema de la totalización: se basa en una contradicción insoluble” (Appleton, 2022: 37-38).

- 6 Kristeva define ‘ideologema’ como “aquella función intertextual que puede leerse ‘materializada’ a los distintos niveles de la estructura de cada texto, y que se extiende a lo largo de todo su trayecto, confiriéndole coordenadas históricas y sociales [...]. El ideologema de un texto es el hogar en el que la racionalidad conocedora integra la transformación de los enunciados (a los que el texto es irreducible) en un todo [el texto], así como las inserciones de esa totalidad en el texto social e histórico” (1974: 15-16). No obstante, en términos más asequibles, podría considerarse que un ideologema se refiere a las coordenadas ideológicas a las que remite un texto.

Lógica equivalencial y demonización de la oligarquía

Para ejemplificar la operación de la lógica equivalencial “al nivel más alto”, Laclau recurre al peronismo de los años sesenta. Tras la revolución conservadora de mediados de los años cincuenta, la Argentina se encuentra, dice Laclau, ante una disyuntiva: la nueva oligarquía restaurada en el poder planteaba la posibilidad de absorber todas las demandas sociales desarticulando el peronismo⁷. Si el nuevo proyecto hegemónico conseguía su propósito se reconstituiría un régimen liberal-oligárquico que afrontaría las demandas bajo la lógica de la diferencia (es decir, desagregándolas). Por el contrario, si las demandas insatisfechas no lograban ser absorbidas y desarticuladas, por separado, por el nuevo sistema de poder, ocurriría un proceso inverso de expansión en torno al peronismo y a la lógica de la equivalencia (es decir, un proceso propiamente populista):

Lo que ocurrió fue lo segundo. En los años 60, la Argentina entró en un rápido proceso de desinstitucionalización. Las demandas sociales no logran ser absorbidas por el sistema institucional vigente y, como resultado de todo esto, los significantes vacíos del peronismo pasan a ocupar un lugar cada vez más central. Es decir, la sociedad argentina empieza a polarizarse en dos campos perfectamente delimitados. El significante vacío que cumplió ese papel fue la demanda del retorno de Perón [exiliado en España]. Es decir, que el cuerpo de Perón pasa a constituirse en el significante que unifica la totalidad del cuerpo político [...]. El peronismo no era una ideología perfectamente definida, era una serie de símbolos políticos que correspondían a las más diversas orientaciones. Ustedes encontraban *fachistas* peronistas, maoístas peronistas, trotskistas peronistas, toda la gama ideológica que se unificaba alrededor de estos símbolos populares del peronismo pero que no tenían un contenido demasiado preciso [Laclau, 11':08"-14':23"].

7 Todas las referencias al peronismo como ejemplo de la lógica equivalencial y al peronismo en general provienen de Ernesto Laclau, “Lo real en acción social: el antagonismo como fuente de las identidades políticas” (seminario), 28 de febrero de 2007, Centro de Documentación y Estudios de Arte Contemporáneo (CENDEAC), Murcia. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=l0zRVSnOooo> [en adelante, se indica solamente el minutaje correspondiente a cada referencia].

Esa imprecisión o flotación de contenido propio de la lógica equivalencial es también un rasgo característico del NR, que le permite que, en determinadas circunstancias, en torno a él puedan converger y agruparse “prácticamente [...] todos los discursos ideológicos bolivianos” (Antezana, 1983: 71). Aunque este es un tema polémico, esta lógica equivalencial operaría al margen, incluso, de la condición democrática o autoritaria de los regímenes políticos concretos. Esta oscilación es lo que Antezana desarrolla bajo la oposición entre la ‘letra’ (lo popular-democrático, podría decirse) y el ‘espíritu’ (las derivaciones autoritarias) del NR, que se manifestarían en formas democráticas o autoritarias, según cada coyuntura histórica:

En la ‘letra’ del MNR hay nomás un cierto ‘populismo democrático’, un cierto ‘centro’ ideológico que simpatiza con medidas pro-populares. Este ‘populismo democrático’ parece ser el límite extremo que la hegemonía del Estado boliviano puede aceptar sin recurrir a sus aparatos represivos. En cambio, el ‘espíritu’ del NR demuestra nomás la definición gramsciana del Estado: hegemonía más dictadura [...]. En varios momentos de la historia boliviana posterior a 1952, una cierta aplicación de la ‘letra’ del NR es notable en gobiernos como los primeros años del MNR (1952-1954), Ovando (1969-1970), Torres (1970-1971) y una que otra ‘primavera’ democrática; en la aplicación del ‘espíritu’ del NR, en cambio, el Estado toma forma directamente dictatoriales; así, por ejemplo, en los últimos gobiernos del MNR (1954-1964), Barrientos (1964-1969), Banzer (1971-1978) y las permanentes asonadas militares (*op. cit.*: 69).

Dado que todo sistema de significación se funda, en última instancia, en el vacío, y que la cadena equivalencial sólo adquiere sentido al diferenciarse, como conjunto, de una exterioridad radicalmente antagónica, puede afirmarse, como hace Antezana, que “la Revolución Nacional está condenada al inacabamiento” (*ibid.*). Es una plenitud imposible que no impide que el NR se reproduzca con una capacidad abarcadora pródiga, como muestra Antezana con varios ejemplos: la dictadura de Banzer (1971) no puede operar sola, necesita el poder hegemónico del NR, por lo que se alía con el MNR de Paz Estenssoro y la FSB; por otra parte, los dos frentes más fuertes para las elecciones generales de 1978 (la UDP y el MNR-A) –con Siles Zuazo y Paz Estenssoro a la cabeza, respectivamente– hegemonizaron la competencia

electoral bajo el ideologema del NR, incorporando a sus coaliciones a dos partidos de fuerte tradición izquierdista: el Partido Comunista de Bolivia (PCB) en la UDP y el Partido Comunista Marxista Leninista (PC-ML) en el MNR-A (*op. cit.*: 71). “Independientemente de las razones ‘tácticas’ de estas alianzas, es notable que el NR pueda asumir con pasmosa facilidad discursos que, en algún momento, eran incompatibles en la escena política boliviana”, anota Antezana (*ibid.*).

La compatibilidad de lo que, *a priori*, parecía incompatible, se hace posible a través de una operación retórico-discursiva descrita por Laclau (2011: 122): “es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza el sentido de su propia cohesión”. Con respecto al elemento excluido (demonizado), todas las otras diferencias son equivalentes entre sí.

Pero, ¿cuál es el elemento excluido contra el que se funda todo el sentido del NR? El mismo que en el caso del peronismo: la oligarquía liberal. “El NR representa un corte que quiebra el liberalismo, ideología hegemónica de las oligarquías minera y terrateniente”, apunta Antezana (1983: 80). A su vez, Laclau señala: “A comienzos de los años 70, la sociedad argentina aparece dividida en dos espacios políticos absolutamente enfrentados: el espacio del liberalismo oligárquico y el espacio del peronismo[...]” [Laclau, 16’:15”-16’:31”].

Catacresis y torsiones para la construcción de ‘pueblo’ en el NR

Por último, también se puede establecer un grado de familiaridad entre el NR y el significante vacío a través de la catacresis y de la constitución del ‘pueblo’, en el ámbito del lenguaje figurativo. La retórica es uno de los tres supuestos ontológicos básicos sobre los que Laclau construye su argumentación sobre “el pueblo y la producción discursiva del vacío”⁸. Desde este punto de vista, la catacresis es “algo más que una figura particular: es el denominador común de la retoricidad como tal” (Laclau, 2011: 80).

8 Los otros dos son ‘el discurso’ y los ‘significantes vacíos y la hegemonía’.

Para explicar esta figura, Laclau se remonta a Cicerón y a un estado primitivo de la sociedad en el que, presumiblemente, había más cosas para ser nombradas que las palabras disponibles, de modo que resulta necesario utilizar palabras en más de un sentido, desviándolas de su sentido literal, primordial. Pero, ¿y si esta carencia no fuera empírica? ¿Y si estuviera vinculada con un bloqueo constitutivo del lenguaje que requiere nombrar algo que es esencialmente innombrable como condición de su propio funcionamiento? “En ese caso, el lenguaje original no sería literal sino figurativo, ya que sin dar nombres a lo innombrable no habría lenguaje alguno” (*ibid.*). Esta es la tesis ‘fuerte’ de Laclau en torno a la *retoricidad* de la política, que permite explicar el funcionamiento general del significante vacío:

Este es el punto en el cual podemos vincular este argumento con nuestras observaciones sobre hegemonía y significantes vacíos: si el significante vacío surge de la necesidad de nombrar un objeto que es a la vez imposible y necesario –de ese punto cero de la significación que es, sin embargo, precondition de cualquier proceso significativo–, en ese caso, la operación hegemónica será necesariamente catacrética (*op. cit.*: 80-81).

Como derivación de este razonamiento, Laclau concluye que la construcción del pueblo –condición *sine qua non* para cualquier populismo– es, esencialmente, catacrética. ¿Cómo opera, entonces, el mecanismo significativo del populismo, genéricamente? Constituyendo un sujeto político global que agrupa la pluralidad de demandas sociales (el ‘pueblo’) e identificando a un ‘otro’ institucionalizado o ‘demonizado’ (el ‘par’ externo del antagonismo radical):

El momento equivalencial presupone la constitución de un sujeto político global que reúne una pluralidad de demandas sociales; esto, a su vez, implica, como hemos visto, la construcción de fronteras internas y la identificación de un ‘otro’ institucionalizado. Siempre que tenemos esa combinación de momentos estructurales, cualesquiera que sean los contenidos ideológicos o sociales del movimiento político en cuestión, tenemos populismo de una clase u otra [...]. El lenguaje de un discurso populista –ya sea de izquierda o de derecha– siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva,

sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es, en gran medida, heterogénea y fluctuante (Laclau, 2011: 131-132).

Sin emplear estos términos laclausianos –que, además, son, en gran medida, posteriores–, Antezana describe en su ensayo el procedimiento catacrético que constituye el sentido de ‘pueblo’ –y, hasta cierto grado, el populismo– en el contexto del NR boliviano. Estudia, para ello, las ‘dos puntas’ del paradigma: ‘nación’ y ‘revolución’. La ‘nación’ –dice– es un término inclinado hacia la derecha, que conduce al nacionalismo. La búsqueda de la ‘unidad nacional’ –cuya condición contextual es, según muchos tratadistas, el encuentro en el frente del Chaco de clases sociales mutuamente desconocidas hasta entonces– llevará latente este clásico contenido ideológico: la nación como nacionalismo deviene un paliativo para abstraer los conflictos y las contradicciones, subordinándolos a una ‘armónica unidad’, bajo la cual prosigue (o se afirma) un sistema de dominación (Antezana, 1983: 65).

Antezana recurre al ensayo seminal de Montenegro (*Nacionalismo y coloniaje*, 1943) para recorrer el ‘camino de torsiones’ –que no es sino, en términos laclausianos, el vaciamiento tendencialmente hegemónico– que lleva de la ‘nación’ al ‘pueblo’ y, por añadidura, a la ‘revolución’:

Montenegro opone la nación a la antinación; la antinación es, para él, una prolongación del coloniaje español; en una línea historicista, la colonia española habría sido prolongada por una colonia interior: los oligarcas internos y terratenientes. La ‘unidad nacional’ se definía en contra de una invasión o una interferencia permanentemente renovadas por la continuación colonial –ahora interiorizada– fundamentalmente antinacional. Así, la constitución de la nación se lograría expulsando a los nuevos colonizadores [...] en un proceso análogo, pensamos, a la guerra de independencia. Una nueva independencia. En este juego conceptual, el ‘pueblo’ es la nación y las clases oligárquicas, la antinación, el nuevo coloniaje (Antezana, 1983: 66).

Sólo falta recorrer un último tramo de permutación semántica –el que lleva de la ‘nación’ a la ‘revolución’– para concluir en lo que Antezana considera que es una apropiación conservadora y ‘demoburguesa’ de las luchas populares:

¿Cómo pudo esta ideología conservadora [...] articularse con un movimiento social ‘popular’? Las clases oligárquicas se oponen, en grueso, al ‘pueblo’ conformado por obreros, mineros, artesanos, pequeña burguesía y una incipiente burguesía nacional. Si este ‘pueblo’, a decir de Montenegro, es la ‘nación’, su lucha contra la oligarquía puede desplazarse contra la antinación. La lucha social deviene lucha nacional. Esta lucha puede ser no sólo antioligárquica, sino, también, antiimperialista (basta una permutación: ‘oligarquía’ igual ‘imperialismo’). Y, puesto que, en estas condiciones, se hacen posibles cambios en las relaciones sociales, la lucha nacional, antioligárquica y antiimperialista, puede entenderse como un proceso revolucionario (*op. cit.*: 67).

Estaríamos, ahora sí, ante el límite mismo del campo semántico del NR y de su estructura o borde exterior: la revolución nacional. Pero no hay que llamarse a engaño; no se trata, en definitiva, de la revolución proletaria o socialista como pudiera esperarse –y como, ciertamente, se creyó factible hasta los inicios de los años setenta, con la instalación de la Asamblea Popular–, sino de una ‘revolución demoburguesa’, puesto que “las condiciones no estaban para pasar de un poder dual (Zavaleta) a la revolución proletaria y el empuje obrero pasará, por un tiempo, hacia un servicio nacionalista” (*op. cit.*: 68). Es así cómo, en última instancia, el aparato de ordenamiento ideológico del NR cumple una función conservadora.

En suma, de acuerdo al análisis de Antezana, se puede afirmar que la catacresis laclausiana opera en el NR a través de un proceso de vaciamiento y resignificación de términos clave como ‘nación’, ‘pueblo’ y ‘revolución’, transformándolos en significantes flotantes que articulan discursos ideológicamente diversos al resguardo de un proyecto hegemónico. La noción de ‘nación’, inicialmente cargada de un sentido conservador y nacionalista, se redefine en oposición a la ‘antinación’ –identificada con las oligarquías internas (aliadas del imperialismo) y el colonialismo interno–, permitiendo su apropiación por sectores populares que se perciben como herederos de la lucha por una nueva independencia. Esta resignificación de la nación como ‘pueblo’ establece un antagonismo simbólico entre los sectores subalternos y la oligarquía, consolidando una narrativa de unidad nacional que invisibiliza las contradicciones internas.

De acuerdo a esta lógica, el paso final en este proceso es la transformación del ‘pueblo’ en agente de ‘revolución’. Sin embargo, esta revolución es reconfigurada dentro de los límites de un proyecto nacionalista y demoburgués, en lugar de uno proletario o socialista. Así, el NR conserva su función como aparato ideológico que articula demandas populares mientras refuerza estructuras conservadoras, subordinando las luchas sociales a un orden nacionalista que perpetúa relaciones de poder desiguales bajo un discurso aglutinador e inclusivo.

Víctimas de la lógica salvaje de los significantes vacíos y vigencia del NR

Si bien el arco temporal que plantea Antezana para su análisis cierra en 1979 –dos años antes de la primera publicación de su ensayo en la revista *Bases*⁹–, cabría preguntarse sobre la perduración y vigencia de su clave de comprensión de las ideologías en Bolivia durante las dos últimas décadas del siglo XX e, incluso, tramontado el nuevo milenio, y con la ‘democracia’ como nuevo significante regente del orden político. Así, del mismo modo que sucedió con el peronismo cuando retornó al poder en 1973 –el cual, según Laclau, fue víctima de la sobreacumulación de demandas y expectativas en la cadena de equivalencias¹⁰–, podría analizarse si Siles Zuazo y el Gobierno de la UDP, en 1982, no fueron también víctimas de la misma lógica por acumulación de demandas y presiones tanto desde la izquierda

9 Rivera Cusicanqui, Toranzo Roca y Zavaleta, 1981. En esta revista –que tuvo un solo número–, Zavaleta Mercado, impulsor de la iniciativa, escribió, además del editorial, dos artículos: “El largo viaje de Arce a Banzer” y “Cuatro conceptos de la democracia”.

10 Laclau reflexiona así sobre el último Gobierno de Perón: “El problema, desde luego, fue que el 73 Perón vuelve a la Argentina y ya no es un significante vacío, es el presidente de la República y tiene que tomar decisiones, pero ahí, la lógica salvaje de los significantes vacíos, el hecho de que se hubieran movido hacia la izquierda y hacia la derecha, en todas direcciones, significaba que Perón no podía controlar, él mismo, su propio discurso. Entonces, el país entró en un proceso de rápido caos institucional que se agudizó tras la muerte de Perón [1974] y el proceso terminó en la forma que todos ustedes saben” [Laclau, 23’:52”-25’:15”].

como desde la derecha, situación que llevó a un colapso estructural de las condiciones de reproducción del Estado del 52¹¹.

En este sentido, así como la Asamblea Popular pudo representar, en 1970, el límite de desborde del cauce ideológico del NR en su orilla izquierda (genuinamente revolucionaria) –contenida por el golpe militar de Hugo Banzer, en agosto de 1971–, la dictación del DS 21060 y la implantación de la Nueva Política Económica (NPE), el 29 de agosto de 1985, podría considerarse como el rebalse histórico material en el flanco opuesto: el del nacionalismo estatalista.

En última instancia, apelando a esa polaridad socorrida entre lo ‘oligárquico-liberal’ y lo ‘nacional popular’, valdría la pena tratar de elucidar si el ‘proceso de cambio’, iniciado formalmente el 22 de enero de 2006, volvió a encarrilar la producción ideológica boliviana en el riel discursivo del NR. Para ello, sería preciso considerar la viabilidad y capacidad performativa de los ‘objetos sociales’ (según denominación de Antezana) surgidos –o resurgidos– a lo largo de las últimas décadas; tanto de aquellos más próximos a ambas puntas del NR –la ‘nacionalización’, la ‘industrialización’ y el ‘modelo económico social comunitario productivo’, en el caso del ‘nacionalismo’; y, por otra parte, la ‘revolución democrática y cultural’, la ‘Asamblea Constituyente’ y la ‘descolonización’¹², principalmente, para el extremo de la ‘revolución’–, así como de aquellos que podrían parecer más excéntricos con respecto al radio de acción original del NR (en particular,

11 A propósito de presiones representativas sobre el aparato estatal durante el Gobierno de la UDP y de la imperiosa necesidad de una reforma del Estado, en 1983, Zavaleta advertía, premonitoriamente: “Siles deberá encarar de otro lado la necesaria absorción de los obreros y militares, como fuerzas sin duda demasiado evidentes, en la lógica representativa del estado, porque es verdad que las masas bolivianas se han hecho democrático-representativas pero no lo es menos que la democracia representativa aquí se mueve dentro de esquemas constitucionales demasiado imperfectos para expresar la complejidad social. La propia existencia de la coalición que llevó a Siles al poder (la UDP) es sin duda un acto muy promisorio en la formulación de una política democrática. Con todo, si ello no se traduce en la reforma del estado, se tratará de un contrato político volátil” (Zavaleta, 1983: 10).

12 Salvo por el elemento ‘anticapitalista’, las consabidas apelaciones ‘antiimperialistas’ y ‘anticoloniales’ de Evo Morales parecen encajar bien en el núcleo mismo del NR.

el ‘Estado Plurinacional’ y el sujeto compuesto por la tríada ‘indígena originario campesino’).

En todo caso, adoptando la perspectiva saussuriana de que “el punto de vista determina el objeto”, Antezana sostiene que, bajo el NR se conformaron una serie de ‘objetos sociales’ que constituyen, en última instancia, ‘la realidad boliviana’ (1983: 75). Estos ‘objetos’ determinan el campo objetivo en el que operan los procesos ideológicos bolivianos (*ibid.*). El filólogo orureño describe y abunda con maestría en tres de ellos (‘pueblo’, ‘clase obrera’ y ‘campesinado’), enumera otros tres (‘universitarios’, ‘iglesia’ e ‘imperialismo’) y se refiere, brevemente, a la ‘burguesía nacional’, a la que fustiga y denosta con severidad.

Aunque puede intuirse que el sujeto triádico ‘indígena originario campesino’ está experimentando agotamiento y declive en su rendimiento político y en su capacidad de cohesionar la subalternidad colonial¹³, resulta útil revisar la anticipada lucidez con la que Antezana estudia el surgimiento del ‘campesinado’, en tanto entidad discursiva. Desde 1953, dice el crítico literario, el campesinado se constituyó en un grupo de poder en la formación social boliviana –un grupo de poder, empero, ‘cuantitativamente determinado’–:

Otro objeto social aislable en/por el NR es el ‘campesinado’. A partir de la Reforma Agraria (1953), el ‘campesinado’ deviene, cada vez con más intensidad y frecuencia, un grupo de poder en la formación social boliviana. Su carácter meramente cuantitativo –más del 50% de la población– lo marca para ello. No sería exagerado decir que, bajo el NR, el ‘campesinado’ es sobre todo un objeto cuantitativo; que, bajo el NR, el ‘campesinado’ es sobre todo un objeto cuantitativamente determinado. A través de mecanismos sindicales, asistenciales, de mercado interno y acuerdos ‘clase-gobierno’ (tal el célebre Pacto Militar-Campesino, instrumentado por Barrientos), el ‘campesinado’ funciona distintivamente dentro del Estado boliviano como una suerte de ‘reserva’ cuantitativa (Antezana, 1983: 81).

13 Podría proponerse, para este caso, la noción de ‘significante fatigado’ o, quizá, aquellas que aplican para la sobresaturación semiótica de la publicidad: ‘saturación significativa’, ‘sobresignificación’ o ‘redundancia’ (*Cf.*: Peninou, 1976).

En consecuencia, además de su labor consuetudinaria en la producción agropecuaria parcelaria –vital para el abastecimiento de ciudades cada vez más pobladas–, el campesinado cumplirá, desde entonces, una función cuantitativamente determinante en varios frentes adicionales: el voto popular, el control social a través de milicias, y la provisión de mano de obra –vía migración, en muchos casos– tanto para las FFAA como para abastecer la demanda del mercado de fuerza de trabajo del capital asociado a la siempre renovada promesa de la industrialización nacional (minería, fábricas, agroindustria, entre otros):

un gran esfuerzo estatal ha sido desplegado para asegurar el ‘control’ de este grupo social; proyectos internacionales como los ‘Clubes 4-S’, la ‘Alianza para el Progreso’, las importaciones religiosas, etc., no han sido ajenas para reforzar estos controles [...]. El control cuantitativo del ‘campesinado’ no sólo se refleja en la posibilidad, a veces invocada, de volcarlos para controlar a los levantiscos mineros, sino, más en la ‘letra’ del NR, en el control cuantitativo de las elecciones gracias al voto popular (1952), una de las medidas del MNR. Convergentemente, bajo ese mero criterio cuantitativo, el ‘campesinado’ asegura también un amplio margen de ‘mano de obra’ tanto para los trabajos en las poblaciones, como en las minas, la agroindustria y, casi en la misma vena, para las Fuerzas Armadas, pues los campesinos constituyen la mayor parte de las levas anuales. En todo caso, es el carácter cuantitativo del ‘campesinado’ que resalta en el tratamiento objetivo bajo el NR [...]. La interpelación ideológica al ‘campesinado’ –interpelación paternalista, si las hay– ha sido manejada notablemente desde Villarroel a través de una reactualización de contenidos socioculturales previos a la conquista española. En estas condiciones, el ‘campesinado’ estaría figurado ahistóricamente, como si su permanente dependencia y explotación fuera la garantía de su ‘nacionalidad’ original y originaria. En un sentido conservador, el ‘campesinado’ encarna la ‘esencia’ de la nacionalidad, hecho que, por otra parte, se manifiesta en el folklorismo que cultiva el nacionalismo boliviano (*op. cit.*: 82).

Conocer de la insurgencia del katarismo en los años setenta como factor de etnicización del movimiento campesino en base a la fuerza irradiadora de la identidad aymara, Antezana detecta, tempranamente, un doble movimiento sociológico del campesinado: una dinámica de

desplazamiento de clase y movilidad social a través de la migración (por la vía de su proletarianización o de la constitución de élites de comerciantes, intermediarios y transportistas) que contrasta con tendencias conservadoras que tratan de aislar al campesino reduciéndolo a un componente estático e inmóvil de la pétrea nacionalidad de himno y escarapela:

En segundo lugar, mientras parte del ‘campesinado’ está sujeto a la movilidad social anotada, existe un aparato ideológico que tiende a aislar de la vida sociopolítica boliviana a aquellos que permanecen como ‘campesinos’ [...] a través de una reactualización de los contenidos socioculturales previos a la conquista española. En estas condiciones, el ‘campesinado’ estaría figurando ahistóricamente, como si su permanente dependencia y explotación fuera la garantía de su ‘nacionalidad’ original y originaria. En un sentido conservador, el ‘campesinado’ encarna la ‘esencia’ de la nacionalidad. Hecho que, por otra parte, se manifiesta en el folklorismo que cultiva el nacionalismo boliviano [...] En esta vena, es notable el carácter ‘aislante’ que tiene esta determinante ideológica propia del NR. El ‘campesinado’ se determina así como estando fuera, de alguna manera, de la formación social. Lo que, teniendo en cuenta otros factores de control, evita, por ejemplo, las conflictivas posibles alianzas entre los movimientos campesinos y obreros. Integrado bajo un control cuantitativo, ideológicamente aislado de otras interpelaciones –notablemente de izquierda–, el ‘campesinado’ permanece como un factor de poder en el interior del estado proburgués (*op. cit.*: 81-82).

En términos de articulación política –pues la praxis política no es sino, en cierto sentido, el arte de las articulaciones posibles–, Antezana hace hincapié en que la articulación entre la Central Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) –recién constituida en 1979– y la Central Obrera Boliviana (COB) –con una pesada carga obrerista y minera– será determinante, a futuro, para definir el derrotero de la política nacional:

No se sabe si esta entrada [de la CSUTCB] en la COB será una mera reformulación del ‘campesinado’ en el interior del NR o, por el contrario, si la COB cambiará con esta inclusión. De todas maneras, el ‘campesinado’ es todavía una incógnita, sobre todo si se tiene en cuenta que no se lo ha considerado como un factor cualitativo dentro de la formación social boliviana (*op. cit.*: 82).

Pues bien, transcurridas varias décadas se puede sostener que, definitivamente, el campesinado pasó de ser un factor meramente cuantitativo a ser una variable cualitativa determinante de la política nacional, deviniendo en un sujeto complejo y contradictorio que se ha tratado de sustantivar a sí mismo como ‘indígena originario campesino’.

Por último, la vigencia del NR como fuente generativa de ideologías debería mirarse en el espejo de los objetos sociales no necesariamente hegemónicos surgidos en el campo de la disputa regional del poder –como las ‘autonomías’, el ‘pacto fiscal’, la ‘independencia’, la ‘media luna’ o las variantes tanto federales como tendencialmente separatistas en los momentos álgidos del conflicto político regional– que han puesto en entredicho el flanco del nacionalismo como sinónimo de centralismo unitario. De la misma manera que, en determinadas circunstancias históricas, el NR operó a modo de cortafuegos con respecto a la lucha de clases interna previniendo, por la fuerza, la deriva hacia una revolución abiertamente proletaria, también se puede afirmar que ha cumplido una función análoga en relación a las fracturas regionalistas, la cuales quedaron reducidas y subsumidas –o, tal vez, en latencia– ante amenazas y enemigos mayores a la integridad de la ‘Nación’.

Límites teóricos y discusión epistémica

Laclau y Antezana transitan sendas afines en sus respectivas reflexiones sobre la política, a partir del denominado ‘giro lingüístico’ (Cf: Rorty, 1990)¹⁴ que marcó el rumbo de las ciencias sociales a partir de los años treinta del siglo pasado.¹⁵ Es por ello que la teorización de Antezana sobre el NR

14 Aunque 20 años después, al revisar su famoso ensayo de 1965, Rorty se sorprendería de “lo en serio que se tomaba [entonces] el fenómeno lingüístico. Lo cierto es que, inicialmente, creyó estar ante una de “las más grandes épocas de la historia de la filosofía”: “La filosofía lingüística, en los últimos treinta años ha conseguido poner a la defensiva a toda la tradición filosófica, de Parménides a Bradley y Whitehead, pasando por Descartes y Hume. Y lo ha hecho mediante un escrutinio cuidadoso y cabal de las formas en que los filósofos tradicionales han usado el lenguaje en la formulación de sus problemas” (Rorty, 1990: 159).

15 En su ensayo “Discurso” (2004), Laclau realiza una notable labor genealógica de las distintas teorías del discurso, diferenciando aquellas que “están fuertemente relacionadas con las

como eje general de organización de las ideologías en Bolivia, de forma casi indefinida desde la década de 1930, encuentra un alto grado de compatibilidad –o, puede ser traducida– en los términos del significante vacío, tal y como se ha tratado de demostrar aquí.

La vocación hegemónica –independientemente del signo ideológico que esta adopte según la contingencia histórica–; la conjugación de ideologemas socialistas, nacionalistas, indigenistas, antiimperialistas, fascistoides e izquierdistas; la ocupación del centro del poder estatal boliviano; la encarnación de un antagonismo radical entre ‘pueblo’ y ‘oligarquía liberal’; y el cumplimiento de los postulados propios de la retórica catacrética del populismo, permiten entender el paradigma del NR en posición de significante vacío. Asimismo, existe una notoria similitud con el caso del peronismo, que Laclau refiere para ejemplificar la lógica equivalencial.

No obstante, también es necesario señalar aquellos aspectos teóricos en los que la homología no resulta fructífera. Esto sucede, por ejemplo, con la nominación como estatuto teórico del significante vacío¹⁶. En términos epistémicos, Laclau considera que el significante vacío no es un ‘concepto’ sino un ‘nombre’; es decir, que no subsume, como categoría, una serie definida de objetos, sino que funciona a través de la nominación. Recurriendo a los aportes del antidescriptivismo de Saul Kripke –el cual postula que los nombres se refieren a las cosas a través de una asignación directa-originaria y sin pasar por ningún tipo de mediación descriptiva– y a los comentarios de Lacan a Kripke –la unidad del objeto de un proceso de nominación es el efecto retroactivo de la práctica misma de nominación; es decir, es el nombre mismo lo que constituye el fundamento de la cosa, del objeto–, Laclau concluye que es el nombre propio –por ejemplo, ‘Perón’– el que permite unificar y cristalizar la serie: “Es decir que siempre una serie que constituye una identidad popular va a ser unificada por un término que, en última instancia es el nombre de una persona; ese término, como nombre puro,

transformaciones en el campo de la lingüística estructural” (postestructuralismo) y aquellas “cuyos lazos con el análisis estructural son más distantes y no pasan a través de una crítica interna de la noción saussuriana del signo” (Foucault y su escuela, a decir del mismo Laclau).

16 Las referencias al proceso de nominación que se desarrollan a continuación provienen de la misma fuente indicada en la nota al pie núm. 7.

es el que constituye la unidad del objeto” [56’:35”-58’:43”], señala Laclau. ¿Cuál sería el nombre propio/puro que encarnaría el NR? Sin duda, esto se complica cuando se trata de formaciones sociales de naturaleza conceptual compleja y combinada. Algo similar sucede si queremos agregar el análisis del ‘afecto’, en virtud de la máxima laclausiana que establece que cualquier totalidad social es resultado de una articulación indisociable entre la dimensión de significación y la dimensión afectiva. ¿Cómo encaja esta dimensión afectiva con el orden lógico desentrañado concienzudamente por Laclau?

En suma, Laclau y Antezana analizan la articulación entre política e ideología desde el discurso, entendido este no sólo como un mero fenómeno lingüístico sino como el campo de objetivación de lo social; es decir, de las prácticas y de las formaciones sociales. Es el campo, en consecuencia, que hace posible la significación y el sentido, cualquiera sea la nominación postmarxista que se adopte: ideologemas, episteme, etc.

De forma análoga a lo que sucedió en su momento con el postmarxismo althusseriano –a través de su teorización sobre los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE)¹⁷–, estas innovaciones en el abordaje conceptual tuvieron la virtud de desafiar la perspectiva marxista convencional que establecía una correspondencia total –o una identidad empírica, si se prefiere– entre ideología y clase social, restringiendo el alcance de la primera a la idea de ‘falsa conciencia’.

No obstante, el enfoque discursivo laclausiano será fuertemente contestado tanto desde el flanco del marxismo ‘ortodoxo’ –por cierta sofisticación posmoderna, por el desplazamiento de la categoría de clase– como desde posiciones liberales –por la indistinción entre democracia y autoritarismo, la justificación de los populismos–. Sin embargo, la observación teórica más sensible es aquella que impugna la autonomía del discurso y su carácter performativo con respecto a la realidad –crítica que confronta la consabida

17 Althusser definirá la ideología como la “representación de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia” (2015 [1696]: 220) y remarcará, como innovación, que la misma siempre existe en un aparato y en las prácticas concretas: “Las ideas de un sujeto humano existen en sus acciones y las acciones están gobernadas por ritos [...] dentro de la existencia material de un aparato ideológico” (*ibid.*)

máxima derridiana de que “no hay nada fuera del discurso”¹⁸-. Como parte de la miscelánea de los estudios culturales –y de su interés específico por la pugna ideológica asociada al racismo y a las luchas de la negritud en contextos coloniales–, será Stuart Hall quien advierta sobre los excesos en los que puede incurrir esta corriente:

[...] puesto que no hay prácticas sociales que se desarrollen fuera del dominio de la significación (semiótica), ¿todas las prácticas son simples discursos? [...] Althusser nos recuerda que las ideas no andan flotando, que se materializan en prácticas sociales sustentadas por ellas [...] en este sentido, lo social nunca está fuera de la semiótica [...] no hay ninguna práctica social fuera de la ideología, sin embargo, esto no equivale a decir que no hay otra cosa más que el discurso (Hall, 2017: 181-182).

Hall abunda en la diferencia entre *la ideología* y *lo ideológico* y, aunque no consigue resolver el dilema entre práctica y discurso, aporta una importante reflexión sobre la especificidad de la producción ideológica con respecto a otro tipo de prácticas materiales, como la producción de mercancías:

Sé lo que significa describir como prácticas procesos de los que habitualmente hablamos desde el punto de vista de las ideas; las ‘prácticas’ parecen concretas. Se dan en sitios y aparatos particulares tales como las aulas, las iglesias, las salas de conferencias, las fábricas, las escuelas y las familias. Y esa concreción nos permite afirmar que son ‘materiales’. No obstante hay que remarcar las diferencias entre los diversos tipos de prácticas [...]. Hay una especificidad propia de aquellas prácticas cuyo objeto principal es producir representaciones ideológicas. Son diferentes de aquellas otras prácticas que –significativamente, inteligiblemente– producen otras mercancías. Quienes trabajan en los medios [de comunicación] están produciendo, reproduciendo y transformando el campo de la representación ideológica misma. Mantienen una relación con la ideología en general que es diferente de la que mantienen otros que están

18 Jorge Alemán sintetiza este debate refiriéndose a la confrontación de dos ontologías: “O estamos constituidos por el poder o estamos constituidos por el lenguaje [...]. Yo tomo a Laclau como alguien que está en esa vertiente ontológica: para él, no estamos constituidos por el poder, estamos constituidos por la lengua, o por el lenguaje, o por el discurso” [véase nota al pie núm. 6; el minutaje correspondiente es: 11’:10”-11’:58”].

produciendo y reproduciendo el mundo de las mercancías materiales, quienes, sin embargo, también están inscritos por la ideología. Barthes observó hace mucho tiempo que todas las cosas son también significaciones. Las últimas formas de práctica mencionadas [aquellas referidas a la producción de mercancías] operan en la ideología, pero no son ideológicas en cuanto a la especificidad de su objeto (*op. cit.*: 180-181).

Antezana retomará esta cuestión algún tiempo después, en su prólogo a *El discurso del nacionalismo revolucionario* (1985), de Fernando Mayorga, donde ratificará que los discursos ‘hacen’ cosas:

Aunque cierta tradición utilitarista suele quitar pertinencia al peso articulador y constitutivo de los discursos sociales (en la época que rige el NR, por ejemplo, un eslogan gubernamental enfatizaba aquello de ‘hechos y no palabras’), es de creciente evidencia que los sentidos sociales no pueden prescindir de una matriz discursiva. Los discursos ‘hacen’ cosas (Antezana, 2020: 51).

A juicio de Antezana, el trabajo de Mayorga permite entender la interacción entre lo verbal y lo factual, a partir de la constitución del sujeto popular protagonista de la Revolución del 52, cuyo estatuto no proviene, única y mecánicamente, del cambio de las condiciones en la base de las relaciones de producción –conforme al dogma marxista–, sino, también, del mismo complejo discursivo del NR, como campo de interpelación social:

Este estudio pone en evidencia que la conformación de tal complejo discursivo –ideológico– no es un efecto *more mecánico*, fruto de unas más probablemente sustantivas transformaciones a nivel infraestructural (como se dice), sino que, en su proceso de conformación, el NR produce un campo de interpelación social donde adquieren sentido los diversos procesos sociales del período y, notablemente, el sujeto popular que lleva adelante la Revolución del 52. En otras palabras, si bien las condiciones históricas y sociales de la época hacen visible el complejo discursivo del NR, este, a su vez, permite pasajes y articulaciones que, de otra manera (bajo la vigencia del ‘discurso liberal’ previo, por ejemplo) no hubieran sido históricamente efectivos. José Fernando Mayorga nos ofrece las diversas condiciones que permiten entender esa interacción entre lo verbal, digamos, y lo factual [...]. Bajo esta perspectiva, teniendo en cuenta el hilván del NR, Estado y Pueblo se conformarían casi simultáneamente y, así, de acuerdo a la versión más conocida

y difundida, el nuevo Estado del 52 –para adelante– sería uno cuyo contenido es, pese a los avatares, fundamentalmente popular, de la constitución del Pueblo como posible sujeto histórico que acompaña este quehacer social (*op. cit.*: 52).

Mayorga ya había planteado lo sustantivo de este abordaje en su tesis de licenciatura, en la que sostuvo, como planteamiento central, que “el sujeto revolucionario [del 52] es constituido a través de una interpelación no clasista”, por lo que el carácter de clase de la ideología nacionalista resulta denotado “por el proyecto hegemónico que actúa como propio articulador del discurso del MNR y sustenta el mecanismo interpelatorio” (Mayorga, 1983: 83).

En una deriva afín al postulado de Carlos Montenegro de un pueblo investido por oposición a todo lo que representa la antinación (la oligarquía, la ‘Rosca’ minera, el imperialismo), Mayorga identifica al sujeto interclasista (también denominado ‘policlasista’ en otras aproximaciones) como producto genuino del quehacer ideológico nacionalista del momento:

[...] el sujeto pueblo interpelado y constituido a través de la convocatoria ideológica nacionalista es un sujeto interclasista, es decir, se ubica en el conjunto de las relaciones ideológico-políticas de dominación en la sociedad boliviana, cuya contradicción principal está expresada en el antagonismo entre el bloque minero terrateniente y el bloque de poder conformado por los obreros, campesinos y pequeña burguesía [...] las clases y los sectores sociales del bloque dominado son parte constitutiva e indiferenciada del pueblo, único sujeto para el discurso nacionalista boliviano [...] (*op. cit.*: 85).

Apuntes finales: cien años y un día de Nacionalismo Revolucionario

Han transcurrido 40 años desde la publicación del ensayo de Luis Antezana sobre el NR y, sin embargo, el texto sigue manteniendo, casi intacto, el vigor inaugural al que se refirió Mayorga al compilarlo como parte de la *Antología de la ciencia política boliviana* (2019):

Es un ensayo inaugural y original porque introduce la importancia de la ideología en el análisis del proceso político a partir de la teoría del discurso abriendo una veta de análisis pertinente para reflexionar sobre la influencia del nacionalismo revolucionario –revisando la obra de Carlos Montenegro, Sergio Almaraz y René Zavaleta Mercado– en las distintas fases de la historia del Estado boliviano (Mayorga, 2019: 143).

Es, tal vez, el mismo Mayorga quien responde al porqué de la resistencia al envejecimiento del referido ensayo al subrayar la carencia de tradición de la ciencia política en el país, la debilidad de la disciplina –que recién fue tomando cuerpo en los años ochenta del siglo pasado–, y el tradicional tratamiento de la política desde otras perspectivas disciplinarias, como el derecho, la filosofía, la psicología y la sociología (*op. cit.*: 20). “En general, desde fines de los años setenta –señala Mayorga– la revolución fue desplazada paulatinamente por la democracia como objeto de indagación en los estudios y ensayos en América Latina” (*op. cit.*: 21).

Por otra parte, el aporte de Antezana se distingue porque trata la ideología desde la lingüística –próxima al interés del autor en torno a la crítica literaria– y no desde el marxismo, como se acostumbraba en el ámbito local. Todavía hoy permanecen insuperados los trabajos de Zavaleta para el análisis de la ideología, con base en el núcleo teórico marxista de la fetichización de la mercancía. Zavaleta propone dos definiciones de ideología como “formación aparente” (para el caso de la burguesía) y como “lo que una sociedad cree de sí misma”¹⁹. Zavaleta traslada a la realidad boliviana y al Estado la mistificación propia del capitalismo –donde la explotación y la apropiación de la plusvalía aparecen encubiertas como ganancia–, para que la dominación, la jerarquía política y la reproducción del poder queden travestidos como bien común. Una consecuencia de esta forma de ver las cosas en Zavaleta, según Tapia (2020), es pensar que la tarea de la ciencia es penetrar esas formas aparentes para desenmascararlas.

Aunque los dispositivos marxistas siguen siendo, aún hoy, de gran utilidad para estudiar la producción de ideologías –con mayor razón, en

19 La primera proviene de “Las formaciones aparentes en Marx” (1979) y la segunda de “Cuatro conceptos de la democracia” (1983).

sociedades donde la dominación acusa el agregado de la colonialidad—, habría que indagar las nuevas condiciones generadas por la declarada ‘postmodernidad’ y por los fenómenos globales. Podría decirse que este último es uno de los puntos débiles tanto en Laclau como en Antezana, pues ninguno toma en cuenta la sobredeterminación externa de las ideologías pretendidamente nacionales. En este contexto, ¿será posible hablar de la vigencia del paradigma del NR hoy, a pocos meses de la celebración del Bicentenario de la independencia de Bolivia y a tan sólo unos años de la conmemoración del Centenario de la Guerra del Chaco (dos de los acontecimientos, junto con la Guerra del Pacífico, con mayor pregnancia en la identidad nacional)? ¿Durante estas décadas se ha producido algo más allá del eje discursivo del NR o las variantes neoliberales y los agregados pluri-multis, indigenistas y plurinacionales son sólo recargas o formaciones accesorias propias del barroquismo andino? ¿En qué medida el significante ‘democracia’ ha reemplazado los significados ideológicos en torno a la política instalados por décadas? ¿En qué condiciones operan actualmente los aparatos ideológicos en el país en el entrecruzamiento entre flujos de postmodernidad y dinámicas multisociales todavía vigentes?

Aunque sabemos, desde fines de los años setenta, que se tiene por ‘postmoderna’ la condición de incredulidad con respecto a los metarrelatos (como grandes discursos universales de legitimación del poder que apelan a la razón, a la ciencia, al espíritu o a la emancipación humana) y que esta conlleva una crisis de la función narrativa y una disgregación de los sentidos en una pragmática de las partículas del lenguaje y de la heterogeneidad de los juegos lingüísticos (Lyotard, 2000: 9-10), hay que considerar también cómo, desde la teoría de sistemas, Luhmann pone en duda la entidad estructural sociológica de la postmodernidad advirtiéndole que esta funciona —eso sí— como estructura semántica, reproduciéndose al calor de lo completamente efímero: “La proclamación de la ‘posmodernidad’ tuvo al menos un mérito. Dio a conocer que la sociedad moderna había perdido la confianza en lo correcto de sus descripciones de sí misma” (Luhmann, 1997: 9).

Jameson, por su parte, parece confirmar la sospecha de Luhmann al definir, por la vía negativa, la postmodernidad como aquello “que queda cuando el proceso de modernización ha concluido y la naturaleza se ha

ido para siempre [...] la cultura se ha convertido en una auténtica ‘segunda naturaleza’” (Jameson, 2018: 5). Empero, en las condiciones sociológicas de Bolivia –y de varios países andinos y latinoamericanos– sería imprudente concluir que el proceso de modernización ha concluido, cuando la industrialización y la sustitución de importaciones siguen siendo la principal promesa económica. El crítico literario estadounidense vincula su reflexión con la lógica cultural del capitalismo avanzado –en clave lukacsiana– cuando señala que “la postmodernidad es el consumo de la pura mercantilización como proceso” (*ibid.*). Jameson se pregunta si el entramado postmoderno permite, en última instancia, la producción de ideologías perdurables:

La fórmula althusseriana, en otras palabras, designa una brecha, una fisura, entre la experiencia existencial y el conocimiento científico. Así, la función de la ideología es inventar, de alguna manera, una forma de articular entre sí estas dos dimensiones diferenciadas. Una perspectiva historicista de esta definición añadiría que tal coordinación, la producción de ideologías activas y vivas, varía según las diferentes situaciones históricas y, sobre todo, que quizás haya situaciones históricas donde no sea posible en absoluto; y ésta sería nuestra situación en la crisis actual (*op. cit.*: 62).

Para Jameson, por el grado de desarrollo del capital a escala global, cualquier intento por reelaborar los sentidos de la política tendrá que ceñirse, obligadamente, a la verdad de la postmodernidad y al fenómeno global:

Una estética de la cartografía cognitiva –una cultura política pedagógica que intente dotar al sujeto individual de un sentido más agudo de su lugar en el sistema global– deberá respetar necesariamente esta dialéctica de la representación, tan compleja en nuestros días, e inventar formas radicalmente nuevas de hacerle justicia. Es evidente, por tanto, que no se trata de una exhortación para regresar a la antigua maquinaria, a un antiguo espacio nacional transparente o a un tranquilizador enclave perspectivista o mimético más tradicional: el nuevo arte político (si es que es posible) tendrá que ceñirse a la verdad de la postmodernidad, es decir, a su objeto fundamental –el espacio mundial del capital multinacional– en el mismo momento en que consiga un nuevo modo (hoy por hoy inconcebible) de representar a este último. Quizás así podamos empezar a entender de nuevo nuestra situación como sujetos individuales y

colectivos y recuperar nuestra capacidad de acción y de lucha, hoy neutralizada por nuestra confusión espacial y social. Si alguna vez existe una forma política de la postmodernidad, su vocación será inventar y diseñar una cartografía cognitiva global, tanto a escala social como espacial (*op. cit.*: 63).

En el caso boliviano, las capas sedimentarias del campo ideológico contemporáneo son ya casi centenarias y la producción de nuevos sentidos políticos comunes tendrá que lidiar –sincrónicamente con la modernidad, la postmodernidad, lo global y lo digital– con las constricciones impuestas por su ‘ideología constitutiva’, como ya apuntara Zavaleta, hace 40 años, visionariamente, en su introducción a *Bolivia, hoy*, volumen en el que se publicó el ensayo seminal de Antezana:

El verdadero freno a las profundas transformaciones que sin duda requiere de un modo angustioso Bolivia es el trasfondo poderoso de su ideología constitutiva. El trabajo de Antezana, “Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979)”, ilumina de un modo lúcido la difícil relación entre la ideología profunda del país y los problemas que podemos llamar de previedad ideológica que condicionan cualquier política de transformación. En el fondo, allá donde no se obtenga el replanteamiento ideológico –o sea, de un cierto sistema de creencias, que es el que viene de 1952– tampoco se podrá realizar ninguna de las dos tareas mencionadas, es decir, ni la autodeterminación económica ni la reforma racional (en el sentido de verificación) del estado (Zavaleta, 1983: 10).

Fecha de recepción: 31 de julio de 2024

Fecha de aceptación: 17 de noviembre de 2024

Bibliografía

Althusser, Louis ([1969] 2015). *Sobre la reproducción*. Madrid: Akal.

Antezana, Luis H. ([1985] 2020). “Prólogo a ‘El discurso del nacionalismo revolucionario’, de Fernando Mayorga”. En: Antezana, Luis H. *Prólogos y epílogos. Seguido de un post scriptum*. La Paz: Plural.

- Antezana, Luis H. ([1981] 1983). “Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979)”. En: Zavaleta, René (comp.). *Bolivia, hoy*, México D. F.: Siglo XXI.
- Appleton, Timothy (2022). *La política que viene: Hacia un populismo de las singularidades*. Buenos Aires: NED.
- Céspedes, Augusto (2016). “El pozo”. En: Vargas Severiche, Manuel (ant.), *Antología del cuento boliviano*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.
- Claros, Luis (2017). *Sentido e ideología. Cuestiones de teoría y método* (vol. 0). La Paz: Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional
- Hall, Stuart (2017). “Ideología y lucha ideológica”. En: Daryl Slack, Jennifer y Grossberg, Lawrence (eds.). *Estudios culturales 1983: Una historia teórica*. Buenos Aires: Paidós.
- Jameson, Fredric (2018). *Teoría de la postmodernidad. La lógica cultural del capitalismo avanzado*. Madrid: Trotta.
- Kristeva, Julia (1974). *El texto de la novela*. Barcelona: Lumen.
- Laclau, Ernesto ([2005] 2011). “El pueblo y la producción discursiva del vacío”. En: Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto ([1993] 2004). “Discurso”. *Estudios* (México D. F.), núm. 68, primavera: 7-18.
- Laclau, Ernesto (1996). “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”. En: Laclau, Ernesto. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Luhmann, Niklas (1997). *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Barcelona: Paidós.
- Liotard, Jean-François (2000). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Mayorga, Fernando (2019). “De la revolución a la democracia. Estado, representación y participación” (Estudio introductorio). En: Mayorga, Fernando. *Antología de la ciencia política boliviana*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Mayorga, Fernando (1983). “El sujeto revolucionario en el discurso nacionalista boliviano (1932-1952)”. Tesis de licenciatura para la carrera de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México D. F., noviembre.

Peninou, Georges (1976). *Semiótica de la publicidad*. Barcelona: Gustavo Gili.

Rivera Cusicanqui, Silvia, Toranzo Roca, Carlos F. y Zavaleta Mercado, René (1981). *Bases: expresiones del pensamiento marxista boliviano*, vol. 1. México D. F.

Rorty, Richard (1990). *El giro lingüístico. Dificultades metafísicas de la filosofía lingüística*. Barcelona: Paidós e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona.

Tapia, Luis (2020). “Metateorizando los cuatro conceptos de democracia”. En: Tapia, Luis. *La idea del estado como obstáculo epistemológico*. La Paz: CIDES-UMSA y Autodeterminación.

Zavaleta Mercado, René (1983). “Introducción”. En: Zavaleta Mercado, René (comp.). *Bolivia, hoy*. México D. F.: Siglo XXI.

Žižek, Slavok (2000). “Más allá del análisis del discurso”. En: Ardití, Benjamín (ed.). *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Caracas: Nueva Sociedad.

Explotación y precarización del trabajo en las plataformas digitales de reparto

Exploitation and precarization of labor in digital delivery platforms

Juan Pablo Neri Pereyra¹ y Alejandro Arze Alegría²

Resumen

El artículo expone los hallazgos de una investigación sociológica cualitativa sobre las condiciones laborales de los trabajadores de las plataformas digitales de reparto (*delivery*) en Bolivia, realizada entre octubre de 2022 y febrero de 2023, con el apoyo del Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA). El propósito del artículo es exponer y analizar los distintos mecanismos de organización del trabajo, disciplinamiento de la mano de obra y explotación laboral que emplean las empresas de plataformas digitales de reparto, en particular, PedidosYa. Consideramos que el análisis de la explotación laboral por las plataformas digitales de reparto, y su encubrimiento, es necesario para entender la precarización del trabajo como un fenómeno mucho más amplio y creciente en Bolivia.

Palabras clave: economías gig, precarización, explotación laboral, informalización, Bolivia.

- 1 Autor principal. Politólogo y antropólogo, con una maestría en Antropología Sociocultural por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, docente investigador del Instituto de Investigaciones Sociológicas IDIS-UMSA. Orcid.org/0000-0002-6513-7871 jp.neri157@gmail.com
- 2 Coautor. Politólogo y sociólogo, con una maestría en Sociología e Investigación Social por la Università di Pisa, investigador del CEDLA y de UNITAS y profesor invitado de la UMSA. Orcid.org/0009-0008-2677-3462 alearzealegría@gmail.com

Abstract

The article presents the findings of a qualitative, sociological research on the labor conditions of workers in digital delivery platforms in Bolivia, conducted between October 2022 and February 2023, with the support of the Center for the Study of Labor and Agrarian Development (CEDLA). The purpose of the article is to expose and analyze the different mechanisms of work organization, labor disciplining and exploitation employed by digital delivery platform companies, in particular, PedidosYa. We consider that the analysis of labor exploitation and its concealment in digital delivery platforms is necessary to understand the precarity of labor as a much broader and growing phenomenon in Bolivia.

Keywords: *gig economies, precaritization, labor exploitation, informalization, Bolivia.*

Introducción

El presente artículo expone algunos de los principales hallazgos de una investigación cualitativa, sociológica y antropológica, sobre las condiciones laborales de los trabajadores de las plataformas digitales de reparto (*delivery*) en Bolivia, que llevamos adelante entre los meses de octubre de 2022 y febrero de 2023, con el apoyo del Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA). El objetivo general de la investigación fue demostrar que, detrás de nuevas formas de arreglos laborales precarios y de explotación laboral, las empresas de plataformas digitales de reparto en Bolivia encubren relaciones de dependencia, se eximen de cumplir las obligaciones legales para con sus trabajadores y promueven la precarización del trabajo. El estudio también se enfocó en comprender algunas de las maneras en que los trabajadores de estas plataformas aceptan dichos arreglos laborales, desiguales y engañosos, reforzando su condición precaria.

El 28 de marzo de 2024 algunos portales de internet publicaron una nota en torno a que PedidosYa, una de las principales empresas de plataforma digital de reparto que opera en Bolivia, fue reconocida por el *think tank* Great Place To Work como el “mejor lugar para trabajar” (Flores, 2024; T Informas, 2024). Este reconocimiento solo incluye a los trabajadores de planta, no así a los repartidores, a quienes no se considera trabajadores

de la empresa. Esta situación contradictoria, en la que la fuerza de trabajo responsable de generar los excedentes que hacen posible la acumulación de capital de la empresa no se considera parte de la misma, es característica de las denominadas economías gig. Las economías gig son un fenómeno bastante reciente del sistema capitalista global, aunque, como se verá más adelante, operan a partir de formas preexistentes de organización del trabajo y de la explotación.

En primera instancia, el modelo de negocio denominado economía gig está vinculado con dos nociones: i) la figura de contratos de corto plazo y trabajo independiente o autónomo (*freelancer*) y ii) la noción engañosa de “economías colaborativas” (*sharing economies*), es decir, un modelo de negocio de “libre mercado” basado en la mutua colaboración entre partes privadas, que negocian intercambios de servicio y contratos temporales³ (Cornelissen y Cholakova, 2021; Kuhn, 2016; Mulcahy, 2017; Todolí-Signes 2017). Por lo tanto, el término aplicado al trabajo de plataforma se refiere a pagos por servicio o, en el caso que nos ocupa, por entrega realizada.

Actualmente, los sectores más reconocidos de las economías gig son el transporte y el alojamiento, por la popularidad alcanzada por empresas como Uber y Airbnb. Sin embargo, esta lógica económica ha permeado o irrumpido en distintos ámbitos. En la actualidad este modelo de negocio se ha ampliado, además del transporte, la movilidad y el alojamiento, a servicios bajo demanda (producción y venta de pequeñas mercancías), moda y confección, redes de trabajo y negocios, reparto de comida y logística, entre varios otros (Geissinger *et al.*, 2020: 3-4). De hecho, como demuestra MacDonald (2021), el modelo de economías gig se ha extendido tanto, que ha permeado de manera importante los trabajos reproductivos y de cuidado,

3 Actualmente es bastante común establecer la sinonimia entre “economías gig” y “economías colaborativas”. No obstante, Rinne (2017) distingue la noción de economía compartida (*sharing economy*) –a la que entiende como “centrada en el uso compartido de activos infrautilizados, monetizados o no, de modo que mejoren la eficiencia, la sostenibilidad y la comunidad”– de la noción de economía colaborativa (*collaborative economy*), que entiende como aquellas formas de producción, intercambio y consumo basadas en la colaboración entre partes; y de la noción de economías gig, que se refiere a la participación de la mano de obra y la generación de ingresos a través de proyectos o tareas únicas para las que se contrata a un trabajador y que, por lo tanto, poco tienen que ver con compartir y colaborar.

como el cuidado de menores, la atención de adultos mayores, los servicios de salud, la vivienda, el transporte, la educación, el acompañamiento e incluso los servicios de búsqueda de pareja.

Algunos autores consideran que la expansión de las economías gig es una buena noticia porque promueve la creación de “abundancia social”, así como mayores posibilidades para el desarrollo individual (Mulcahy, 2017; Stone, 2017). En realidad, es un modelo de negocio con más contradicciones que ventajas. A nivel global, el surgimiento y subsecuente auge de las economías gig está directamente relacionado con el incremento del desempleo y la precariedad, promovidos por las políticas económicas del neoliberalismo (Glavin *et al.*, 2021; Ruyter y Brown, 2019). En otras palabras, es un modelo de negocio que se nutre de la falta de oportunidades laborales formales, de la necesidad de las clases trabajadoras –convertidas en poblaciones excedentarias– de ganarse la vida y de la creciente desregularización de las esferas de la producción y del intercambio por los Estados.

Además, el desarrollo de estos modelos de negocio también trajo consigo la construcción de nuevas categorías, nociones y sentidos engañosos sobre el trabajo (trabajo independiente, acuerdos libres entre partes, colaboración y crecimiento individual). Con miras a desmentir algunas de estas nociones, en el presente documento exponemos y analizamos los distintos mecanismos de organización del trabajo, disciplinamiento de la mano de obra y explotación laboral que emplean las empresas de plataformas digitales de reparto, en particular PedidosYa, en Bolivia. Consideramos que el análisis de la explotación laboral y su encubrimiento en las plataformas digitales de reparto es necesario para entender la precarización del trabajo como un fenómeno mucho más amplio y creciente en Bolivia.

El artículo se organiza en cinco secciones. En primer lugar, presentamos los materiales utilizados y los métodos de investigación cualitativa que fueron empleados para la recolección de datos. En segundo lugar, explicamos el enfoque teórico empleado para el análisis de los datos y los principales conceptos que guían nuestro análisis. En tercer lugar, presentamos los resultados de la investigación para el tema que nos ocupa, es decir, describir la organización del trabajo de plataformas digitales de reparto. En cuarto lugar,

efectuamos el análisis y la interpretación de los resultados de investigación. Por último, presentamos las conclusiones del artículo.

Materiales y métodos

El estudio se llevó a cabo en las principales metrópolis bolivianas: La Paz, El Alto y Santa Cruz. El levantamiento de datos se enfocó en los repartidores de las dos empresas de reparto más grandes que operan en el mercado boliviano, Yaigo-Yummy y PedidosYa, considerando su alcance territorial, la cantidad de repartidores que emplean y el tamaño de sus carteras de negocios. Para el levantamiento de datos combinamos varias técnicas de investigación cualitativa etnográfica.

La información cualitativa sobre la que se fundamenta nuestro análisis proviene de 25 entrevistas en profundidad a repartidores de las empresas señaladas que realizamos en las tres ciudades señaladas. Para el presente artículo nos enfocamos en las explicaciones de los trabajadores sobre la organización y las condiciones de trabajo y sus percepciones sobre el mismo. Adicionalmente, entrevistamos a dos funcionarios de las empresas estudiadas: a un ex alto ejecutivo de la empresa boliviana Yaigo y a una trabajadora de planta de la misma empresa luego de su adquisición por la multinacional Yummy. A pesar de nuestros intentos, no logramos contactar a funcionarios de PedidosYa por una exigencia de confidencialidad a la que están sometidos. La información provista por los funcionarios de Yaigo nos permitió analizar de manera cruzada los aspectos del trabajo que explicamos en adelante.

Para complementar la información recogida en las entrevistas, también nos apoyamos en las conversaciones informales con los repartidores, con quienes establecimos un mayor trato. Además, en la medida en que establecimos una buena relación con los trabajadores, también hicimos una observación directa y participativa de sus actividades económicas, de la organización de su tiempo de trabajo y de la gestión de sus insumos de trabajo, entre otros aspectos de su trabajo cotidiano en plataformas. Esta observación consistió en asistir y acompañar a los repartidores durante su

actividad, lo que nos permitió conocer las etapas de la jornada laboral, así como la exigencia física y mental del trabajo de reparto.

Para el análisis de la información recogida en campo, las entrevistas fueron codificadas, lo que nos permitió identificar nociones compartidas y estructurar sentidos o representaciones de los trabajadores con relación a los temas de nuestro interés. La codificación, sumada al análisis de nuestras notas de campo y apuntes sobre las conversaciones, así como a la revisión documental, nos permitieron elaborar el análisis de tipo sociológico. Por un lado, analizamos las trayectorias de vida y laborales de los trabajadores, lo que nos permitió comprender estructuras y procesos sociales que son determinantes en la experiencia de los sujetos. Por otro, nos permitió elaborar una explicación comprensiva sobre cómo tiene lugar la explotación en la economía gig de reparto, y cómo las nuevas lógicas de explotación son también determinantes en el proceso de precarización del trabajo.

Enfoque teórico del análisis

En lo que respecta al análisis sociológico, para el estudio completo combinamos varios abordajes sobre las clases sociales, por ejemplo, con el propósito de indagar sobre los atributos personales de los trabajadores y su acceso a oportunidades, entre otros aspectos (Riley, 2017; Breen, 2005). Sin embargo, para el presente análisis nos centramos en el análisis de las clases sociales como resultado de *procesos de explotación y dominación*. Es decir, el enfoque desarrollado por la tradición marxista (Althusser, 2019 [1970]; Marx y Engels, 2016 [1848]; Poulantzas, 2007 [1968]). El primer concepto, “explotación”, se refiere a la contradicción material estructural: las formas concretas de producción y reproducción de la desigualdad económica, a partir de los mecanismos de confiscación del excedente producido por los trabajadores. El segundo, “dominación”, se refiere a las formas políticas y culturales (o ideológicas) de justificación, legitimación y reproducción de la desigualdad social (Wright, 2015: 9; Harvey, 2010; Hoare y Nowell Smith, 2012). Al igual que Wright, consideramos que este enfoque sigue siendo el

más eficaz porque permite un análisis más relacional y cualitativo⁴ de las posiciones y las dinámicas de clase.

En términos concretos, nos interesa explicar cómo se produce la explotación en el trabajo en plataformas digitales de reparto. Es decir, cuáles son los mecanismos y estrategias que emplean las empresas de plataformas digitales de reparto para, por un lado, promover nuevas relaciones laborales precarias y flexibles y, por el otro, confiscar el excedente producido por los repartidores. Para la discusión sobre ambas dinámicas, consideramos necesario situar nuestro análisis en la relación actual entre el neoliberalismo, la precarización del trabajo y la vida y la informalización de la economía.

Tanto en los países del norte como en los del sur, el giro neoliberal en las políticas económicas que se inició a finales de la década de 1970 supuso el final del modelo keynesiano de políticas de desarrollo productivo y bienestar social impulsadas por el Estado (Carbonella y Kasmir, 2014; Fraser, 2017; Narotzky y Besnier, 2014). En términos generales, este viraje se tradujo, por un lado, en la privatización de las esferas de la producción y el intercambio, tanto de bienes como de servicios; por el otro, en el repliegue de la participación del Estado en la economía e, incluso, en la ejecución de políticas públicas; y, por último, en un incremento exponencial del desempleo, la precariedad de la vida y del trabajo de la gente común, y en una mayor informalización (Kasmir, 2018; Carbonella y Kasmir, 2014; Fraser, 2017; Harvey, 2014). En el caso específico del denominado Sur Global, y de Latinoamérica en particular, el viraje al neoliberalismo produjo efectos socioeconómicos particulares que no necesariamente tienen que ver con lo que sucedió en los países del norte (Carbonella y Kasmir, 2014).

En efecto, en algunos países de Latinoamérica, como Bolivia, el régimen de intercambio neoliberal global los compelió a mantener su especialización

4 La noción de analizar las clases sociales cualitativamente implica entender las posiciones de clase según la jerarquía y el lugar que ocupan las personas y los grupos en las relaciones de producción, intercambio y toma de decisión. Es decir, según la posición y el rol de las personas en las relaciones materiales y culturales de poder (Wright, 2015; véase también Poulantzas, 2007). Esta forma de entender las clases sociales difiere fundamentalmente de categorizaciones cuantitativas, como clase alta, media y baja, que se definen sobre todo en función a los ingresos económicos y a la ocupación, sin considerar el elemento relacional y el poder (véase Oesch, 2022; OECD, 2019).

en el suministro de bienes primarios (materias primas y productos agrícolas)⁵. Consecuentemente, el grueso de la población, que ya formaba parte de la población sobrante, no tuvo la perspectiva de ingresar en procesos formales de acumulación de capital. Estos grandes contingentes de población debieron recurrir a diversas estrategias de subsistencia, tanto en el sector de servicios y comercio como en las economías informales, incluyendo actividades rurales y extractivas, donde se generan formas específicas de desigualdad, precariedad y dinámicas de competencia. En este sentido, coincidimos con Yanz y Smith (1983: 94) cuando señalan que el concepto marxiano de ejército industrial de reserva (EIR) no debe tomarse como una categoría descriptiva, sino como un concepto analítico que puede ser utilizado para comprender procesos históricos y regionales específicos.

Nos hemos referido a los conceptos de precariedad e informalidad, por lo que consideramos importante aclarar cada uno y cómo se relacionan. El concepto de precariedad es bastante amplio, pues no solo abarca el ámbito de la economía y del trabajo, sino también todos los demás aspectos de la vida. En términos económicos, la precariedad se refiere sobre todo a la ausencia de fuentes estables de ingresos y a la ausencia sostenida de trabajo. Este concepto ha adquirido importancia desde los años setenta para referirse al auge de la precariedad laboral posfordista (*precaritization*), a partir de la expansión de nuevas formas de trabajo a destajo y del denominado *outsourcing* (externalización y terciarización) (Hann y Parry, 2018; Millar, 2014; Bellamy Foster, McChesney y Jonna, 2011). En este sentido, varios autores han emprendido la labor de teorizar sobre la precariedad y la precarización del trabajo, proponiendo nuevos conceptos para nombrar la situación cada vez más indeterminada de las clases trabajadoras: los sin salario, el precariado, los desempleados, el salariado, la subclase (Denning, 2010; Standing, 2014; Perelman, 2007; Mohandesi y Teitelman, 2017).

5 En el caso de Bolivia, esto tuvo lugar en las negociaciones de condonación de la deuda externa, en las que las organizaciones financieras internacionales (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) “sugirieron” que, para viabilizar la condonación, debían impulsarse procesos de privatización de las empresas estatales, así como enfocar la economía nacional al sector hidrocarburífero (véase IMF e IDA, 1997).

Por su parte, el concepto de informalidad también se funda en el desempleo y en deficiencias estructurales, por contraposición a un aparato productivo y a un mercado laboral formales. En este sentido, a partir de los años setenta, en el marco de las discusiones sobre el auge del desempleo, el concepto de informalidad se popularizó para el análisis de aquellas actividades económicas que se desarrollan fuera de los marcos oficiales, en coyunturas de creciente desocupación formal (Hart, 1985; Smith, 1989). Esto quiere decir que se trata de actividades: i) en las que los participantes son productores de mercancías y/o proveedores de servicios, cuya actividad comercial evita ser enumerada, regulada o sometida a algún tipo de auditoría; ii) en las que los mecanismos de generación de riqueza y acumulación son relativa o completamente ignorados por el sistema estatal de contabilidad; por lo tanto, iii) en las que los participantes acceden de manera privada a recursos que, de lo contrario, irían en beneficio de la colectividad (Smith, 1989: 294).

El estudio de la informalidad es central en contextos económicamente menos desarrollados y más pauperizados, como el boliviano, porque, por un lado, se trata de una condición de larga data del sistema económico y social y, por el otro, porque consiste en actividades y redes sin las cuales no podría sobrevivir la mayor parte de la población. Las actividades informales proliferan sobre todo en sociedades menos inclusivas y, por lo tanto, donde existe una menor aceptación/cumplimiento de las limitaciones y las normas, así como un acceso más desigual a oportunidades.

Ambos fenómenos, la precarización del trabajo y la informalización de la economía, también han sido analizados desde la perspectiva de cómo se modifican los procesos de gestión del trabajo en las distintas fases históricas del capitalismo, en el marco de la “teoría del proceso laboral” (Braverman, 1975; Kaufman, 2004; Burawoy, 1982). Si bien, como explican Omidi *et al.* (2023), esta teoría, que fue aplicada sobre todo a contextos de trabajo industrial, permite pensar cómo se fue modificando la relación capital-trabajo en la medida en que la organización del proceso laboral se transforma. Este abordaje resuena con la discusión de Wright (2015) sobre los arreglos o compromisos de clase, que plantea que, en la medida en que se fue desarticulando la capacidad de negociación colectiva de los trabajadores en el marco

del neoliberalismo, los capitalistas fragmentaron el trabajo y acomodaron el proceso laboral a sus intereses. Aunque en el presente artículo no entramos en esta discusión, es útil tenerla en cuenta para comprender los términos de la relación laboral que analizamos.

El auge de la precariedad y de la informalidad son dos aspectos cruciales para entender las condiciones laborales que describimos y analizamos en las siguientes secciones. Ambos fenómenos, la precarización del trabajo y la informalización de la economía, caracterizan el momento actual y la experiencia de las clases subalternas (Gill, 2000; Escóbar de Pabón *et al.*, 2019; Rojas Callejas, 2021). A esto debe sumarse el hecho de que el Estado, a pesar de sus intentos más recientes, también ha perdido la capacidad de velar por los intereses y el bienestar material de las clases subalternas, como se demuestra en las siguientes secciones. En el presente artículo nos enfocamos principalmente en la relación entre explotación y precarización del trabajo. Sin embargo, como demostramos más adelante, ambos fenómenos también se traducen en relaciones y arreglos informales.

Organización del trabajo en plataformas de reparto

En esta sección exponemos y analizamos nuestros hallazgos sobre la organización y las condiciones laborales en las plataformas digitales de reparto en Bolivia. El tema principal que nos interesa abordar es el hecho de que, a través de arreglos laborales precarios y caracterizados por aspectos informales, las empresas de *delivery* encubren relaciones de dependencia, se eximen de responsabilidades sociales para con sus trabajadores y hacen mucho más efectiva la explotación laboral. En resumen, las empresas de reparto promueven arreglos laborales tramposos que les permiten ampliar las tasas de explotación y ganancia, a partir de promover condiciones laborales precarias.

El primer aspecto de la precarización laboral promovida por las empresas tiene que ver con el acuerdo o contrato entre las empresas y los trabajadores. En el caso de PedidosYa, que establece un modelo de negocio más claro, sobre todo en lo que respecta a la relación con los repartidores,

esto se observa en el documento de contrato. Por un lado, establece de manera más clara la separación entre los trabajadores y la empresa, a través de un contrato en el que el repartidor se considera una “empresa independiente”; la relación laboral se señala como una “oferta de prestación de servicios”; y el pago a los trabajadores se establece como “contraprestación” y como “honorarios” (PedidosYa, 2021). Estas cláusulas sugieren que se establece una relación contractual horizontal entre partes iguales, pero esto no corresponde con la realidad.

Adicionalmente, el contrato establece otras cláusulas engañosas. Primero que, en su calidad de “prestadores de servicios” independientes, los repartidores tienen la libertad de definir sus horarios de trabajo y la duración del mismo. Segundo, la empresa establece como “condición esencial” que los trabajadores cuenten con el equipo de trabajo, en particular el vehículo (automóvil, motocicleta o bicicleta) para realizar los repartos. En este sentido, en el contrato también se etiqueta el trabajo de los repartidores como “servicio locado [sic] por la Empresa” (PedidosYa, 2021: 3). Es decir que además de contratar los servicios del repartidor, según el contrato la empresa supuestamente “arrienda” el equipo de trabajo de este, aunque dicho arriendo no se contabiliza en el pago de las “contraprestaciones”. Tercero, además de establecer una serie de obligaciones y prohibiciones, el contrato establece una cláusula de confidencialidad que impide a los repartidores compartir ningún tipo de “información estratégica” de la empresa con terceros. Más adelante explicamos cómo estas cláusulas le sirven a la empresa para legitimar la explotación del trabajo de los repartidores.

En este marco, los trabajadores deben cumplir una serie de requisitos, materiales y burocráticos, que deben comprobar debidamente para ingresar en las plataformas de reparto. Todos estos requisitos (véase la tabla 1) implican una serie de gastos previos para los repartidores, y establecen los términos de la relación laboral precaria. En primera instancia, el NIT, el registro comercial como empresa unipersonal y el ROE son documentos que formalizan la figura de “prestadores individuales de servicio”. Con estos documentos, la empresa se deslinda de cualquier responsabilidad empleador-empleado para con los repartidores y se consolida la figura del trabajador precarizado independiente que promueven las economías gig.

Tabla 1. Requisitos para trabajar con PedidosYa

Documentos	<ul style="list-style-type: none"> - Formulario de postulación - Licencia de conducir - Número de Identificación Tributaria (NIT) - Registro de comercio de empresa unipersonal, en SEPREC (antes FUNDEMPRESA) - Registro Obligatorio de Empleadores (ROE) - Seguro contra accidentes y seguro de responsabilidad civil - Seguro Obligatorio de Accidentes de Tránsito (SOAT) - Firma de contrato de prestación de servicios
	<p>Para repartidores migrantes*</p> <ul style="list-style-type: none"> - Permiso de residencia y de trabajo - Carnet de identidad y residencia
Materiales	<ul style="list-style-type: none"> - Vehículo, en particular motocicleta. - Casco - Kit de herramientas para moto* - Repuestos* - Teléfono celular inteligente
Otros	<ul style="list-style-type: none"> - Correo electrónico - Cuenta en el banco - Compra de "material publicitario"

* No exigido por la empresa.

Fuente: elaboración propia con base en entrevistas a repartidores.

Además, el hecho de que los trabajadores deban emitir facturas por la prestación de su servicio a la empresa también implica que la empresa les transfiera a aquellos el pago de impuestos. Por último, en lo que respecta a los trabajadores migrantes, si bien no es una exigencia de la empresa, para poder tramitar todos los demás documentos necesitan previamente obtener sus permisos de residencia y de trabajo, lo cual implica un gasto adicional, dependiendo de cada caso⁶.

6 El costo del permiso de residencia y trabajo en Bolivia tiene un costo de aproximadamente Bs 1.000 por un año, y de Bs 2.000 por dos años. Por su parte, en algunos casos los trabajadores migrantes pueden tramitar un carnet de identidad y residencia, que tiene un costo adicional de Bs 450. El tiempo de tramitación de estos documentos es de aproximadamente un mes, aunque puede tardar más. Estos costos no incluyen los de otros documentos que puedan exigirse como requisitos para la tramitación (Dirección General de Migración, 2023; Franco, 2018).

Los aspirantes a repartidores que logran cumplir con todos los requisitos para el ingreso son “habilitados” por la empresa a partir de la activación de su cuenta como repartidores en la aplicación móvil y de la entrega del equipo de trabajo, denominado “material publicitario”, que ellos deben pagar/comprar. Es decir, se convierten en “dueños de cuenta”⁷. Recordemos que, previamente, los repartidores deben invertir en una serie de trámites que requiere la empresa, así como dotarse de todo el material de trabajo y de los insumos que necesitan para realizar la actividad. Es decir que los repartidores deben realizar una significativa inversión previa para poder ser “habilitados”. La compra del “material publicitario” es otro mecanismo engañoso, ya que en realidad comprende el uniforme de trabajo (polera, chaqueta y, en algunos casos, impermeable), y la mochila térmica para transportar los alimentos⁸. Los trabajadores deben comprar como mínimo la polera y la mochila, y tienen la opción de comprar otros insumos, como las chaquetas y los impermeables.

Para ejemplificar la situación, con base en la información que nos fue proporcionada por los repartidores con los que conversamos, elaboramos un presupuesto hipotético que incluye todos los gastos aproximados y básicos de habilitación.

7 Parte de la jerga del trabajo en plataformas de reparto, así como algunos de los mecanismos de contratación, evocan aspectos de relaciones de “peonaje por mercancía y/o por deuda” (Cardona *et al.*, 2014; Dore, 2003; Killick, 2011). Por ejemplo, la “habilitación” o “habilito” para trabajar a partir de la adquisición de insumos que luego son parte de la deuda del trabajador con el empleador; la relativa “autonomía” de los trabajadores; el hecho de ser “dueños de cuenta” y el pago a destajo que explicamos luego.

8 Señalamos que se trata de un mecanismo engañoso porque, en teoría, los repartidores no son empleados y, por lo tanto, no deberían portar uniformes de trabajo. En este marco, el eufemismo “material publicitario” sirve para encubrir este aspecto de la organización del trabajo. En la práctica, los repartidores son forzados a portar el uniforme so pena de ser penalizados mediante el sistema de *batch* (que explicamos más adelante) o, incluso, con la suspensión de su cuenta.

Tabla 2. Presupuesto estimado de habilitación para trabajo de reparto

	Ítems	Monto en bolivianos (sin decimales)
Gastos previos	Licencia de conducir	225
	Registro comercial	300
	Seguro contra accidentes (anual)	700
	SOAT (anual)	200
	Permiso de residencia y trabajo (anual)*	1.000
	Carnet de identidad y residencia*	450
	Compra de motocicleta (marca Boxer 150, nueva)	9.800
	Compra de equipo (casco nuevo más barato)	370
	Compra de equipo (guantes)	119
	Subtotal 1	13.164
	Compra informal de cupo (costo medio)	2.000
Subtotal 2	15.164	
Gastos de habilitación	Compra de “material publicitario”: uniforme y equipo de trabajo (monto básico)	960
	Presupuesto inicial para “caja chica”	400
	Total	16.524

*Requisitos adicionales para trabajadores migrantes.

Fuente: elaboración propia con base en las entrevistas a repartidores.

Por último, otro gasto de habilitación, no menos importante que los anteriores, es el presupuesto para “caja chica” con el que los repartidores deben iniciar su jornada de trabajo. La aplicación de PedidosYa acepta pedidos que se pagan tanto digitalmente o con tarjeta, como en efectivo. Para ello, la empresa les exige a los repartidores iniciar su jornada laboral con una “caja chica” de entre 300 y 400 bolivianos para poder realizar los pagos en los locales de retiro y entregar cambio a los clientes en el momento de la entrega.

Si bien este fondo mínimo podría no considerarse un gasto, hay dos aspectos que deben contemplarse: i) en una relación laboral formal, los trabajadores no tendrían por qué utilizar sus recursos personales para las operaciones comerciales de la empresa, y ii) en los casos en que, por ejemplo, los pedidos son falsos, o si los clientes deciden no aceptarlos o cancelan a último momento y ya no es posible realizar la devolución del pedido en el

local, el aporte del repartidor a la “caja chica” se traduce en una pérdida de sus recursos personales⁹.

Por otro lado, para entender la explotación, es decir, la confiscación del excedente producido por los trabajadores, es necesario considerar algunos mecanismos utilizados por la empresa a través de la aplicación, para controlar la organización del tiempo de trabajo y disciplinar a la mano de obra.

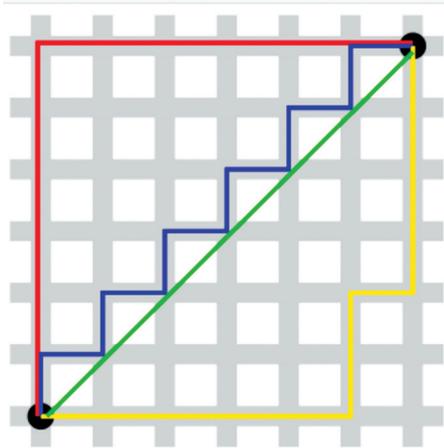
El primero es un sistema de *batch* o lotes, que consiste, básicamente, en clasificar a los repartidores por lotes según su rendimiento (1 siendo el mejor y 4 el más bajo), a saber, su nivel de aceptación de pedidos y su nivel de disponibilidad de tiempo para el trabajo. Por lo tanto, aquellos repartidores que están dispuestos a aceptar todos los pedidos que les “ofrecen”, son los que mejor calificación tienen. El principal incentivo es el acceso a horarios y turnos favorables. Es decir, los repartidores con mejor rendimiento acceden a los mejores turnos (más largos y con mayor concentración de pedidos), mientras que a los repartidores en los lotes más bajos se los ubica en una situación mucho más precaria.

El segundo es el sistema de medición de la distancia (o kilometraje) que emplea la aplicación para pagar a los repartidores, y que no corresponde con la distancia y el recorrido reales. De modo que la empresa termina pagando menos e imponiendo un tiempo de recorrido irreal. Los más informados sobre el tema nos señalaron que el sistema de medición corresponde con la denominada distancia Manhattan, también conocida como la geometría del taxista (ilustración 1). En palabras de un repartidor: “Mirá este pedido, la aplicación te marca una línea recta, ponle unos 6 kilómetros, pero en realidad hasta llegar allá vas a andar unos 11 o 12 kilómetros porque tenés que dar vueltas para llegar” (entrevista a Alberto, repartidor de PedidosYa Santa Cruz, en 2022. Disponible en audio).

9 Otro hallazgo importante en este sentido es que una parte de los repartidores contraen deudas o recurren a distintas estrategias para poder financiar su ingreso en el trabajo de reparto. Por ejemplo, la mayoría de los repartidores con los que conversamos tuvieron que recurrir a préstamos, ya sea a través de entidades financieras, de familiares y amigos o de asociaciones informales de crédito rotativo (*pasanaku*) para comprar su motocicleta y/o para cubrir otros gastos de la habilitación.

Como parte de este segundo mecanismo se aplica un sistema de medición del tiempo recorrido entre el punto de recojo del producto y el punto de entrega (el cliente). Este sistema de control y monitoreo también influye en su calificación y, por lo tanto, en su ingreso en el sistema de lotes.

Ilustración 1. Representación gráfica de la métrica Manhattan¹⁰



Fuente: Cárdenas Izquierdo y Parra Ardila, 2013: 12.

El tercer es el sistema de enganche de pedidos, que consiste en la asignación de varios pedidos simultáneos, que ocurre sobre todo cuando

10 En términos más precisos: “La métrica del taxista está estrechamente relacionada con la distancia recorrida por un taxista o un caminante en una ciudad ordenada y bien planificada, aunque difícil de encontrar, donde las trayectorias sólo tienen dos sentidos de Norte a Sur” (Cárdenas Izquierdo y Parra Ardila, 2013: 12). Como se observa en la ilustración, según esta métrica, la distancia más eficiente o práctica entre dos puntos, en una ciudad organizada en forma de cuadrícula, no corresponde con la línea verde, sino con las otras líneas. A diferencia de Nueva York, en ciudades como La Paz o Santa Cruz esta métrica se torna imprecisa porque no considera otros aspectos como la topografía, la irregularidad de la planificación urbana, además del tráfico, entre otros factores. Por lo tanto, se traduce en un cálculo erróneo que, a su vez, implica una remuneración más baja para ellos, quienes además deben arriesgarse a conducir a mayor velocidad para evitar las advertencias de incumplimiento de tiempo que les envía la aplicación.

los repartidores llegan al local a recoger el primer pedido. Si bien, nominalmente, los repartidores no están “obligados” a aceptar el pedido, el hecho de no hacerlo también afecta su calificación en la aplicación y, por lo tanto, su ranking en el sistema de *batch*. El problema con este sistema, como señalan todos repartidores, es que la aplicación solo paga la totalidad del recorrido del primero pedido y una fracción del segundo.

En este marco, un hallazgo a resaltar es que los repartidores entienden que la conjunción del sistema de control de tiempo de recorrido de la aplicación, el sistema de medición de distancia y el sistema de enganche de pedidos se traduce en una mayor presión sobre ellos. Porque no solo deben recorrer mayores distancias, sino que también deben apresurar el tiempo que tardan en llegar de un punto a otro y, todo esto, sabiendo que están ganando menos por más trabajo. Sobra decir que estos sistemas de control y disciplinamiento del trabajo también influyen en los accidentes y riesgos a los que están expuestos los repartidores. Sistemas similares son utilizados por otras empresas de plataformas digitales, como Uber, Yango e InDrive, entre otras, y han sido caracterizados como mecanismos de “discriminación salarial algorítmica” y factores de “tecnoestrés” laboral (Cram *et al.*, 2022; Dubal, 2023).

El pago a los repartidores es semanal y se calcula por la distancia recorrida, tanto desde el punto de inicio del recorrido hasta el punto de retiro del pedido, como desde el punto de retiro hasta el punto de entrega. El costo por kilómetro lo fija la empresa, y varía de país a país. En el caso de Bolivia, como nos señalaron los repartidores y como se observa en el desglose, la tarifa por kilómetro oscila entre los 1,98 y 1,99 bolivianos. Es por esta razón que el sistema de medición de la distancia es el principal mecanismo de control del trabajo de los repartidores. Por otra parte, PedidosYa paga una comisión de entre 5 y 6 bolivianos por llegar al punto de retiro del producto, y otra comisión de aproximadamente 2 bolivianos por llegar al punto de entrega, que son contabilizadas como “pagos por publicidad”. Además, en el desglose enviado por la empresa a través de la aplicación se incluye el pago de las propinas; sin embargo, los repartidores nos señalaron que la empresa suele confiscar arbitrariamente las propinas digitales.

Tabla 3. Desglose de pago a repartidor de PedidosYa

Esta semana generaste		1.260,28
+ Propinas		22,28
Hs Conectado		36
Ingreso Prom/hora		35,01
	unitario	\$
Punto de retiro*	79	441
Punto de entrega*	107	224
Distancia al local	61,99 km	123,23
Distancia al cliente	236,24 km	472,05
Adicional	0	\$0
Adicional garantizado	-	0
Subtotal	Bruto	1.260,28
Anticipo costo de envío	-	-475
Anticipo costo de uso de plataforma	-	-53
Tarifa inicio operaciones	-	0
Saldo pendiente	+/-	0
Total, honorarios a pagar	Neto	0

Fuente: elaboración propia con base en captura de pantalla compartida por repartidor.

Como se observa en la tabla 3, la empresa descuenta a los repartidores un denominado “anticipo de costo de envío”, que corresponde a la tarifa o comisión por el servicio incluida en los pagos que reciben los repartidores en efectivo. Es decir, la empresa “debita” del pago de los repartidores la comisión que le corresponde por los servicios realizados en efectivo. La siguiente partida descontada se denomina “anticipo por costo de uso de plataforma”. Los repartidores señalan este cobro como el más reciente sistema de “robo” implementado por la empresa, ya que ahora deben pagar una suerte de “renta” por el uso de la aplicación.

Discusión: ¿cómo ocurre la explotación en el trabajo de reparto?

Todos estos elementos nos permiten explicar cómo ocurre la explotación en el trabajo de reparto. Pero previamente es necesario aclarar algunos

temas. Primero, existen dos comprensiones sesgadas sobre el concepto de explotación que son comunes en el uso coloquial del término: i) un ambiente laboral caracterizado por abusos y violencia directa contra el trabajador; ii) determinados tipos de trabajo que son más desgastantes y peligrosos, y que requieren mayor esfuerzo físico. Si bien la violencia y el desgaste físico son dos aspectos fundamentales de la explotación, en términos de la economía política este concepto se refiere a toda relación económica de producción e intercambio en la que el excedente o la riqueza producida por un grupo humano subalterno es apropiado y usufructuado por un grupo dominante de no-productores (Harvey, 2010; Marx, 1981 [1867]).

En este entendido, el primer aspecto central es comprender que, en el negocio de plataformas digitales de reparto, el excedente (que se convierte en riqueza y capital) es producido por los repartidores. Si bien las empresas de plataformas digitales de reparto se presentan como simples proveedoras de servicios de tecnología (plataformas de *e-commerce*), en realidad la principal actividad de la que dependen y que hace posible la generación de riqueza es la actividad de reparto (*delivery*). Son empresas que corresponden con la industria del transporte de mercancías.

El trabajo de reparto, cuya denominación correcta debe ser, entonces, transporte y distribución de mercancías, hace posible la conclusión o culminación de otros procesos de valorización que lo anteceden (Marx, 1992 [1883]: 235). Nos referimos a la producción de mercancías de, sobre todo, los negocios de comida, que también son el resultado de relaciones de explotación. Los bienes producidos en estos negocios (comida) se realizan como “mercancías” una vez que son comprados y consumidos; pero, para que esto ocurra, primero deben ser transportados y entregados. Por lo tanto, es mediante el trabajo de reparto que se completa el ciclo de producción e intercambio.

En otras palabras, en el trabajo de reparto tiene lugar un doble proceso de valorización: i) la objetivación del valor creado por los trabajadores del sector de comida, y ii) el añadirle valor, o crearle un nuevo valor adicional relativo, mediante el trabajo mismo de reparto. Por ejemplo, un paquete de pollo frito es producido por los trabajadores de una empresa como “Pollos X”, a partir del gasto de su trabajo vivo. Este paquete de pollo frito tan

solo se realiza como “mercancía” –es decir, su proceso de valorización se objetiva – cuando se lo entrega al cliente.

Las empresas de plataforma digital de reparto que analizamos se limitan al transporte de pequeñas mercancías (servicios de comida, artículos de farmacias y de supermercados), así como a otros servicios de transporte de pequeña escala (*courier*). Su actividad se ve favorecida porque en las ciudades bolivianas predomina el sector terciario (servicios y comercio). Esto, sin contar con el rol fundamental que jugó la pandemia de COVID-19 para el auge de este servicio.

La cobertura geográfica de las empresas se organiza por zonas o barrios; por ello, el lugar que estas empresas ocupan en la industria del transporte de mercancías resulta menos evidente. Además, el modelo de negocio que promueven estas empresas cambia los términos de la industria de transporte de mercancías, a través de la recategorización del trabajo y la aparente terciarización.

De modo que la primera gran contradicción a destacar en este modelo de negocio es que la empresa excluye de su organización a la fuerza de trabajo de la que realmente depende, y que constituye el verdadero factor de su éxito comercial: la actividad que llevan a cabo los trabajadores/repartidores. Ahora bien, a pesar de la evidente contradicción capital-trabajo, la capacidad casi nula de negociación colectiva de los trabajadores –por el hecho de formar parte de una población excedentaria que está bajo un arreglo laboral precario y con elementos de informalidad, es decir que es reemplazable– es lo que hace que este negocio sea cruelmente provechoso para los capitalistas. En otras palabras, el hecho de que los repartidores sean excluidos de la empresa constituye un mecanismo que hace más eficaz¹¹ la explotación.

Salario a destajo. Un primer elemento fundamental para comprender la relación entre la forma de explotación eficaz que promueven las empresas

11 Cuando señalamos que la explotación se vuelve más “eficaz” no quiere decir, en términos de desarrollo económico, que sea más “eficiente”. La diferencia entre ambos conceptos tiene que ver con que, en este caso, la relación de explotación promueve arreglos informales y condiciones de trabajo más precarias. En una perspectiva más amplia, todo esto acaba siendo desfavorable para el sistema económico en general, e incluso para otras empresas y sectores de la economía (véase Wright, 2015).

de reparto y la precarización laboral tiene que ver con la forma de pago. En este caso el pago, que se presenta como “contraprestación” u “honorario”, no es más que un salario a destajo. Ya en el siglo XIX Marx (1981 [1867]) elaboró una distinción entre dos tipos de salario: el salario por tiempo (*time wage*) y el salario por pieza o producto, o a destajo (*piece wage*). En el primer caso, el valor del salario se calcula como el valor de la fuerza de trabajo (precio) dividido por el número de horas de la jornada laboral (*op. cit.*: 684). Marx señalaba que el problema con esta forma de salario es que la definición de su valor debe ser el producto de un arreglo/acuerdo entre clases (capitalistas y trabajadores) que comprenda tres aristas: i) la cantidad de horas de la jornada laboral; ii) el valor de la fuerza de trabajo, que se traduce en el precio del trabajo; iii) el precio de los medios de subsistencia que necesitan los trabajadores para su reproducción. Por ello es que Marx (*op. cit.*: 686) señalaba que una pequeña victoria de los obreros ingleses del siglo XIX fue lograr que el salario se pagara por jornada trabajada, y no por hora

También en el salario por pieza, producto o a destajo (*piece wage*), el precio del valor del trabajo se fija con relación a la cantidad de mercancía producida y/o entregada. No obstante, como hemos notado que también sucede con el trabajo de reparto, el proceso de valorización continúa dependiendo del tiempo que los repartidores pasen trabajando¹². Esta forma de pago encubre o fetichiza aún más el esfuerzo realizado por el trabajador porque el tiempo que le dedican a su trabajo se borra del cálculo del precio de su trabajo. De hecho, el propio Marx señalaba que en esta forma de salario el capitalista tiene mayor capacidad de presionar para que el trabajo se intensifique. Es más: “la prolongación de la jornada laboral se convierte en interés personal del trabajador, ya que con ella aumenta su salario diario o semanal” (*op. cit.*: 695-96). Esto es, precisamente, lo que ocurre en el caso de los repartidores: para poder maximizar su ganancia, se agotan trabajando más horas al día (entre 12 y 16, en algunos casos).

12 Es por esta razón que para empresas como PedidosYa es necesario establecer mecanismos de control del tiempo: sistema de *batch*, sistema de turnos, aumento arbitrario de horas de trabajo, entre otros. Estos mecanismos son fundamentales para incentivar la intensificación del trabajo, incluso a pesar de que la misma forma de salario a destajo, por su naturaleza, promueve esta intensificación.

Desde luego que ambas formas de salario son irracionales, pues implican un cálculo arbitrario del valor del trabajo vivo de las personas, que se traduce en una relación monetaria (precio). Sin embargo, retomando los apuntes de la primera sección, en el contexto actual del capitalismo, es decir el neoliberalismo, la primera forma (salario por tiempo) aparece como la más estable y formal. De hecho, hasta los años setenta el salario estable y por tiempo fue uno de los principales logros del movimiento obrero a nivel global. En la actualidad, una buena parte de los arreglos laborales, y no solo en el sector analizado, corresponden con la forma de salario a destajo, lo que indudablemente significa un retroceso (Millar, 2014; Wright, 2016). En consecuencia, lo que sucede con el auge de las economías gig es: i) la flexibilización de la explotación a partir de categorías engañosas para renombrar el trabajo y desmontar la relación formal patronal-trabajador, y ii) la intensificación de la explotación a partir de cargar al trabajador con la responsabilidad entera sobre la cantidad de ingresos que genera.

Transferencia de costos. Los siguientes componentes del proceso de explotación son los mecanismos mediante los cuales la empresa le transfiere ciertos costos de capital al trabajador. Para comprender esto, es necesario considerar que el negocio de plataforma digital de reparto corresponde con la rama específica de la industria de transporte de mercancías. En este sentido, “la industria del transporte constituye, por una parte, una rama independiente de la producción y, por tanto, un ámbito particular para la inversión de capital productivo” (Marx, 1992 [1883]: 229). Por lo tanto, también implica inversión en *capital variable y constante*. En el negocio de reparto, la parte variable del capital, es decir, la fuerza de trabajo, son los repartidores; mientras que la parte constante más importante son las motos porque son el principal medio de trabajo.

En lo que respecta a la transferencia de costos de capital variable (fuerza de trabajo), los repartidores son responsables de todos los costos de su reproducción y de las prestaciones que debería pagar la empresa. Primero, en el marco de la flexibilización neoliberal de la explotación, y por el hecho de no ser considerados “trabajadores”, no reciben las prestaciones sociales básicas (seguro de salud y fondo de jubilación). Segundo, al no ser considerados trabajadores, sino “empresas independientes de prestación

de servicios”, se les exige que ellos compren el seguro contra accidentes y de responsabilidad civil, así como el Seguro Obligatorio de Accidentes de Tránsito (SOAT). Tercero, también se les exige que se hagan cargo de financiar los demás insumos de seguridad que puedan necesitar.

En cuanto a los costos de capital constante, los repartidores también deben hacerse cargo de financiar sus medios de trabajo. El gasto de capital constante más importante que deben realizar es la compra de su vehículo (motocicleta), que es la principal herramienta de trabajo y el principal medio de generación de excedente de este modelo de negocio. Asimismo, los repartidores son responsables de todos los gastos de funcionamiento y mantenimiento de sus vehículos (combustible, cambio de aceite, cambios de llantas y cualquier otro ajuste adicional que haga falta). Además, la empresa obliga a los repartidores a comprar su equipo de trabajo (mochila térmica) y su indumentaria. Aparte de estos gastos obligados, los trabajadores corren con los gastos del resto de su equipamiento: herramientas, kit de primeros auxilios y celular, entre otros.

Es importante aclarar que los medios de trabajo en los que deben gastar o “invertir” los trabajadores, sobre todo la mochila térmica y la indumentaria, son *capital fijo*. Es decir que no son artículos cuya forma de uso se transforma durante el proceso de valorización. Esto tiene que ver con el hecho de que el trabajo que realizan los repartidores no consiste en la producción de bienes, sino en la prestación de un servicio. Por lo tanto, el desgaste de estos medios de trabajo también contribuye a añadir valor a las mercancías que los repartidores transportan.

Esta relación de los medios de trabajo como capital fijo se complejiza en el caso de las motocicletas, porque no son únicamente un medio de trabajo. Es decir, la actividad de transporte no es su única función. Las motocicletas también son artículos o bienes que los repartidores consumen de manera individual. Es decir, la empresa se beneficia del uso de los artículos personales de los trabajadores (motocicleta, celular, casco, herramientas, etcétera).

Además de la normalización de la forma precaria de salario a destajo, las empresas emplean otros mecanismos suplementarios, que ya hemos explicado, para confiscar el excedente generado por los trabajadores. Un

primer mecanismo de confiscación tiene que ver con los sistemas de *medición de distancia* y de *medición de tiempo*, que explicamos en la sección anterior para el caso de PedidosYa. Nuevamente, el proceso de valorización que llevan a cabo los repartidores se objetiva y se mide por la distancia que recorren, que se traduce en una tarifa de recorrido (aproximadamente 2 bolivianos por kilómetro) que, en última instancia, se traduce en el pago a destajo (por pedido). Como señalan los repartidores, el sistema de medición del kilometraje (Manhattan) es ineficiente, porque la medición que efectúa no corresponde con la realidad (menos distancia, ergo menos tiempo de recorrido). En otras palabras, a partir de estos mecanismos, existe una fracción del recorrido (distancia/tiempo) que no se paga al repartidor.

Por otra parte, en el sistema de enganche de pedidos, que también explicamos en la sección anterior, si bien la empresa cobra la comisión al local y la tarifa entera de servicio de envío al cliente, solo le paga la totalidad del primero pedido al repartidor y una fracción del recorrido para los demás pedidos que le engancha. De esta manera, la empresa establece otro mecanismo de confiscación de la plusvalía al imponerle al repartidor recorridos (distancia/tiempo) que le paga solo parcialmente. Es decir que una fracción significativa de estos recorridos no se les paga.

La combinación de estos sistemas de medición de distancia, tiempo y enganche de pedidos, sumada al *sistema de calificación de rendimiento* o *batch*, da lugar a una dinámica mucho más eficaz de confiscación del plusvalor, ya que los trabajadores se ven “incentivados” a, por un lado, aceptar más pedidos y, por el otro, a ampliar la duración de su jornada laboral.

Por último, aunque se trata de una suma pequeña, no es poco el cobro a los repartidores de una *tarifa por uso de la aplicación*, que revela otro aspecto problemático de este modelo de negocio. No solamente que la empresa establece varios mecanismos para confiscar el excedente del trabajo de reparto y transferir el pago de costos de capital a los trabajadores, sino que además cobra una “renta” por el uso de la plataforma digital. Esta renta también la cobra a los negocios de comida y a los clientes. Por lo tanto, asistimos a la formación de un capitalismo adulterado, que combina elementos de peonaje, capitalismo mercantil y capitalismo rentista. Además, este cobro también tiene que ver con gastos de capital fijo (medio de trabajo). En este

caso, consiste en una cobertura parcial de los costos administrativos y de mantenimiento de la plataforma digital, que es la principal herramienta de trabajo de la empresa y los repartidores.

Conclusiones: la precarización del trabajo como nueva norma

A lo largo del artículo hemos expuesto algunos de los hallazgos de nuestro estudio sobre el trabajo en las plataformas digitales de reparto; estos nos permiten comprender, por un lado, cómo es que tiene lugar la explotación y, por el otro, cómo este nuevo modelo de negocio promueve la precarización laboral. A modo de cierre, nos parece importante enfatizar en este segundo aspecto, ya que se trata de una característica cada vez más extendida del capitalismo en su fase tardía.

En el contexto del neoliberalismo, asistimos al auge de la flexibilización y la precarización del trabajo. El reemplazo de la lógica fordista y keynesiana de explotación y hegemonía expansiva por la explotación neoliberal, flexibilizada y precaria sentó las bases para un capitalismo mucho más salvaje, desregulado y que, en consecuencia, recurre a lógicas de explotación que se suponía que habían sido “superadas”. De hecho, ya en los años ochenta algunos estudios señalaban que, con el viraje al neoliberalismo, las condiciones de trabajo y de vida de las clases trabajadoras recuperaban algunas características del siglo XIX (Magubane, 1985; Breman, 2004; Harvey, 2011). En el caso de las economías gig de reparto, la precarización del trabajo tiene varios rasgos problemáticos.

El primer aspecto problemático de este modelo de negocio es la manera en que categoriza o denomina el trabajo y, por lo tanto, a los trabajadores. De hecho, con los repartidores ni siquiera se utilizan los conceptos de “trabajo” y “trabajadores”, sino de “oferta de prestación de servicios” y “prestador”, “contratista independiente” y/o “empresa independiente”. En el caso de otras empresas de reparto más pequeñas, este “acuerdo” ni siquiera se hace por escrito; son contrataciones verbales y mucho más informales. Como señalan Cornelissen y Cholakova (2021) y Todolí-Signes (2017), esta única transformación en la manera de categorizar el trabajo sienta las bases para

todas las relaciones de explotación y dominación que hemos explicado. Es decir, el hecho de que la construcción de nuevas categorías engañosas para nombrar el trabajo se convierta en algo socialmente aceptable y aceptado, es determinante para la precarización.

El siguiente aspecto problemático es que esta normalización de nuevas categorías del trabajo sienta las bases para otras dinámicas. Primero, los arreglos laborales retoman elementos de formas precapitalistas, como el peonaje por deuda. Por ejemplo, en la medida en que los trabajadores asumen gastos que deberían recaer en la empresa, incluso quedan endeudados con la misma. Segundo, a partir del uso de nuevos eufemismos, los repartidores también asimilan la noción contradictoria de que son trabajadores por cuenta propia, libres y que tienen control total sobre su tiempo y la organización de su trabajo. A pesar de que, nominalmente, la empresa no ejerce ningún tipo de control sobre el tiempo de los trabajadores, en la práctica lo controla efectivamente. Adicionalmente, este control tiene lugar en el marco de un arreglo laboral por salario a destajo, lo que demuestra que, si bien el contrato es “por producto” o “servicio prestado”, el control del proceso de valorización todavía consiste en la relación tiempo de trabajo-valor creado por el trabajo.

Existen otros aspectos del trabajo de reparto que son más de orden antropológico y que no discutimos en este artículo, pero que amplían la comprensión de la problemática de la precarización del trabajo, por lo que a continuación menciono algunos. Para muchos repartidores, el arreglo laboral precario en el que ingresan es aceptable porque comparten la noción de que es un trabajo autónomo y por cuenta propia. En la misma dirección, muchos trabajadores rechazan la idea de recibir prestaciones sociales (seguro de salud y fondo de jubilación) porque consideran un gasto el aporte para las mismas. Esto tiene que ver con otra noción contradictoria. La mayoría de los trabajadores con quienes conversamos valora su trabajo en términos puramente cuantitativos (la cantidad de dinero que recibe), omitiendo por completo los aspectos cualitativos (condiciones de trabajo, estabilidad, beneficios sociales, entre otros).

La precarización del trabajo y la informalización de la economía son dos fenómenos que van de la mano y en detrimento de los medios de vida

de las poblaciones trabajadoras. Esta situación problemática no solo afecta a los trabajadores de determinados sectores, como el que analizamos en este artículo, sino también a la mayoría de los empleos calificados y no calificados. Por ello, es imperativo ampliar la mirada sobre las transformaciones de los mundos del trabajo y traer la discusión sobre la cuestión laboral como un aspecto que sigue siendo central para comprender las contradicciones del capitalismo en su fase histórica actual. En el caso boliviano, es necesario retomar una mirada crítica sobre la cuestión del trabajo, la estructura y las relaciones de clase, evitando conceptos y nociones que tiendan a relativizar estos fenómenos o, peor, a fetichizarlos detrás de prefiguraciones culturalistas.

Fecha de recepción: 16 de septiembre de 2024
Fecha de aceptación: 21 de noviembre de 2024

Bibliografía

- Althusser, Louis ([1970] 2019). *Ideología y aparatos ideológicos del estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Bellamy Foster, John, McChesney, Robert y Jonna, Jamil (2011). “The Global Reserve Army of Labor and the New Imperialism”. *Monthly Review*, noviembre de 2011. <https://monthlyreview.org/2011/11/01/the-global-reserve-army-of-labor-and-the-new-imperialism/>.
- Braverman, Harry (1998). *Labor and monopoly capital: the degradation of work in the twentieth century*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Breen, Richard (2005). “Foundations of a neo-Weberian class analysis”. En: Wright, Erik Olin (edit). *Approaches to class analysis*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Breman, Jan (2004). *The Making and Unmaking of an Industrial Working Class: Sliding down the Labour Hierarchy in Ahmedabad, India*. Amsterdam: Amsterdam University Press.

Burawoy, Michael (1982). *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capitalism*. Chicago: The University of Chicago Press.

Carbonella, August y Kasmir, Sharryn (2014). “Introduction. Toward a Global Anthropology of Labor”. En: Carbonella, August y Kasmir, Sharryn (eds). *Blood and fire: toward a global anthropology of labor*. Serie Dislocations, vol. 13. Nueva York: Berghahn Books.

Cárdenas Izquierdo, Ricardo Andrés, y Wilson Parra Ardila (2013). “Estudio de la métrica de Manhattan. Segmentos, rectas, rayos, circunferencias y algunos lugares geométricos en la geometría del taxista”. Tesis de Licenciatura para la Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Colombia. <http://repositorio.pedagogica.edu.co/bitstream/handle/20.500.12209/2188/TE-16178.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

Cano Cardona, Walter, De Jong, Boot, René G. A. y Zuidema, Pieter A. (2014). “The New Face of Debt-Peonage in the Bolivian Amazon: Social Networks and Bargaining Instruments”. *Human Ecology*, 42 (4): 541-49. <https://doi.org/10.1007/s10745-014-9666-4>.

Cornelissen, Joep y Cholakova, Magdalena (2021). “Profits Uber Everything? The Gig Economy and the Morality of Category Work”. *Strategic Organization*, 19 (4): 722-31. <https://doi.org/10.1177/1476127019894506>

Cram, W. Alec, Wiener, Martin, Tarafdar, Monideepa y Benlian, Alexander, (2022). “Examining the Impact of Algorithmic Control on Uber Drivers’ Technostress”. *Journal of Management Information Systems*, 39 (2): 426–53. <https://doi.org/10.1080/07421222.2022.2063556>

Denning, Michael (2010). “Wageless Life”. *New Left Review*, 66: 79-97.

Dirección General de Migración (2023). “Permanencia temporal por trabajo de 1, 2 o 3 años”. *Información de la DGM*. <https://migracion.gob.bo/node/204>

- Dore, Elizabeth (2003). “Debt Peonage in Granada, Nicaragua, 1870-1930: Labor in a Noncapitalist Transition”. *Columbia Law Review*, 7 (123): 1929-1992. https://columbialawreview.org/wp-content/uploads/2023/11/Dubal-On_Algorithmic_Wage_discrimination.pdf
- Escóbar de Pabón, Silvia, Arteaga, Walter G. y Hurtado Aponte, Giovanna (2019). *Desigualdades y pobreza en Bolivia: una perspectiva multidimensional*. Primera edición. La Paz: Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA).
- Flores, Dayana (2024). “Top 6 de los mejores lugares para trabajar en Bolivia”. *Opinión Bolivia*, 28 de abril de 2024. <https://www.opinion.com.bo/articulo/revista-asi/top-6-mejores-lugares-trabajar-bolivia/20240426000045943837.html>
- Franco, Manuel (2018). “Migración en Bolivia: Permiso de Trabajo y Residencia”. *Diario del Exportador* (blog), agosto. <https://www.diariodelexportador.com/2016/08/migracion-en-bolivia-permiso-de-trabajo.html>
- Fraser, Nancy (2017). “Crisis of Care? On the Social-Reproductive Contradictions of Contemporary Capitalism”. En: Bhattacharya, Tithi (ed.). *Social Reproduction Theory. Remapping Class, Recentring Oppression*. Londres: Pluto Press.
- Geissinger, Andrea, Laurell, Christofer y Sandström, Christian (2020). “Digital Disruption beyond Uber and Airbnb – Tracking the Long Tail of the Sharing Economy”. *Technological Forecasting and Social Change*, 155, junio:119323. <https://doi.org/10.1016/j.techfore.2018.06.012>
- Gill, Lesley (2000). *Teetering on the rim: global restructuring, daily life, and the armed retreat of the Bolivian state*. Nueva York: Columbia University Press.
- Glavin, Paul, Bierman, Alex y Schieman, Scott (2021). “Über-Alienated: Powerless and Alone in the Gig Economy”. *Work and Occupations*, 48 (4): 399-431. <https://doi.org/10.1177/07308884211024711>

Hann, Chris y Parry, Jonathan (eds.). (2018). *Industrial labor on the margins of capitalism: precarity, class, and the neoliberal subject*. Serie Max Planck studies in anthropology and economy 4. Nueva York: Berghahn Books.

Hart, Keith (1985). "The Informal Economy". *The Cambridge Journal of Anthropology*, 10 (2): 1-5.

Harvey, David (2014). *Seventeen contradictions and the end of capitalism*. Oxford y Nueva York: Oxford University Press.

Harvey, David ([2005] 2011). *A Brief History of Neoliberalism*. Oxford, U.K.: Oxford University Press.

Harvey, David (2010). *A companion to Marx's Capital*. Londres y Nueva York: Verso.

Hoare Quintin y Nowell Smith Geoffrey (eds). (2012). *Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci*. Londres: Lawrence & Wishart.

IMF – International Monetary, e IDA – International Development Association (1997). "Final Document on the Initiative for the Heavily Indebted Poor Countries (HIPC)". Deuda Externa. Bolivia: IMF e IDA. <http://deudaexternapublica.bcb.gob.bo/publico/inicio>

Kasmir, Sharryn (2018). "Precarity". Stein, Felix, Lazar, Sian, Candea, Matei, Diemberger, Hildegard, Robbins, Joel y Stasch, Rupert (eds.). *The Open Encyclopedia of Anthropology*, <http://doi.org/10.29164/18precarity>

Kaufman, Bruce E. (ed.) (2004). *Theoretical perspectives on work and the employment relationship*. Industrial Relations Research Association Series. Champaign, Il.: Labor and Employment Research Association.

Killick, Evan (2011). "The Debts That Bind Us: A Comparison of Amazonian Debt-Peonage and U.S. Mortgage Practices". *Comparative Studies in Society and History*, 53 (2): 344-70. <https://doi.org/10.1017/S0010417511000089>.

Kuhn, Kristine M. (2016). "The Rise of the 'Gig Economy' and Implications for Understanding Work and Workers". *Industrial and*

Organizational Psychology, 9 (1): 157-62. <https://doi.org/10.1017/iop.2015.129>

MacDonald, Fiona (2021). *Individualising Risk: Paid Care Work in the New Gig Economy*. Singapur: Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-981-336-366-3>

Magubane, Bernard (1985). “Engels: The Condition of the Working Class in England in 1844 and the Housing Question (1872) Revisited; Their Relevance for Urban Anthropology”. *Dialectical Anthropology*, 10 (1-2), julio. <https://doi.org/10.1007/BF00244249>

Marx, Karl ([1883] 1992). *Capital: A Critique of Political Economy*. Vol. 2. Penguin Classics. London: Penguin books.

Marx, Karl ([1867] 1981). *Capital: A Critique of Political Economy*. Vol. 1. V. 1: Londres y Nueva York: Penguin Books y *New Left Review*.

Marx, Karl y Engels, Friedrich ([1848] 2016). *Manifiesto del Partido Comunista*. Madrid: Alianza Editorial.

Millar, Kathleen M. (2014). “The Precarious Present: Wageless Labor and Disrupted Life in Rio de Janeiro, Brazil”. *Cultural Anthropology*, 29 (1): 32-53. <https://doi.org/10.14506/ca29.1.04>.

Mohandesi, Salar y Teitelman, Emma (2017). “Without Reserves”. En: Bhattacharya, Tithi (ed.) *Social reproduction theory: remapping class, recentering oppression*. Londres: Pluto Press.

Mulcahy, Diane (2017). *The gig economy: the complete guide to getting better work, taking more time off, and financing the life you want!* New York: AMACOM.

Narotzky, Susana y Besnier, Niko (2014). “Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy: An Introduction to Supplement 9”. *Current Anthropology*, 5 (s9): s4-s16. S4-S16. <https://doi.org/10.1086/676327>

Oesch, Daniel (2022). “Contemporary Class Analysis”. JRC126506. JRC Working Papers Series on Social Classes in the Digital Age. Sevilla:

European Commission. <https://joint-research-centre.ec.europa.eu/system/files/2022-01/jrc126506.pdf>.

Omidi, Afshin, Dal Zotto, Cinzia y Gandini, Alessandro (2023). “Labor Process Theory and Critical HRM: A Systematic Review and Agenda for Future Research”. *European Management Journal* 41 (6): 899–913. <https://doi.org/10.1016/j.emj.2023.05.003>.

OECD – Organisation for Economic Co-operation and Development (ed.) (2019). *Under pressure: the squeezed middle class*. París: OECD.

PedidosYa (2021). “Modelo de contrato para repartidor, Argentina”. PedidosYa.

Perelman, Mariano D. (2007). “Theorizing Unemployment: Toward an Argentine Anthropology of Work”. *Anthropology of Work Review*, 28 (1): 8-13. <https://doi.org/10.1525/awr.2007.28.1.8>.

Poulantzas, Nicos ([1968] 2007). *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. México, D. F.: Siglo XXI Editores.

Riley, Dylan (2017). “Bourdieu’s Class Theory. The Academic as Revolutionary”. *Catalyst*, 1 (2), verano 2017. <https://catalyst-journal.com/2017/11/bourdieu-class-theory-riley>.

Rinne, April (2017). “What exactly is the sharing economy?” *World Economic Forum* (blog) del 13 de diciembre de 2017. <https://www.weforum.org/agenda/2017/12/when-is-sharing-not-really-sharing/>.

Rojas Callejas, Bruno (2021). “Busco y no encuentro’. El desempleo juvenil en Bolivia”. *Control Ciudadano. Boletín de Seguimiento a Políticas Públicas*, Segunda Época - Año XIV - N° 38, enero.

Ruyter, Alex de y Brown, Martyn (2019). *The gig economy*. Serie The economy key ideas. Newcastle upon Tyne: Agenda Publishing.

Smith, M. Estellie (1989). “The Informal Economy”. En: Plattner, Stuart (ed.) *Economic anthropology*. Stanford, California: Stanford University Press.

Standing, Guy (2014). *The precariat: the new dangerous class*. Londres y Nueva York: Bloomsbury.

Stone, Brad (2017). *The upstarts: how Uber, Airbnb, and the killer companies of the new Silicon Valley are changing the world*. Nueva York: Little, Brown and Company.

T Informas (2024). “PedidosYa, el mejor lugar para trabajar en Bolivia”. *T Informas Bolivia* (blog) del 28 de marzo de 2024. <https://tinformas.com/pedidosya-el-mejor-lugar-para-trabajar-en-bolivia/>

Todolí-Signes, Adrián (2017). “The ‘Gig Economy’: Employee, Self-Employed or the Need for a Special Employment Regulation?” *Transfer: European Review of Labour and Research*, 23 (2): 193-205. <https://doi.org/10.1177/1024258917701381>

Wright, Erik Olin (2016). “Is the Precariat a Class?”. *Global Labour Journal*, 7 (2). <https://doi.org/10.15173/glj.v7i2.2583>

Wright, Erik Olin (2015). *Understanding class*. Londres: Verso.

Yanz, Linda y Smith, David (1983). “Women as a Reserve Army of Labour: A Critique”. *Review of Radical Political Economics*, 15 (1): 92-106. <https://doi.org/10.1177/048661348301500106>.

Caer es levantarse: ¿qué mueve a las hermandades armadas?

*Rafael José Archondo Quiroga*¹

Resumen

Numerosos investigadores se han preguntado cómo una doctrina que predica el amor hacia los enemigos pudo haber llevado a sus convencidos a tomar el camino de la guerrilla. Si bien no fue el contingente más copioso, los cristianos embarcados en grupos armados en América Latina asumieron un papel notorio. En este artículo intentamos desentrañar los pasos del ciclo de conversión que llevó de la Biblia a las balas. Si bien estos tránsitos personales han sido explicados por sus autores y vienen acompañados de una larga lista de justificaciones, este documento indaga en aspectos que aún no fueron tomados en cuenta, como las circunstancias concretas en las que se dieron los saltos. Acá se ensaya una historia transnacional que revisa con cuidado las vías de interconexión entre movimientos políticos como la Democracia Cristiana y las hermandades armadas que surgieron entre 1959 y 1992. El énfasis en Bolivia es otro hecho a resaltar.

Palabras clave: Socialismo cristiano, guerra de guerrillas, Teología de la Liberación, Guerra Fría, violencia revolucionaria.

1 Posdoctorante del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), beca Conahcyt (2022-2025). Especialización en Historia de América Latina. Coautor de *Sobre un Barril de Pólvora. Biografía de Hernán Siles Zuazo* (2022) y *Salir del Paso. Tres décadas de Violencia revolucionaria en Bolivia (1967-1997)* (2023). hparlante@hotmail.com

Abstract

Many scholars have asked their selves how a doctrine like Christianity, which preaches about love to your enemies, can be used to convert and convince persons, who are willing to use radical violence against other fellows allegedly compromised with an inhuman social system. This was the case in Latin American, where some groups of priests and his followers embraced the armed struggle for a social reform. How can it be possible a convergence between bibles and bullets? This article will try to explain the processes of conversion from devoted Christians to armed fighters. In this endeavor, we research on the links between political movements like Christian Democrats and Marxists movements in Latin America.

Keywords: *Christian Socialism, Guerrilla Warfare, Liberation Theology, Cold War, revolutionary violence.*

Varios guerrilleros cristianos o católicos acompañaron diferentes proyectos políticos de poder con resultados letales. Su compromiso con los ideales de justicia pareció empalmar bien con los evangelios, aunque, al apelar a las armas, surgieron ciertas tensiones en su compromiso. En este artículo se revela que, lejos de desalentar a la violencia, la religión puede ser la mecha que preceda armónicamente al estallido. Dicho de otro modo, el cristianismo como ideología estaría lejos de inhibir la implantación deliberada de dolor o daño. En América Latina hubo cruzadas, y no todas eran solo marxistas².

Introducción

Michael Northdufter nació en la ciudad de Bolzano, Tirol del Sur, Italia, el 10 de abril de 1961. Murió, sin haber cumplido aún los 30 años, en la ciudad de La Paz, el 5 de diciembre de 1990. Tres amigos suyos, Ludwig Thalheimer, Ruth Volgger y Andreas Pichler, quisieron entender sus pasos apurados; el último de ellos llegó incluso a dedicarle un documental (Pichler, 2008). Otro connacional suyo, Paolo Cagnan (1997), le dedicó un libro en

2 Rafael Archondo.

el que le adjudica el rango de comandante y el sobrenombre de *Gonzalo*. Aquí se ensaya una mirada desde el lugar donde descansa su cuerpo.

Michael o Miguel tuvo dos estaciones en su recorrido vital. Primero se alistó para ser sacerdote y luego para ser guerrillero. ¿Son compatibles estas dos ardientes vocaciones?

Este artículo persigue su doble itinerario de conversión. Así, aquí, a través de una narración en primera persona –el diario del guerrillero, que concluye con su muerte en diciembre de 1990, fue recuperado de su computadora por Cagnan, y forma parte de su publicación de 1997 bajo el título "El diario de Miguel"– y sus cartas (Cagnan, 1997), y desde la academia, se aspira a dilucidar cómo un ser humano pasa de la Biblia a las balas. En el camino se busca explicar también qué rol juega la convicción religiosa en el seno de un proyecto armado de índole política. Si bien la muestra es pequeña (un individuo), reúne la intensidad de un combate fulminante y una condensación espiritual e intelectual pocas veces accesible al ojo del investigador.

Para alcanzar la meta trazada, este texto discurre por cuatro antecámaras necesarias que permitirán una cascada fértil de 15 conclusiones. La primera es la actual arquitectura política de la Iglesia católica, un mapa de urgencia sobre la forma del poder eclesial. La segunda es una sinopsis histórica del catolicismo en América Latina en su interacción con Europa. Ambos senderos nos abren paso a la ruta seguida por Miguel desde que dejó el colegio secundario en Bolzano. En tercer lugar, se hace un repaso documentado de las relaciones entre la Iglesia y la política radical armada. Ello reflejará la atmósfera que rodeó a nuestro joven tirolés en su proceso de politización. Por último, se hará una inmersión puntual en las páginas del diario en cuestión. La suma de las cuatro incursiones dará pie a las prometidas conclusiones, que terminarán de situar lo religioso dentro de lo político-militar y viceversa.

En este artículo se aspira a responder al siguiente ramillete de preguntas: ¿Quién manda en la Iglesia católica?, ¿qué papel juega en esta institución el clero de origen europeo al que Miguel quiso pertenecer?, ¿qué efecto tuvo y tiene el cristianismo en la praxis guerrillera?, ¿de qué manera se pasa de la Biblia a las balas?, o, formulado de otra forma, ¿cómo se produce el salto de la evangelización al atrincheramiento insurreccional?

Arquitectura política de la Iglesia católica

De acuerdo con los datos recolectados por el centro estadounidense de investigaciones conocido como Pew³, en septiembre de 2023 los cristianos conformaban el 31,6% de la población mundial. Por encima de los seguidores del islam (25,8%), posiblemente sostienen incluso ahora el culto religioso mayoritario en el mundo. Dentro de ese tercio global cristiano, los católicos son el 13,2% del conjunto planetario.

Estas cifras nos muestran que más de la mitad de los llamados cristianos no son católicos. Como ya se ha señalado con insistencia, y hasta con alarma por parte del clero oficial, las llamadas Iglesias de reforma o evangélicas han venido creciendo a expensas de la grey católica. Está demostrado que la mayor cantera de fieles de aquellas está precisamente en la población que profesa el catolicismo. Los cultos alternativos suelen poseer estructuras más dinámicas y descentralizadas que, como ocurre, por ejemplo, en el Brasil, se inclinan más por la acción política directa.

La caída del porcentaje del 90 al 72 en la cantidad de católicos dentro de las sociedades latinoamericanas entre 1910 y 2010 (Pew Research Center – PRC) sería justamente una muestra de la enorme pujanza de las Iglesias protestantes o evangélicas que, por ejemplo, en Guatemala (ProDatos, 2023) han conseguido un porcentaje casi igual de seguidores que la membresía católica (42% frente a 45%).

Veamos ahora rápidamente la colocación específica de la población católica de América Latina a fin de ir cumpliendo con las promesas de este artículo. De acuerdo con la misma fuente de datos, el PRC, en 1910 los latinoamericanos éramos el 24% de los católicos del mundo, que en ese año ya sumaban 71 millones de personas. Los católicos europeos representaban una cantidad mayor: eran la primera mayoría de esta confesión, con un 65% de presencia.

Un siglo más tarde, y siempre según el PRC, en 2010, y ya con 425 millones de seguidores de la Iglesia vaticana, los latinoamericanos conformábamos el 39% de la feligresía católica, para entonces ya el segmento

3 *Pew*: palabra inglesa que designa el banco de una iglesia, es decir, el sitio físico donde se realiza la oración.

mayoritario, por encima de Europa (24%). Si bien el incremento notable de católicos latinoamericanos les permitió prácticamente duplicar en número a los europeos, el verdadero salto demográfico se dio en el África subsahariana, donde su participación mundial entre los católicos pasó del 1% en 1910 al 16% cien años más tarde.

En ese contexto, si se suma a los católicos del llamado Tercer Mundo o de los países en vías de desarrollo, hoy en la Iglesia católica estos constituyen un 67% de los fieles. En otras palabras, en un lapso de un siglo se ha producido un vuelco demográfico de claras implicaciones culturales, que resultará relevante para este recorrido. El porcentaje se ha invertido: del predominio europeo a inicios del siglo XX se ha pasado a la supremacía de los fieles que habitan en los otros continentes⁴.

Solo tres años después de la oficialización del vuelco descrito, en 2013, el Vaticano eligió a un papa nacido en Argentina, el primer pontífice no europeo desde su puesta en vigencia como institución. Sin embargo, sobre la elección del papa Francisco, es fundamental apuntar que, pese a las primeras impresiones, el actual líder de la Iglesia católica no representa a los feligreses, sino al clero. He aquí el segundo dato vital para entender al sacerdocio como un actor político contemporáneo.

En el mundo hay hoy aproximadamente 277 mil clérigos católicos de oficio (David Cheney, 2024). Tras una revisión de esta importante base de datos, descubrimos que en contraste con las proporciones demográficas aportadas antes por PRC (2010), los países con más población católica no necesariamente aportan la mayor cantidad de vocaciones. Por ejemplo, la India, un país irrelevante para el catolicismo en términos de número de fieles, es el sexto en el mundo por cantidad de sotanas, por encima de Alemania, Brasil y México, considerados los colosos de este culto.

Como se sabe, la Iglesia católica como estructura de poder está gobernada formalmente por el llamado Cónclave, que desde 1379 está conformado

4 Siempre según el PRC (2010), los católicos latinoamericanos son los únicos del mundo que aparecen como clara mayoría en su espacio territorial continental. En 1910 eran el 90% de la gente en la región; cien años después, el 72%. En ningún lugar el mundo el catolicismo cuenta con esta especie de unanimidad, aunque, como se observó, su número esté reduciéndose gradualmente.

por los cardenales, todos ellos nombrados por los sucesivos papas. En una especie de bucle democrático, los purpurados tienen la misión de elegir entre ellos al nuevo sumo pontífice. Así, resulta que los papas anteriores terminan siendo los electores indirectos, es decir, ya fallecidos, de sus sucesores. Se trata de decisiones con un eco prolongado.

Conozcamos también los números del Cónclave, la cúpula de esta institución. Es sabido que se queda con el mando vitalicio de la Iglesia quien concentra dos terceras partes de los votos cardenalicios. En el Cónclave que tomó la decisión histórica de elegir al primer papa no europeo en 2013, se reunieron 115 cardenales (quedan excluidos de este proceso los que superaban entonces los 80 años de edad).

Resulta ilustrativo revisar la composición del Cónclave a partir de las nacionalidades de sus integrantes. En contradicción con los datos demográficos previos, en 2013, del total de 115 cardenales y de acuerdo a la información oficial, 60 provenían de Europa. Entre los 13 latinoamericanos, Jorge Bergoglio terminó ascendiendo al trono de Pedro. Esto solo pudo ser posible porque recibió el respaldo de sus pares de los países en desarrollo, pero sobre todo del clero europeo, que forma el 52% del Cónclave.

En esta investigación preliminar, que sirve para introducir los aspectos centrales de este artículo, en la tabla adjunta cruzamos los números internos de la composición por nacionalidades del Cónclave con los de la cantidad de sacerdotes en el mundo, registrada por el analista David Cheney. La coincidencia de cifras es llamativa, y permite conferirles veracidad a ambas fuentes consultadas. Así, Europa tiene el 52% de los cardenales y el 49,9% de los curas del planeta. Los más de 63 mil religiosos latinoamericanos de oficio conforman el segundo grupo y constituyen el 16,6% del total. En el Cónclave están representados por un 11% de los cardenales electores. Las diferencias entre ambas columnas son pequeñas.

La información más llamativa es que la mitad de los curas del mundo son europeos, mientras ese origen solo está presente en el 24% de los católicos de la Tierra.

Hemos confirmado entonces la sobrerrepresentación del Viejo Mundo sobre el Nuevo cuando se habla de las palancas de poder y decisión. Solo hay dos posibles respuestas para explicar este desequilibrio: el llamado Tercer

Mundo no alberga tantas vocaciones sacerdotales como le correspondería por su peso demográfico o que los centros académicos de formación y preparación eclesiales operan con un sesgo que privilegia a los aspirantes de Italia, Estados Unidos, Polonia, España o Francia (los países con mayor cantidad de religiosos profesionales).

En síntesis, la Iglesia católica como cuerpo social tiene un 39% de seguidores asentados en América Latina y un 64% que habita los países en desarrollo (y que incluye a aquellos). Es, por tanto, en su base puramente demográfica, una institución que, pese a su origen, dejó de ser predominantemente europea en el lapso del último siglo.

En contraste, el clero, es decir, su cuerpo de autoridades, está formado mayoritariamente por sacerdotes, y también por obispos o cardenales, que nacieron en Europa, los Estados Unidos o Canadá. Esos segmentos jerárquicos constituyen el 69% del poder de decisión, reflejado en el Cónclave, que es el gobierno colegiado de la Iglesia católica en el mundo.

En otras palabras, pese a que la Iglesia católica tiene una base laica predominantemente latinoamericana, asiática y africana (solo el 32% de los católicos proviene de Europa o Norteamérica), sus espacios de decisión están controlados por ciudadanos de los países occidentales del norte. En ese sentido, el papa Francisco, con su aún extravagante nacionalidad, no modifica la estructura política de poder de la institución de una manera determinante, y su nombramiento no forma parte de un plan para adecuar la composición del clero a la de los fieles. Una golondrina argentina no hace verano, podría decirse.

Regiones del mundo	Feligreses	Sacerdotes	Cónclave	Papas
Número absolutos	1.078.800.000	277.127	115	266
Europa	24	49,9	52	99,6
América Latina	39	16,6	11	0,3
Asia-Pacífico	12	11,7	9,5	0
África	16	7,5	9,5	0
Norteamérica	8	19,2	17,3	0

Nota: desde la tercera fila las cifras son porcentajes.

Fuente: elaboración propia con base en PRC, 2010; CJ, 2024; datos de El Vaticano.

Esa primera cruz...

Iniciemos ahora el prometido abordaje sinóptico de la historia del catolicismo en la que luego se conocería como América Latina, poniendo énfasis en su rol político, lo cual nos brindará frutos para elaborar las conclusiones.

Como se sabe, su influencia en el continente acompañó el paso de los imperios español y portugués desde aquel señero 1492 del supuesto “descubrimiento”. El hallazgo de un continente situado entre Europa y Asia tuvo que ser entendido muy pronto como un inmenso giro de perspectiva. La posterior caída de Tenochtitlán (1521) y el Cusco (1533) a manos de una extensa coalición de pueblos, propulsada por algunos batallones de europeos provistos de armas de fuego, marcará aún más la dinámica geopolítica del planeta. Iniciado el siglo XVI, los reinos de Castilla y de Portugal accedían a una fuente inesperada de riqueza material. A su vez, la práctica del dominio ultramarino, ya empleada por imperios previos, revalidó su vigencia y prolongación histórica.

A partir de ese momento, pero sobre todo desde que el papa firmó el Tratado de Tordesillas en aquel precoz 1494, el cristianismo empezaba a hacer fortuna como plataforma discursiva, usada para justificar la expansión comercial y territorial sobre las nuevas sociedades a conquistar o someter. Un número aproximado de 60 millones de personas iba a quedar bajo la ensanchada tutela de la Iglesia católica, lo que implicó una súbita duplicación de supuestos nuevos seguidores. Todos los imperios posteriores –el británico, el francés, el holandés, el alemán o el japonés– excluirán a la religión de sus prácticas expansionistas.

Esta convergencia entre el poder político y militar de la Corona y el poder ideológico-religioso del Vaticano daría lugar a un reparto de funciones dentro del Nuevo Mundo. Mientras el rey operaba como fiel de la balanza entre nativos y colonos –agentes económicos en competencia–, el papa enviaba misioneros para asimilar el universo indígena al magma colonial en ciernes. Al enriquecimiento acelerado de los recién llegados y el consiguiente despojo de los habitantes originarios le siguió la evangelización, ordenadora simbólica del nuevo contexto. Bajo el hecho consumado de la fundación y expansión de las ciudades y los puertos,

la Iglesia se encargaba de erigir los campanarios, traducir la Biblia a los idiomas nativos y darle sentido a una sociedad que, si bien preservaba sus rasgos principales, empezaba a sentir las emanaciones de un nuevo poder externo y ajeno, aquel que solo había derribado a las cúpulas de los imperios americanos vencidos para reemplazarlas de inmediato por directorios nombrados desde Madrid o Lisboa.

A diferencia del portugués, el inglés o el francés, el imperio español o castellano optó por asentar su supremacía sobre los territorios en los que antes de su llegada ya se habían edificado y consolidado las grandes civilizaciones americanas (Lange *et al.*, 2006). La lenta transición hacia el orden virreinal implicó un resignado y oportunista reconocimiento de la nobleza mexica e incaica, un *modus vivendi* negociado con los pueblos aliados (tlaxcaltecas o chancas, según el caso), y la entronización matizada y acomodaticia del cristianismo como ideología tutelar de aquel entramado multiétnico emergente.

La *pax* castellana encontró cierta estabilidad a partir de un pacto tácito por el cual las comunidades indígenas conservaban su vocación agrícola y sus propiedades, pagaban tributo, sostenían su organización política local, dotaban de mano de obra a la minería y permitían que los europeos organizaran la infraestructura de transporte y de comercio con la metrópoli. Así, los caciques convalidaban su poder en el plano microsocia, dejando al virrey el diseño de las grandes líneas transcontinentales. La técnica social y económica que fue naciendo de esta primera fricción entre los dos continentes, ahora vecinos conexos, dio lugar a un imperio que alcanzaría a vivir hasta 1898, año en el que España resultó en una guerra con los Estados Unidos y por la que perdió en solo ocho meses sus últimas posesiones ultramarinas: Cuba, Puerto Rico, Guam y las Filipinas.

Este rápido recuento nos ayuda a entender el rol que jugó la religión en la construcción de las nuevas sociedades coloniales. Desde inicios del siglo XIX, las instituciones de la Corona fueron rápidamente reemplazadas por Estados republicanos, veinte en total hasta 1903, cuando Panamá emergió con la última bandera latinoamericana. Mucho había cambiado, pero la Iglesia católica seguía ahí, casi intacta y gozando de mejor salud que la replegada Corona.

Las Iglesias nacionales

La participación de numerosos sacerdotes en el bando patriota o nacional afianzó la influencia católica, que terminó hábilmente dissociada del poder virreinal declinante. En esas primeras décadas del siglo XIX, la Iglesia católica buscó contener la influencia del liberalismo en la región: un producto de la Revolución francesa que había trastocado el orden europeo y, por consiguiente, también el americano.

Dado que el liberalismo se expresó mediante partidos políticos y concurrió a las elecciones agitando ideas anticlericales, el modo de contrarrestarlo fue precisamente organizando a los civiles o laicos en formaciones similares. Así nacieron en casi todos los países los partidos conservadores, alineados en defensa de las tradiciones y “las buenas costumbres” (Bray, 1967).

Mientras que los liberales afrancesados inflaban las velas de la *leyenda negra* y de su consiguiente hispanofobia, los conservadores abogaban por el ideal de una América Latina supuestamente llena de cultura y generosidad en contraste con la Angloamérica técnica, cruel y civilizadora, que amenazaba con expandirse por el Caribe y Centroamérica junto con sus plantaciones extensivas y sus esclavos africanos. Los conservadores lo eran porque buscaban preservar la herencia española, que consideraban más valiosa y virtuosa que los valores emergentes de la revolución industrial británica y las licencias morales de la Francia postrevolucionaria. A partir de ese momento, en la ya llamada América Latina, el cordón umbilical entre el clero y la política no hizo otra cosa que reforzarse.

En los hechos, la religiosidad, junto al idioma, fue el elemento diferenciador entre el norte y el sur de América. Quizás por eso cuando el filibustero estadounidense William Walker consiguió jurar a la Presidencia de Nicaragua en 1856, primero tuvo que convertirse al catolicismo como garantía de que los valores tradicionales implantados en la colonia no mudarían totalmente de faz (Scroggs, 1905). El efímero Gobierno de Walker concluyó meses después, aplastado por una vasta coalición armada organizada en su contra por todos los Gobiernos centroamericanos, los que, a su vez, contaron con el respaldo financiero y logístico del magnate ferrocarrilero estadounidense Cornelius Vanderbilt. La batalla por Nicaragua (1855-

1860) tuvo lugar en el preámbulo de la guerra civil en los Estados Unidos; en ese contexto, fue la primera y quizás única derrota de los confederados del sur fuera de su territorio. Como ha probado Gobet (2013), la batalla por Nicaragua fue también el nacimiento de la identidad latinoamericana, deliberadamente edificada en oposición a los Estados Unidos. El catolicismo formó parte central de esa identidad continental.

En su pugna con los conservadores, los liberales latinoamericanos buscaron dismantlar el nexo medular de la existencia colonial de tres siglos, el lazo de cooperación entre la Iglesia católica y el Estado. Esa separación solo se podía materializar montando un sistema de instrucción pública que expandiera una nueva mentalidad entre niños y jóvenes. La pelea era principalmente cultural. Se desataron entonces las luchas en favor y en contra del divorcio, del voto femenino, de la expansión de los oficios liberales y de las libertades íntimas asociadas al noviazgo, a la vida sexual, al matrimonio y a la crianza de los niños.

Cada país americano vivió el choque entre conservadores y liberales de modos diferentes. En Nicaragua hubo una guerra civil; en México, una invasión extranjera; en Colombia, una violencia incesante y en la Argentina, una pugna entre civiles y militares. En todos los casos, el poder de la Iglesia se expandía o reducía según los humores del público, el electorado y las familias. El sacerdocio, lejos de recluirse en los templos, ejercía su influencia, pugnaba por cada ley y hacía sentir el peso de su dilatada presencia dentro de la sociedad.

En muchos casos, la consigna liberal de enterrar la herencia colonial española llevó a los Estados latinoamericanos a despojar a las comunidades indígenas de sus tierras, todas ellas amparadas por los títulos reales hispanos, como ocurrió en México, Perú o Bolivia, o, peor aún, a ocupar violentamente vastas superficies territoriales que no habían sido conquistadas por los europeos, como sucedió en Chile y Argentina con la Araucanía y la Patagonia en la década de 1870. Estas incursiones latifundistas o bélicas se hicieron en abierto rechazo a la Iglesia y bajo los preceptos de una especie de darwinismo social al uso. Perry (1980) y Garret (1985) estudiaron con rigor este proceso que llevó a Chile y Argentina a llegar concertadamente hasta la Antártida.

La Iglesia social

Con la llegada de la Guerra Fría y la renovación aportada por el Concilio Vaticano II, organizado bajo el papado de Juan XXIII (1958-1963), la situación descrita líneas atrás experimentará un cambio notable. Los católicos latinoamericanos leyeron y tradujeron los cambios señalados por el papa en las cumbres episcopales de Puebla y Medellín. El estricto latín de la ritualidad previa sería entonces reemplazado por la sonoridad diversa de las lenguas populares. A los gestos empáticos le seguiría una readecuación de la doctrina. Aquella fue una transformación sostenida de la Iglesia católica latinoamericana.

Gerhard Drekonja (1971) sostiene que, en la segunda mitad del siglo XX, la Iglesia pasó de ser una fuerza estabilizadora a convertirse en un fermento revolucionario. Entre la fundación de Acción Católica por el Papa Pío XII y la modernización del clero a partir de la Conferencia de Obispos Latinoamericanos, conocida como CELAM, en 1968, los sacerdotes ingresaron de lleno a la vida pública de los países. El cura que mejor representa este giro fue el colombiano Camilo Torres, quien después de estudiar en la emblemática Lovaina, se incorporó como docente en Sociología en la Universidad Nacional de Bogotá. Antes de unirse al Ejército de Liberación Nacional (ELN), donde murió en combate en 1966, Torres trabajó para el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA).

En una primera fase, la nueva influencia citada derivaría rápidamente en la formación de partidos demócrata-cristianos. Algunos de ellos se forjaron, como en Chile, a partir de las semillas sembradas por los sacerdotes españoles seguidores de la Falange creada por José Antonio Primo de Rivera. En un inicio, el grupo fundador de la Democracia Cristiana (DC) adquirió allí el mismo nombre: Falange. Luego mudó de denominación para evitar una implicación con el fascismo, caído en desgracia tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial.

El crecimiento de la DC se produjo principalmente en Chile, Perú, Ecuador, Venezuela y varios países de Centroamérica. Sin embargo, el ejemplo a emular se irradiaría sobre todo desde la Italia de la postguerra, pero también desde la España franquista o la Alemania de Konrad Adenauer.

La DC chilena

La victoria electoral del chileno Eduardo Frei Montalva en 1964 podría ser considerada como el primer fruto de este esfuerzo colectivo. Este ejemplo ayuda a entender muy bien cuál era el discurso demócrata cristiano del momento. Frente a la seducción ejercida por la Revolución cubana (1959) entre los jóvenes, el PDC formulaba una tercera posición, es decir, ni capitalismo ni comunismo. La consigna de Frei era precisamente “una revolución en libertad”. De ese modo se aspiraba a expandir la justicia social, pero sin terminar convalidando el marxismo que había sido adoptado en La Habana a partir de 1961.

Es vital recordar que fue durante el Gobierno demócrata-cristiano de Chile que se dio inicio a la reforma agraria y que en 1973 el PDC se convirtió en la piedra fallida de salvación de la Unidad Popular (UP) de Allende. Solo días antes del golpe militar encabezado por el general Augusto Pinochet, el frente de izquierda que gobernaba con Allende había terminado aceptando que se invitara a la DC a formar parte del gabinete. Con ello se tenía la esperanza de frenar un derrocamiento por la fuerza. Quedaba claro que, para las fuerzas convencionales, solo los demócrata-cristianos eran reconocidos como socios válidos dentro de la radicalizada izquierda chilena, lo cual la situaba como una auténtica fuerza de centro (Goldberg, 1975).

Sin embargo, el hecho de que la campaña de Frei se haya desplegado demonizando a Salvador Allende y que este haya ganado la presidencia en 1970, radicalizando las reformas, establece un segundo hito en este recorrido. En el país más escrutado durante la Guerra Fría en ese momento, demócrata-cristianos y marxistas se enfrentaban dentro del mismo terreno de interpelación ideológica. Su zona de disputa era sin duda el conformado por las nuevas generaciones de latinoamericanos. Muchos de esos jóvenes se habían educado con las ideas de sus profesores jesuitas en colegios y universidades, pero más adelante caerían seducidos por las pancartas del *Che* Guevara. Drekonja (1971) revela que ya desde 1962, desde la revista chilena *Mensaje*, dirigida por el sacerdote belga Roger Vekenaus, asesor del Gobierno de Frei, se planteaba que los cristianos debían establecer un diálogo con el marxismo.

La polarización política que vino a continuación puso a los seguidores de Frei contra la pared. El sistema reaccionaba con violencia mediante un golpe de Estado, pero lo había hecho para provocar la caída de Allende, no de Frei. Con ello, el péndulo político chileno ostentaba dos puntas: la derecha del general Pinochet y la izquierda del presidente derrocado. El PDC quedaba suspendido en medio del choque. Si bien Frei rechazó rápidamente las acciones de la Junta Militar, su permanencia en el país, es decir, el no haber sido exiliado, lo hizo ver como un “tibio”. La juventud radicalizada viró así casi por completo hacia Cuba y sus comandantes barbudos.

El cristianismo socialista

Las escisiones de los partidos demócrata-cristianos desde sus alas juveniles se hicieron frecuentes en América Latina. A inicios de los años setenta y solo tres años después del asesinato del *Che* Guevara en Bolivia, arrancó un proceso de radicalización acelerado por los resultados aparentemente insuficientes arrojados por el Gobierno de Frei Montalva. Se trató de un viraje a la izquierda que no siempre se apegó al marxismo ortodoxo, sino que incluso buscó renovar el cristianismo.

En Bolivia el PDC se escindió y dio lugar al PDC Revolucionario, integrado por la rama estudiantil del partido. En Chile, el PDC –que se encontraba en la oposición amable a Allende– también vio salir de sus filas a una vertiente que adoptó el nombre de Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que luego formó parte de la Unidad Popular (UP) dirigida por el Presidente socialista. En la Argentina, un grupo destacado de sacerdotes se dio a conocer como “tercermundista”, haciendo familiar el término. De pronto, lo que parecía imposible, ocurrió. Las campañas abiertamente anticomunistas promovidas desde varios grupos de la Iglesia chocaron con militantes que empezaron a enarbolar simultáneamente las banderas de Cristo y del *Che*. Durante una década, la reflexión social se colocó en el centro de parroquias y catedrales y dio lugar a la llamada Teología de la Liberación, cuyos epicentros fueron Perú, Brasil y Centroamérica.

En su libro *La política como opción de vida* (2021), el dirigente político y excanciller de Bolivia, Antonio Aranibar Quiroga, narra en primera persona su politización juvenil: “Mi vocación cristiana era sólida. Mi contacto con la doctrina social de la Iglesia abrió mi corazón, [pasé] de católico ferviente al compromiso de lucha en beneficio de mi prójimo”. Aranibar fue uno de los disidentes de la DC boliviana.

En ese marco, se produjo en Cuba la revolución que derribó al presidente Fulgencio Batista en enero de 1959. El movimiento dirigido por Fidel Castro no profesaba el marxismo. Era producto del nacionalismo tradicional, cuyos precursores fueron Perón en la Argentina, Haya de la Torre en el Perú, Gaitán en Colombia o Vargas en el Brasil. Fidel, su máximo líder, había sido militante del partido ortodoxo dirigido por Eduardo Chibás, aunque su hermano Raúl y su acompañante más cercano, el argentino Ernesto Guevara de la Serna, albergaban fuertes simpatías por las ideas comunistas.

Así, en un contexto en el que los partidos inclinados a las reformas dominaban los escenarios en un combate con factores de poder como la Iglesia y el ejército, irrumpía una revolución caribeña decidida a imponer su sello particular. Educada en el fracaso del Partido de Acción Revolucionaria (PAR) guatemalteco, cuya caída fue presenciada en 1954 por el joven Guevara, más conocido como el *Che*, la dirigencia cubana optó por salvaguardar su continuidad bajo el manto de la Guerra Fría. La Revolución cubana fue así el primer ensayo nacionalista popular latinoamericano que depositó sus esperanzas de mantenerse en el poder en una potencia nuclear como la Rusia comunista.

Portando una voz muy representativa de este periodo, Aranibar (2021) cuenta cómo él y sus compañeros del PDC boliviano se fueron radicalizando. Tras dar la bienvenida de retorno a uno de sus compañeros (Alfonso Ferrufino) de una visita a Cuba, estos jóvenes demócrata-cristianos experimentaban una suerte de conversión colectiva: “Nos sacó el velo. Cambió rotundamente nuestra visión [...]. La Revolución cubana comenzó a resultar insospechada para nosotros, novedosa, digna de copar nuestra atención [...]. Aquello corroboró la idea de que nuestra formación cristiana podía ligarse con el compromiso político. La política como servicio a los pobres,

los necesitados". De allí surgirían en Bolivia el PDC Revolucionario y más adelante, en 1971, el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR).

Pero no solo hubo algarabía. En los hechos, la revolución isleña impulsó el camino de la violencia en la región. Entre 1959 y 1968, el Estado cubano financió la formación de guerrillas desde Venezuela hasta Bolivia. En este último país el foco estuvo encabezado por el mismo Guevara. Los fracasos de esta primera ola llevaron a un ajuste severo. Sin anunciarlo oficialmente, en La Habana se determinó cortar la serie guerrillera y reemplazarla por una diplomacia dirigida a perforar el bloqueo de los Estados Unidos. Había que entenderse con los Gobiernos del área en vez de derrocarlos⁵. Para tener un panorama de lo señalado con respecto a la interrupción del patrocinio a las guerrillas y acerca de las relaciones no confesadas entre Cuba y la Unión Soviética, es útil leer a Robert K. Evanson (1985) y a Anna Samson (2008).

Hasta ese momento, la dirigencia cubana había depositado poca fe en la Iglesia católica. Su interés por cultivar buenas relaciones con Moscú relegó tal posibilidad. Sin embargo, en la década de 1970, tres movimientos guerrilleros que se habían desarrollado muy lentamente (uno de ellos, el nicaragüense, estaba incluso en una fase de silencio), despertaron el interés de La Habana. En El Salvador, Guatemala y Nicaragua, las células insurrectas intercalaban sus combates con lecturas del evangelio.

Es importante explicar brevemente por qué la izquierda centroamericana se aproximó a la Biblia más que otros entornos similares. Todo parece derivar del contexto. En un marco de dictaduras férreas, con fuertes presiones del Gobierno de Estados Unidos para impedir brotes comunistas en la zona y la frecuente ilegalización de los partidos políticos, las parroquias se fueron convirtiendo en los únicos ámbitos de deliberación y libertad de palabra. La arraigada religiosidad de los centroamericanos reforzó la

5 Ya es un consenso entre los académicos que la llegada al poder del general Juan Velasco Alvarado en el Perú provocó un viraje en la política exterior cubana. El respaldo a los grupos guerrilleros se interrumpió y empezó a cultivarse la diplomacia entre Gobiernos progresistas, muchos de ellos dirigidos por militares. Fue también el caso de Ovando en Bolivia. El ELN boliviano, que preparaba la guerrilla de Teoponte, ya no recibió el respaldo cubano y tuvo que cambiarlo por el uruguayo de los Tupamaros.

inviolabilidad de los templos, lo cual permitió que sean los sacerdotes de base, sobre todo en las áreas campesinas, quienes fungieran como garantes de la actividad social. La ya citada fractura interna de la Iglesia entre jerarquías más conservadoras y un clero más inclinado a apoyar los cambios, alentó a configurar tal escenario.

En Nicaragua, la larga permanencia de la dinastía Somoza terminó por soldar a todos los sectores políticos y sociales en un solo frente adverso a la dictadura. Para 1976, en el seno de la guerrilla activa, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), se hizo fuerte una nueva corriente que abogaba por un cambio democrático en el país, dejando atrás el legado marxista leninista de sus fundadores. Conducidos por los hermanos Humberto y Daniel Ortega, los sandinistas se acercaron a la oposición liberal y moderada para trabar un acuerdo de amplia base. En ese momento, diversos líderes eclesiásticos sumaron sus fuerzas al plan para derribar a Somoza. Cuando el tercer sucesor de la dinastía, Anastasio Somoza Debayle, abandonó el país, tres sacerdotes ocuparon los ministerios de Relaciones Exteriores, de Cultura y de Asuntos Sociales: Miguel D'Escoto, Ernesto Cardenal y Edgar Parrales, respectivamente. En un choque frontal con el Vaticano, el trío de curas del gabinete sandinista se negó a renunciar pese a los insistentes pedidos del papa Juan Pablo II. Sobre la participación de los católicos en la Nicaragua sandinista, son útiles los datos recogidos por Eduardo Sánchez Iglesias (2019), que analiza el modo concertado en el que el FSLN llegó al poder en 1979.

Momentos de conversión

En este tiempo, cientos de jóvenes becados por Cuba participaron en cursos de adiestramiento militar. Con la única excepción de México, Gobierno con el que Castro tenía un pacto, estudiantes de todos los confines de América aprendieron a manipular las armas en campamentos instalados para ello en la isla. Muchos de esos nuevos reclutas desertaban de los partidos comunistas, cuyo escepticismo respecto del método foquista era explícito. Otra fuente importante para la leva rebelde fueron las juventudes demócrata-cristianas,

que también abandonaban sus partidos para formar parte de la llamada Nueva Izquierda⁶.

Lo interesante para nuestro recuento está en volver a mirar la interacción entre la Biblia y las balas. La Revolución cubana fue un imán para muchos militantes cristianos. Nuestro objetivo está en descifrar cómo personas que creen en los evangelios, en el amor a los enemigos y en el perdón fueron capaces de tomar un arma para internarse en la selva.

El fenómeno no fue masivo, pero sí significativo. Desde el sacerdote Camilo Torres hasta los fundadores de Montoneros en la Argentina, desde los militantes de la Comisión Néstor Paz Zamora (CNPZ) en Bolivia hasta el MAPU en Chile, muchos jóvenes que habían despertado a la política en las comunidades de vida cristiana se vieron de pronto envueltos en una espiral de violencia.

En su libro *Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia* (2006), Gustavo Rodríguez Ostría titula su capítulo XI como “La cruz y el fusil”. Su primera tesis consiste en señalar que la guerrilla de Teoponte no fue organizada por los seguidores de Cristo. El historiador habla solo de una “convergencia” en el seno de las clases medias radicalizadas. Aclara que dicha radicalización no fue inducida por los guevaristas del ELN, sino que fue parte de una crisis dentro del PDC boliviano.

¿Cómo explica Rodríguez estas conversiones entre las que estaba, desde muy temprano, la de Néstor Paz Zamora? En sus palabras: “Se identificaron con el cambio de estructura y la profecía de que un benefactor reino de Dios iba a establecerse en este mundo, no por medio de la plegaria del rosario en los altares, sino por la fuerza de las armas en el monte”. Más adelante Rodríguez afirma que estos cristianos desconfiaban tanto de la derecha como de los comunistas, y que buscaban el contacto directo con el pueblo, “al cual exaltaban como un sujeto revolucionario y no como objeto de misericordia”. Rodríguez no se ocupa seriamente de este tema, quizás

6 En el debate académico actual, los historiadores suelen llamar Nueva Izquierda a todas las corrientes que simpatizaron con la Revolución cubana en clara oposición a la izquierda clásica comunista y nacionalista. Allí confluyeron anarquistas, trotskistas, socialistas gramscianos, guevaristas y maoístas. Sus críticas se dirigían sobre todo a la burocracia que dependía de las directrices de Moscú.

precisamente por su carácter periférico en la historia que narra. Acá nos proponemos ahondar en el momento de la conversión, que no pudo haber llegado solo mediante un recambio de vocabulario.

Los saldos en el siglo XXI

A estas alturas de nuestro recuento, vale la pena mencionar, así sea solo sucintamente, los desarrollos posteriores a este extraño maridaje entre el cristianismo y el marxismo.

Tras el desaire en 1983 de Juan Pablo II a Ernesto Cardenal, ministro de Cultura de la Nicaragua sandinista, se produjo un repliegue del activismo político de sacerdotes y laicos. La presencia de un papa proveniente de un país gravitante de la órbita soviética (Polonia) y con una postura adversa al marxismo, restó libertad de acción a quienes, desde el clero, buscaban enganchar los sermones con la agitación pública. Pese a ello, el asesinato en 1980 de los sacerdotes Oscar Arnulfo Romero y Luis Espinal, en El Salvador y en Bolivia, respectivamente, selló con sangre la comunión entre luchadores sociales y curas.

Sin embargo, con el derribo del Muro de Berlín, una década después, los incentivos para un socialismo cristiano perdieron peso y energía. Esto es tan evidente que ni siquiera la elección de un papa argentino, con simpatías por el peronismo, consiguió resucitar la peculiar alianza entre católicos y revolucionarios marxistas. El colapso del bloque soviético clausuró por muchos años el diálogo con los cristianos radicalizados.

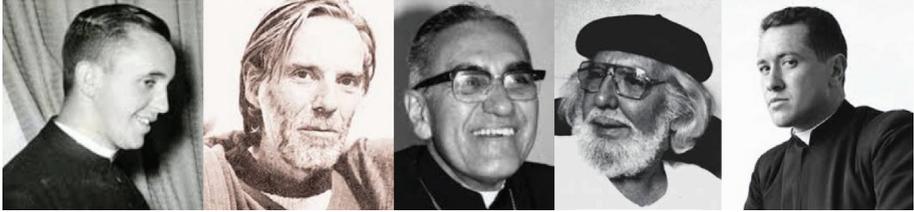
La sensación inicial es que ya en la segunda mitad del siglo XX la Iglesia se había escindido. La jerarquía, asesorada por Joseph Ratzinger, se negó a reconocer los postulados de la Teología de la Liberación, como quedó demostrado durante la visita del papa Juan Pablo II a Nicaragua en 1983. A su vez, los sectores de base del catolicismo popular, agrupados en las llamadas comunidades eclesiales de base (CEB), ayudaron en muchos sentidos a partidos y agrupaciones armadas de izquierda en América Latina. La distancia entre la mayoría de los cardenales alineados con el papa y muchos

sacerdotes de base se agigantó a medida que la violencia se convertía en el método más utilizado por los actores políticos del momento.

En 2019, seis años después de que se iniciara el pontificado del argentino Bergoglio, apareció en las pantallas el largometraje “Los dos papas”, dirigido por el brasileño Fernando Meirelles. El filme muestra un encuentro ficticio entre el Papa Benedicto XVI y el aún entonces arzobispo de Buenos Aires, Jorge Bergoglio. En la cinta, este último llega a Roma para pedir ser cesado de sus funciones mediante un aval que implique instrucciones superiores y se encuentra con un pontífice sumergido en una profunda crisis personal. El alemán se niega a firmarle el cese y le pide más bien que piense en la idea de ser su sucesor en el trono de Pedro. En ese momento de mutua confianza, los dos hombres se administran una confesión recíproca.

Entonces Bergoglio, el futuro papa Francisco y entonces arzobispo de Buenos Aires, expone sus sentimientos de culpa por haber facilitado, a partir del año 1976, que la compañía de Jesús abandone sus proyectos sociales con el fin declarado de proteger la vida de los sacerdotes comprometidos con la obra social y que podrían ser blanco de la represión política de la dictadura. Sin embargo, dos jesuitas que no obedecieron la sugerencia de Bergoglio –Franz Jalics, de origen húngaro, y Orlando Yorio–, fueron arrestados en 1976 y permanecieron detenidos por el Gobierno militar durante cinco meses. En la película de Meirelles se observa un hecho real muy emotivo: Jalics y Bergoglio celebrando misa juntos y fundiéndose en un abrazo de reconciliación. Yorio, en cambio, no perdonó al actual papa y mantuvo la distancia.

La acusación contra Bergoglio giró en torno a la desprotección en que quedaron muchos jesuitas, previamente comprometidos con las comunidades urbanas y rurales más periféricas. En esos años de enfrentamiento, muchos sacerdotes incrustados en la marginalidad social eran vistos como colaboradores de los grupos armados de izquierda. Tras un periodo en el que Bergoglio fue confinado a la ciudad de Córdoba, regresó a la centralidad de la Compañía de Jesús hasta terminar ascendiendo todos los peldaños necesarios para alcanzar el máximo lugar en la jerarquía.



Jorge Bergoglio (Argentina), Luis Espinal (Bolivia), Oscar Arnulfo Romero (El Salvador), Ernesto Cardenal (Nicaragua) y Camilo Torres (Colombia).

La película de Meirelles se basa en hechos, aunque por supuesto juega con la ficción y la comedia. De cualquier modo, nos ayuda a cerrar nuestro recuento e incluir los hechos actuales⁷.

El momento de Miguel

Como si se tratara de un espejo, la vida de Michael Northdufter atraviesa por las cuatro antesalas señaladas en este artículo. En efecto, en septiembre de 1980 el joven tirolés decidió seguir su vocación religiosa y se matriculó con 19 años de edad en el instituto misionero Mill Hill en Londres. Dos años después se movió a los Países Bajos. Allí fijó su residencia como aspirante al clero en la ciudad fronteriza de Rosendaal, en el límite con Bélgica. La mudanza se debió a su interés por una materia en particular: Teología de la Liberación (carta del 13 de enero de 1982, en Cagnan, 1997). En septiembre de ese mismo año, Northdufter tomó un vuelo hacia Bolivia. El 4 de marzo

7 En la última escena, el papa alemán y el papa argentino disfrutan de la final del campeonato mundial de fútbol de 2014, que enfrenta a sus dos equipos en el Brasil. Es quizás el modo en el que el director subraya el carácter ficticio de toda la trama. Sin embargo, para el espectador queda claro que Bergoglio estuvo muchos años atormentado por los sentimientos de culpa, nacidos en uno de los episodios más angustiosos de la vida de cualquier ser humano. Quizás con esa base, el papa Francisco se acercó a los Gobiernos de izquierda en América Latina. Por supuesto, lo hizo con límites, cuidando mucho su condición de actor neutral. En su pontificado le está tocando enfrentar con firmeza las múltiples denuncias de abuso sexual de menores perpetrados en colegios, internados y seminarios de la Iglesia católica, sobre todo en Estados Unidos y Chile.

de 1983 inició el noviciado en Cochabamba y tomó la decisión de vivir en un barrio marginal de esa ciudad valluna. Ya para mayo de 1984, el joven de 23 años dejó de creer en la labor misionera y optó por estudiar la carrera de Sociología en la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) de La Paz. Cambió así la Biblia por los textos de marxismo.

Gracias a los datos previos, podemos decir sin rodeos que Miguel, como ya lo conocían por acá, tardó cuatro años en renunciar a la Iglesia. Su futuro como potencial miembro del Cónclave de cardenales se truncaba aceleradamente, puesto que poseía todos los atributos que preanunciaban una trayectoria rectilínea como miembro de una de las instituciones mundiales más poderosas. Su biografía, hasta que cumplió los 23 años, se parecía a la de cualquier novicio del Primer Mundo enrolado en las labores de evangelización y vida cristiana dentro del Tercer Mundo. Y fue allí donde se gestaron las primeras tensiones, que se pueden explicar mejor ahora por el hecho de que la Iglesia católica es una entidad compuesta por fieles de los países en desarrollo que cumplen y siguen las directrices de autoridades eclesiásticas nacidas y educadas mayoritariamente en Europa, Estados Unidos o Canadá. Miguel estaba destinado a ser una de ellas.

El 13 de noviembre de 1986 la vida de Miguel ya estaba inmersa en la militancia armada. El marxismo, que en principio fue considerado únicamente una herramienta para entender la realidad, se transformaba en su nuevo credo. Ello no significó en ningún momento una ruptura con sus convicciones religiosas. Como estudiante de Sociología, el joven de 25 años repetía el mismo trayecto previo: sentía que el estudio no le permitía realizar su compromiso con “los pobres”. En 1989, sin haber abdicado de su cristianismo, Northdufter iniciaba sus acciones como combatiente. Participó en un asalto y luego en un secuestro. El 27 de agosto de ese año escribía: “Poco a poco empiezo a comprender qué representa la vida de un guerrillero. Una vida sin reposo, una vida que va de una batalla a otra. Una vida sin paz”.

Estos trazos ilustran la doble conversión de Miguel: su paso al sacerdocio y luego a la guerrilla. En nuestro contexto particular, se ha producido la amalgama de la religión institucional con la política violenta. En el camino, Miguel ha pasado del seminario en Londres, de Rosendaal y de Cochabamba,

a la militancia en el Bloque Popular Patriótico (BPP) y luego en la Comisión Néstor Paz Zamora (CNPZ) del Ejército Patriótico de Liberación Nacional (EPLN). Activada la lucha armada de manera fáctica, perdería la vida en diciembre de 1990 en un confuso operativo policial.

A continuación seguiremos palabra a palabra el proceso de conversión de Miguel, que va de la militancia cristiana a la armada. Cabe subrayar que él nunca dejó de ser cristiano y que consideró las balas como la continuación de la Biblia. No estamos hablando de un mero cambio, suplantación o relevo de referentes (el *paraíso* por el *socialismo*, el *Che* en vez de *Cristo*), sino de una integración de ambos discursos con sus naturales tensiones, que el discurso íntimo intenta trascender. Gozamos del privilegio de poder leer dicho discurso plasmado en su diario y en sus cartas. En este artículo sometemos a un primitivo análisis de discurso todo el material divulgado en italiano por Paolo Cagnan (1997): cartas escritas por el exseminarista y su diario personal (la traducción es nuestra).

La segunda conversión

La primera línea de continuidad en el discurso de Miguel es su apreciación invariable respecto a la escasa utilidad de la teoría, la teología y los estudios en general. En Londres los califica de “estériles”, en Bolivia opina que ante la posibilidad de “aculturarse” (dejar de ser europeo), “la filosofía puede esperar”. Meses más tarde, el aspirante a sacerdote confirma en una carta: “el estudio y la preparación tienen su importancia, pero si están separados de los problemas reales de la gente, se corre el riesgo de que ese saber teórico solo sirva al *statu quo*”. Ya para 1987, nuestro joven suena machaconamente explícito: “Vivo un dilema si debo seguir llenando mis lagunas teóricas o debo seguir alentando la acción concreta”. No cabe duda de que su opción terminaría siendo la segunda.

En pleno fragor de la guerrilla, Miguel describe su rutina diaria de este modo: “Una vida llena de sacrificios, de desencanto, de desilusiones. Una vida de perro. Y, sin embargo, la vida más atractiva, más bella, más preciosa”. En la última carta que les escribe a sus padres señala: “Estuve a punto de

convertirme en un sociólogo académico y aplicado, pero he preferido las minas, la tierra y la fábrica a la universidad”.

Este conjunto de afirmaciones expresa una idea sostenida entre 1980 y 1989: la acción debe estar por encima de la reflexión y la teorización. Los rangos están claros. Miguel no deplora la vida intelectual, pero le confiere un valor inferior. Es el predominio de lo concreto sobre lo abstracto, es la vida versus la esterilidad. El ideal congruente de vivir “con y como” los pobres quedaría instalado en él. Este fue entonces el primer discurso de conversión: pasar de las palabras a la acción.

Su segundo paso fue la aceptación del marxismo como fórmula teórica para entender y solucionar las injusticias sociales. Ello denota, a su vez, su insatisfacción con la teología, según él, divorciada de la realidad. En una carta a su padre, tras haber llegado a Bolivia, Miguel escribe: “[el marxismo] es la vía para resolver las injusticias sociales, que son la fuente principal de la opresión”. A fines de 1990, Michael Northdufter escribe en su diario la siguiente frase: “No soy Cristo, pero no intento de algún modo convertirme en un fariseo. Ahora soy cristiano y marxista o, mejor dicho, alguien que, fascinado por Cristo y Marx, ha venido a América Latina para poder vivir la teología de la liberación y la política de liberación”. Una vez más, lo suyo no es pensar, es vivir.

Luego nuestro joven agrega otra idea: la violencia es “una necesidad imperiosa”. Para el ya desencantado aspirante a sacerdote, el fusil sería una vía para alcanzar la justicia social, como lo fuera antes el marxismo para comprenderla.

En un siguiente momento de su conversión, el tercero y más existencial, Michael opta por mirar en su individualidad específica. La frase textual que lo expresa es la siguiente: “Pensar en la propia muerte es un instrumento eficaz para mitigar el espíritu y no caer en consideraciones subjetivas”. El dilema entre lo abstracto y lo concreto se reitera bajo nuevas vestimentas. En medio de la crisis de su organización partidaria y el asedio policial, se aleja de los análisis de la realidad y se mira al espejo. Ha iniciado el viaje hacia el sacrificio, hacia la politización de su liquidación como ser viviente.

Como se observa, las asociaciones semánticas entre el cristianismo católico y la doctrina revolucionaria necesitan para existir de una fuerte

catarata de realidades sociales. Solo la puesta en evidencia de las injusticias prevalecientes en el mundo puede activar la dicotomía establecida en el diario de Miguel. Frente al mundo del trabajo se coloca el de la academia y el del dinero. El guerrillero cristiano mira el mundo escindido en dos espacios que chocan y se excluyen mutuamente.

Este es el instante en el que las figuras de Cristo y el *Che* se funden en un solo ente. Podría decirse que, ante la ausencia de puentes teóricos formales entre las dos doctrinas, lo que toca edificar son lazos basados en la vida y el testimonio personal. Dado que la conexión inter doctrinas es la muerte, el católico revolucionario es el que ha perdido el miedo a perecer e inicia la ruta del martirio. A diferencia del combatiente ateo, el cristiano tiene vida más allá del derrumbe, por lo cual se entrega jubiloso a la guerra.

Esa es la vinculación constatable entre la teoría de la lucha armada y los evangelios. La disposición a morir como el extremo más agudo de la actividad política, y ahora también religiosa, se conecta con la capacidad de matar, que es el polo más afilado o pronunciado de la faena militar. En medio, la noción de martirio contribuye a los dos campos, tanto al político como al violento.

Hay que decirlo: el mártir es una figura bélica fallida, alguien que no alcanza el triunfo, alguien que, en vez de matar, muere. A partir de esa exaltación del crucificado, el enemigo se transforma en profundamente maligno, y la confrontación, en irreductible. Es como si únicamente el rito cristiano, asociado al martirio, le diera a la teoría de la lucha armada la “criptonita” (Superman) o la poción mágica (Ásterix) que la hará invencible.

Pero también con el cuerpo del caído se vincula la lucha presente con la futura, y ya es posible invitar a los nuevos hermanos a tomar el puesto de batalla del ser inmolidado. Así, todas las guerrillas adornan con flores sus tumbas, pero sobre todo dejan los fusiles que han quedado disponibles para que sean recogidos por los nuevos convencidos.

Como vemos de manera muy gráfica, la Biblia es acá la fertilizadora más idónea en la ruta de las balas. La disposición a morir es la garantía de que esta lucha es a fondo, que no admite vacilaciones, y que cada muerto genera una deuda con los vivos que dudan o meditan. Los caídos son una

invitación perenne a la acción y es el modo en que la revolución se hace inexorable e indefinida.

En conclusión, el parentesco entre la Biblia y las balas en América Latina, además de tener una profunda simiente en nuestra cultura mestiza, bajo las alas de la Revolución cubana, pero también al margen de ella, reforzó numerosos estímulos recíprocos. Ello prueba que cuando dos doctrinas chocan en lo formal, siempre pueden complementarse en la práctica, como puede suceder entre elementos disímiles, que, por una extraña razón, terminan hermanados.

El rol de la ideología

Tras el fracaso militar de la mayor parte de los movimientos armados latinoamericanos, numerosos protagonistas de estos hechos hicieron un balance de las caídas. La explicación dominante consiste en que no se hizo un repliegue oportuno de armas y combatientes, se cayó en extremos violentos, hubo actos reñidos con el sentido de humanidad (secuestros, atentados contra civiles), se ajustició militantes ante la sola sospecha y no se supo evaluar la falta de condiciones para proseguir con el combate. Todos estos ejemplos podrían quedar reducidos a un solo factor: la excesiva militarización de los movimientos. Ello implicaría una ausencia o un déficit de visión política. Esa es, por ejemplo, la postura de dos autoras emblemáticas en este debate: Carnovale (2011) y Calveiro (2024 y 2013).

La moraleja que se extrae de todos esos balances es que nunca el cerebro militar debe conducir los pasos de las organizaciones. La toma de decisiones debería quedar siempre en manos de una dirigencia que razone en términos políticos y no exclusivamente militares.

De acuerdo con lo reseñado, la ideología, es decir, el corpus filosófico del grupo, tendría la capacidad de atenuar los extremos, a veces inevitables, a los que llega la violencia, considerada como mera aplicación ciega de la fuerza. Por todo lo visto durante la conversión del italiano-boliviano Michael Northdufter, revelamos que las cosas no suelen suceder de ese modo. Como vimos en el ejemplo estudiado, los factores mentales, inte-

lectuales o religiosos que operaron en la mente del guerrillero tirolés no lo inhibieron, sino que lo estimularon a seguir por la senda de las acciones. Como dijimos, la Biblia parece más bien ser un estímulo para las balas. Entre los años 1025 y 1270, en Europa y Asia, miles de soldados se apretujaron en las trincheras para protagonizar las Cruzadas. ¿No tendríamos que citarlos en este momento?

La praxis guerrillera es evidencia de lo señalado. En general, la disposición al sacrificio, es decir, la producción de mártires, corre por cuenta de las ideas que se manejan dentro de las hermandades armadas. La capacidad de matar, como dijimos, corre paralela a la disposición a morir. La diferencia está en que la primera viene otorgada por la posesión de las armas, mientras que la segunda tiene un motor totalmente espiritual. La entrega de la vida en una operación sin perspectiva de victoria es la antesala del discurso heroico, y Miguel Northdufter fue parte de ese cometido.

La prueba de lo dicho en líneas precedentes tiene un sustento fáctico. En las últimas horas del 4 de diciembre de 1990, los secuestradores del empresario Jorge Lonsdale se reunieron para tomar decisiones trascendentales. En el segundo piso del inmueble de la calle Abdón Saavedra número 2035 de la ciudad de La Paz, Miguel plantea las opciones: quien quiera abandonar la casa en ese momento queda autorizado para hacerlo. Inés Paola Acasigüe, de 19 años, fue la primera en descartar la opción. Se quedaba. Considerando que la muchacha estaba embarazada, sus palabras tuvieron una fuerza adicional. Solo dos guerrilleros se encaminaron compungidos hacia la calle. La intervención policial era inminente y tuvo lugar en horas de la madrugada. Dante Llimaylla, uno de los combatientes, el único de nacionalidad peruana, evaluó años más tarde la situación con las siguientes palabras: “Ya teníamos a la policía encima, entonces son dos cosas, o dejamos en libertad al secuestrado y nos vamos todos o resistimos hasta el último. Dejarlo al secuestrado es asumir una derrota, quizás de la que nunca nos vamos a levantar” (Pichler, 2008).

Apliquemos nuestro esquema teórico a esta situación particular. Desde el punto de vista estrictamente militar, al saberse cercado, el grupo debió haber liberado al secuestrado y desaparecido de la escena. Con ello preservaba

la vida y el arsenal, lo cual le hubiese permitido encarar nuevas acciones. Es posible que ese haya sido el razonamiento de los dos miembros que aquella noche abandonaron la casa.

Sin embargo, desde el punto de vista político y –para nuestros fines– también religioso, lo importante no era el sentido material de la lucha (preservar lo conseguido), sino el encuadre simbólico. Desarmar la carpa, limpiar el campamento, volverse a vestir de civil, esconderse, no son opciones políticas válidas. ¿Por qué? Porque el “pueblo” está mirando. El mensaje enviado a la conciencia de la gente, es decir, al “objeto del deseo” revolucionario, sería: “somos unos cobardes”. Llimaylla lo dice bien: asumir la derrota era no volverse a levantar. En términos concretos, para esta forma de razonar: caer es levantarse.

Acá, la conexión con la noción de sacrificio es plena. Una derrota militar siempre será una victoria política, porque la sangre de los caídos “fertiliza el terreno” de la revolución. En términos efectivos, la salvación por la vía del sacrificio es lo que en el lenguaje guerrillero se conoce como “la cuota”.

Apunte final antes de liberar las conclusiones: en una carta a sus padres (Cagnan, 1997), Miguel Northdufter afirmaba:

Ustedes son tirolese, ciudadanos italianos, europeos. Hace mucho tiempo que yo no soy más un ciudadano de Bolzano. Inglaterra y Holanda significaron para mí solo una parte de mi pasado. Hoy soy boliviano, un latinoamericano, o, si se prefiere, un ciudadano del mundo [...]. He soñado con una existencia pequeñoburguesa, segura y pacífica. En mi fantasía habría preferido ser un estúpido soldado de la aviación italiana antes que un genial revolucionario sin pan ni esperanza en el lugar más lejano y perdido del mundo: Bolivia.

Este fragmento marca con singular claridad la situación de la Iglesia católica, planteada en las primeras páginas de este artículo. Más de dos tercios partes del clero, es decir, del cuerpo profesional, de las autoridades de la Iglesia, proviene del norte industrializado y próspero. Sin embargo, dos tercios de los seguidores laicos residen en esos lugares “lejanos y perdidos” a los que hace mención Miguel.

De ello derivamos una tesis adicional: las pautas que dieron lugar a la radicalización política de segmentos de la jerarquía y base católica a lo

largo del siglo XX emergieron del disloque existente entre autoridades privilegiadas en el plano material y fieles devotos atrapados en la pobreza. Este contraste abrió las puertas de la Iglesia a las ideas marxistas, primero, y a las organizaciones guerrilleras, después. Ambos aparatos conceptuales y experienciales parecían resolver los dilemas de los católicos en el mundo. Les entregaban una gramática de las desigualdades y un manual para dinamitarlas.

No se trató entonces de un mero recambio de denominaciones, sino de una auténtica conversión por la cual las ideas del cristianismo entraron a combinarse y conjugarse con las del marxismo y con las teorías de la lucha armada. En ese momento de fricción y engarce, los puentes trazados por Michael Northdufter en sus escritos son una fuente fecunda de inspiración para las ciencias sociales y humanas dentro y fuera de Bolivia.

Conclusiones

Los materiales y fuentes consultadas en esta investigación permiten arribar a las siguientes conclusiones:

1. A fines del siglo XV, la Iglesia católica invirtió todos sus recursos ideológicos para justificar y hacer inteligible la expansión de las coronas de Castilla y Portugal en el llamado Nuevo Mundo (América). Ello le permitió complementarse operativamente con los imperios en ascenso y convivir intelectualmente con los millones de nuevos súbditos americanos. En tal sentido, el catolicismo se convirtió en el mayor dispositivo ideológico occidental durante los siglos XV, XVI y XVII.
2. Una vez lograda la independencia de las repúblicas americanas entre 1810 y 1898, la Iglesia mantuvo su vigencia como institución en estas tierras y como segmento fundamental de la propia sociedad. La Iglesia no corrió la misma suerte que la Corona, sino que pasó de imperial a republicana.
3. La ofensiva del liberalismo, acuñado en Francia e Inglaterra, para avanzar hacia la constitución de Estados laicos, llevó a la Iglesia católica

- a alentar la formación de partidos conservadores que buscaron atesorar su herencia virreinal. Este proceso mostró que, a fin de defender su influencia, el catolicismo, era capaz de pasar directamente a la arena política y también a la electoral.
4. Tras las victorias moderadas del liberalismo y el inicio del periodo secular, la Iglesia católica debatió su posición ante el surgimiento de la Guerra Fría y la creciente influencia del comunismo soviético como alternativa y amenaza. Lo hizo en el Concilio Vaticano II. A partir de ese momento, la Iglesia vivió una modernización y un mayor involucramiento en la vida pública.
 5. A partir de la llamada secularización, en Europa y en América Latina surgieron partidos demócrata-cristianos, cuya postura frente al choque de las potencias nucleares fue alentar una tercera posición. La consigna era ni capitalismo ni comunismo, o en términos del expresidente Eduardo Frei Montalva, de Chile: una “revolución en libertad”. La postura demócrata-cristiana coincidió con la política exterior enarbolada por los presidentes demócratas en los Estados Unidos, en especial, con la de John F. Kennedy.
 6. Los partidos demócrata-cristianos tuvieron un relativo éxito en varios países, como Italia, Alemania, Chile y Ecuador, y también en Centroamérica. Intentaron ser una alternativa a la seductora propuesta de la Revolución cubana, cuyo recorrido se inició en 1959. La Iglesia católica, como institución y como operadora de instituciones escolares y universitarias en el mundo, ayudó directamente a fortalecer a los llamados PDC. Varios de esos postulados fueron recogidos en su doctrina social y fueron teorizados desde la Teología de la Liberación.
 7. La sustitución del Eduardo Frei Montalva (PDC) por Salvador Allende en el mando presidencial chileno y el posterior derrocamiento del socialista por un golpe militar en 1973 precipitaron la escisión de la Democracia Cristiana en América Latina y el nacimiento de una izquierda católica de orientación socialista. Los cristianos radicalizados de esos años se cobijaron bajo las banderas de Fidel Castro, pero sobre todo bajo las de Ernesto *Che* Guevara, una especie de mártir canonizado en las calles y plazas del mundo.

8. La escisión señalada terminó dividiendo a la propia Iglesia católica latinoamericana. En la década de 1980 la jerarquía vaticana rechazó la alianza entre cristianos y marxistas, expresada con fuerza en el Gobierno sandinista, en Nicaragua.
9. Entre 1910 y 2010, la Iglesia católica vivió un vuelco radical. De haber sido un culto religioso respaldado predominantemente por personas europeas, pasó a ser, en sus dos terceras partes, una religión alimentada y sostenida por fieles residentes en los países en desarrollo, la mitad de ellos latinoamericanos. En contraste el clero, es decir, el cuerpo profesional de autoridades (alrededor de 277 mil personas), se mantuvo como un núcleo proveniente de Europa, Canadá y los Estados Unidos en más de un 60%. Es lo que llamamos un disloque⁸ entre la base y la cúpula.
10. La investigación llevada adelante para elaborar este artículo demuestra que el llamado disloque de la Iglesia católica fue la fisura que dio lugar a la radicalización política de algunos de sus miembros, que derivaron en la lucha armada en las décadas de 1960, 1970, 1980 y 1990. Tanto el marxismo como la teoría de la lucha armada ofrecieron una respuesta al malestar interno de una institución religiosa que funciona sobre una dicotomía evidente.
11. La conversión de segmentos de la Iglesia a la lucha armada no fue explicada de forma plausible o solvente por los pocos investigadores que abordaron el tema, entre ellos el historiador boliviano Gustavo Rodríguez Ostría (2006). En el presente artículo se señala que el tránsito de la Biblia a las balas no se produjo mediante un mero recambio de vocabulario. La unión de la cruz con el fusil tuvo que haber sido un proceso más sofisticado, asociado a una reflexión y a una acción discursiva deliberada. En este artículo se propone explorar una respuesta nueva mediante el análisis de las ideas del italiano-boliviano Michael Northdufter, cuyos escritos fueron publicados en 1997 por el italiano Paolo Cagnan.

8 Asumimos el término como la situación por la cual un elemento es separado de donde pertenece por tamaño y forma; se trata de una inadecuación visible.

12. Como se observa en el diario y en las cartas del citado guerrillero, su acercamiento a las ideas de izquierda fue gradual: se dio en cinco pasos. Comenzó con un rechazo del joven a las abstracciones de la teología y, paralelamente, a una búsqueda de concreción y realidad. El ideal de vivir “con y como” los pobres, signo de solidaridad con los marginados, fue su primer paso. Miguel anota en su diario que busca acercarse a los problemas de la gente, es decir que quiere relacionarse con lo que llama el “pueblo concreto”. Su segundo paso fue la aceptación del marxismo como fórmula teórica para comprender y solucionar las injusticias sociales. Ello denota una insatisfacción con la teología (y con toda acción teorizante), la cual, según su punto de vista, parece estar divorciada de la realidad. En un tercer momento, Miguel suma otra idea: la violencia es “una necesidad imperiosa”. Para el ya desencantado aspirante a sacerdote, el fusil sería una vía para alcanzar la justicia social, como lo fuera antes el marxismo para comprenderla. En un cuarto momento, el autor del diario y de las cartas opta por pensar en su propia muerte. Dice que esa es la forma de eludir debates subjetivos. Es la realidad palpable. Al final, el guerrillero muerto en Bolivia construye una dicotomía simple. Por un lado, está la mina, la fábrica y la tierra, pero también Bolivia y América Latina (además del mundo). En el bando contrario está Europa, con una vida segura y pacífica, el consumismo, la vida académica (la universidad) y un oficio de soldado italiano (para él). Es la división entre Cristo (polo positivo) y ser un fariseo (lado negativo).
13. Vemos que, para existir, las asociaciones semánticas entre el cristianismo católico y la doctrina revolucionaria necesitan, primero, dejar de lado la teología en su versión clásica o teórica. Para habilitar un flujo de combatientes (una leva), la operación de conversión requiere de una fuerte dosis de realidad social. Solo la puesta en evidencia de las injusticias sociales prevalecientes en el mundo puede activar la dicotomía establecida por Miguel en su diario. Frente al mundo del trabajo se coloca el de la academia y el del dinero. El guerrillero cristiano mira el mundo escindido en dos espacios que chocan y se excluyen mutuamente. Ante ello Miguel decide pensar en su propia muerte, que parece ser el nexo con su realidad y con la de los demás por quienes dice luchar. Es

el anticipo del sacrificio, que revela primero su capacidad de entregar la vida y, solo en una segunda instancia, su potencial para matar. Es el instante en el que las figuras de Cristo y del *Che* se funden. Podría decirse que, ante la ausencia de puentes teóricos entre las dos doctrinas, lo que tocó edificar fueron puentes basados en la vida y el testimonio personal. Dado que la conexión es la muerte, el católico revolucionario es el que sigue el ejemplo; ya ha perdido el miedo a morir.

14. El hallazgo fundamental de este artículo es una refutación a la mayoría de los balances realizados por exguerrilleros con respecto a sus propias experiencias históricas. Según la mayoría de ellos, las hermandades armadas fracasaron, es decir, no lograron la victoria, porque “se militarizaron” demasiado. Ello implica que no tomaron en cuenta los factores políticos, lo que quizás los hubiera llevado a replegarse ordenadamente hasta la reaparición de factores coadyuvantes a la lucha armada. Lo que encontramos en esta indagación es que, al contrario de lo que suele pensarse, no son los factores puramente militares los que conducen a una escalada del conflicto. Lo militar, sostenemos, es la capacidad de matar, mientras que lo político es la disposición a morir. La suma de los dos da lugar a un proyecto armado. Sin embargo, el lado menos racional o quizás más emotivo, es el político, no el militar.

El corazón político no late para replegarse sino todo lo contrario: es ofensivo. Su función es aproximarse a la condición heroica, al estado victorioso en el que se prescinde del miedo a morir. Es así porque luego le seguirá un grito de compromiso. El caído se convierte pronto en un dios exigente, que tras haberlo dado todo, pide lo mismo de sus seguidores o continuadores. La “cuota”, como lo llamaba Sendero Luminoso, del Perú (Gorriti, 2008), es el aporte elemental de cada militante a la causa común. En palabras del jefe del Partido Comunista del Perú, Abimael Guzmán, las explicaciones sobran: “Es necesaria la cuota. No han muerto, en nosotros viven y palpitan con nosotros [...], la sangre nos acerca [...], nos hace [...] más firmes para vadear cualquier río, para cruzar el infierno y asaltar los cielos, el costo en último término, es pequeño” (Gorriti, 2008).

15. El episodio de la vida de Miguel Northdufter que refrenda la anterior conclusión es el sucedido entre el 4 y el 5 de diciembre de 1990. Aunque los secuestradores de Jorge Lonsdale estaban seguros de que la casa en la que se escondían iba a ser asaltada por la Policía, solo dos de ellos abandonaron sensatamente el lugar. Los seis guerrilleros que prefirieron resistir en una batalla perdida de antemano son la expresión palpable del modo político-militar o religioso-militar de razonar. La idea de que “huir es peor que caer” o que “caer es levantarse” expresa con contundencia una racionalidad peculiar, poco estudiada, pero reafirmada en muchas ocasiones, al punto de transformarse en la regla. Lo narrado es parte de una larga sucesión de hechos aparentemente absurdos, cometidos por las guerrillas en el mundo. A partir de los escritos de Northdufter se abre una ventana para entenderlos.

Fecha de recepción: 30 de agosto de 2024

Fecha de aceptación: 19 de noviembre de 2024

Bibliografía y fuentes documentales

Aranibar Quiroga, Antonio (2021). *La política como opción de vida*. Santa Cruz de la Sierra: Heterodoxia.

Archondo, Rafael y Mendieta, Gonzalo (2023). *Salir del paso. Tres décadas de violencia revolucionaria en Bolivia, 1967-1997*. La Paz: Plural editores.

Bray, Donald (1967). “Latin-American Political Parties and Ideologies: An Overview”. *The Review of Politics*, 29 (1), enero: 76-86.

Burks, Richard Voyles (1952). “Catholic Parties in Latino Europe”. *The Journal of Modern History*, 24 (1), septiembre: 269-286.

Cagnan, Paolo (1997). *Il Comandante Gonzalo va alla Guerra. Un sudtirolese guerrigliero in Bolivia*. Bolzano, Italia: Historia y Memoria.

- Calveiro, Pilar (2024). *El Petrus y nosotras. Una familia atravesada por la militancia*. Argentina-México Siglo: XXI editores.
- Calveiro, Pilar (2013). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Carnovale, Vera (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ELN*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Cheney, David (s/f). “Statistics by Country.” *Catholic Hierarchy*. <https://www.catholic-hierarchy.org/country/sc1.html>
- Debray, Régis (1967). *¿La Revolución en la Revolución?* La Habana: Casa de las Américas.
- Drekonja, Gerhard (1971). “Religion and Social Change in Latin America”. *Latin American Research Review*, 6 (1), primavera: 53-72.
- Evanson K., Robert (1985). “Soviet Political Uses of Trade with Latin America”. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 27 (2), verano: 99-126.
- Garrett, L. James (1985) “The Beagle Channel Dispute: Confrontation and Negotiation in the Southern Cone”. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 27 (3), otoño: 81-109.
- Giraud Bayo, Alberto ([1960] 2019). *Mi aporte a la Revolución cubana*. México D. F: México frente a la Afirmación Hispanista.
- Gobat, Michel (2013). “The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy and Race”. *The American Historical Review*, 118 (5), diciembre: 1345-1375.
- Goldberg, A. Peter (1975). “The Politics of the Allende Overthrow in Chile”. *Political Science Quarterly*. 90 (1), primavera: 93-116.
- Gorriti, Gustavo (2008). *Sendero: historia de la guerra milenaria en el Perú*. Lima: Editorial Planeta.
- Guevara, Ernesto (1967). “Obra revolucionaria”. México D. F.: ediciones Era S.A.

- Lange, Matthew, Mahoney, James y Vom Hau, Matthias (2006). "Colonialism and Development: A Comparative Analysis of Spanish and British Colonies." *American Journal of Sociology*, III (5), marzo: 1412-1462.
- Meirelles, Fernando (2019). "Los dos Papas". Netflix, documental ficcionado.
- Perry, Richard O. (1980). "Argentina and Chile: The Struggle for Patagonia 1843-1881". *The Americas*, 36 (3), enero: 347-363.
- Pichler, Andreas (2008). "El camino del guerrero". Documental, Alemania, Suiza e Italia.
- PRC – Pew Research Center. Sitio web de la institución: <https://www.pewresearch.org/>
- ProDatos (2023). "Encuesta, adscripciones religiosas en Guatemala, 2016". *Report of International religious freedom*, Embajada de los Estados Unidos en Guatemala.
- Rodríguez Ostría, Gustavo (2006). *Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia. Sin tiempo para las palabras*. La Paz: Grupo editorial Kipus.
- Samson, Ana (2008). "A History of the Soviet-Cuban Alliance 1960-1991". *Politeja* (Cracovia), 10 (2): 89-108. *Ksieganía Akademicka*, Estados Unidos.
- Sánchez Iglesias, Eduardo (2019). "Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)." En: Ríos, Jerónimo y Azcona, José Manuel (coord.). *Historia de las Guerrillas en América Latina*. Madrid: Catarata.
- Scroggs, William Oscar (1905). "William Walker and the Steamship Corporation in Nicaragua". *The American Historical Review*. 10 (4), julio: 792-811.

Reseñas y comentarios
Reseñas y comentarios

La “niña salvaje” del Paraguay.
Una microhistoria de la etnografía americanista
1902-2016, de Verushka Alvizuri

*Cecilia Salazar de la Torre*¹

El libro *La “niña salvaje” del Paraguay. Una microhistoria de la etnografía americanista 1902-2016* es una gran contribución a la discusión sobre la relación sujeto-objeto de conocimiento. Su temática tiene un doble desafío: en primer lugar, da cuenta de la cultura científica que, en el campo de la antropología “americanista” de principios del siglo XX, instituyó la alteridad indígena; en segundo lugar, otorga el estatus de objeto a quienes hace un siglo eran sujetos del conocimiento, es decir, a los expertos de la antropología “americanista”. Por ambas vías, el libro se propone entablar una provocadora discusión en torno a la relación que el conocimiento –es decir, el modelo de interpretación cultural– ha establecido con el mundo indígena, tarea sobre la que su autora, Verushka Alvizuri, ya había dado pasos importantes en otra de sus obras (Alvizuri, 2019).

Sin embargo, lo que podría considerarse como el “espíritu” del libro va más allá. Verushka Alvizuri se detiene largamente en tratar los puntos antes señalados tanto en la primera como en la segunda parte, pero manteniendo latente entre sus páginas lo que finalmente desemboca en la historia de Maryvonne, el nombre de la “niña salvaje del Paraguay”, en la tercera parte. A lo largo del desarrollo del texto, la autora va armando su propia posición al respecto. En otras palabras, a Alvizuri no le basta con describir el entramado institucional de la antropología “americanista”; busca dar cuenta de las consecuencias que este entramado tuvo, directamente, en la vida de

1 Investigadora del CIDES-UMSA, La Paz, Bolivia. ceciliasalazar@cides.edu.bo

una niña indígena. De ese modo, Alvizuri ha dado un paso fundamental respecto a su trabajo vinculado a la invención en la aymaridad, posicionándose como una intelectual que, además de investigar, toma partido. Lo hace sin menoscabo alguno de las disputas políticas en torno al conocimiento. A eso llamo el espíritu de su libro.

En su proceso, el libro reúne varios tópicos. Detengámonos brevemente en las dos primeras partes. En ellas, la autora hace una acuciosa investigación en torno al trabajo del médico francés Jehan Vellard, quien primero residió en el Brasil en calidad de etnólogo y luego en el Paraguay en calidad de etnógrafo, extrapolación que solo se entiende en un contexto en el que las ciencias humanas y sociales estaban abundantemente pobladas con los criterios de las ciencias naturales.

Una primera referencia es que Vellard se desenvuelve en un contexto institucional sobre el cual se había asentado la acción civilizadora y colonial de Francia desde el siglo XIX. Desde esta, el conocimiento científico –enraizado en el positivismo– transitaría en Sudamérica hacia la cosificación del mundo indígena. Por detrás se había instituido un aparato institucional que tuvo a Paul Rivet como uno de sus protagonistas. Autor del conocido libro *Los orígenes del hombre americano*, se convirtió en un interlocutor epistolar del que Vellard recibió consejos prácticos para llevar a cabo la tarea de recolectar, describir y clasificar los objetos “aplicados a las ciencias del hombre” (Alvizuri, 2024: 47).

La segunda referencia es la narrativa creada alrededor del etnógrafo como personaje, cuya capacidad para la aventura se glorifica, al tiempo que se afirma que, en aras de la ciencia, cumple su tarea como si fuera una *misión*. Finalmente, la tercera, el rol del Estado francés en la creación de las condiciones necesarias para que el conocimiento científico en África y Sudamérica se desarrolle, casi como lo hacían las expediciones coloniales.

En ese contexto se da el escenario en el que van a producirse los hechos: un Paraguay ocupado en reconstruirse como nación después de la guerra de la Triple Alianza, con un territorio conformado por latifundios, al que en gran parte no llegaba el Estado y, además, en vísperas de enfrentar una guerra con Bolivia en la región del Chaco (1932). En medio de todo, no

es menor el modo en que en el Paraguay se está enfrentando la cuestión indígena.

Es en esa situación donde tienen lugar dos eventos, vinculados a la relación sujeto-objeto: uno, referido a lo que se nombra como “descubrimiento” que, a decir de Alvizuri (2024: 121), “consiste en destacar el aislamiento social, lingüístico y biológico de un grupo humano ‘puro’, ‘nunca antes contactado’ previamente a la llegada del etnógrafo”; dos, la práctica de la recolección de objetos *guayakí* como “botín etnográfico”, del que forman parte dos niños como *seres vivos a observar*. Uno de ellos fallece, mientras que la segunda, Maryvonne, sobrevive por largo tiempo, mucho más allá de este episodio, luego de ser adoptada por Vellard (para observarla) y convivir toda su vida con él y la madre de este.

En este punto la autora desnuda el modo en que entonces se llevaba a cabo la producción de conocimiento, tomando en cuenta las representaciones científicas propias de ese momento histórico, sin relativizar la violencia que se entretecía entre medio y que, entre otros, tiene que ver con los dispositivos de la “observación”. Lo hace con gran rigurosidad, sin perder de vista detalle alguno, poniendo cada aspecto en relación a lo que podríamos llamar su “genealogía”.

Una sucesión de imágenes desfila a partir de este encuentro entre sujeto (Jehan Vellard) y objeto (Maryvonne). Aquí vale la pena detenerse en dos cuestiones: la primera, los recursos a los que apela Alvizuri para reconstruir aquel encuentro o, más bien, su sentido, a partir de los informes que produce Vellard en torno al momento, y que trascienden a la prensa europea, científica o no, que acoge la “noticia” con una amplitud inusual. Alvizuri deja establecida la relación del historiador (ella) con el documento escrito y a este como fuente de significaciones colectivas.

Con eso en mano, la autora establece el ambiente cultural de la antropología americanista francesa, para la que el hecho de que Vellard se apropiara de Maryvonne para observarla se toma con benevolencia, dando pie a la relación entre la credibilidad de la ciencia y los “hombres de bien” (Alvizuri, 2024: 183) que, en el caso de Vellard, es la marca que le confiere su comunidad intelectual al haber “rescatado” a la niña de una vida sin sentido: la vida indígena. Además, hay una gran cantidad de artículos que se escriben sobre

ella, y se la expone en una conferencia de especialistas para dar cuenta de sus características antropométricas y raciales, tan propia de las exposiciones coloniales de la época, en las que se incluía zoos humanos (Egan, 2015).

La segunda cuestión es la experiencia misma de Maryvonne, la niña que nunca habló, “un personaje de papel” (Alvizuri, 2024: 193), de la que ni siquiera es posible escribir una biografía sino de manera retaceada, a la que su entorno adoptivo le auguró una vida adulta burguesa y que terminó como residente del Centro San Francisco de Asís, lugar de acogida para personas en situación de pobreza extrema en Iquique, Perú. Y entre medio, una niñez, una adolescencia y una juventud en las que se formó un gusto estético por la música clásica, llegó a dominar varios idiomas y obtuvo conocimientos de biología y otros, signos de lo que la civilización consideraría como “una vida que vale la pena ser vivida” (Alvizuri, 2024: 186).

Para cerrar, en una entrevista periodística sobre este libro, la autora rememoró sus dudas acerca de su propio rol como “observadora”, y de si, al buscar a Maryvonne, no estaría completando un programa científico “que se construyó a expensas de esta niña” (Talavera 2024). Recuperando su talante histórico, ratifica la necesidad de mirar al pasado sin anacronismos, situándose en el contexto. Por lo tanto, afirma que su intención es comprender y no juzgar. A pesar de esto, no tengo ninguna duda de que su libro será un referente para desandar el camino de la ciencia colonial que, recurrentemente, ha acudido a todos los medios para imponerse sobre la alteridad e interpretarla, desconociendo su voz. A eso llamo el espíritu del libro.

Bibliografía

Alvizuri, Veruschka (2009). *La construcción de la aymaridad*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

Alvizuri, Veruschka (2024). *La “niña salvaje” del Paraguay. Una microhistoria de la etnografía americanista 1902-2016*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

Egan, Nancy (2015). “La Odisea de Santos”, en *Umbrales* 29. La Paz: CIDES-UMSA.

Talavera, Maggy (2004). “Entrevista a Veruschka Alvizuri”, 3 de agosto de 2024. <https://www.facebook.com/maggytalavera/videos/867820538730228>

Albañiles. Los constructores de la ciudad, de Carlos Macusaya¹

Edgar Samuel Peredo Cuentas²

El libro aquí reseñado fue publicado por el Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia de la República (CIS) en 2020, y presentado en una videoconferencia compartida en Youtube³ con la presencia del autor, Carlos Macusaya, y con los comentarios de Alfonso Hinojosa y Jiovanni Samanamud. Es un ensayo compuesto por diez acápite (en 111 páginas), en los cuales el autor reflexiona sobre los cambios que esta última década de “crecimiento económico” han traído al mundo del trabajo de los albañiles indígenas de El Alto y La Paz.

Problemática, marco teórico y metodológico

La problemática del autor es la reconfiguración de la composición social del país, producto de la política pública y la dinámica social y política de

-
- 1 Esta reseña es parte de un análisis crítico más extenso sobre el libro de Macusaya, realizado en un artículo publicado en colaboración con el Grupo de Estudios del Trabajo Llankaymanta en 2022. <https://llankaymantabolivia.blogspot.com/2022/06/resena-y-comentario-critico-del-libro.html>
 - 2 Sociólogo con enfoque en el mundo del trabajo. Es miembro del Laboratorio de Investigación Social del IESE y del Grupo de Estudios del Trabajo Llankaymanta. Es maestrante del Postgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS), Cochabamba, Bolivia. Esperedocuentas@gmail.com
 - 3 Disponible en: <https://youtu.be/QTeZua61RnI?si=eGZHdkFeZTf15rqH>

los últimos diez años. Macusaya busca reflexionar sobre “los cambios y procesos que redefinen las diferencias de clase y estratificación” en los llamados “sectores populares” o “indígenas”; en particular, en el de “los trabajadores de la construcción”.

El autor parte señalando el papel de la división social del trabajo en la configuración de las clases en la sociedad boliviana. De acuerdo a Macusaya, la división elemental del trabajo intelectual y manual en este país está racializada, a través de la categoría indio o indígena, que representa, entre otras características, un origen étnico y rural, piel morena, baja escolaridad y un tipo de vestimenta humilde, biologizando la condición histórica de subordinación frente a poblaciones de carácter ciudadano y blancoide, que ocupan un lugar jerárquico en el proceso productivo. Más allá de matices y gradaciones que relativizan esta división, las diferencias sociales entre segmentos de la población, precisa Macusaya, fueron asumidos como diferencias entre razas (Macusaya, 2020: 23).

Desde esta perspectiva, según los planteamientos del autor, un estudio sobre la “redefinición de clases y estratos” en Bolivia debe concentrar su mirada en las modificaciones y/o procesos de diferenciación social que ocurren en el centro mismo del trabajo. Esa es la intención de su ensayo: “caracterizar el trabajo de los albañiles”, y encontrar en este proceso cambios en los sentidos, significaciones e identidades que muestren signos de que la mencionada división social del trabajo racializada se ha modificado durante el periodo del MAS.

Para lograr esta caracterización, Macusaya se propone hacer un *zoom* sobre la labor de los “constructores de la ciudad” (los albañiles), y para ello recurre a la sociología del trabajo. El autor se concentra en escudriñar, a partir del análisis del proceso de trabajo, aspectos simbólicos que den indicios de cambios en su condición social (movilidad ascendente o descendente), su pertenencia identitaria (aymara rural o urbano) y los sentidos producidos en el trabajo (de resistencia, de adaptación, etc.) durante el periodo del MAS.

Metodológicamente, Macusaya recurre a un estudio de caso, aplicando técnicas cualitativas, a través de un diario de campo (etnografía de un ayudante), cinco entrevistas cualitativas (a dos contratistas, dos maestros y

un ayudante), para relevar sentidos, significados y producción de identidades. Asimismo, despliega técnicas cuantitativas: 15 encuestas (a maestros, contratistas y ayudantes) para verificar características comunes en los sujetos estudiados. A lo largo de su reflexión, va triangulando dicha información con los resultados de estudios similares (Rivero, 2003; Rivero, 2005; Balboa, 2012). Se trata, como el propio Macusaya reconoce, de un estudio exploratorio y descriptivo. La ausencia de estudios de ciencias sociales relativos a este rubro le impone dicho carácter al trabajo.

Resultados y aportes

El aporte de este estudio reside en el esfuerzo por ver las continuidades y rupturas del mundo del trabajo del albañil, teniendo como referencia los aportes antropológicos de Rivero (2003) y Balboa (2012) al respecto. En este sentido, el autor ejercita una interesante descripción etnográfica del mundo del trabajo del albañil. Actualiza la caracterización ya presentada por Rivero (2003) sobre el trabajo en la construcción. Resalta la permanencia del sistema tradicional y el carácter manual de un oficio aprendido empíricamente; asimismo, nos expone las características de las herramientas e insumos que emplea el maestro albañil (todas manuales) y la complejidad que entraña este ambiente (cantidad de albañiles, contratistas/subcontratistas, la presencia de “ingenieros y arquitectos”, etc.) según las fases (obra gruesa y obra fina) y el tipo de obra (pequeña, mediana o grande).

Por otro lado, con relación a los aspectos organizativos y a la configuración de relaciones sociales en el trabajo, Macusaya identifica dos aspectos organizativos diferenciados: uno basado en el conocimiento y otro basado en el capital. Aunque el autor presenta ambos aspectos en una sola estructura organizacional (ayudante-contramaestro-maestro-contratista), hay una clara diferencia con quienes están en la punta de la pirámide (entre maestro y contratista), en base a “capital y herramientas acumuladas”.

Un tercer aspecto organizativo, que Macusaya presenta más bien como un “complemento de la dominación” dentro de esta estructura de la

construcción, es la forma de inserción de la obrera albañil mujer. La baja cualificación y la necesidad de complementar sus ingresos la empujan a introducirse como ayudante en este rubro. Ratificando lo ya visto por Rivero (2003) y Balboa (2012), en un contexto de alta violencia simbólica irradiada por los varones albañiles, la posición de la mujer “india” se estanca en los rangos más bajos (laboral y económicamente) de esta organización. Se trata de una inserción caracterizada –según Macusaya– por luchas y resistencias de la obrera indígena que busca hacerse un espacio en este rubro.

Asimismo, describe las tensiones que esta organización jerárquica desarrolla en su interior. De este modo, nos expone cómo la presión por concluir una obra se descarga según la cadena jerárquica, con más fuerza sobre el ayudante. Es la manera en que la eventualidad del trabajo presiona para que los obreros albañiles compitan entre ellos para “quedar bien” con el contratista o con el ingeniero, quienes controlan el empleo. Si bien la característica de este trabajo no permite desarrollar formas tradicionales de resistencia, como un sindicato, el autor identifica otras formas, como maltratar las herramientas, el robo y la configuración de espacios de confraternización donde desaparecen las jerarquías (el *pijcheo*, el partido de fulbito). El estudio Macusaya demuestra la vigencia de la precariedad organizativa y la condición vulnerable de los y las albañiles, descrita también por Rivero (2003) y Rodríguez (2010).

Sobre la base de esta descripción, Macusaya nos ofrece un análisis comprensivo del mundo simbólico en el trabajo y en la identidad de los albañiles. El autor encuentra un proceso contradictorio: por un lado, identifica que los albañiles “leen” las posiciones sociales a través de la vestimenta (“la pinta”), el color de la piel, los gestos y la forma de hablar. Por ejemplo, los ingenieros o arquitectos se vinculan con rasgos más blancoides, mientras que el albañil es moreno y tiene las manos callosas. Asimismo, a nivel nacional, el autor encuentra que los albañiles tienden a identificarse, más por “motivos étnicos que ideológicos”, con la figura de Evo Morales, sobre todo cuando sale a flote la oposición con los *q’aras*. Desde este ángulo, se ratifica la permanencia de estos y otros “signos” racializados en el trabajo y en la identificación indígena.

Pero, por otro lado, el autor identifica en los albañiles una actitud de indiferencia respecto a su pertenencia indígena aymara. Si bien los albañiles continúan vinculados con sus comunidades de origen, asisten a fiestas patronales y ejercen prácticas y tradiciones, como el *pijcheo*, la *k'oa* y las “ofrendas” en la construcción, Macusaya señala que para ellos la identificación con todas estas prácticas sería irrelevante. Reflexiona en torno a estos resultados contradictorios haciendo referencia a la extensión y preponderancia de las relaciones mercantiles, que desvalorizan estas prácticas y que jerarquizan el valor del “trabajo de calidad” y los ingresos económicos (incremento del salario del albañil). De acuerdo con el autor, esta desvalorización se explica porque la identidad de “indio” o “indígena” (que representa a “los de abajo”) ya no corresponde con la situación social y económica de estos albañiles, que han visto mejorar sus ingresos; asimismo, más de uno ha podido llegar a contratista.

Según Macusaya, el ascenso de los maestros contratistas y su “indiferencia” con la identidad “indígena” indican que, si bien la división social del trabajo racializado sigue vigente, esta viene sufriendo modificaciones a través de la estratificación y diferenciación social en los sectores populares. Por un lado, algunos sectores indígenas logran ascender en la estructura social (preburguesía de “cara india”), mientras que, por otro lado, se produce un proceso de “pérdida de preponderancia” de la identidad indígena en aras de adoptar la identidad de una nueva condición social y económica.

Apoyado en datos estadísticos del crecimiento económico de la construcción y en la percepción de los contratistas albañiles de su estudio de caso, Macusaya plantea que el incremento de albañiles que se convirtieron en contratistas, el aumento de sus ingresos (jornales) y el hecho de que la mujer pueda ser parte del ámbito de la construcción, son indicadores de movilidad ascendente y de estratificación social de este sector, producto de un proceso de acumulación originaria. A decir del autor, esta movilidad responde a un proceso más amplio, que alcanza a varios sectores populares que se han convertido en una “nueva clase media” o preburguesía “de cara india”. En este marco, concluye Macusaya, “la identificación entre pobreza e indígenas (racialización de las clases) es más una costumbre que el resultado del análisis de las condiciones actuales”.

Breve comentario crítico del libro

En términos de forma, llama la atención que Macusaya omita las referencias bibliográficas a los grandes clásicos de las ciencias sociales, quienes originaron las tesis de la articulación entre división social del trabajo y la colonialidad en Latinoamérica (Mariátegui, Marof, Arguedas, Zavaleta y Quijano, entre los principales), y a los debates actuales de las ciencias sociales en torno a este tema (Patzí, 2004; Rodríguez, 2010; Soruco, 2011; Orellana, 2020; Molina, 2019). En todo caso, nuestra lectura ubica el trabajo de Macusaya dentro de esta línea de debate.

En términos de contenido, la cuestión de fondo de este ensayo es el ascenso social de pequeños productores de origen indígena a pequeños patronos, durante un periodo de crecimiento del mercado interno y de la emergencia de procesos de acumulación de capital; este es un hecho evidenciado por estudios en otras ramas (Aillón, 2014). Sin embargo, la propuesta de Macusaya en torno a que los “trabajadores de la construcción” se beneficiaron de este ascenso de manera general es una afirmación muy precipitada. Sobre todo si contrastamos su hipótesis con los propios datos que nos ofrece su trabajo de campo: los obreros albañiles pueden tener mayores ingresos, pero ello no elimina su condición de trabajo precaria, su alto riesgo ergonómico, su debilidad sindical (que los deja más vulnerables a la rotación y al paro, a la falta de reconocimiento de derechos y de las horas extras) y a la opresión y explotación que la obrera albañil aymara sufre en la construcción capitalista. En este marco, es evidente que el libro de Macusaya tiene un cortocircuito entre sus hipótesis de “mejoría general” y la realidad empírica que expone en su ensayo.

Desde nuestro punto de vista, esta imagen contradictoria parece tener relación con la incomprensión de Macusaya respecto a la relación dialéctica entre la división social del trabajo y su deriva histórica en la división capitalista del trabajo. Esta imprecisión parece dar paso a un razonamiento más bien axiomático, que busca diluir las emergentes diferencias de clase entre “albañiles” en la noción de “trabajadores de la construcción”. En

consecuencia, su descripción deviene en la generalización de una “mejoría general”, que en realidad solo es parcial⁴.

Ahora bien, esta crítica no debe perder de vista el gran esfuerzo y aporte de Macusaya. A partir de un estudio de caso, nos ofrece una descripción etnográfica actualizada del mundo del trabajo de los albañiles, a la luz de la cual ha planteado hipótesis y reflexiones que sirven de referencia y que gatillan la reflexión. Precisamente para el autor de este comentario, que está realizando una investigación cualitativa sobre la formación de los mercados de fuerza de trabajo en la construcción, la producción de Macusaya es una gran referencia, en un escenario donde esta temática ha sido muy poco desarrollada. Pensamos que estas consideraciones permiten relanzar los aspectos planteados por Macusaya, así como mantener vigente el debate sobre las transformaciones del mundo del trabajo durante el periodo del MAS.

Bibliografía

Aillón, Tania (2014). “La quinua: ¿Economía comunitaria o acumulación de capital?” (blog), *Llankaymanta*, 22 de septiembre de 2014. <https://llankaymantabolivia.blogspot.com/search?q=quinua>

Balboa, Alfredo (2012). *Diagnóstico socioeconómico de la mujer constructora*. La Paz: Red: Habitat.

Macusaya, Carlos (2020). *Albañiles. Los constructores de la ciudad*. La Paz: Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional.

Mariátegui, José Carlos (1969). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta

Marx, Carlos ([1867] 2011) *El Capital*. Tomo I, Vol. II., Cap. XI y Cap. XII. Buenos Aires: Siglo XXI.

4 Este cortocircuito se analiza teórica y metodológicamente en el artículo publicado en <https://llankaymantabolivia.blogspot.com/2022/06/resena-y-comentario-critico-del-libro.html>

- Marx, Carlos ([1867] 1979). *El Capital*. Tomo I, Vol. VI (Inédito). “Subsunción formal del trabajo al capital”. México: Siglo XXI.
- Molina, Fernando (2019). *Modos de privilegio. Alta burguesía y alta gerencia en la Bolivia contemporánea*. La Paz: CIS, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Orellana Aillón, Lorgio (2016). *Resurgimiento y caída de la gente decente. Un sendero en la formación de una clase-etnia dominante en Bolivia (1940-2003)*. La Paz: Muela del Diablo.
- Patzi Paco, Félix (2006). *Etnofagia Estatal. Modernas formas de violencia simbólica (una aproximación al análisis de la reforma educativa)*. La Paz: Ministerio de Educación y Culturas.
- Quijano, Aníbal (2000). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: Lander, Edgardo (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rivero, Virna (2005). “Migración y trabajo. Inserción laboral y redes sociales de los albañiles de la construcción en la ciudad de La Paz”. *Textos Antropológicos* (La Paz), 15 (1): 37. [http:// www.revistasbolivianas.org.bo/pdf/ta/v15n1/v15n1a04. pdf](http://www.revistasbolivianas.org.bo/pdf/ta/v15n1/v15n1a04.pdf)
- Rivero, Virna (2003). *Las culturas del trabajo y las relaciones sociales de los obreros de la industria de la construcción en la urbe paceña*. Tesis de licenciatura para la carrera de Antropología. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.
- Rodríguez García, Huáscar (2010). *La choledad antiestatal: el anarcosindicalismo en el movimiento obrero boliviano: 1912-1965*. Buenos Aires: Libros de Anarres
- Soruco Sologuren, Ximena (2011). *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia, siglos XIX y XX*. La Paz: PIEB e IFEA.
- Zavaleta, René (1986). *Lo Nacional Popular en Bolivia*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Contenido

Presentación	7
Dossier: Bolivia: extractivismo, desarrollo sostenible y crisis	
Deforestación y agroindustria en Bolivia: el comercio internacional como motor del “extractivismo” en la Ecología-Mundo <i>Rafaela M. Molina-Vargas, Iván Zambrana-Flores, Isabelle Gounand y Elisa Thébault</i>	13
Rostro femenino del extractivismo en América Latina: brechas, desigualdades, resistencias y lógicas alternativas <i>Manigeb Roosta</i>	51
Discursos marxistas sobre la inserción de Bolivia en el capitalismo (1940-1985) <i>Fernando Molina</i>	91
Extractivismo aurífero y organización del trabajo: dinámicas territoriales en la minería aurífera cooperativizada en Los Yungas, Bolivia, 2024 <i>Fernando Alcons Salluco</i>	133
Ensayos, debates, entrevistas	
<i>Stasiek Czapliski Cabezas</i> : Academia y activismo Entrevista realizada por <i>Rossana Barragán</i>	169
Artículos diversos	
Antezana a la luz de Laclau: El Nacionalismo Revolucionario como ‘significante vacío’ <i>Víctor Orduna Sánchez</i>	193
Explotación y precarización del trabajo en las plataformas digitales de reparto <i>Juan Pablo Neri Pereyra y Alejandro Arze Alegría</i>	223
<i>Caer es levantarse</i> : ¿qué mueve a las hermandades armadas? <i>Rafael José Archondo Quiroga</i>	257
Reseñas y comentarios	
<i>La “niña salvaje” del Paraguay. Una microhistoria de la etnografía americanista 1902-2016</i> , de Verushka Alvizuri <i>Cecilia Salazar de la Torre</i>	295
<i>Albañiles. Los constructores de la ciudad</i> , de Carlos Macusaya <i>Edgar Samuel Peredo Cuentas</i>	301